DANIELA SENÉS



# Amantes DEL PODER

HISTORIAS DE AMBICIÓN Y AMORES PROHIBIDOS

DANIELA SENÉS

# *Amantes* DEL PODER

HISTORIAS DE AMBICIÓN Y AMORES PROHIBIDOS

*A mi chico de los perros, por aquella insólita propuesta que cambió nuestra historia.*
*A nuestros hijos, Ramiro y Tobías, con quienes hicimos de nuestro metro cuadrado un universo entero.*

Como si se pudiese elegir en el amor, como si
no fuera un rayo que te parte los huesos y te
deja estaqueado en la mitad del patio.

JULIO CORTÁZAR, *Rayuela*

# PRÓLOGO

El amor prohibido tiene precio. Cuando un matrimonio previo, un trono o una razón de Estado se interponen, la pasión se alimenta de la discreción y se refugia en el secreto. ¿Encuentran estas relaciones un espacio propio entre las exigencias de la política, la fama o la ambición? ¿Existe un amor libre cuando una de las personas puede cambiar el destino de la otra?

*Amantes del poder* reúne siete relatos reales nacidos en distintos siglos, continentes y culturas, pero unidos por una misma experiencia: una relación que el poder volvió clandestina. Un sentimiento intenso en la vida de protagonistas que cambiaron el curso del mundo, y que terminó relegado a notas al pie en los libros, rumores o recuerdos dispersos.

Sin embargo, la historia nunca se construye en soledad. Detrás de las decisiones públicas existen vínculos privados que ayudan a comprenderlas. Para recrear esas relaciones seguí los rastros que dejaron: cartas escritas de madrugada, diarios íntimos, memorias, documentos oficiales y recuerdos conservados por el entorno. A veces me permitieron escuchar las voces de los personajes con sorprendente claridad; en otras ocasiones apenas iluminaron fragmentos de sus vidas. Donde la historia calla, habla la imaginación para rescatar los sentimientos que sobreviven cuando las palabras se han perdido.

Algunos protagonistas aceptaron las reglas del juego; otros intentaron desafiarlas. Hubo quienes encontraron el prestigio o la protección que anhelaban, y quienes descubrieron que la cercanía al poder exigía renuncias que nunca habían imaginado. Ninguno salió indemne.

Cambian los siglos, los nombres y los escenarios, pero las preguntas permanecen: ¿se puede separar a una persona del poder que encarna? ¿Dónde termina el deseo y comienza la ambición? ¿Qué estamos dispuestos a sacrificar para permanecer junto a quien amamos?

Las páginas que siguen no buscan ofrecer respuestas definitivas. Invitan a recorrer vidas atravesadas por la obsesión, el riesgo y la renuncia, y a asomarse a ese territorio incierto donde la pasión y el poder se atraen, se confunden y, a veces, terminan por transformarse mutuamente.



# 1

# LA LENGUA DE LOS MUNDOS

## Malinche y Hernán Cortés



*Las afueras de Tenochtitlán,*
*noviembre de 1519*

Cuenta una leyenda que cuando el mundo era joven, una princesa recibió la falsa noticia de que el guerrero que amaba había caído en combate. La pena fue tan honda que se dejó morir. Al regresar de la batalla, él la cargó en brazos hasta los más alto de las cumbres. Allí, la recostó sobre un lecho de piedra y encendió una antorcha para velar su sueño eterno.

Con el tiempo, los cuerpos se fundieron con la piedra. Ella era Iztaccíhuatl, la silueta blanca que descansa bajo el cielo, y él, Popocatépetl, el guardián que se niega a dejarla sola. Dicen que el humo que sube desde la boca no es ceniza, es el dolor de un hombre que no termina de llorar.

Siglos después, otro hombre y otra mujer contemplaban juntos esos mismos volcanes.

Ella vio primero las dos cumbres que se recortaban contra un cielo limpio. Malintzin conocía la leyenda. La había oído de niña en otra lengua, en un mundo donde tenía madre, un nombre distinto y una

casa de piedra oscura. Antes de los granos de cacao que fijaron su precio.

El capitán Hernán Cortés llegó detrás. Se detuvo a su lado, se quitó el casco y señaló el humo del volcán con el mentón.

—¿Qué es eso? —preguntó imperioso.

Cuando habló, ella notó que le faltaba el aire. No respondió de inmediato.

—Un guerrero que vela a una mujer que creyó una mentira —logró decir cuando controló el temblor en la voz.

—¿Y eso de ahí abajo? —al español no le interesaban las leyendas, sino lo que se abría más allá de las cimas.

—Tenochtitlán.

El valle se extendía como una palma abierta. Una laguna plateada bajo el sol de noviembre ocupaba el centro; alrededor, los pueblos se conectaban por calzadas que parecían venas. Algunos estaban en tierra firme, entre arboledas, mientras otros emergían desafiantes del agua que reflejaba las nubes. Desde su lugar, el extremeño podía distinguir palacios más grandes que cualquiera que había visto en España.

Malintzin no observaba la ciudad; tenía la mirada fija en Cortés. Era alto, ancho de hombros, con una barba escasa que no terminaba de cubrir la cicatriz del labio inferior, recuerdo de una pelea por una mujer cuyo nombre nunca supo. Ella reconoció la expresión del rostro; la había visto en los mercaderes de Xicalango, cuando posaban los ojos en algo que codiciaban. Pero en él había algo más peligroso que el deseo: la certeza de la conquista. Lo que estaba mirando sería suyo.

—¿Cómo es posible que esto exista y nadie lo haya contado? —murmuró el capitán.

Los soldados se fueron sumando a su alrededor. Hombres con armaduras abolladas, barbas de semanas y signos de cansancio callaban impresionados. Alguien, al fondo, se santiguó. Una voz dijo: "Parece Venecia", pero los demás no escucharon, ensimismados por lo que se desplegaba ante ellos.

—¿Tú sabías? —le preguntó a la joven—. ¿Sabías que era así?

—Nadie conoce Tenochtitlán. Ni siquiera los que nacieron en sus canales —intentaba usar el castellano con precisión.

—Vamos a bajar —Cortés buscaba disimular el impacto que le había provocado la visión de la ciudad.

Popocatépetl exhaló otra bocanada. Malintzin ocupó el lugar que le correspondía: delante de las tropas, antes que nadie para ser el contacto entre una lengua y otra. El viento subió del valle con aroma a maíz tostado. Ella apuró el paso y avanzó. Había aprendido que ciertos recuerdos se dejan atrás caminando rápido. Quería apartarse cuanto antes de los suyos.



*Coatzacoalcos,*
*principios del siglo XVI*

Antes de que su boca se convirtiera en el puente entre dos mundos que estaban por devorarse, Malintzin era Malinalli, una niña que corría descalza por las orillas de un río del color del barro.

Tenía cinco años cuando su padre murió. Su madre le dijo que los nahuas no lloraban donde pudieran verlos; el dolor debía sudarse en silencio, como una fiebre que se combate en la oscuridad. Malinalli aprendió la lección.

Un hombre se instaló en la casa con ellas antes de que terminara el tiempo de luto. No miraba a la niña con hostilidad, pero tampoco con cariño. Ella no era parte de lo que él había venido a buscar. Pasaba las tardes en la orilla del río, regresaba al caer la noche y dormía contra la pared más lejana, tan quieta que a veces su madre olvidaba que estaba allí.

Una tarde, mientras hilaba algodón en el patio, oyó al hombre pronunciar su nombre junto a la palabra *pochtecas*, mercaderes. Su madre hablaba muy bajo, pero Malinalli alcanzó a distinguir "Xicalango". Algo frío se le movió en el estómago, como un pez rozándole la pierna en el río. Continuó hilando.

Los mercaderes de Xicalango llegaron al día siguiente, con el sol todavía bajo. Al verlos cruzar el umbral, la madre salió de la casa. Los hombres gritaban palabras que rebotaban contra los muros. La niña no entendía lo que decían, pero reconocía que eran órdenes. Intentó correr hacia el regazo materno, pero los dedos de uno de los comerciantes la aferraron por el cabello. Afuera, de espaldas en el patio, la mujer molía maíz en el metate de piedra. El brazo arriba, abajo. Arriba, abajo.

Unas cuerdas le ataron las muñecas y Malinalli dejó de resistirse. El cuerpo se volvió dócil, pero la mente comenzó una carrera: ¿Hice algo malo? ¿Es un castigo? Si lo era, podía arrodillarse, pedir perdón. Así, todo terminaría. Pero no podía preguntárselo a los extraños; ninguno hablaba náhuatl. El sonido de la piedra contra la piedra fue

lo último que escuchó mientras se la llevaban. Fue vendida, pero nunca supo cuántos granos de cacao habían pagado por ella.

La subieron a una canoa de madera oscura en la orilla del río y la acomodaron entre fardos de algodón y pieles de jaguar. Cada vez que oía voces desde la ribera, creía que su madre llegaba para llevarla de regreso a casa. Pero eran pescadores arrastrando redes, mujeres llamando a otros hijos. La vida en Coatzacoalcos continuaba sin ella.

El río la fue alejando de todo lo conocido; los árboles se hicieron más tupidos y la humedad más espesa. Alguien le puso un trozo de tortilla fría en la mano. Lo comió para seguir viva, pero también porque mientras masticaba dejaba de pensar.

Pasaron varios amaneceres sobre el agua. De día, garzas blancas levantaban vuelo al paso de los remos. A veces caían lluvias breves que olían a hojas pisadas. De noche, los mercaderes encendían fuegos en las playas y hablaban en su lengua dura. Malinalli, acurrucada entre los bultos de mercancía, aprendía sin querer: una palabra para “agua”, otra para “come”, otra para “cállate”.

Una mañana, Xicalango surgió con sus galpones abiertos como bocas. La niña jamás había visto tanta gente. Los vendedores gritaban en lenguas distintas, las plumas de quetzal brillaban bajo el sol. Por todos lados veía pieles de ocelote apiladas hasta la altura de una persona y vasijas pintadas con dioses y guerreros. El lugar olía a pescado, a sudor, a especias que no tenían nombre en náhuatl. Se cruzó con una esclava de su edad con los lóbulos que le colgaban rajados por las orejeras de jade arrancadas, y desvió la mirada.

Un comerciante maya de cara ancha y pocos dientes pagó por ella varios sacos de cacao. Esa vez la niña los contó y aprendió su precio

con la misma resignación con que había entendido que ya no tenía madre. El hombre la subió a otra canoa y remontaron las aguas rumbo a Potonchán.

Llegaron al caer la noche. Las casas se alzaban sobre pilotes y eran más altas que las de su aldea, con antorchas temblando en los umbrales. Desde algún lugar llegaban voces en otra lengua incomprensible para Malinalli. La alcanzó el aroma de pescado ahumado y de cilantro. Una mujer de cabello gris salió de una de las viviendas y la arrastró del brazo hasta un rincón oscuro donde varias esclavas dormían apretadas. Le señaló el suelo de tierra apisonada. Malinalli se ovilló entre ellas, pero no se animó a cerrar los ojos. Al amanecer, la misma mujer la sacudió con el pie y la mandó al campo de algodón. Afuera de la vivienda, otras esclavas esperaban en fila con las herramientas al hombro.

El barro le chupaba los tobillos cada vez que avanzaba entre los surcos. Los mosquitos zumbaban a su alrededor y se prendían a la piel húmeda de sudor. Después de unas horas arrancando malezas, las manos comenzaron a sangrarle. Mientras trabajaba escuchaba las conversaciones a su alrededor. Empezó a dejarse llevar por el ritmo del maya chontal; no entendía las palabras, pero las ensartaba como cuentas en un hilo, a la espera de que algún día formasen un collar. Con el tiempo, aprendió a nombrar lo que tocaba, lo que veía, lo que le ordenaban hacer. Pero eran las palabras en náhuatl, su lengua, las que la sostenían por dentro. En la noche, mientras esperaba el sueño, se cantaba a sí misma: “Mamá, cuando muera, entiérrame junto a tu hogar. Cuando vayas a hacer tortillas, llora allí por mí. Y cuando alguien te pregunte: ‘¿Por qué lloras?’, diles que la leña está verde y te hace llorar con tanto humo”.

Cantaba y lloraba por la madre perdida. Por el brazo subiendo y bajando sobre el maíz y por el sonido del metate que no se detuvo.



*Potonchán,*
*15 de marzo de 1519*

Malinalli cumplió diecisiete años en Potonchán, aunque nunca lo supo; cada día era igual al anterior: en los campos hasta el mediodía, en el telar hasta que la luz se iba, en el rincón de tierra por la noche. Bajo el huipil desteñido, su cuerpo se había redondeado y las caderas se marcaban al caminar. Había pasado por tantas manos y tantos lechos que ya no recordaba cuántos. Sobrevivir era, simplemente, un hábito.

Por esos mismos días, once navíos, más de quinientos hombres, dieciséis caballos y trece cañones anclaron en la desembocadura del río Grijalva, frente a Potonchán. Al frente iba Hernán Cortés, un hidalgo de treinta y tres años, cautivado por las historias sobre Tenochtitlán, la ciudad mexica levantada sobre un lago en el corazón de un valle, y sobre el emperador Moctezuma, que vivía en palacios recubiertos de oro. Por esos rumores había zarpado de Cuba, hipotecado tierras y pedido créditos, seguro de que aquella aventura lo convertiría en un hombre rico. No creía en el destino; creía en su voluntad para torcerlo.

Envió un emisario con el Requerimiento, un documento que exigía a Tabscoob, el cacique maya de Potonchán, aceptar la soberanía del rey de España, entregar víveres a la tropa y convertirse al

catolicismo. Como el cacique se negó a someterse, el capitán decidió enfrentarlo con una fuerza tan poderosa que el estruendo de la pólvora viajara hasta los oídos mismos de Moctezuma. Quería que Tenochtitlán le temiera antes de verlo.

Tabscoob salió a resistir con miles de guerreros. Confiaba en sus lanzas emplumadas, arcos y flechas, en su mayoría numérica. Pero los suyos nunca habían visto un caballo ni enfrentado a mastines entrenados para morder. El primer estruendo desgarró el aire. Los hombres se cubrieron los oídos y miraron hacia las nubes buscando la tormenta. Los españoles volvieron a disparar y la certeza de los mayas se quebró.

A la distancia, Malinalli aguzaba el oído. El viento llevaba sonidos desconocidos: gritos animales, truenos que no provenían del cielo. Llegaba también un olor a maíz quemado y a sangre. Apretó el huipil entre los dedos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Al caer la tarde, Tabscoob regresó a Potonchán acompañado por unos pocos sobrevivientes que hubieran preferido morir con los demás. Entraron en silencio; nadie levantó la vista.

Un sacerdote anciano se acercó al grupo de mujeres del pueblo. Estaban sentadas con las palmas quietas sobre el regazo, hacia el cielo. Ninguna lloraba. Rezaban. El hombre señaló a varias, incluida Malinalli, para que lo acompañaran. Se levantaron sin protestar. Sus cuerpos serían el precio de la paz.

En el campamento español reinaba la euforia. Hubo cantos y vino hasta el amanecer. Cortés sabía que ese jolgorio era necesario para las tropas: el hambre de victoria pide festejo antes de volver a ser hambre.

A media mañana, el fraile se acercó a él: era hora de la misa. Bastó que el jefe los mirara para que los hombres se acomodaran frente a un altar improvisado con una cruz de madera tallada y una imagen rústica de la Virgen. Las rodilleras de las armaduras crujieron cuando se postraron. El capitán oró con devoción para agradecer. Quinientos vencedores frente a cuarenta mil humillados. La hazaña era un dedo de Dios señalando el camino, y él, el instrumento elegido. Al incorporarse, recorrió con el pulgar la cruz tallada en la empuñadura de la espada. Se quedó un momento en silencio. Después empezó a dar órdenes.

Los embajadores de Tabscoob llegaron al campamento español pasado el mediodía. Tocaron el suelo con la frente, como correspondía a los derrotados, y depositaron las ofrendas. Los españoles se abalanzaron sobre ellas antes de que los enviados pudieran incorporarse. Los dedos buscaban ávidos el botín donde brillaban el oro, el jade y la turquesa.

Malinalli aguardaba a un costado junto a las demás mujeres. Se mantenía atenta a cada movimiento, asustada por los mastines que las rodeaban. Eran animales enormes y oscuros, que apoyaban los hocicos fríos sobre sus pantorrillas, subiendo y bajando, respirando el miedo que exudaban.

Reconoció al líder de los vencedores por la manera en que los demás le abrían paso. La armadura resplandecía al sol y obligó a las jóvenes a bajar la mirada hacia el pasto aplastado bajo los pies descalzos. Todas se mostraron sumisas, excepto ella.

Cortés se detuvo frente a esa joven de actitud desafiante, tan cerca que ella pudo oír la respiración. La estudió sin prisa: reparó en el cabello negro como la obsidiana, la frente despejada, los pómulos

altos, los pechos firmes que el huipil no alcanzaba a disimular. Vio los dedos manchados por el añil de los telares. Había otras muchachas más hermosas entre las veinte que le ofrecían, pero ninguna como ella. Lo atrajo el porte erguido y los ojos despiertos que no se bajaron. Llevaba meses entre soldados que obedecían y mujeres mansas. Por primera vez, no era él quien observaba, sino el observado. El calor le subió al cuello bajo la gola de metal. Una mujer así podía servirle, pensó.

La voz solemne del fraile interrumpió sus pensamientos.

—Señor, antes de repartir a estas mujeres, debo bautizarlas. Los cristianos no deben convivir con paganas sin incorporarlas al seno de la fe. Es cuestión de orden espiritual.

—Haz lo que consideres necesario, pero que sea rápido. Los hombres esperan.

El sacerdote congregó a las jóvenes frente al altar. Pronunció en castellano plegarias que ellas no comprendieron. Luego, comenzó a verter agua sobre las cabezas de cada una. Se detuvo frente a Malinalli.

—Desde este día te llamarás Marina. Tu nombre antiguo y tus dioses paganos han quedado atrás. Has sido purificada y eres hija de la Iglesia. Marina —repitió con fuerza.

Ella sintió el agua deslizarse por la frente, entrarle a los ojos y a la boca. Aunque no comprendía las palabras, entendió que tenía un nombre nuevo. Era Marina. Lo repitió para sí hasta que la lengua dejó de tropezar.

Una vez bautizadas, Cortés repartió a las mujeres entre los capitanes principales. Las fue señalando como quien distribuye raciones: una para Alvarado, dos para Ordaz, una para Ávila. Debían

atenderlos en todo, preparar las comidas, cuidar los fuegos, juntar leña e ir por agua. Y otras cosas; cosas que no necesitaban ser nombradas. Cada joven que se alejaba con su nuevo amo lo sabía.

El capitán se detuvo en Malinalli. Podía quedársela; nadie se lo habría discutido. Pero ella ya tenía destino: Alonso Hernández Puertocarrero. Si la empresa prosperaba, tendría que enviarlo a España a defender su accionar ante el rey. Había zarpado de Cuba pese a la contraorden del gobernador Velázquez. Se había arriesgado mucho y aunque estaba convirtiendo su expedición en una conquista, solo el favor del rey podría salvarlo de la cárcel. Puertocarrero, el hombre de mejor cuna, merecía la mujer de mejor presencia.

—Puertocarrero, para ti. —La señaló sin énfasis. La entregó igual que a las demás. Pero al pronunciar el nombre del nuevo dueño, algo se le cerró en la garganta.

El soldado la tomó del brazo. Los dedos le apretaron la carne, pero ella mantuvo la nuca firme y lo siguió sin resistencia. Al alejarse, Malinalli sintió el peso de la mirada de Cortés, pero no se volvió.



*San Juan de Ulúa,*
*abril de 1519*

Las primeras semanas, Malinalli no se permitió pensar en otra cosa más que en sobrevivir. Durante el día las manos trabajaban: buscaban agua, avivaban el fuego, lavaban las telas ásperas,

cocinaban. La rutina era el único terreno firme. Las noches con Puertocarrero no eran distintas a las que pasó en Potonchán con desconocidos. El cuerpo se volvía territorio ajeno, una posesión más entre las del español. En esos momentos, ella se concentraba en la costura de la tienda, donde la lona dejaba pasar un hilo de luz de luna. Se anclaba a ese brillo hasta que el peso del hombre se aflojaba. Solo cuando él caía a un lado, volvía a habitar sus propios huesos.

Con el tiempo, el castellano fue dejando de ser ruido para ella. Sumaba palabras y memorizaba frases enteras, a veces sin saber qué significaban. Era una lengua dura, que no tenía la cadencia del maya o el náhuatl. Los soldados gritaban, como si los gritos bastaran para que las cosas se hicieran. Ella entendió pronto que el poder verdadero no residía en quien vocifera sino en quien comprende. Y comprender al líder de esos hombres fue lo primero que se propuso.

Cuando los soldados se reunían junto al fuego por las noches, Malinalli estudiaba a Cortés y él fingía no notarlo. La joven advirtió que nunca reía fuerte ni se sumaba a los cantos; hablaba poco y pausado. Si posaba los ojos sobre sus tropas, caía el silencio. Jamás reclamaba la atención del grupo; la tenía por naturaleza. Le atrajo el poder de aquel a quien todos obedecían sin que tuviera que pedirlo.

Había otro extranjero que llamó su atención también, Jerónimo de Aguilar. Estaba siempre junto a Cortés, pasando las palabras del español al maya chontal. Era un hombre delgado, sin voz de mando. Sin embargo, sin él los españoles avanzarían a ciegas en esas tierras. Empezó a observarlo.

Tras abandonar Potonchán, las naves remontaron la costa hasta anclar frente a una ensenada que llamaron San Juan de Ulúa. Al

cuarto día de instalados en la playa, aparecieron varias canoas. Bajaron hombres con tocados de plumas y vestiduras festivas. Eran emisarios de Moctezuma, enviados desde Tenochtitlán para averiguar quiénes eran los recién llegados y qué intenciones tenían. La guardia siguió las órdenes y los dejó pasar. Los mexicas depositaron sobre la arena cestas con piezas de oro que parecían absorber la luz del mediodía.

Aguilar se adelantó y se dirigió a ellos en maya. Los emisarios se miraron y hablaron entre sí. El intérprete avanzó unos pasos para escucharlos mejor pero no tradujo nada. Frunció el ceño.

Cortés se volvió hacia él, impaciente.

—¿Qué dicen, hombre?

—No es maya. No los entiendo.

El capitán lo agarró por el jubón.

—¡Para qué diablos te rescaté entonces! —rugió, tan cerca del rostro de Aguilar que el aliento le movió el cabello—. ¡Qué uso tienes para mí si no entiendes!

El grito retumbó en la playa y las gaviotas se dispersaron. Malinalli percibió un frío bajarle por la espalda. Vio al jefe español como lo que era, un hombre capaz de destrozar a quien no le servía. Pero algo más fuerte que el miedo la empujó a dar un paso al frente, el instinto de supervivencia.

—Hablan náhuatl —dijo en maya, dirigiéndose a Aguilar—. Lo aprendí de niña, en Coatzacoalcos.

Antes de que él pudiera responderle, la joven se giró hacia los mexicas y los saludó en su propia lengua. Los hombros de los emisarios se aflojaron y respondieron. También en Cortés algo se

aquietó. Detuvo la vista en ella y le hizo un gesto para que continuara.

Comenzó una danza en tres lenguas. Los enviados hablaban en náhuatl, Malinalli traducía al maya, Aguilar lo vertía al castellano. Una cadena frágil que perdía algo en cada eslabón, pero que servía. Los emisarios desplegaron más ofrendas: plumas de quetzal, máscaras cuyos ojos miraban desde otra religión. Junto con los regalos traían un mensaje terminante: los extranjeros debían tomar los obsequios y regresar por donde habían venido.

El capitán se quedó unos segundos en silencio, los dedos tamborileando sobre el muslo. Luego sonrió. Ya sabía qué hacer.

—La mitad de la victoria está en el miedo. Debemos exhibir fuerza poderosa para que nos teman —se dirigió a los soldados.

Ordenó traer los caballos y los hizo galopar por la playa hasta que la arena voló en arcos blancos. Después, hizo disparar los cañones hacia el mar; el estruendo cruzó el aire caliente y las gaviotas se sobresaltaron por segunda vez esa mañana. Los enviados no huyeron porque la dignidad no se los permitía, pero se aferraron a los bordes de las canoas.

Malinalli observó el humo negro que se disolvía sobre el mar. El olor a azufre se le pegó a la garganta. Entendió que aquel hombre no buscaba el diálogo, buscaba la pavura.

Una vez que el eco de los cañones se perdió sobre el agua, Cortés habló: venía en nombre de un rey más poderoso que cualquier tlatoani. Estaba allí para conocer al gran Moctezuma y no se iría sin que lo recibiera. Los emisarios escucharon la traducción con rostros impasibles, como lo ordenaba el protocolo. Pero Malinalli vio algo que los demás no supieron ver: mandíbulas tensas, dedos cerrados

con disimulo sobre las mantas. Sabía que Moctezuma no toleraría exigencias de un extraño.

Los mexicas partieron con el mensaje. El capitán se acercó y la recorrió con la mirada descubriendo un tesoro. Ella quiso encogerse, desvanecerse en el aire. Pero algo dentro de sí la mantuvo erguida.

—Aguilar, dile que desde este momento la quiero a mi lado —la voz había bajado el tono, pero el ceño continuaba fruncido.

Aguilar tradujo con la cabeza gacha y ella recibió el mensaje impasible. Acababa de ver lo que desataba un error: la furia que había expresado contra el traductor podía descargarse sobre ella si fallaba o si él perdía la paciencia. La única seguridad estaba en volverse imprescindible para él. Tendría que aprender a leer sus intenciones antes de que tomaran forma, adelantarse a su deseo antes de que lo expresara.

Esa misma noche, Hernán Cortés decidió alejarla de Puertocarrero. Lo hizo llamar y le ordenó prepararse para partir a España. Le explicó lo que debía decir ante el rey: que la empresa en esas tierras se llevaba a adelante en nombre de Su Majestad, que había desobedecido las órdenes de un superior para servir mejor a la corona, y que pedía humildemente permiso para continuar la conquista en nombre del rey Carlos.

A la mañana siguiente, mandó cargar un barco con casi todo el oro reunido en la expedición, mucho más del quinto real que le correspondía a la corona por ley. Sabía que un rey que recibe más de lo que le toca tarda menos en firmar lo que le piden.

Al ver el trajín en la playa, Malinalli buscó a Puertocarrero. Lo encontró en la tienda, sentado sobre el catre, hablando solo. Sostenía una cantimplora. Algunas palabras se le perdían, como les

pasaba a los borrachos en Potonchán después de que el balché les aflojaba la lengua.

—No soy tonto. Me manda lejos para que no lo estorbe. Pero allá, en Medellín, mi familia tiene nombre y poder. Cortés debería cuidarse de hacer más enemigos.

Se puso de pie de golpe y avanzó tambaleante; ella no retrocedió. La miró, levantó una mano y le rozó la mejilla. Después se dio vuelta y salió de la tienda. Afuera, entre gritos, los hombres cargaban los barcos. Puertocarrero embarcó sin mirar atrás.

Esa noche, Malinalli durmió sola. Supo, por primera vez desde que la habían vendido, que estar sola también era estar a salvo.



Aguilar era un hombre paciente, pero el náhuatl se le escapaba por más que Malinalli intentara enseñarle. Mientras él forcejeaba con las frases, el castellano de ella crecía día a día.

Una tarde, llegaron nuevos emisarios de Moctezuma con ofrendas. Insistían en que los españoles debían partir. Ella escuchó y habló en castellano, por primera vez, sin pasar por Aguilar.

—Dicen que Moctezuma está enfermo.

Cortés se giró hacia ella. Entrecerró los ojos. Se preguntó cuándo había aprendido castellano aquella mujer.

—¿Enfermo de qué?

—No puede recibirte.

—Eso lo veremos —le dirigió una leve sonrisa. Ella había cruzado un umbral sin avisarle, pero eso no le disgustó.

Esa noche, al terminar la cena, el capitán le hizo un gesto para que lo acompañara a la tienda. Necesitaba entender el mundo de Moctezuma: cómo pensaba, a qué le temía, qué cálculo escondía detrás de cada ofrenda. Y necesitaba hacerlo pronto.

—Tú conoces estos pueblos. ¿Qué crees? ¿Qué quiere Moctezuma? —Las preguntas fueron para Malinalli.

Aguilar, que los acompañaba, se movió en su asiento. No era apropiado consultar a una mujer, mucho menos a una esclava.

Ella dejó pasar un instante. Buscaba las palabras en castellano, y no quería equivocarse.

—Quiere… que te vayas —dijo al fin—. No quiere pelear. Por eso manda oro.

—Pues no solo no nos iremos. Nos prepararemos para visitarlo en Tenochtitlán.

Malinalli sintió que el suelo se movía bajo los pies por el vértigo. Supo que la llevaría con él como su voz.

Cortés no podía apartar la vista de la boca de Malinalli. Ya no pertenecía a Puertocarrero. Podía hacerla suya esa misma noche; nada se lo impedía. Lo pensó un instante y apartó la idea. La necesitaba alerta, lúcida. Y viva. Demasiadas mujeres morían por un parto. No podía perderla por no controlar sus instintos cuando la necesitaba para entrar en Tenochtitlán. El cuerpo podía esperar; un imperio no.



*Cempoala,*
*junio de 1519*

Cempoala, vista desde lejos, parecía tallada en plata. Cortés había llegado a buscar el rencor de los totonacos, un pueblo sometido por Moctezuma que contaba los días entre tributos de oro, jade y cuerpos tibios para los sacrificios mexicas. El capitán sabía que un pueblo que anhelaba la caída de su opresor podía ser la grieta por donde Tenochtitlán se quebrara.

Al llegar, propuso al cacique un pacto contra el enemigo en común: ofreció el poderío español a cambio de guías y guerreros totonacos. En aquella negociación, Malinalli fue el puente entre los dos líderes y midió el peso de cada palabra antes de soltarla en castellano. Se sentía poderosa cuando los veía pendientes de sus labios. Le gustaba cuando los soldados hacían silencio para oírla. Era como saborear un cuenco de cacao espeso y reconfortante; ya no podía pasar un día sin beberlo.

—Te dará lo que pides. El odio que tiene a Moctezuma es más fuerte que el miedo que te tiene a ti —hizo una pausa para provocar mayor interés—. Si le prometes el fin de los mexicas, te entregará mil guerreros.

Cortés la estudió con admiración. Recorrió el rostro de la muchacha. Sabía que sin ella estaba sordo y era mudo.

—Eres cien veces mejor que Aguilar. Si esto sale bien, serás libre. Tendrás tierras y tendrás vasallos.

—No sabría qué hacer con todo eso.

—Aprenderás.

Esa noche, no la llamó a su tienda; prefería no tener cerca a la tentación. Malinalli se acercó a una de las fogatas y se acurrucó bajo

el huipil. Se perdió en las chispas que subían desde las llamas antes de ser devoradas por la oscuridad.

"Eres cien veces mejor que Aguilar". Las palabras regresaban. ¿Qué había querido decirle el español? Muchas veces lo sorprendía evaluándola en silencio, pero no lograba descifrar la mirada. Todos los hombres tomaban lo que deseaban por la fuerza. Él, en cambio, no avanzaba sobre su cuerpo. No la había entregado a otro tras la partida de Puertocarrero, pero tampoco la había reclamado para sí. Era como si quisiera preservarla, sin tocarla jamás.

Se descubrió pensando demasiado en ese hombre y apartó los ojos del fuego, molesta consigo misma. Dentro de él habitaba un cazador, y si ella bajaba la guardia, pasaría de intérprete a presa. Era más seguro ser su lengua que su amante; las amantes eran reemplazables.

El sonido de pasos a sus espaldas la tensó. Cortés apareció con un plato de barro con tortillas y un trozo de pescado. Lo dejó en el suelo, a los pies de ella sin decir una palabra. Después se dio vuelta y se alejó.

Malinalli comió despacio, disfrutando de la tibieza de la comida. El gesto había sido pequeño, pero para ella recibir algo era una gran novedad, un lenguaje que desconocía.

Levantó la vista hacia la tienda del capitán. Adentro, su sombra se recortaba inquieta a contraluz. "Somos parecidos", pensó. Era la primera vez que encontraba a un hombre decidido a no ceder ante nada, hecho de una determinación en la que ella se reconocía. Por un instante deseó que se hubiera quedado junto a ella, que le hubiera preguntado por su historia en lugar de hacerla hablar

siempre con palabras de otros. Pero los hombres como él no conversaban junto al fuego.



*Tlaxcala,*
*septiembre de 1519*

Las semanas siguientes fueron de marcha intensa. El avance hacia Tenochtitlán exigía atravesar Tlaxcala, la tierra del único pueblo que los mexicas jamás habían logrado doblegar. Cortés, fiel a su instinto, buscó el choque y derrotó a los tlaxcaltecas.

Cuando los derrotados aceptaron negociar, Malinalli tradujo el mensaje del español: en tiempos de guerra, el enemigo del enemigo se vuelve un hermano. Juntos podían derrotar a Moctezuma. Mientras hablaba, sentía el peso de cada palabra ajena. En su boca el rencor de un pueblo se fundía con la ambición de un hombre. Los jefes guerreros asintieron en silencio.

Desde ese momento los tlaxcaltecas la llamaron Malintzin. El trato cargado de respeto la conmovió. Toda la vida había sido "la esclava" o "el regalo"; nunca antes "la venerable". Ella, acostumbrada a vestirse con palabras ajenas, sintió que aquel nombre era distinto. A diferencia de Marina, a este nombre se lo había ganado. Aprendió sola a sostener con palabras mundos que, sin ella, no lograban entenderse.

Como la voluntad del capitán debía pasar por la boca de ella antes de llegar a oído alguno, los tlaxcaltecas le decían a él "Señor Malintzin". Los españoles lo repetían y reían, ignorantes de lo que

nombraban. Malinalli notó un calor intenso en el pecho al escuchar llamarlo con su nombre, pero enseguida suprimió el orgullo. No era un honor. Llamarlo con el nombre de ella alteraba el orden del universo.

Esa noche, mientras todos en la casa donde se alojaban dormían, Cortés la encontró en el patio junto a un brasero. Se sentó frente a ella, no a su lado.

—Sin ti, no llegaríamos a ninguna parte —bajó la voz hasta hacerla sonar como una confesión.

Ella levantó la cara y sostuvo la mirada.

—Lo sé.

Desde que su madre la había entregado a los mercaderes, nadie la había hecho sentir necesaria, hasta que se convirtió en el cauce por donde un conquistador español, con quinientos hombres al mando, hacía correr su ambición.

Él quería reclamar para sí la boca que le daba el poder, pero se contuvo. Se levantó de golpe y se retiró sin despedirse. Ella se quedó frente a las brasas, con el nombre nuevo habitándola y la piel ardiente donde él no la había tocado.

Al amanecer, cuando reemprendieron el camino hacia Tenochtitlán, ya no caminaba Malinalli. Caminaba Malintzin.



*Cholula,*
*octubre de 1519*

Los señores de Tlaxcala le habían advertido a Cortés que no pasara por Cholula, una ciudad sagrada, vasalla de Moctezuma desde hacía años. Le ofrecieron una ruta más segura hacia Tenochtitlán. Sin embargo, rodear Cholula hubiera sido un signo de debilidad que el capitán no quería demostrar. Los mexicas tenían que verlo atravesar sus ciudades más importantes sin pedir permiso.

Cholula los recibió con el perfume del cempasúchil. Los habitantes colgaron guirnaldas con flores en los cuellos de los extranjeros, les ofrecieron cacao espumoso en jícaras pintadas y les cedieron los mejores palacios. Detrás de la comitiva española marchaban los miles de guerreros tlaxcaltecas, a quienes los cholultecas obligaron a acampar fuera de las murallas. Aquella exclusión, presentada con cortesía, fue la primera señal de alarma, pero Cortés la ignoró.

Malintzin empezó a leer otras. Los señores más importantes no organizaron encuentros; los sacerdotes mayores no se dejaban ver. Había entre los poderosos un silencio muy distante de la hospitalidad.

Al tercer día, mientras supervisaba el reparto de agua en el patio principal, se acercó a ella una anciana cholulteca. Vestía el huipil bordado de la clase alta. Sin apartar la vista de los soldados que iban y venían le susurró en náhuatl.

—Ven conmigo. Tengo un hijo de tu edad. Te haré mi nuera.

—¿Por qué?

La mujer le tomó la mano.

—Porque mañana al amanecer no quedará ninguno de estos extranjeros con vida. Tú no mereces morir con esos extraños. Yo te escondo durante la matanza. Te doy un nombre nuevo y un hogar. Vives aquí.

Malintzin la miró largo rato.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

Entonces, la mujer le reveló que veinte mil guerreros mexicas estaban agazapados en los cerros que rodeaban la ciudad, esperando la señal para atacar. Le contó que los cholultecas tenían la orden de cerrar todas las salidas y que las calles estaban sembradas de trampas.

—Déjame buscar mis cosas. Regreso enseguida.

Mientras corría por la calle, vio lo que esa mujer le ofrecía: un marido, hijos dormidos sobre el regazo, una casa de piedra a la que llamar hogar. Entendió que era algo imposible; hasta peligroso. Apenas los cholultecas descubrieran que ella conocía los planes de Cortés y sus rutas la castigarían. Y si por algún milagro sobrevivía, para vivir entre ellos primero tenía que morir la venerable, la que hacía callar a los hombres con su voz. La intuición, ese pez frío oculto en su interior que despertaba cada tanto, el mismo que le advirtió sobre los mercaderes de Xicalango, volvió a hacerse sentir en su vientre. Y decidió escucharlo.

Encontró al capitán inclinado sobre los mapas estudiando el camino hacia Tenochtitlán. Él reconoció la urgencia en el ceño de Malintzin, pero esperó a que hablara.

—Una mujer vino a verme —dijo en castellano, despacio, para no equivocarse—. Mañana van a matarte a ti y a todos los tuyos. Me ofreció una vida si los dejaba morir.

Cortés apoyó los puños sobre la mesa, que crujió bajo el peso. Se preguntó por qué había vuelto Malintzin pudiendo haber huido. ¿Debía creerle?

—¿Y qué le dijiste?

—Nada. Vine aquí. Moctezuma tiene un ejército escondido listo para atacar en la mañana.

Entonces le contó todo lo que la mujer le había revelado. Con eso le entregó la ciudad, junto con la vida que le habían ofrecido. Eligió de qué lado estaba en esa guerra entre dos mundos. Él la escuchó con una intensidad devoradora, los ojos fijos en la boca que se movía con prisa. Se puso de pie sin ocultar su alteración. Antes de cruzar la puerta del aposento, se detuvo.

—Gracias, Malinche —dijo, porque Malintzin no le cabía en la boca. Aquella mujer había tenido que escoger entre su gente y él y lo había elegido a él sin pedir nada a cambio. Lo que ella le dio era más útil que el amor. Era fidelidad.

El capitán reunió a los líderes cholultecas en el patio del templo mayor. Una vez dentro, cerró las puertas y ordenó matarlos a todos. Después, soltó a los tlaxcaltecas sobre el resto de la población. El baño de sangre duró dos días.

Cuando terminó la masacre, Cortés recorrió las calles con serenidad y seguridad. Comprobó que el miedo abre más puertas que el oro. Junto a él, Malintzin avanzaba con la mirada fija al frente, obligándose a no mirar el espanto de los cadáveres que yacían con los vientres abiertos y los rostros descoloridos. El olor ferroso de la sangre seca adherida a las piedras le revolvía el estómago. El incesante zumbido de las moscas la atormentaba. Sin su advertencia, los cuerpos tendidos hubieran sido los de los españoles. Ella los había salvado, pero eso no la reconfortaba.

Él vio el espanto en su rostro. La tomó de la muñeca, justo donde la sangre pulsaba. Los dedos ásperos, aún manchados de pólvora, se cerraron. Y apretó. La obligó a acelerar el paso.

—Vamos —dijo, casi como una invitación a seguir caminando entre los muertos.

Ella intentó soltarse, pero él mantuvo la presión hasta que, con brusquedad, abrió la mano. "Aún no", pensó para contener sus impulsos. Antes que ella estaba su ambición. Él ya no era el hidalgo menor de Medellín o el aventurero que había dejado Cuba detrás del oro. Lo movía una avidez más profunda. Quería que los cronistas mojaran la pluma para escribir su nombre junto al de Julio César. El imperio mexica era más que un botín, era un pedestal. No tomaría a Malintzin todavía. Una concubina no le servía: la necesitaba íntegra, libre, dueña de su voz, capaz de hacer hablar a un imperio.

Malintzin lo seguía. La muñeca aún le ardía donde él la había apretado. Pero más le dolía saber que era su cómplice.

Los invasores salieron de Cholula con fama de invencibles. No encontraron rastros del ejército que había estado esperando para atacarlos. En el camino hacia Tenochtitlán, los pueblos se rendían y los dejaban pasar. Malintzin marchaba en la delantera, envuelta en mantas finas de Tlaxcala. Era más que la traductora, era una parte del poder que avanzaba.

La columna descendió entre los volcanes. El aire se volvió frío y el agua de los lagos empezó a brillar en el horizonte. Allí, donde el cielo tocaba el imperio, los esperaba Moctezuma.



*Calzada de Iztapalapa, Tenochtitlán,*
*8 de noviembre de 1519*

Los españoles marchaban por el camino que se extendía sobre el lago como una flecha de piedra. En la dirección contraria avanzaba una litera, cargada por seis hombres, adornada con campanillas de oro que se mecían con cada paso. Sobre ella iba recostado un solo pasajero.

Malintzin marchaba a la derecha de Cortés. Lo sintió contener el aire, deslumbrado por todo lo que se desplegaba ante él. Él le buscó la mano con un roce breve y ella entendió el mensaje: Te necesito conmigo. No respondió al tacto, pero tampoco se apartó.

Cuando los tuvo enfrente, ella reconoció en cada hombre el rostro de los mercaderes de Xicalango y recordó el sonido de los granos de cacao cuando la habían pesado para venderla. Coatzacoalcos tributaba a Tenochtitlán en mantas, en plumas, en niñas; ella había sido moneda de ese emperador.

Antes de que pudiera detenerlo, el capitán avanzó hacia Moctezuma con los brazos abiertos. Dos nobles se interpusieron entre ellos de inmediato, pero el español no perdió la sonrisa: inclinó el cuerpo y convirtió el tropiezo en reverencia.

El emperador hizo un gesto y un noble mexica le acercó una bandeja de madera sobre la que descansaba un collar de caracoles rojos del que colgaban ocho camarones de oro labrados. El español lo recibió y se lo colocó. Sonrió de costado y le ordenó a Malintzin:

—Dile que es un regalo digno de un gran príncipe.

Ella tradujo, escogiendo las palabras, consciente de que un matiz podía cambiar el mundo. Solo entonces Moctezuma la miró. Nada lo había preparado para la estocada de oír las palabras en la boca de una esclava que le sostenía la mirada. Ella, en cambio, disfrutaba de que el gran tlatoani dependiera de su lengua.

—Sean bienvenidos a Tenochtitlán. Los esperábamos. Aquí descansarán y serán tratados como señores—. Moctezuma extendió la mano hacia la ciudad en señal de invitación.

Cortés aceptó y abrió el camino, con su intérprete a su lado.

Al cruzar el último puente, Malintzin solo podía oír los latidos de su corazón acelerados en una carrera enloquecida. Ella, la niña vendida en Xicalango, entraba en Tenochtitlán como invitada de honor. Desde los tejados planos caían cascadas de flores y el aire olía a jazmines de la noche a punto de abrirse. Las canoas iban y venían por canales trazados sin fin. Los mexicas condujeron a los españoles hasta el palacio de Axayácatl, una residencia de muros anchos, jardines interiores con fuentes cantarinas y pisos cubiertos con esteras suaves.

En la entrada del palacio, Malintzin se detuvo para dejar pasar al capitán. Al llegar a su lado, con un gesto mínimo él la invitó a entrar primero. Ella entendió. Habían marchado juntos desde Potonchán hasta el corazón del imperio mexica. Sin ella, ese umbral no habría cedido. Avanzó.

Un brasero de cobre que ardía con copal le dio la bienvenida a sus aposentos. Sirvientes descalzos entraban y salían sin hacer ruido cargando tortillas recién palmeadas y pescado envuelto en hojas de maíz. Una mujer mexica le trajo un huipil nuevo bordado con franjas azules, y un collar de jade. Se cambió y se acercó al espejo de obsidiana que cubría uno de los muros, la superficie pulida como agua negra. La piedra le devolvió su imagen. Todo era exceso, y sin embargo nada de aquello le pertenecía. Si Moctezuma decidía que ya no la quería viva, esos mismos dedos que le ajustaban el collar le apretarían el cuello hasta cerrarle los ojos para siempre.

Afuera, los fogones se encendieron uno por uno y la ciudad se convirtió en un lago de pequeñas estrellas que competían con las del cielo.

En la habitación contigua, Cortés no se acostó. Paseaba con la espada al cinto, el metal chocando rítmicamente contra el muslo en el silencio del palacio. Si los mexicas cerraban los puentes, sus hombres no tendrían cómo huir. Había que apresar a Moctezuma y convertirlo en escudo humano cuanto antes. La ansiedad le quemaba por dentro.

Planeaba sin cesar, pero entre un paso y otro su mente volvía a la tarde: la comitiva dorada, el tlatoani bajo el palio, y esa mujer erguida entre dos mundos. Había estado espléndida: sostuvo la mirada de Moctezuma con la quietud de quien aprendió a ocultar el miedo. Se reconoció en la forma impertinente que tenía de desafiar el destino, y eso encendió el deseo. Quería deshacer el nudo del huipil y tomar la piel cobriza, morder el cuello donde vibraban las palabras. La iba a tener no solo por la pasión que le ardía bajo el jubón, sino para domarla y devolver el mundo a su orden: él, el guerrero, arriba; y ella, callada, bajo su cuerpo.

—Aún no —se dijo, apretando el pomo de la espada con todas sus fuerzas.

A medianoche, Malintzin se cubrió los hombros con un manto y salió al corredor descalza. El frío de las piedras le subió por las plantas de los pies. Unas lámparas de aceite proyectaban sombras alargadas en los muros. Al fondo de la galería un guardia mexica cerraba el paso.

Llamó a la puerta del capitán con dos golpes suaves. Él abrió al instante. Estaba vestido, alerta, como si la hubiese estado

esperando. Se hizo a un lado y la dejó pasar. Ella vio los mapas extendidos sobre la mesa, iluminados por la luz temblorosa de las velas. No había ido para hablar de Moctezuma; había acudido porque dormir en esa ciudad enemiga le resultaba imposible.

Él le ofreció sentarse a su lado y le acercó un cántaro. Después habló.

—Si algo sale mal, no será por ti. Quiero que lo sepas.

—Saldremos. Y tendrás lo que viniste a buscar —estaba segura de lo que decía.

Él levantó la mano y apoyó la palma, apenas, sobre la mejilla cobriza. La dejó allí, quieta. Ella no se movió para no interrumpir el momento. Cuando él la quitó, la sostuvo en el aire un instante, dudando. Luego, tomó a la joven del brazo con suavidad y la condujo hasta la puerta.

De regreso en sus aposentos, Malintzin se tendió sobre la estera, se arropó y se quedó mirando la oscuridad. Se llevó dos dedos al rostro; el calor seguía allí. Algo en ella había querido quedarse con él, refugiarse en su pecho. Por primera vez, había tenido el impulso de besar a un hombre. Lo había frenado a tiempo. Cortés no estaba allí para ella. Su interés pertenecía a la gloria, a la conquista de Tenochtitlán, a los tesoros. Eso ocupaba el lugar que ella anhelaba. Y mientras aquello fuera así, no debía convertirse en su presa.

Por la mañana, despertó con el retumbar de los tambores del Templo Mayor que marcaban el inicio del día. El eco se extendió por la ciudad, y cuando el sonido se apagó, otros murmullos lo reemplazaron: el fluir del agua en las acequias le recordó el río Coatzacoalcos. Más allá, apenas audible, una voz cantaba en náhuatl

una canción de cuna. Por un instante sintió algo parecido a estar en casa. Hasta que recordó sus muñecas atadas en Xicalango.

Afuera, Tenochtitlán respiraba, enorme y tranquila, y las primeras canoas del día empujaban el agua hacia el mercado de Tlatelolco.



*Tenochtitlán,*
*verano de 1521*

Después de aquella noche en el palacio de Axayácatl, el mundo se partió varias veces. Cortés apresó a Moctezuma y lo convirtió en su escudo. Durante meses el tlatoani habló por boca de Malintzin para pedirle a sus ciudadanos que no se levantaran contra los extranjeros, hasta que ellos dejaron de creerle. Murió herido por una piedra sin que jamás se supiera quién se la había arrojado. La noche siguiente, los españoles huyeron de Tenochtitlán, perseguidos por los mexicas, bajo una tormenta que parecía intentar ahogarlos. Llevaban los tesoros, fundidos en lingotes, ceñidos al cuerpo con tiras de cuero. Los mexicas levantaron los puentes. La calzada que llevaba a tierra firme estaba cortada por agua que en la oscuridad nadie alcanzaba a medir. Los caballos avanzaban a ciegas, tanteando con los cascos el camino. Resbalaban en el barro o pisaban en falso y caían al agua con sus jinetes. El peso del oro robado los arrastraba al fondo en segundos. Desesperados, muchos hombres intentaban salvarse arrojando los lingotes al canal. El oro sagrado parecía decidido a permanecer con sus dueños legítimos.

Malintzin avanzaba con la falda empapada de sangre ajena y el olor a carne quemada impregnado en el cabello. Al pisar tierra firme, se abrió paso entre los que habían logrado cruzar y preguntó por el capitán. Lo encontró varias horas más tarde, con la primera luz del día, sentado bajo un árbol. Había perdido más de la mitad de sus tropas. Lloraba como un niño. Ella se sentó a su lado. Le temblaba la mandíbula, tragó saliva. Las lágrimas, obstinadas, bajaron en silencio. Lloraba por el espanto del que se sentía cómplice, pero más lloraba porque si ese hombre no volvía a ponerse de pie, ella ya no tendría sitio en ninguna parte.

Los que lograron salir de la ciudad buscaron refugio en Tlaxcala. Allí descansaron, sanaron las heridas y juntaron fuerzas. Se preparaban para regresar a vengarse, pero antes que ellos apareció otro enemigo de los mexicas. Uno que se deslizó entre los muros para cubrir la piel de los habitantes de pústulas y encender la fiebre. Sucumbieron los guerreros y los sacerdotes, las madres, los viejos y los niños. La viruela fue la aliada más eficaz de los españoles dentro de las murallas.

Al llegar a Tenochtitlán, Cortés ordenó bloquear los canales y rodear las salidas. Asediaron la capital durante noventa y tres días. Adentro, el hambre y la enfermedad hicieron el trabajo que las espadas esperaban completar.

La ciudad cayó una noche sin luna. Malintzin la vio morir desde una azotea de Tlatelolco. Los templos ardían y el aire traía el olor de los cuerpos que no alcanzaban a enterrar. No sintió triunfo, tampoco pena. La tierra de sus enemigos ardía. También ardía el mundo en el que ella había nacido.

*Coyoacán,*
*octubre de 1521*

Tenochtitlán quedó inhabitable. El agua de los canales se tornó verde por los cadáveres. Los pocos sobrevivientes vagaban entre escombros como espectros buscando comida. Malintzin ocupaba la habitación contigua a la suya. La guerra había terminado. La espera, también.

Una noche de lluvia, mientras los guardias cansados vigilaban los corredores de la casa, la hizo llamar.

Ella se detuvo en el umbral de la habitación para observarlo. Estaban juntos a toda hora: al amanecer, cuando él se recortaba la barba frente a un cuenco de agua; al mediodía, cuando la buscaba para discutir los próximos pasos; al caer la noche, cuando comían del mismo plato en silencio y la envolvía su olor a sudor y tabaco. A esa altura ya no les quedaba nada por decirse. Y, sin embargo, nunca lo había percibido tan vulnerable. Ni tan peligroso.

La invitó a sentarse junto a él, los muslos se rozaron bajo las telas.

—¿Por qué esta noche? —susurró ella.

Él tardó en responder, elegía las palabras con cautela.

—Porque antes yo necesitaba que fueras mi voz, mis oídos y mi sombra. Eras necesaria.

La palabra quedó suspendida en el aire, seca. No "valiosa". No "querida". Necesaria. No era la explicación que había esperado escuchar.

—¿Y ahora? —la decepción sonaba en sus palabras.

—Ahora has visto mis miedos. Mis fracasos. Ya no eres mi lengua. Eres mi memoria.

Se puso de pie primero. Luego la ayudó a levantarse del petate, despacio, sin dejar de mirarla.

Entonces, ella comprendió. La había reservado para ese instante: su consagración.

Sintió el roce áspero de la barba en el cuello, y se estremeció. Él la tomó de los brazos y la espalda de Malintzin encontró el muro encalado. El frío de la pared le recorrió la piel antes de que él la besara con hambre. Al separarse, vio temblar sus labios. Y pensó: "Él también tiene miedo". Eso lo volvió humano.

Los dedos torpes le desabrocharon el huipil como quien abre un libro sagrado sin saber leer. Cuando la mano encontró el pecho izquierdo, algo se desbordó en Malintzin. No tuvo la urgencia de abandonar sus huesos ni de mirar la escena desde lejos. Con Cortés quería habitar cada poro, cada caricia.

Él se aferró a ella con un gemido profundo y urgente, y ella mantuvo los ojos abiertos. Quería ver cómo el conquistador ponía a sus pies el deseo contenido por meses.

Después, mientras respiraban el mismo aire denso, él se abrazó a su espalda y ella notó el latido apresurado contra la piel desnuda. No la había tomado, él se había rendido.

La rendición duró poco. Al rato Cortés se incorporó y buscó la ropa dispersa por el suelo. Malintzin, recostada en la penumbra, lo vio abrocharse la camisa de espaldas y volver a habitar al comandante. Aun así, su actitud era diferente. Sin ella él estaba incompleto. Jamás se había sentido tan necesitada.

Afuera, la lluvia lavaba los huesos de los guerreros muertos, todavía tendidos donde cayeron. Se preguntó si el agua también querría llevarse los rastros de esa noche, borrar el olor de la entrega y el eco de sus gemidos. Apretó la manta que la envolvía, deseando que esa pasión no terminara convertida en un recuerdo fugaz.

Los encuentros se sucedieron y los cuerpos aprendieron a hablar la misma lengua. Él la buscaba con insistencia febril, con una urgencia que no se había permitido con ninguna otra. Con otras mujeres Cortés sentía la necesidad de volver a sus papeles después de saciar el cuerpo. Con Malintzin, dejaba mapas a medio trazar, despachos sin firmar. A veces se descubría mirándola dormir, intentando entender qué era aquello que él no terminaba de alcanzar. La deseaba por esa esencia indómita que se le escapaba de las manos y que cada noche volvía a buscar. Se enfurecía consigo mismo por necesitar volver.

Ella lo amaba en los momentos efímeros en los que él se entregaba: cuando reía sin calcular, cuando el sueño lo vencía sobre su regazo y quedaba despojado de su rango. Pero sabía que esos instantes no le aseguraban un lugar.

Tardó días en darle la noticia. Lo hizo una noche, en voz baja. Él bajó la vista hacia el vientre y apoyó allí una palma, con decisión. "Será varón", ordenó. Desde ese momento, el capitán le dio servidumbre, la puso al frente de su hogar y la dejó tratar con los señores indígenas que llegaban buscándolo. Los españoles empezaron a llamarla "doña Marina".

Malintzin le hablaba al vientre que crecía en una conversación íntima, tejida de nostalgia y de ternura nueva. Le contaba en náhuatl las historias que su propia madre no le había contado.

Desde la distancia, Cortés la observaba. No entendía las palabras, pero veía el vientre redondo e imaginaba a su hijo cruzando el océano de su mano, legitimado por el papa y recibido en la corte del rey. Mientras ella le daba raíces, él construía un destino para el varón que confiaba llevaría su apellido más alto que cualquier conquista.

Martín nació una tarde de otoño de 1522. Lloró fuerte, con pulmones de conquistador y lágrimas de conquistado. Cuando se lo pusieron sobre el pecho, Malintzin pidió a todos los dioses que conocía: "Que no sufra. Que no sufra como yo sufrí".

Cuando el capitán llegó a conocer a su hijo, lo tomó en brazos. Lo sostuvo con torpeza a la altura de los ojos y le murmuró: "Tú vas a llegar adonde yo no llegué". Ella entendió en ese instante que él no tenía hijos; tenía planes. Martín era el paso siguiente. Ella hubiera querido mantener al bebé dentro de su cuerpo, lejos de la mirada del padre, por toda la eternidad.

Esa misma tarde el pasado de Cortés desembarcó en esas tierras y llevaba nombre de mujer: Catalina Juárez de Marcaida, su esposa. La española llegó a Coyoacán en litera, envuelta en terciopelo pesado, sudando bajo el sol del valle.

Una criada entró a la habitación y le dio la noticia en voz baja, con el tono con que se anuncia una desgracia. Malintzin no se movió. El niño había soltado el pecho y dormía con una gota blanca en la comisura de los labios. Tenía la piel más clara que la suya y más oscura que la de los españoles; las facciones, todavía indefinidas. Lo escuchó respirar. Ese bebé era diferente; era suyo. Como todo lo que se había ganado: un nombre respetado, tierras y poder en la sociedad. Para quien fue comprada, vendida y regalada, aquello era

un imperio entero, y Hernán Cortés, su sostén. Mientras él la necesitara, ella existía. Si dejaba de hacerlo, no tendría dónde volver: para los suyos era la lengua que los había entregado.

Sola tenía demasiado que perder. La mujer del conquistador tenía papeles y sacramentos que ella jamás obtendría. Aunque Martín, el primer varón de Cortés, descansara en la cuna, un hijo no le daba a Malintzin los derechos de esposa. Además, con cada niño mestizo que nacía y aprendía a balbucear en las dos lenguas ella se volvía un poco más prescindible.

—No voy a perderlo todo otra vez —se prometió.

En un principio, Catalina intentó acostumbrarse a la nueva vida. Malintzin dio un paso al costado; enfrentarla habría sido un error. El capitán dormía con su mujer, pero cada amanecer buscaba a su amante. Insistía en sentarla a la mesa frente a su esposa, que comía sin levantar los ojos del plato mientras el aire se volvía irrespirable. Cuando por las tardes paseaba por los patios con Martín en brazos, la española se ocultaba tras alguna puerta a llorar.

Hubo noches en las que Malintzin presenció fuertes discusiones en el matrimonio. Apenas podía, se levantaba sigilosamente y se retiraba a una habitación contigua, donde dormía Martín. Se sentaba en la oscuridad y le cantaba al niño para que no se despertara con los gritos. Los reproches le llegaban en fragmentos: algunas palabras sueltas, un golpe seco contra la mesa, el llanto de Catalina.

Cuando por fin la pelea cesaba, regresaba al comedor. Encontraba a Cortés hundido en la silla, aferrado a una jarra de vino. Se acercaba sin hablar, le quitaba la bebida y le servía agua en una taza limpia. A veces él ni la veía. Ella se quedaba de pie un rato; después lo dejaba solo.

El Día de Todos los Santos, el aire de la casa se rompió con un alarido. Una criada encontró a Catalina muerta en la cama. Malintzin vio la escena desde el vano: las cuentas del collar de perlas de la mujer estaban regadas por el suelo y en el cuello asomaba una sombra violeta. Su marido juró por Dios que el corazón se le había detenido mientras dormía. Pero los enemigos, que eran muchos, susurraban la palabra "estrangulada".

En los días que siguieron, cuando miraba las manos que la acariciaban tantas noches, Malintzin sentía cómo el suelo de su pequeño imperio se resquebrajaba. Vivía junto al capitán desde hacía cuatro años; lo había visto en la batalla, en la masacre, en la celebración. Siempre creyó que su violencia tenía una dirección clara: el enemigo. Pero Catalina era su esposa, no un rival. Malitzin entendió que también ella podía terminar muerta.

Tras la muerte de su esposa, Cortés envejeció de golpe, abrumado por problemas. Llegaban cartas desde la corte de Castilla que lo llamaban a rendir cuentas. Los oficiales del rey husmeaban por los patios de Coyoacán haciendo preguntas a los criados y la Iglesia pedía abrir una pesquisa por la muerte de doña Catalina. Malintzin entendió que el conquistador estaba perdiendo autoridad.

Una tarde, llamó a la puerta de la habitación donde él se encerraba a deliberar estrategias para no ser desplazado. Llevaba a Martín en brazos; sabía que ver a su hijo lo enternecía.

—Tengo un hijo tuyo y no tengo nombre en tu ley. Cásame.

Él soltó la pluma.

—No puedo casarme contigo —dijo al fin.

—¿Sabes cómo llaman en los mercados a las mujeres que dan a luz sin marido?

—Malintzin, tú eres…

—Puta —lo interrumpió, en castellano—. Esa palabra también la aprendí de ustedes.

Él no respondió.

—Cásame con uno de los tuyos. Quiero tierras que no me puedan quitar, promesas que no se mueran contigo.

Él aceptó que ya no podía retenerla. La muerte de Catalina era un escándalo que la corona no perdonaría. Sus enemigos tenían suficiente para hundirlo y lo reclamaban en España para responder acusaciones. Si caía preso o muerto, dos destinos probables, la madre de su hijo quedaría a merced de hombres sin escrúpulos. Merecía una protección que él ya no podía ofrecerle. Esa noche bebió más de la cuenta. A la mañana siguiente ya había elegido un marido.

Juan Jaramillo era un capitán de caballería parco. Para él, casarse con doña Marina, una mujer con tierras y un hijo reconocido por Cortés, era una oportunidad para ascender en la sociedad que se estaba formando. Por eso no le importó que no lo amara. Entendía que ella también buscaba algo más útil que el amor: la certeza de tener un suelo firme, ser la esposa de un hombre ante la ley.

Un año después de la boda con Jaramillo nació una niña. Malintzin eligió por nombre María, como la virgen que le enseñaron a venerar los frailes. María, la hija de Malintzin, de Malinalli, de doña Marina. La niña que nunca sería vendida, la que no sería la lengua de nadie. La que tenía un apellido desde la cuna.

Jaramillo aceptó el nombre. No preguntó por qué. No le importaba.

Afuera, la ciudad de México se levantaba sobre las ruinas de Tenochtitlán.



*Coyoacán,*
*primavera de 1528*

Tres años después, Martín alternaba palabras en castellano y en náhuatl, y corría descalzo por los patios a abrazar a su padre cuando llegaba de visita. María, aún pequeña, buscaba siempre la protección del huipil de su madre.

En ese tiempo, el capitán recibió la orden de viajar a España para responder ante la corona por la muerte de Catalina y por cada legua de tierra repartida sin el permiso del rey.

—Vengo a llevarme al niño a España. Quiero que tenga un porvenir —le anunció un día, sin preámbulos.

Malintzin arrimó a Martín a su lado.

—¿Voy a volver? —preguntó el pequeño.

Ella miró a Cortés. Él desvió los ojos.

—Tu padre te mostrará el mar.

Martín aplaudió.

—Que siempre estés en el cielo, *noconetzin* —le recorrió la cara con las yemas, despacio, para guardarse las facciones por el resto de sus días. Luego se irguió.

—Cuídalo —le dijo al padre en castellano.

Él no prometió nada. Martín se aferró a su mano y salieron.

Malintzin subió a la azotea con la pequeña María en brazos para verlos partir. Desde allí se distinguía, muy lejos, lo único que los conquistadores no habían podido derribar: la silueta blanca de Iztaccíhuatl tendida bajo el cielo y, junto a ella, el humo pausado de Popocatépetl, que velaba a la princesa desde hacía siglos.

Por primera vez en mucho tiempo, Malintzin dejó de combatir el dolor. Lloró por los muertos que ya no podía contar, caídos por las palabras que habían pasado por ella. Lloró por la madre que nunca la quiso. Lloró por Hernán Cortés, el hombre a quien le había entregado la lengua, los pechos y el hijo. Lloró, sobre todo, porque sabía que no volvería a abrazar a su niño.

María apoyó la cabeza contra el cuello de su madre, y ella la dejó quedarse allí, tibia, como quien guarda una brasa para la noche larga.

—Te contaré una historia —le dijo en náhuatl.

Le contó sobre una mujer que había sido vendida por su madre. Sobre los nombres que había recibido, y sobre el único que se había ganado gracias a ser la lengua de dos mundos que se enfrentaron. Las lágrimas cayeron sobre el pelo negro de María.

Popocatépetl seguía humeando. La mujer dormida, en cambio, no se movía. Entre el humo que no se apaga y el silencio que no despierta, Malintzin siguió narrando la historia. No sabía si se la contaba a la niña o a los volcanes. Eso ya no importaba.



# 2

# LA PERLA DE ITALIA

## Virginia Oldoini y Napoleón III



*París,*
*invierno de 1855*

El carruaje se detuvo frente al palacio de las Tullerías. Virginia giró hacia la ventanilla sin mirar la escalinata ni las columnas. Se concentró en su reflejo en el vidrio: ajustó un rizo rebelde, corrigió la caída de un pendiente. No dejaba nada librado al azar.

—¿Lista? —preguntó Francesco, su marido.

Ella descendió sin responder. Toda su atención estaba puesta en el peso de sus pasos sobre el mármol, en cómo el vestido acompañaba los movimientos, en el cálculo exacto de la reverencia que haría ante Napoleón III.

En aquellos salones había hombres que decidían el destino de Europa. Virginia no pensaba discutir con ellos. Planeaba volverse imprescindible para uno en particular.



Virginia Elisabetta Luisa Carlotta Antonietta Teresa María Oldoini nació en Florencia, una mañana de 1837. Desde muy temprano

sobresalió por una hermosura casi excesiva, en la que se destacaban los ojos grises atravesados por vetas verdes que, según la luz o el humor, se encendían en un violeta mineral.

Su madre, la marquesa Isabella Lamporecchi, le había enseñado que la belleza era la llave para abrir todas las puertas. A los quince años, Virginia ya era capaz de desarmar a un hombre con una sonrisa para después retirársela y así arrebatarle el aliento. Era vanidosa y dedicaba horas de cada día en cuidar su apariencia. Pero debajo se ocultaba una mente aguda, con la capacidad de leer a las personas antes de que hablaran. Podía analizar las situaciones con astucia y sorprender a quienes la creían solo una joven atractiva.

El marqués Filippo Oldoini veía en su hija la oportunidad de obtener las riquezas que sus blasones no tenían. Cuando Virginia cumplió diecisiete años, su padre aceptó la propuesta de matrimonio de Francesco Verasis Asinari, conde de Castiglione, un viudo doce años mayor que ella, que poseía vastas extensiones de tierra en el Piamonte y una discreta carrera diplomática. Para Filippo aquello era suficiente; para su hija, no. Antes de aceptar, pidió hablar a solas con su futuro esposo.

La sala de música de los Oldoini estaba vacía y en penumbras cuando Francesco entró con la seguridad de quien cree conocer el terreno. Su prometida era joven, quizás estuviera nerviosa, pero estaría dispuesta a aceptar el destino que otros habían trazado para ella.

Minutos después Virginia entró sin apuro y cruzó la sala con paso firme hasta sentarse frente a él. Francesco vio las facciones recortadas en la contraluz: la línea perfecta de la mandíbula, los pómulos altos, los labios que no se curvaron en una sonrisa.

—Señorita, será un honor hacerla mi esposa.

—Prefiero que no perdamos tiempo con formalismos —lo interrumpió—. Ambos sabemos por qué está aquí. Mi padre ha decidido este matrimonio y yo no lo cuestionaré. Me casaré con usted.

Francesco se acomodó levemente en el asiento.

—Me alegra escucharlo.

—Aún no he terminado. Seré su esposa y cumpliré con cada una de las obligaciones que se esperan de mí. A cambio, me garantizará ciertos términos. Dispondré de una asignación de dinero propio, sin necesidad de su aprobación ni supervisión.

Francesco arqueó una ceja, preocupado. Aquello no le parecía una conversación entre prometidos, sino una negociación entre estados.

—No intervendrá en mis amistades ni en mi correspondencia —continuó Virginia—. Y en caso de que este matrimonio termine por cualquier causa, yo conservaré la custodia de los hijos que podamos tener.

—¿Quién le ha enseñado a negociar de este modo? —Francesco no esperaba que su prometida pretendiera establecer las bases del matrimonio.

—Nadie. Estoy aprendiendo ahora.

El conde accedió a regañadientes, aferrado a la certeza de que jamás debería cumplir aquellos términos. ¿Qué importancia podía tener que ella dispusiera de dinero propio si él nunca le daría ocasión de gastarlo? Aceptó el trato, además, porque no le inquietaba que Virginia no lo amara. Le bastaba con ser el hombre que desposaría a la mujer más hermosa de Florencia.

La joven se puso de pie con la satisfacción de quien ha conseguido lo que buscaba. Hizo un breve gesto con la cabeza y salió. Francesco quedó solo en la habitación con la sensación incómoda de que estaba ante una fuerza difícil de contener.

Dos meses más tarde, Virginia avanzaba hacia el altar de la iglesia de Santa María del Fiore, en Florencia, con un vestido que ella misma había copiado de un lienzo de Rafael para parecer una de sus vírgenes. Pero bajo el velo que le cubría el rostro ocultaba una decisión íntima: no sería de Francesco ni de nadie. Solo se pertenecía a sí misma.

Los primeros meses del matrimonio transcurrieron con una lentitud que exasperaba a la joven. Las jornadas se sucedían prolijas, ordenadas, sin fisuras, y allí estaba lo que más temía: la certeza de volverse indistinguible de cualquier otra joven esposa de provincia. Francesco la trataba con indiferencia. Para él, ella era un trofeo que exhibía cada tanto en las veladas diplomáticas, como una joya que se luce en público por unas horas.

Con el nacimiento de Giorgio y la urgencia de aquel cuerpo pequeño que la reclamaba sin pausa, Virginia llenó, por un tiempo, el vacío. Amó a su hijo con una intensidad que la sorprendió, porque hasta aquel momento no sabía que era capaz de querer a alguien más que a sí misma. Mientras tanto, el mapa de Europa comenzaba a moverse.



*París,*
*otoño de 1855*

En París, el Segundo Imperio se había propuesto ser el centro del mundo. Carlos Luis Napoleón Bonaparte gobernaba Francia con el nombre de Napoleón III, y llevaba sobre los hombros la herencia más pesada de Europa: ser sobrino de Napoleón Bonaparte.[1] Su presencia llenaba las salas con un magnetismo que los admiradores atribuían a la estirpe y los detractores a la vanidad. Conocía las muchas críticas que se hacían a sus espaldas: que era un advenedizo, un Bonaparte de segunda clase, un idealista que había pasado años en prisión escribiendo panfletos sobre la miseria obrera para terminar sentado en un trono. Pero el emperador había aprendido a usar ese desprecio como combustible. El poder no solo se ejerce, debe exhibirse, sostenía. Construirse en piedra y en seda, en salones con techos pintados al fresco y arañas de cristal que multiplican la luz hasta el vértigo, en fiestas para mostrar la innegable grandeza de Francia.

Lo que no había construido era un matrimonio exitoso. Eugenia de Montijo entró en su vida como una provocación: hermosa, inteligente y, sobre todo, inalcanzable. Él la cortejó, como a tantas otras mujeres, con la impunidad de los poderosos. Sin embargo, a Eugenia tuvo que proponerle casamiento para conseguirla. Una vez casados, retomó las aventuras que en la corte nadie ignoraba. Eugenia no mencionaba los deslices de su esposo ni exigía fidelidad, pero a cambio demandaba cuidar las formas. La dignidad, para ella, estaba en el disimulo.

En realidad, entre ellos había algo más hondo que el desamor.

Una tarde, Eugenia entró al despacho privado sin anunciarse, como hacía cuando algo la inquietaba demasiado para esperar.

Napoleón estaba de pie frente al escritorio, con el mapa de Italia extendido ante él. El emperador sufría al estudiarlo; solo veía problemas. Una península fragmentada en territorios que pertenecían a otros: el imperio austríaco controlaba la Lombardía y el Véneto, los Estados Pontificios se extendían desde Roma hasta Bolonia y el reino de las Dos Sicilias permanecía bajo el poder de la dinastía borbónica. Solo el pequeño reino de Cerdeña,[2] con su capital en Turín, conservaba algo parecido a la independencia, aunque representaba otro problema: su primer ministro, Cavour, ambicionaba que Italia dejara de ser una expresión geográfica y se convirtiera en una nación.

—Sigues con eso —dijo Eugenia.

—Cavour me ha enviado otro memorándum.

—Es el primer ministro. Te envía lo que le conviene que leas —se acercó al escritorio, pero no miró el mapa—. Las tropas francesas están en Roma desde hace seis años. Las mantienes tú.

—Las mantengo por razones políticas.

—Las mantienes para proteger al Santo Padre. Es tu deber.

Napoleón dobló el mapa con lentitud, evitando tener que responder. En su juventud había sido parte de logias carbonarias que defendían la idea de una Italia dueña de sí misma y libre de ocupación extranjera.[3] Además de ese pasado que nunca había terminado de dejar atrás, en su mente estaba el cálculo. Expulsar a Austria de la península podría expandir la influencia francesa y darle a su imperio la gloria que la sombra de su tío exigía. Pero también implicaba enfrentarse a los católicos de Francia que, como su esposa, consideraban que aquello sería un sacrilegio.

—Si Italia se unifica, el papa pierde sus tierras, su ejército y su independencia —Eugenia hizo una pausa breve—. Se convierte en un prisionero con mitra, Luis. Y nosotros en sus carceleros.

—Eso es una exageración.

—¿De verdad crees eso? La Iglesia no es una pieza en tu tablero. Es el alma de Francia. Si tocas Roma, tocas eso.

Napoleón no respondió. Podía explicarle la política, ella le explicaría la fe, y nada cambiaría. Llevaban años sin encontrarse, y ambos lo sabían.

Eugenia recogió el chal del respaldo de la silla donde lo había dejado al entrar.

—Haz lo que quieras. Pero no me pidas que lo apruebe.

Salió sin cerrar la puerta. El emperador quedó solo frente al escritorio, con el mapa entre las manos.



*Turín,*
*otoño de 1855*

Camillo Benso, conde de Cavour, no había dormido bien en semanas. El problema no era nuevo, pero era urgente. Para unificar a Italia necesitaba de Francia. Había probado los canales oficiales: mensajes, intermediarios, promesas de territorios, pero Napoleón III no se decidía. El emperador gobernaba con pragmatismo, pero su esposa miraba hacia Roma. Mientras la emperatriz tuviera influencia, él no movería ni un soldado para debilitar al papa. Al primer ministro sardo no le faltaba ingenio diplomático, sino el canal adecuado. Lo

encontró, sin buscarlo, en una recepción en la corte de Turín a finales de 1855.

Virginia de Castiglione deslizaba el cuerpo entre los invitados con la precisión de alguien que sabe qué hacer con su belleza. Los hombres giraban a su paso y perdían el hilo de las conversaciones. Incluso el cardenal, que hablaba con el primer ministro, se distrajo. Esa reacción le interesó a Cavour. Había en su prima lejana algo que podría serle útil.

Tres días después la mandó a llamar al palacio de gobierno. Ella entró al despacho y se sentó sin esperar a que la invitara.

—Condesa, Italia la necesita.

—¿Para qué, excelencia? ¿Para bordar banderas? —sostuvo la mirada del funcionario con impertinencia.

A Cavour le gustó la actitud.

—Para ir a París. Para que el emperador se interese en la causa de la unificación italiana.

—¿Y cuánto tiempo se supone que debo dedicarle a esta causa?

—El tiempo que sea necesario.

—¿Y qué recibo yo, más allá del honor de servir a mi tierra? Seamos sinceros; ambos sabemos que esto no es un favor, excelencia, sino una transacción.

Cavour se recostó en la silla. Virginia era una hábil jugadora que exigía sus propios términos y eso lo entusiasmó. Podría manejarse en la corte francesa.

—Usted se convertirá en la mujer que cambió el mapa de Europa. Los historiadores escribirán su nombre y los italianos recordarán su rostro. Eso es mejor que dinero, condesa. Es poder.

Ella se puso de pie y caminó hacia la ventana. Afuera, Turín oscurecía temprano. Su marido, Francesco, esperaba en casa. Un futuro lúgubre, pensó. París esperaba al norte, luminoso.

—¿Cuándo debo partir? —preguntó, sin girarse.

—Lo antes posible. La emperatriz está esperando un hijo y el emperador anhela compañía.

Virginia se apartó de la ventana. Se detuvo frente a Cavour y sonrió.

—Si el emperador anhela compañía, excelencia, me encargaré de dársela.



*París,*
*invierno de 1855*

París deslumbró a Virginia desde el primer momento. Las calles amplias y ordenadas la cautivaron con sus bulevares luminosos. Todo tenía el fulgor de lo recién construido.

—Es obra de Haussmann. El emperador le encargó demoler el París viejo y construir uno nuevo. Todo esto era un laberinto de callejones hace tres años. Haussmann lo arrasó y levantó una capital a la medida del imperio —explicó la marquesa que la acompañaba, observando la emoción de la joven.

Virginia escuchaba encantada. En la *rue* de Rivoli las mujeres caminaban como si la ciudad les perteneciera. Hizo lo mismo. Se detuvo ante los escaparates de las joyerías, admiró los peinados

imposibles y los colores de los vestidos. En Turín, las mujeres se vestían con sobriedad; en París lo hacían para conquistar.

Unos pasos detrás, Francesco no demostraba interés en la ciudad; otras cosas ocupaban su mente. Virginia estaba allí para capturar al emperador, sostener su atención, hacerse imprescindible. Si lo lograba, Piamonte tendría respaldo para una guerra que cambiaría el mapa de Europa. Y después, él sería el nuevo embajador italiano en Francia, se lo había prometido Cavour.

—Vamos, condesa —dijo la marquesa, apurando el paso—. Tenemos una cita con madame Vignon. Si va a conocer al emperador, tiene que estar preparada.

—¿Madame Vignon?

—Vistió a la emperatriz para su boda en Notre-Dame. Viste a las mujeres que rodean al emperador.

Virginia negó con la cabeza.

—Entonces necesito otra modista para este evento. No vine a París a parecerme a la emperatriz.

Francesco sonrió. Era un plan arriesgado pero estaba dispuesto a sostenerlo: trajes, joyas, carruajes, una mansión a la altura de las mujeres que rodeaban al emperador. Un gasto continuo; sin garantías. Si Virginia hacía bien su parte, ese dinero regresaría convertido en algo infinitamente más valioso. El cuerpo de su mujer era el precio; su propia carrera, la verdadera recompensa.

Para impactar en el primer encuentro con el emperador, Virginia eligió un vestido de seda cobalto con mangas en forma de pétalo. El escote era generoso; el efecto, inevitable. En el cuello, un collar de perlas negras con un broche de diamantes. Su cabello estaba recogido y coronado por una diadema que destellaba bajo la luz.

Francesco la esperaba en el vestíbulo, con su traje de gala, listo para acompañarla. La miró de arriba abajo y asintió. Cada vestido era una inversión que esperaba recuperar cuando su mujer se ganara el oído del emperador.

La princesa Matilde Bonaparte, prima del emperador, disfrutaba como anfitriona del salón más influyente de París. En sus recepciones se mezclaban artistas, diplomáticos y políticos con una informalidad que las Tullerías no se permitía.[4] Recibió a los Castiglione con la cortesía apropiada para los diplomáticos menores. Virginia, aunque acostumbrada a las recepciones y las fiestas, sentía un nudo en el estómago. Había ensayado durante días qué le diría a Napoleón III cuando lo saludara, qué tono usaría, cómo le sonreiría. Sabía que Cavour esperaba que ella usara la seducción como arma y se ganara su confianza absoluta. Hasta entonces su belleza había bastado para cautivar a un hombre, pero un emperador no caía: un emperador elegía. Aquello era un desafío irresistible para ella.

La orquesta interrumpió el vals para tocar las primeras notas del himno que anunciaba la llegada de la pareja imperial. Al ver entrar a Bonaparte, Virginia lo midió. Llevaba los bigotes encerados, como dictaba la moda; el cabello, oscuro y peinado hacia atrás, comenzaba a ralear en las sienes. A los cuarenta y nueve años, caminaba erguido, con el mentón apenas elevado. Había en él algo que imponía distancia.

El emperador saludó a la anfitriona, su prima, intercambió algunas palabras con los hombres del círculo más próximo, y luego su mirada la encontró.

—La Condesa de Castiglione —la presentaron.

—Bienvenida a París, madame. Me han hablado de usted.

Virginia sintió la garganta seca, las frases que había preparado se deshicieron en segundos. Su francés, normalmente correcto, se volvió incierto y no pudo responder.

—Los rumores que la anteceden dicen que es usted muy bella. Y lo es —confirmó Napoleón.

Ella buscó una réplica ingeniosa, pero no la encontró.

—Gracias —tartamudeó.

El emperador esperó un instante. Después le dio la espalda y continuó su recorrido. Ella permaneció en el lugar, con la copa en la mano y una sonrisa tardía inútil. Alcanzó a oír lo que él dijo a uno de los invitados:

—La condesa de Castiglione es bellísima, sin duda. Pero no parece muy ingeniosa.[5]

El encuentro había durado menos de cinco minutos.

En el carruaje de regreso, Virginia miraba las luces de París deslizarse por la ventanilla. La frase volvía a su mente una y otra vez: *No parece muy ingeniosa.* Un insulto catastrófico. Si el emperador la descartaba, no habría misión.

Francesco habló primero.

—Habrá otra oportunidad…

Ella no se volvió.

—No —dijo, en voz baja—. Así no.

El conde guardó silencio.

Aquella noche, Virginia no durmió. Había descubierto que existía un hombre que se resistía a su belleza. Una amarga novedad. Debía lograr que el emperador perdiera la cabeza por ella. Algo había faltado y debía descubrir qué. La palabra justa le llegó en la

madrugada: atrevimiento. No lo perseguiría por los salones. Haría que él la buscara.



*Tullerías,*
*enero de 1856*

Para Napoleón III, los bailes en las Tullerías eran el escenario más grande del poder imperial. Podían reunir hasta tres mil personas en los salones mayores, y cada una de ellas era un espectador de su gloria.

Virginia dedicó las semanas siguientes a conseguir una invitación al próximo baile de invierno en el palacio. Desde Turín, los canales de Cavour operaban con la discreción habitual: una palabra al *attaché* correcto, un favor recordado en el momento oportuno. Dos semanas después del encuentro fallido en casa de Matilde Bonaparte, llegó a la residencia de los Castiglione el cartón blanco con el nombre del conde y la condesa grabados en tinta azul oscuro: "Las Tullerías. Gran baile de invierno". Lo leyó satisfecha y el nudo en su pecho se deshizo. Era una segunda oportunidad.

Después de probarse una docena de vestidos, optó por uno de seda color damasco, más oscuro en los pliegues y más vivo donde la tela se tensaba. Bordados en plata recorrían los bordes de las mangas. El escote cuadrado transgredía el límite de lo admisible en el Segundo Imperio. El peinado recogido requirió tres intentos de su doncella. Lo coronaba una tiara pequeña de diamantes. Llamativa,

pero lo suficientemente modesta como para no parecer un desafío a la emperatriz.

Durante los preparativos Virginia se miró en los espejos de la habitación muchas veces, hasta quedar segura de que lograría el impacto deseado. Después, se sentó en un sillón de la sala de música y esperó. El baile había comenzado dos horas antes.

Cerca de la medianoche, llegó a las Tullerías sola. Tenía un plan que no incluía a Francesco. Él había encontrado un pretexto para no asistir. El gran salón principal hervía de uniformes militares y sedas. Las arañas de bacará derramaban luz sobre los frescos del techo, donde diosas de mirada complaciente presidían la celebración de los mortales. La orquesta ejecutaba una polka y el perfume de rosas llegaba en oleadas desde los rincones.

La emperatriz Eugenia de Montijo, vestida por madame Vignon, con un traje moaré plateado que insinuaba su embarazo, caminaba entre los grupos saludando a los invitados. Napoleón III, un paso detrás, tenía esa expresión de quien ya ha cumplido sus obligaciones y busca escapar con urgencia.

El emperador y la emperatriz comenzaron a acercarse a la salida con su escolta habitual. La escalinata principal de las Tullerías estaba diseñada para que quien la recorriera fuera visto con facilidad. Era imponente, ancha, de mármol blanco, iluminada por decenas de candelabros sostenidos por lacayos.

Napoleón la vio primero. Se detuvo en un rellano. Virginia subía desde la base. La seda captaba la luz en cada movimiento y la tiara lanzaba destellos breves sobre el rostro. Al llegar al descanso donde él se había detenido levantó los ojos. Hizo una reverencia perfecta ante la pareja y se incorporó.

El emperador no se movió.

—Condesa, llega usted tarde —la retó en tono de reproche amigable.

Ella dejó pasar unos segundos.

—Es usted, Majestad, quien se retira temprano.[6]

En el silencio que siguió, algo cambió. Sin decir nada más, Napoleón continuó bajando. Eugenia de Montijo redujo el paso al acercarse a Virginia, pero la invitada no se inmutó. Terminó de subir la escalinata y entró al salón. Esa noche la condesa de Castiglione bailó hasta las tres de la mañana con ministros, generales y diplomáticos. Todos se turnaban para pedirle un vals. Ella sonreía y giraba mientras sus faldas dibujaban círculos en el aire. Pensaba con calma: *Ya está. Ahora vendrá él.*



*París,*
*febrero de 1856*

Desde aquella noche en las Tullerías, Napoleón no dejaba de pensar en la italiana. No se detenía en el rostro, sino en la forma en la que le había devuelto la frase; en ese desenfado que no había demostrado la noche que la conoció. Una semana más tarde, durante una audiencia con su tío Jerónimo Bonaparte donde debían tratar asuntos del Senado, el emperador desvió la conversación hacia el baile de carnaval que se celebraría en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Mencionó que sería conveniente que la lista de invitados incluyera a los Castiglione. Lo dijo con el tono de quien

sugiere algo menor, pero Jerónimo tenía experiencia en relaciones familiares déspotas. Había sobrevivido a un hermano emperador y a treinta años de exilio; sabía distinguir una orden de una sugerencia. Esa misma tarde, los nombres del conde y la condesa de Castiglione fueron agregados a la lista.

Cuando la invitación llegó a la residencia, Francesco la leyó y se la pasó.

—Parece que has llamado la atención correcta.

Virginia la tomó y la dejó sobre la mesa del vestíbulo con una sonrisa triunfal. Su plan había funcionado. Comenzaba el juego. El emperador había movido la primera pieza. Pero mientras su marido hablaba de Cavour y de Italia, ella pensaba en otra cosa: en lo que significaba que Napoleón la quisiera allí.

En el carruaje rumbo a la fiesta, Francesco se acomodó el cuello del abrigo varias veces, como si la tela de la solapa tuviera algún defecto. Había aceptado la misión en Turín por la causa italiana y por la posibilidad de quedar cerca del poder. Después de dos meses en París y con lo que había gastado allí, si fracasaban él volvería a Italia arruinado y con las manos vacías. Pero si el plan tenía éxito, debería sonreír y fingir no darse cuenta de que Napoleón deseaba a Virginia. Se ajustó el cuello una vez más. El carruaje se acercaba a destino.

El Ministerio de Asuntos Exteriores en el flamante Quai d'Orsay había sido creado para que ningún diplomático extranjero dudara de la grandeza del imperio. Sus salones competían con los de las Tullerías en dimensión, pero esa noche sumaba una ventaja: el baile de disfraces ofrecía una licencia que las fiestas del palacio no permitían. Detrás de las máscaras las distancias pesaban menos y las conversaciones fluían más.

Virginia llevaba un traje de reina de corazones que era una provocación. Un vestido de gasa clara muy insinuante, casi transparente. La falda estaba recorrida por cadenas de corazones bordados y en la seda del corpiño un corazón de tela carmesí atraía las miradas justo hacia donde el escote terminaba. Estaba segura de que obtendría esa rendición que el emperador le había negado semanas atrás.

Francesco le ofreció el brazo para entrar al baile y después se separó de ella con naturalidad, conocía su papel. Se ubicó junto a una columna con una copa, dedicado a observar.

Virginia cruzó el salón para saludar a la pareja imperial. A su paso, las conversaciones más cercanas se iban apagando. Los hombres, rendidos ante su belleza, intercambiaban miradas. Las mujeres que estaban más lejos se subían a las sillas para verla pasar. Detrás de los abanicos, el escándalo y la envidia se confundían. Esa noche Virginia solo pensaba en el poder que le daba su belleza. Sabía que ninguna mujer en el salón era tan deseada como ella.

La emperatriz había aceptado que las infidelidades de su marido eran parte del trato matrimonial, pero el descaro de aquella mujer, que ignoraba toda etiqueta al ofrecerse de ese modo vulgar en público, la irritaba de un modo especial. Cuando Virginia la saludó con una reverencia, Eugenia la dejó inclinada un segundo de más, lo suficiente para que los demás lo notaran. Después bajó los ojos hacia el corazón en el pecho.

—Luce su corazón demasiado abajo, condesa.

—Majestad, los corazones sinceros deben estar donde puedan verse.

Antes de que Eugenia pudiera responder, Napoleón tomó a Virginia del brazo y la llevó al centro del salón.

—Esta noche, condesa, baila conmigo.

Francesco, desde su columna, los vio girar y apretó la copa entre los dedos. La orquesta interpretaba un vals y su mujer reía con la cabeza echada hacia atrás mientras el emperador le ceñía la cintura con familiaridad. Aunque el protocolo dictaba que debía bailar con otras mujeres, él volvió a Virginia tres veces más. En cada oportunidad, la llevaba un poco más lejos del centro, hacia los rincones donde la luz se perdía. Francesco tomó otra copa y salió a una de las terrazas. El aire de la noche estaba muy frío, pero resultaba más tolerable que ver a su mujer en brazos del emperador.

En una de las pausas entre valses, Virginia inclinó la cabeza y dejó caer un comentario calculado con la ligereza de quien habla del clima:

—Dicen que cuando era joven usted fue carbonario en Italia.

—Fue hace mucho tiempo, condesa.

—Seguramente. Pero en Turín lo recuerdan como a alguien que entendió la causa italiana cuando nadie en Europa la tomaba en serio.

—Italia es un asunto complicado. Austria no va a soltar lo que tiene sin una guerra, y una guerra necesita razones que los franceses puedan entender.

—Su Majestad debería ponerle precio a su ayuda y los franceses comprenderán.

—¿Y usted se ofrece como mensajera de mi propuesta?

—Soy alguien que entiende lo que los hombres poderosos desean, Majestad.

La orquesta retomó un vals. Napoleón le ofreció la mano y volvieron a bailar en silencio.

La emperatriz Eugenia se retiró a sus aposentos sin despedirse de nadie. Napoleón la vio irse desde un extremo del salón, pero no la siguió. Se quedó hablando con el embajador de Rusia, vigilando en qué parte del salón estaba Virginia. Ella sentía en la atención una caricia física. Supo con certeza absoluta que lo tenía atrapado en su red.

Al final de la velada, mientras los invitados esperaban los carruajes, el chambelán del emperador le entregó una pequeña nota doblada, sin firma. Ella la ocultó con rapidez dentro de un guante.

En el coche de regreso, el silencio entre Francesco y Virginia pesaba, pero ninguno de los dos buscó aliviarlo con palabras.

Una vez en su habitación, a solas y con la puerta cerrada, desdobló la nota bajo la luz de la vela. Una invitación a pasar una noche en el *château* de Compiègne, la residencia imperial en las afueras de París. Guardó el papel en el cajón del tocador y se quedó mirando el reflejo de la llama. Todo iba de acuerdo con el plan.



*Château de Compiègne,*
*marzo de 1856*

Virginia viajó sola en un carruaje sin insignias que el emperador había enviado a buscarla. Francesco no preguntó dónde iba y ella no lo dijo. Tampoco llevó a su doncella.

El *château* de Compiègne estaba a tres horas al norte de París. La recibió un chambelán que la condujo por un pasillo lateral hasta un ala privada del palacio. Los grandes salones donde en otoño se organizaban las célebres *séries* imperiales permanecían cerrados y a oscuras. No había otros invitados. La habitación que le habían preparado olía a flores frescas. Desde la ventana se veía el bosque desnudo, las ramas contra un cielo gris que amenazaba descargar nieve. Un fuego chisporroteaba en la chimenea. En una silla, un chal de cachemira.

Virginia se cambió, se sentó junto al calor de las llamas y esperó. Al anochecer una doncella tocó a su puerta y le anunció que estaba lista la cena. Tomó el chal y la siguió.

Napoleón la aguardaba en un comedor pequeño en la misma ala. Cenaron atendidos por un lacayo que aparecía y desaparecía con discreción. El suflé humeaba; el vino era tinto y espeso. La conversación arrancó lenta al principio; ambos se estaban midiendo. Hasta que él mencionó a Italia. Habló de Austria con una irritación que parecía genuina, y de Cavour con un respeto que no habría admitido frente a los ministros. Ella escuchaba. Tras la cena, pasaron a una sala contigua, y el tono cambió.

—Condesa, hace varios meses que vive en París. ¿Qué opina de Francia?

—Francia es un país que sabe tratar muy bien a sus invitados, Majestad.

—Me alegra escucharlo. Dígame, ¿sabe por qué la traje aquí?

—Para hablarme de Italia, supongo.

Napoleón se levantó de su sillón y le ofreció la mano.

—Italia puede esperar.

—¿Y usted no, mi señor? ¿O acaso no le han contado que las mejores conquistas son las que se obtienen sin prisa?

Él rio. Sin más palabras, la condujo por un corredor. Las alfombras ahogaban los pasos. Virginia se detuvo ante un gran lienzo de caza donde una amazona era derribada de su caballo.

—Majestad, si va a seducirme déjeme prepararme para sorprenderlo. Lo espero en mi recámara en una hora.

—Como lo disponga, condesa —se resignó.

En la habitación, Virginia se desnudó frente al fuego. Semanas antes había encargado en una tienda del *Palais Royal* una bata de seda traslúcida color aguamarina. Se la puso y, con movimientos lentos, se ajustó las cintas de las ligas de encaje y seda. En cada una, bordada en letras diminutas, una frase: "Todo se conquista".

Se puso de pie cuando la puerta se abrió. Napoleón la vio con la luz de las velas atravesando la tela. Ella descubrió en él algo más que deseo; era rendición.

—Me dijeron que en Turín la llaman "La perla de Italia" —dijo él, acercándose.

—Es cierto, en Turín soy una perla, Majestad. Lo que los hombres buscan toda una vida y rara vez encuentran. Aquí soy lo que usted necesite que sea para no sentirse solo.

Lo que siguió no fue lo que él esperaba. Estaba acostumbrado a mujeres que se entregaban a él orgullosas pero sumisas, como quien recibe un honor y está a su disposición. Virginia, en cambio, lo hizo esperar. Lo hizo detenerse cuando él quería avanzar. Lo frenó para después alentarlo, y el emperador se descubrió obedeciendo el ritmo que ella marcaba.

Después, Napoleón se acomodó en la almohada. Ella, en cambio, se incorporó contra el respaldo de la cama y le pasó los dedos por el pelo, una caricia lenta pero con la fuerza suficiente para mantenerlo despierto.

—Majestad, si Italia se unifica con ayuda de Francia, Cavour estaría dispuesto a ceder Saboya y Niza.

Napoleón abrió un ojo.

—Austria nunca lo perdonará —murmuró, más para sí mismo que para ella.

—Puede ser. Pero unificar Italia es el pedestal que usted está buscando.

El emperador rio y se incorporó. Virginia le recordó lo que Francia podía ganar si tomaba partido. No dijo nada que él no supiera, pero se lo dijo como nadie se lo había dicho: como una promesa.

—Italia necesita de usted, Majestad. Y usted necesita una victoria que sea solo suya.

Él no respondió de inmediato.

—Lo pensaré.

Ella entendió que esas dos palabras eran suficiente. Lo dejó dormirse.

En el carruaje de regreso a París, Virginia miraba el amanecer por la ventanilla. Su mente corría veloz, intentaba asimilar una nueva sensación: controlar al hombre más poderoso de Europa era más embriagador que cualquier cosa que Cavour pudiera ofrecerle.

Después apoyó una hoja en el escritorio de viaje y escribió a Turín. Le informó al primer ministro, en el lenguaje cifrado que usaban, que el emperador se había mostrado receptivo a la causa italiana y que habría oportunidades para profundizar la conversación.

No mencionó nada más. Esperó a que secara la tinta, dobló la carta, y la apretó entre los guantes mientras los caballos corrían por el camino helado.



*París,*
*primavera de 1857*

En los meses que siguieron, Virginia se convirtió en una invitada asidua a las fiestas de la sociedad parisina y de la corte imperial. Napoleón encontraba tiempo para regresar con ella al *château* de Compiègne en muchas ocasiones. Otras veces, la esperaba en el palacio Saint-Cloud. La hacía subir por una escalera lateral hasta los aposentos del ala izquierda, los mismos que habían pertenecido a María Antonieta. Virginia hacía el amor con el emperador de Francia en la cama de la reina decapitada. A ninguno de los dos le parecía un mal presagio.

Siempre que pasaban tiempo a solas, Italia era tema de conversación, pero Napoleón no se comprometía. Y aunque el tiempo apremiaba, Cavour tenía esperanzas puestas en la mujer que desde París le escribía: "Si no lo logro, no será por falta de empeño. Visito lugares, asisto a almuerzos, participo en eventos sociales, me relaciono con el palacio. Haré todo lo que esté en mi mano".[7] Lo que Virginia no revelaba en sus cartas era la verdad secreta que realmente la sostenía en París: más que las promesas de Cavour era el poder de sentirse deseada.

Mientras tanto, el matrimonio de los condes se deshacía sin que ninguno de los dos tratara de evitarlo. Al principio el conde se había sentido un marido ejemplar: uno que no ve ni se deja ver mientras financiaba la misión que podía catapultar su carrera y el futuro de su país. Pero lo que Virginia necesitaba para brillar en la corte de Napoleón III excedía varias veces su fortuna. Para cada ocasión, ella exigía joyas deslumbrantes y vestidos osados para ser el centro de atención. Francesco pagó los gastos de su mujer hasta agotar sus recursos y luego tomó préstamos asfixiantes. Pero cuando todo París comenzó a murmurar que la condesa de Castiglione era la nueva amante del emperador, él no pudo soportar las miradas, mezcla de desdén y lástima. Para peor, los periódicos de Turín también mencionaban la relación en las crónicas de sociedad. El conde se había convertido en el hazmerreír hasta en su propia tierra.

Después de una velada donde Virginia y el emperador bailaron juntos, rieron y se tomaron de la mano sin disimulo, Francesco puso punto final.

—Me voy. Regreso a Turín. Giorgio se quedará contigo hasta que sea algo mayor, pero yo no puedo seguir aquí.

—¿Qué esperas que diga? —respondió ella, mientras se quitaba unos aros de esmeralda y los dejaba en la mesa. Francesco los miró asqueado. No recordaba haberlos comprado.

—He pagado cada una de tus victorias con una hectárea de mis tierras. No quiero nada. Ya me has quitado bastante.

Un lacayo apareció en la puerta para anunciar que el carruaje del conde estaba listo. Francesco tomó a Giorgio en los brazos y le susurró: “Nos volveremos a ver, muchachito”. Cuando ella extendió

los brazos hacia su hijo, el niño se tomó del cuello del padre y rompió en llanto.

Mientras Giorgio lloraba, Virginia vio partir a su marido. Sentía alivio. Francesco había sido útil, necesario incluso, pero sus celos lo habían convertido en un obstáculo. Desde la ventana vio desaparecer el carruaje en la noche parisina. Luego se preguntó cómo haría para mantenerse en París. La respuesta surgió en su mente con naturalidad: el emperador no dejaría a la deriva a una mujer que lo había cautivado. Solo necesitaba recordarle cuánto la necesitaba.

La noche siguiente, llegó a la recepción semanal de las Tullerías con un vestido de muselina blanca de corte simple, sin joyas. Con el cuello desnudo y el cabello recogido sin adornos, se veía frágil. Virginia sabía exactamente qué versión de sí misma necesitaba mostrar.

Napoleón la vio entrar.

—Condesa, ¿qué ha pasado? Esta noche usted no eclipsa la sala.

—Majestad, mi marido me ha abandonado. Soy una mujer sola. Y una mujer sola no tiene quien le pague vestidos ni joyas.

El emperador no dijo nada en ese momento. Pero esa misma noche, ordenó a su secretario que estableciera una pensión anual a nombre de Virginia Oldoini, condesa de Castiglione. Al día siguiente, le envió un estuche de terciopelo azul. Contenía un anillo de zafiros y diamantes, con una inscripción en el interior: VNIARPGO ILNEIOEN. Si se reunían las letras impares y luego las pares, se leía: VIRGINIE NAPOLEON.[8] Lo deslizó en el dedo corazón y luego escribió una carta de agradecimiento que mezclaba amor con política

en proporciones que sabía calcular a la perfección. La envió satisfecha a las Tullerías.



Poco después de su llegada a París, Virginia había comenzado a visitar el estudio fotográfico de Mayer & Pierson, sobre el elegante bulevar de los Capuchinos. Allí acudía la aristocracia francesa para encargar retratos y cartas de visita, pequeñas fotografías montadas sobre cartón que se usaban como tarjetas sociales.

Disfrutaba del aire sofisticado del sitio donde se cruzaban los poderosos, pero lo que la hacía regresar una y otra vez eran las sesiones. Le encantaban. Para la primera fotografía, posó con un vestido negro de terciopelo, las manos cruzadas, la expresión serena. Pierson la trató como a cualquier otra aristócrata: le indicó dónde sentarse, cómo inclinar la cabeza, cuánto tiempo quedarse inmóvil. Virginia obedeció en silencio. Pero cuando el artista le mostró la imagen revelada, algo se transformó en ella. Se quedó mirando la placa un largo rato, no solo por vanidad sino con el asombro de quien descubre un nuevo poder.

Volvió la semana siguiente. Y la otra. Se convirtió en cliente regular, con un lugar fijo en la agenda del fotógrafo. Llegaba a cada sesión con una idea precisa de lo que buscaba. Empezó a rechazar los fondos que Pierson le proponía. Comenzó a elegir ropa para interpretar personajes de la mitología y la literatura. También se animó a exigir cambios en la iluminación. El fotógrafo, acostumbrado a dirigir, se encontró acatando instrucciones de alguien que más que una cliente era una artista.[9]

En una de esas sesiones Virginia le pidió que la fotografiara como Beatriz, la musa inalcanzable de Dante. Se vistió con una tela clara y se soltó el cabello, de abundancia soberbia. Quería que la imagen retratara un estado: la mujer que se sabe amada. Otra tarde, llegó sin vestuario ni accesorios. No pidió fondos. Se sentó frente a la cámara. Pierson esperó.

—Solo la cara; concéntrese en los ojos —le ordenó.

No sonrió, no posó, no inclinó la cabeza. Pierson ajustó la lente y ella lo miró como si la cámara fuera un hombre al que estuviera por conquistar.

El resultado era distinto a todo lo que el estudio había producido. No había escenografía ni vestido espectacular; solo unos ojos fijos en algo que el espectador nunca sabría qué era. Ella encargó tres copias. Una fue a Turín, para Cavour. Otra quedó en su tocador, donde la miraba cada mañana y se reconocía inolvidable. La tercera la envió a las Tullerías, sin nota, sin firma. La fotografía era la prueba de que podía ocupar la mente del emperador sin estar en la habitación. Que su mirada, sola, sin cuerpo, sin voz, sin perfume, bastaba.

Después de la separación, Virginia se mudó con Giorgio a una casa más pequeña que Napoleón alquiló para ellos en Passy, una zona tranquila de calles arboladas en las orillas de París. Una puerta trasera sobre un callejón le permitía el emperador llegar sin pompa y sin ser reconocido. Él la visitaba sin horario fijo. A veces al anochecer, a veces después de medianoche. Tras hacer el amor, ella se envolvía en transparencias y, sentada en su regazo, encontraba la manera de desviar la conversación hacia la política. Había

desarrollado la habilidad de encontrar las palabras adecuadas, las pausas justas.

Pero la exasperaban las dudas del emperador. No era solo porque Cavour exigía resultados, sino que anhelaba ganar, quería verlo rendirse a su voluntad. Descubrió que hacer que un emperador le obedeciera era más excitante que cualquier victoria política. Esa noche se animó a presionar más.

—Los austriacos tienen el norte de Italia en una jaula. ¿De verdad quieres pasar a la historia como el emperador que miró para otro lado?

Napoleón suspiró. Había sido carbonario, pero los años y el poder lo habían vuelto cauto. También le preocupaba la relación con el papa.

—Eugenia no está de acuerdo.

—Ella no está al mando de los ejércitos. Los diriges tú —se inclinó para besarle el cuello.

—Nada es tan fácil como crees.

—Sería fácil si no tuvieras miedo.

—¿De qué tendría miedo? —preguntó el emperador a la defensiva.

—De ser grande. Y de no serlo.

En la intimidad de Passy, recostada en sábanas de seda negra que resaltaban el blanco de su cuerpo, la voz de Virginia auguraba a Napoleón promesas de gloria tras la victoria. Y él, cada vez más, sentía el impulso de obedecer.

Eugenia de Montijo había perdido la paciencia con la condesa de Castiglione. Esa mujer no respetaba el protocolo tácito de las amantes. No ocultaba la conquista, no se replegaba a los límites habituales. Se paseaba por la corte como si llevara corona.

Era tarde, los pasillos de las Tullerías habían quedado en silencio, cuando la emperatriz entró en el despacho de su marido.

—No me importa con quién te acuestes, eso ya lo sabes. Pero esta vez es distinto. Todo París habla de esa mujer. La italiana no está en tu cama por placer. Está allí por Italia. Y tú estás dejando que te lleve exactamente hacia donde Cavour quiere.

El emperador no levantó los ojos de los papeles. No tenía intención de discutir el tema con su esposa.

—No es así.

—¿Cómo que no? Les hablas de Italia a tus ministros. Tus generales están evaluando planes para la guerra. Algo te empuja hoy hacia una decisión que hace seis meses no habrías considerado. No es una amante, Luis. Es una embajadora con escote.

—Tengo mis propias razones.

—Me pregunto cuántas de esas razones son tuyas y cuántas te las susurran sobre una almohada.

—Eugenia, cuidado —le advirtió.

—No, Luis. ¡Ten cuidado tú! Si intervienes en Italia, pierdes al papa. Si pierdes al papa, pierdes a los católicos de Francia. Y si los pierdes a ellos, ¿qué te queda? Un ejército cruzando los Alpes por una mujer que ni siquiera es francesa.

Napoleón golpeó la mesa con el puño, volcando la copa de vino que tenía al lado.

—¡Nadie cruza los Alpes por una mujer!

—Demuéstralo, entonces —lo desafió y salió.

El emperador se quedó solo en el despacho. Pasó encerrado muchas horas y al anochecer canceló la visita que tenía prevista a Passy.

Durante las semanas que siguieron, las notas de Virginia al palacio quedaron sin respuesta. Aunque Napoleón la saludaba con cortesía cuando coincidían en las recepciones, no bailaba con ella. Mientras, Cavour la apremiaba; quería saber qué tan cerca estaba Francia de sumarse a la causa italiana. Con las manos vacías, la joven decidió cambiar de estrategia. Pensó en el primer traspié en casa de la princesa Matilde, en el tartamudeo, en la humillación. Pensó en la palabra que la había motivado en la madrugada: atrevimiento. Si quería terminar con la indiferencia del emperador debía hacer algo que él no pudiera ignorar.

Para el siguiente baile de disfraces en las Tullerías se vistió como una romana, con el cabello suelto sobre la espalda desnuda y una túnica de seda blanca sujeta en un solo hombro. Un tajo que partía desde el muslo revelaba la pierna entera. En los pies calzaba sandalias que dejaban ver anillos de oro en cada dedo. Una osadía que ya había escandalizado a la sociedad parisina en los días de auge de la revolución con Josefina de Beauharnais y sus amigas*, les merveilleuses*.

Cuando entró al salón, la música se detuvo y los invitados se agolparon a su paso. Alguien dejó caer una copa. La emperatriz recogió su chal y se marchó sin decir una palabra.

Napoleón, que hablaba con un ministro, vio el tumulto y entendió quién lo causaba antes de ver a la condesa asomar entre la multitud.

Cuando Virginia llegó hasta él, embelesado, le ofreció el brazo y la condujo al centro del salón para abrir el baile.

La noche siguiente, el carruaje imperial volvió a estacionarse en el callejón de Passy.



La tranquilidad de Virginia duró poco; su mundo comenzó a desmoronarse por dos flancos a la vez. Desde Turín, Francesco envió una carta en la que reclamaba la custodia de Giorgio. Argumentaba que una madre que se exhibía como amante del emperador y que frecuentaba fiestas hasta la madrugada semidesnuda no era apropiada para educar a un hijo. Ella leyó la carta en silencio y la rompió. Al día siguiente fue al estudio de Pierson.

Eligió convertirse en la reina de Etruria, la soberana guerrera. Pero esa vez agregó un detalle: un puñal en la mano derecha; el filo medio oculto entre los pliegues del vestido, la empuñadura tomada con firmeza. Se sentó frente a la cámara con una expresión desafiante que Pierson no le había visto antes.

El fotógrafo coloreó la imagen a mano según las instrucciones de Virginia.

—Agregue el título: *La Vengeance* —ordenó.

Cuando estuvo lista, Virginia escribió en el dorso con caligrafía prolija: "Al conde de Castiglione, de la reina de Etruria" y la envió en el siguiente correo. Francesco no volvió a mencionar la custodia de Giorgio.

Poco después llegó el segundo golpe.

Una noche de abril de 1857, Napoleón salió de la casa de Passy y recorrió el callejón oscuro, como hacía habitualmente, hasta el carruaje imperial a pocos metros, cuando tres hombres armados surgieron de las sombras. La escolta del emperador reaccionó. Hubo gritos y forcejeos. Se escuchó un disparo en la oscuridad. Los atacantes huyeron. No hubo heridos.

Por orden del emperador, la policía abrió una investigación y pronto detuvo a los tres culpables. Eran carbonarios italianos, revolucionarios que defendían los mismos ideales que Virginia invocaba en las noches de Passy. Habían atacado al único hombre dispuesto a ayudarlos, en la puerta de la mujer que estaba consiguiendo que lo hiciera.

La versión oficial cerró el caso con las detenciones. Pero en los salones de las Tullerías circulaba otro relato, uno que nadie se atrevía a repetir en voz alta: alguien cercano al trono había facilitado información sobre los movimientos nocturnos del emperador. Nadie pronunció el nombre de la emperatriz Eugenia, pero no hacía falta.

Después de los arrestos, dos agentes de la policía imperial se presentaron en la casa de Virginia. La interrogaron durante una hora en el salón, mientras Giorgio jugaba en una habitación contigua. Le preguntaron sobre sus vínculos con la causa italiana, acerca de sus contactos en Turín, y de la naturaleza de la relación con el emperador. Ella respondió con calma: no sabía nada de los atacantes, no tenía relación con los carbonarios. Estaba en París porque su marido tenía intereses diplomáticos. No mencionó a Cavour. No mencionó la misión. No mencionó Compiègne ni las noches que compartía con el emperador de Francia. Los agentes se

fueron. Pero regresaron con una orden imperial: la condesa de Castiglione tenía cuarenta y ocho horas para abandonar Francia.

Virginia entendió que no tendría manera de acercarse a Napoleón; lo único que podía hacer en ese momento era obedecer. Empacó las joyas y algunos vestidos. Debajo de ellos ocultó las cartas ardientes del emperador y los mensajes urgentes de Cavour. Antes de cerrar la puerta de la casa, dejó sobre la mesa del vestíbulo un sobre dirigido a las Tullerías. Dentro había una fotografía de sus pies desnudos, con los anillos de oro en cada dedo. En el reverso, con letra firme: "Igualo a las mujeres más nobles por mi cuna. Las supero a todas por mi belleza. Las juzgo por mi espíritu".[10]

Tomó a Giorgio de la mano y subió al carruaje que la esperaba en la puerta. El niño se acomodó contra su hombro. Virginia miró los árboles del Bois de Boulogne, el Sena gris bajo los puentes, las cúpulas alejándose en la ventanilla. Tenía veinte años y era la mujer más audaz de París. Sedujo al emperador, lo tuvo rendido en sus brazos, le susurró promesas que él creía. Pero regresaba a Italia derrotada: no solo por no haber cumplido la misión, sino porque él la dejaba ir como si nunca le hubiera importado. Lo único que tenía era a un niño dormido que respiraba contra su cuello. También, la seguridad de que volvería. Tenía la intención de recuperar su poder.



El emperador supo de la partida de Virginia por el jefe de policía, pero no pidió detalles ni preguntó dónde había ido. Eugenia tenía razón: la italiana era peligrosa. No por lo que sabía, sino por lo que le hacía sentir. Con ella había rozado la intensidad de la pasión y

algo todavía más inquietante: la certeza de que la gloria podía pertenecerle. Pero se dijo que un emperador debe deshacerse de aquello que no puede controlar, de aquello que lo debilita. Era mejor no volver a pensar en ella.

En julio de 1858, Napoleón III y el conde de Cavour se reunieron en secreto en Plombières. Los dos hombres acordaron que Francia apoyaría a Piamonte en una guerra con Austria. A cambio, la región de Saboya y la ciudad de Niza pasarían a manos francesas. En mayo de 1859, Francia declaró la guerra al imperio austriaco. Las tropas cruzaron los Alpes y derrotaron a los austriacos en las batallas de Magenta y Solferino. La unificación italiana había dado un paso determinante con el apoyo francés.

Virginia, en su casa de Porto Venere, recibió un telegrama breve: "Grazie, contessa. L'Italia non dimenticherà. C. Cavour".[11]

Al leerlo no pensó en Cavour ni en el país que asomaba. Pensó en sí misma, envuelta en las sábanas negras en las noches de Passy, en las palabras precisas susurradas en el momento oportuno. Que otros creyeran en los tratados, pero era ella quien lo había hecho posible. Su belleza, su inteligencia y su voluntad habían torcido la decisión del hombre más poderoso de Europa.

Aunque fuese suya, la victoria secreta también era su condena: quedaría fuera de la historia que había hecho posible. A veces, cuando caía la noche, se ponía el anillo que el emperador le había regalado y se preguntaba si algún día volvería a verlo. Planeaba volver a seducirlo, quería conquistarlo otra vez. Porque eso era todo lo que le quedaba: la capacidad de ser irresistible. Sin eso, era nadie.

*París,*
*invierno de 1858*

En 1858, Virginia abandonó Italia. El emperador había revocado la prohibición de que viviera en Francia. Viajó a París y se instaló con Giorgio en una casa modesta. Intentó retomar su vida social, pero las invitaciones fueron escasas. Durante semanas revisó el correo cada día, esperando con ansias el cartón blanco con el escudo imperial.

Una noche, decidió ir a las Tullerías de todos modos. Eligió un vestido de seda color marfil con bordados de oro. Se adornó el cuello con un collar de rubíes que Napoleón le había regalado en otra vida y se recogió el cabello para asegurarse de que se luciera.

El chambelán de la entrada la reconoció al instante. Sabía quién era, pero, aun así, no le abrió paso.

—Lo siento, madame.

Ella no se movió.

—Debe haber un error. Soy la condesa de Castiglione.

—No hay error, condesa. Tengo instrucciones.

Virginia permaneció en el vestíbulo mientras los invitados pasaban a su lado sin mirarla. Eso fue lo peor: no la hostilidad, sino la indiferencia.

En el trayecto de regreso contuvo el llanto apretando los puños hasta que las uñas le dejaron marcas profundas en las palmas.

Entró en la casa, cerró la puerta y subió a una habitación que había decorado con espejos en las cuatro paredes; uno de sus

caprichos más recientes, aún sin pagar. Se quitó la ropa despacio, pieza por pieza, dejando caer con lentitud el vestido de seda marfil, las enaguas, las medias, hasta quedar desnuda. Se vio multiplicada, de frente, de perfil, de espaldas, en cada superficie.

Había entregado su cuerpo, su matrimonio, su fortuna y su juventud. Cavour le había prometido gloria y poder; le había dicho que los italianos recordarían su rostro. Pero solo tenía un cuerpo hermoso en una habitación llena de espejos que le devolvían una imagen vacía.

Bajó a la sala envuelta en una bata color amatista. Sobre la chimenea colgaba un cuadro que Paul Baudry había pintado tres años antes. En él, Virginia posaba recostada como una maja de Goya. Estaba de frente, desnuda, con la cabeza apoyada en una mano y los ojos fijos en el espectador con una insolencia que el artista había capturado sin esfuerzo. Napoleón había dicho que era el mejor retrato que había visto de una mujer.

Descolgó la pintura. La apoyó en el suelo, contra la pared, y la miró un momento. Después levantó el atizador y golpeó la tela. Una vez, dos veces, tres veces, hasta que el lienzo se rasgó y la cara de la mujer con su mismo rostro se abrió. Siguió golpeando hasta que le dolieron los brazos. Dejó caer la barra de hierro, exhausta. Se recostó en el suelo entre los restos del marco y se quedó dormida. Giorgio la encontró a la mañana siguiente y le preguntó por qué la señora del cuadro se había roto.

Los años pasaron con la lentitud de las vidas que ya no tienen dirección. Virginia, que había cumplido los treinta, seguía siendo hermosa, pero París tenía otras mujeres, otros escándalos, otras obsesiones. Ella no podía aceptar ser invisible. No quería que el mundo la olvidara. No sabía vivir siendo nadie. Resignada a no ser parte del entorno imperial, decidió reinventarse y conquistar a otros caballeros. Los salones de su casa se llenaron de diplomáticos menores, banqueros, artistas, y hombres que querían decir que habían cenado con la condesa de Castiglione. Tuvo amantes: un Rothschild, el director del Louvre, un general retirado. Los tomaba con frialdad y los descartaba con la misma facilidad, buscaba quien pudiera hacerla sentir hermosa. Ninguno le dio lo que Napoleón le había dado: la sensación de ser el centro del mundo.

Regresó al estudio del bulevar de los Capuchinos con una urgencia nueva. Ya no iba para documentar triunfos; iba a reconstruirlos. Se vistió de nuevo con el traje de reina de corazones, y pidió que la fotografiaran en diferentes poses. Se retrató como monja, como Ana Bolena, como una virgen perseguida, como un cadáver en un ataúd. Cientos de versiones de una Virginia que se negaba a desaparecer. Posaba durante horas, bajo la luz que entraba por los ventanales, mientras Pierson ajustaba el fuelle de la cámara y el polvo de magnesio flotaba en el aire. Con cada disparo, ella se multiplicaba y se hacía más difícil de olvidar.

Mientras tanto, el imperio francés avanzaba hacia su final. En julio de 1870, Napoleón III declaró la guerra a Prusia. En septiembre, fue tomado prisionero en Sedán y los prusianos sitiaron París. Virginia se enteró de la captura del emperador en la calle, por boca de una mujer que no sabía con quién hablaba. En el trayecto a su casa se

encontró pensando en el hombre que en las noches de Passy se dormía con la cabeza en su regazo. Temió que estuviera herido, y se preguntaba si él, en aquellas horas angustiantes, pensaba en ella.

Durante el sitio enemigo, la ciudad se quedó sin comida, sin carbón y sin esperanza. Con los mercados vacíos, el frío del invierno se instaló en las casas. Los habitantes comían lo que podían; primero raciones escasas, después carne de caballo, y al final los animales del zoológico.

Mientras la capital se moría de hambre, Virginia escribió una carta a Otto von Bismarck, canciller de Prusia. Se habían conocido en las Tullerías, cuando él estaba destinado en Francia como representante de su reino y ella era la amante del emperador. La misiva era breve. Le decía que tenía información que sus propios generales no se atreverían a revelarle. Tres días después, un oficial prusiano se presentó en su casa con un salvoconducto para llevarla a Versalles, donde el canciller la esperaba. Se puso un vestido oscuro, prescindió de las joyas, y se recogió el cabello. No era momento para deslumbrar.

Bismarck la recibió en un salón del palacio. Era más alto de lo que recordaba y el cansancio le marcaba el rostro.

—Condesa, ha pasado tiempo.

—Canciller, han pasado cosas.

Bismarck intentó disimular el fastidio.

—Siéntese; no dispongo de mucho tiempo. ¿Quiere beber algo? Tenemos vino francés. Lo mejor de sus bodegas, me temo.

Virginia se sentó frente a Bismarck sin tocar la copa que él puso sobre la mesa. Sabía que tenía escasos minutos de su atención para

convencerlo y, de ese modo, demostrar que seguía siendo alguien con influencia.

—Voy a ser directa, canciller. La guerra terminó y Francia ha capitulado. Sus generales quieren entrar en París y ocupar la ciudad sitiada. Eso sería un error grave.

—¿Y por qué debería escucharla?

—Los parisinos acaban de pasar cuatro meses comiendo ratas. Están hambrientos, humillados y furiosos. Si los soldados prusianos se quedan en esas calles, no van a encontrar una ciudad sometida. Van a encontrar una ciudad que prefiere incendiarse antes que convivir con el invasor.

Bismarck tomó un trago.

—Continúe.

—Usted ganó la guerra. Tiene Alsacia, tiene Lorena, recibirá cinco mil millones de francos en reparaciones. Lo único que puede perder es la paz. Y lo hará si ocupa una ciudad que no conoce la sumisión.

—¿Y cómo sabe usted lo que París conoce?

—Porque soy italiana, pero París es lo único que tengo. —Se puso de pie. No esperaba una promesa.

Semanas después, el acuerdo de armisticio entre Prusia y Francia incluyó el pago de una indemnización y la cesión de los territorios de Alsacia y Lorena, pero no la ocupación militar de París. Los soldados prusianos desfilaron por los Campos Elíseos en una demostración simbólica breve y después se retiraron.

Virginia nunca supo si su conversación había pesado en esa decisión. Pero cuando vio a los prusianos partir, quiso pensar que tal vez, como en otra oportunidad, su voz había llegado adonde otras

no podían. Esa noche se sentó junto a Giorgio, ya un adolescente tímido y delgado, y le dijo:

—París se queda. Nosotros también.



En su exilio en Inglaterra, derrotado y enfermo, Napoleón III pasaba muchas horas en el parque de la residencia elegante que ocupaba en Camden Place, cerca de Londres. Eugenia organizaba la vida doméstica con la misma eficiencia con que había organizado la corte, mientras ambos intentaban una convivencia armoniosa.

Una tarde, entre los papeles que había logrado sacar de Francia antes de la derrota, el exemperador encontró una fotografía. Era la imagen de una mujer joven mirando a la cámara con osadía. La contempló un rato largo. Recordó Compiègne, una voz que le hablaba de gloria mientras él fingía dormir y un cuerpo que lo había hecho sentir vivo. Recordó también que había dejado ir a esa mujer sin un adiós. Entre todas las decisiones que tomó durante su reinado, aquella había sido la más cobarde y, también, la más prudente.

Guardó la fotografía en un cajón del escritorio. Murió dos años más tarde, en enero de 1873, sin haber vuelto a ver a Virginia desde aquella noche en que tres hombres salieron de las sombras de un callejón en Passy.

Desde el fin de la guerra, en 1871, ella se había instalado en un apartamento de la Place Vendôme. La noticia de la muerte de Napoleón le llegó como una historia que ya no le pertenecía.

En 1879, Giorgio murió de viruela, a los veinticuatro años. Virginia no asistió al entierro ni volvió a hablar de su hijo. Pero a partir de entonces escondió todas las ventanas detrás de cortinados oscuros y recubrió los espejos de la casa con gruesas telas negras. Ella, que había vivido para su imagen, que había decorado habitaciones enteras para multiplicar su admiración no soportaba más mirarse. Salía por las noches, envuelta en velos oscuros que le cubrían el rostro, y caminaba por una Place Vendôme vacía. Las mujeres que alguna vez se habían subido a las sillas para verla pasar no la habrían reconocido. Los hombres que antes se agolpaban a su alrededor ya no recordaban su nombre. Y los que había amado, como Giorgio, Napoleón e incluso Cavour, habían muerto. Ella, en cambio, seguía allí, sola e invisible. Cada tanto se acercaba a la única ventana que dejaba filtrar un hilo de luz. Afuera, el París de Haussmann seguía rugiendo, moderno, ajeno a los secretos que se habían tejido entre las sábanas de Passy.

Virginia murió el 28 de noviembre de 1899. Tenía sesenta y dos años. En su testamento dejó una sola voluntad innegociable: pidió que su cuerpo fuera vestido con la camisa de noche de Compiègne. La misma seda traslúcida color aguamarina que llevaba puesta cuando un emperador tocó a su puerta a medianoche. La había conservado doblada en la oscuridad de un cajón durante cuarenta y dos años. La guardó como un estandarte capturado en batalla.

Fue enterrada en el cementerio de Père-Lachaise. No hubo multitudes ni crónicas en los periódicos que alguna vez devoraban noticias suyas. Poco después, la policía francesa y personal de la embajada italiana en París entraron en el apartamento de Place Vendôme. El fuego de la chimenea ardió durante días, alimentado

por diarios personales, documentos diplomáticos, correspondencia cifrada con Cavour y notas manuscritas de Napoleón.

Lo que no pudieron destruir fue su mirada. Quedaron las imágenes que había creado con Pierson a lo largo de cuatro décadas. En ellas Virginia Oldoini, condesa de Castiglione, seguía siendo hermosa, insolente y, sobre todo, eterna. La perla de Italia había jugado su última carta contra el olvido y venció.

**1** Era hijo de Luis Bonaparte, hermano de Napoleón I, y de Hortensia de Beauharnais, hija de Josefina de Beauharnais, primera esposa de Napoleón I.

**2** El nombre oficial del estado era Reino de Cerdeña (1720-1861), con capital en Turín; pero como su centro político era el Piamonte, se lo nombra habitualmente por esa región.

**3** Los *carbonari* fueron una sociedad secreta revolucionaria italiana del siglo XIX que promovía la unificación y los gobiernos liberales.

**4** La princesa Matilde era hija de Jerónimo Bonaparte, otro hermano de Napoleón I.

**5** Petacco, Arrigo, *L'amante dell'imperatore. Amori, intrighi e segreti della contessa di Castiglione*.

**6** Petacco, Arrigo, *ibidem*.

**7** Petacco, Arrigo, *ibidem*.

**8** Fisas, Carlos, *Historia de las historias de Amor.*

**9** Las fotografías de la condesa de Castiglione realizadas con Mayer & Pierson son consideradas un antecedente clave de la autorrepresentación en la historia de la fotografía. Por su carácter performativo anticipan prácticas propias del arte contemporáneo. El Metropolitan Museum of Art de Nueva York conserva parte de la colección.

**10** Frase atribuida a Virginia Oldoini, recogida en Robert de Montesquiou*, La Divine Comtesse. Étude d'après Madame de Castiglione.*

**11** "Gracias, condesa. Italia no lo olvidará". (Traducción de la autora)



# 3

# EL FAVORITO

## Robert Dudley e Isabel I de Inglaterra



*Torre de Londres,*
*verano de 1553*

El aliento oscuro del Támesis se filtraba por las rejas de la Torre Beauchamp.[12] Tras los muros helados, Robert Dudley[13] medía el tiempo por el golpeteo de las botas de los guardias en las escaleras. Había llegado junto a su padre, duque de Northumberland, y sus cuatro hermanos, todos acusados del más peligroso de los cargos: alta traición. El apellido, sinónimo de poder hasta poco antes, yacía en el fango.

Tras las ejecuciones de su padre y su hermano menor, Robert comenzaba sus jornadas con la misma pregunta: "¿Será hoy mi turno?".[14] Se aferraba a los barrotes de la ventana pequeña con una fuerza que le entumecía los brazos. Las manos, expertas en tensar riendas, mostraban nudillos en carne viva por golpear las paredes en arranques de impotencia. Con un clavo oxidado grababa muescas en los muros; una por día, como prueba de que seguía vivo.[15]

La única conexión que mantenía con el exterior era la fragancia de lavanda que su esposa, Amy Robsart, dejaba como una estela en sus visitas. Bajo la vigilancia implacable de los centinelas, él reclamaba

noticias que le permitieran medir cuán cerca estaba de ser ejecutado: los edictos de la reina, el pulso inquieto de la nobleza, o el eco de las rebeliones en las calles. Amy, con una sonrisa tenaz y los dedos entrelazados con los suyos, prefería tejer sueños.

—Cuando salgas de aquí, regresaremos a Norfolk. El aire de la costa limpiará tus pulmones y volveremos a ver florecer las lavandas en los campos de mi padre. Tendremos un hijo al que llamaremos Robert; lo sé porque lo he visto en un sueño. Tenía una carita preciosa y tus mismos ojos azules —hizo una pausa breve, casi tímida—. Confieso que también anhelo una niña. La llamaría Isabel. —Y la mención de ese nombre fue como un vendaval violento que empujó sus sentimientos a extremos opuestos de la estancia.

Mientras que para Amy tenía el sabor de una dulce ilusión, para Robert era una presencia poderosa que lo habitaba y convertía cualquier otro lazo, aun el más sagrado, en algo remoto. Solo existía una Isabel en su vida: Isabel Tudor.

Las manos, poco a poco, comenzaron a soltarse. Amy observó sin decir nada. Se preguntó, no por primera vez, si Robert le pertenecía. Se había enamorado de él con el arrebato irreflexivo de la juventud. El joven Dudley era una estrella ascendente en la corte del rey Eduardo VI, su amigo de la infancia. Irradiaba un magnetismo que dividía a los hombres entre la admiración y la envidia. Las mujeres suspiraban al verlo pasar vestido en brocados pesados y pieles exquisitas. Bajo aquel lujo se percibía cierta insolencia; llevaba el cabello, castaño y ondulado, algo más largo de lo que dictaba el protocolo, por el puro placer de la trasgresión. El apodo que le habían puesto, el Gitano, le sentaba como un guante.

Solo hizo falta el amparo de una noche fragante de verano para que Amy le permitiera robarle el primer beso. Pocas semanas más tarde, Robert pidió a sir Robsart la mano de su hija, convencido de que la vida sería tan sencilla como aquella conquista. Eran tiempos de esplendor para la familia Dudley y el padre de Amy vio en la boda la oportunidad de relacionarse con la corona.

Tres años más tarde, Robert sentía el frío de la Torre en sus huesos. El tono aceitunado de la piel, que le había dado su apodo, estaba grisáceo, enfermizo. La esperanza obstinada de su esposa durante las visitas le resultaba más agobiante que la opresión de la celda.

Al despedirse esa tarde, la tomó por los hombros y la miró un momento antes de hablar.

—El futuro no me pertenece.

—Pronto volverá a pertenecerte. —La resolución de su mujer inquebrantable. Tanto como el deseo de Robert de volver a ver a Isabel Tudor, la hija de Enrique VIII y Ana Bolena.



Unos meses más tarde, una ráfaga súbita ascendió desde el Támesis, trepó las murallas de la fortaleza, reptó por los corredores de celda en celda arrastrando un rumor: Isabel Tudor había llegado como prisionera a la Torre.

Al escucharlo, el corazón de Robert se contrajo; su amada estaba a merced de la misma tormenta. Si la reina María, su media hermana por parte de padre, la consideraba una rival, y todo parecía indicar que así era, su vida corría peligro grave. A Robert dejó de

importarle su propia suerte; solo podía pensar en los pasos que lo separaban de Isabel y en la desesperante inutilidad de su cercanía.[16]

Cuando un carcelero a quien sobornaba llegó con las raciones de la noche, se abalanzó sobre él.

—¿Es cierto lo que se dice? ¿Dónde está lady Isabel? Dime dónde está —no se animó a usar la palabra princesa para referirse a ella. Conocía la prohibición expresa de la reina sobre ese asunto y no quería sumar problemas.

El hombre le hizo un ademán para que bajara la voz.

—Las paredes escuchan, milord, y no deberían oírlo tan interesado por ella. Llegó por la tarde; la trajeron en barca bajo una lluvia que hubiera ahogado a cualquiera. Mi cuñado, que estaba allí, contó que ella se negó a desembarcar hasta que pasara el temporal. Dicen que su mirada ardía tanto que parecía que iba a incendiar la Torre.

Mientras sus hermanos se concentraban en la comida, Robert se recostó sobre la cama. Podía imaginar a Isabel con una claridad que dolía: la espalda erguida desafiando la adversidad, el cabello de fuego oculto bajo una capucha y aquellos ojos negros que lo dejaban sin aliento.

Sus pensamientos lo llevaron trece años atrás, a Hampton Court. Los jardines exuberantes, con aroma a violetas, eran infinitos para un niño. Las veletas doradas vigilaban desde las alturas, girando sobre los tejados con elegancia mientras el sol calentaba los muros de ladrillos rojos. Las ochocientas estancias con pisos de roble pulido estaban cubiertas de tapices vibrantes y obras de arte. Para él, el palacio era un universo entero que giraba alrededor de Su Majestad,

Enrique VIII, y que se tornaba aún más fascinante con la presencia de su hija Isabel.

La memoria rescató el aroma a tinta y madera pulida de la niñez. Él tenía ocho años; era un niño inquieto y travieso que prefería las clases de equitación al latín. Ella era un año menor y se plantaba frente a los tutores exigiendo respuestas a cada pregunta. Luego tomaba el laúd con la misma intensidad con la que discutía, como si no supiera hacer nada a medias.

Una tarde, en un descanso entre lecciones, Robert le ofreció un manojo de flores robadas de un cantero bajo la ventana de la biblioteca. Con la frescura propia de la infancia, le anunció que se casaría con ella cuando fueran mayores. Isabel recibió el obsequio con una sonrisa radiante que duró apenas un instante: algo en sus ojos tembló. Las palabras habían rozado una herida. Antes de que Robert pudiera entender qué había dicho mal, una abeja emergió furiosa de entre los pétalos y zumbó cerca del rostro de Isabel. Ella soltó las flores y retrocedió. Robert golpeó las palmas para espantarla y, una vez que el zumbido se perdió en el aire, se volvió hacia la niña con una seriedad nueva, impropia de su edad.

—Siempre seré tu caballero y tu protector, Bess.

Isabel, su "Bess", estaba a pocos pasos de distancia en la Torre, pero lejos del alcance de su protección. Indefensa, a merced de la voluntad de una reina que la odiaba. Tembló de impotencia. La promesa del niño pesaba en el pecho del hombre, era una deuda sin saldar.



Lady Isabel Tudor cruzó el umbral de las cámaras que le habían asignado en la Torre de Londres, una prisión, fortaleza y palacio a la vez, con los sentidos en alerta. Eran estancias cómodas y equipadas con cierto lujo que acentuaba la amenaza: los prisioneros que traspasaban aquellos muros rara vez salían de allí con vida. La ejecución de lady Jane Grey, su prima, pocas semanas antes, y la de su madre, cuando Isabel tenía dos años, lo confirmaban.

Sentado en la antesala esperaba sir Gage, el condestable de la Torre. La recibió con el ceño severo y le señaló una silla con indiferencia. Ella no la tomó.

—Se le han asignado estas salas, milady. Es el lugar que corresponde a su rango, mientras la ley no diga lo contrario —hizo una reverencia demasiado breve antes de retirarse.

A pesar de sentir el temor enroscarse en el estómago, Isabel no flaqueó ni siquiera al oír el pesado sonido de los cerrojos de hierro. Se quedó inmóvil, absorbiendo el lugar. En esos mismos aposentos su madre había esperado exultante su coronación. Y allí, repudiada y condenada, aguardó el amanecer el día de la ejecución tres años después. Isabel dejó que ese pensamiento la atravesara.[17]

—¡Oh, mi niña!

La voz acongojada de Kat Ashley, su antigua institutriz y madre sustituta, se alzó a sus espaldas. Isabel giró y abrió los brazos.

—La rebelión ha terminado. Todo se aclarará —susurró Kat secando sus lágrimas.

—No lo sé. Mi nombre sigue sonando. Estoy segura de que lo pronuncian los conspiradores en las mazmorras.

Kat le cubrió los hombros con una manta de lana. Después la guio hasta la chimenea, donde un fuego débil luchaba por calentar la

estancia. Las mejillas de Isabel comenzaron a recuperar algo de color.

—María no se atreverá. Eres su hermana, tienes la sangre de su padre.

—María me odia. Para ella soy el fruto viviente del pecado, la hija bastarda de la mujer que destronó a su madre y le robó el corazón del rey. Si encuentra una excusa, me ejecutará sin remordimientos.

Kat acarició el cabello de cobre que, librado de la capucha, brillaba bajo la luz de las velas. Le sirvió una copa de vino de una jarra junto al hogar.

—Necesitas un aliado, un hombre poderoso. Cuando salgamos de aquí, deberías considerar un matrimonio ventajoso. Algún príncipe extranjero, o tal vez un noble inglés. Alguien que complazca a la reina; de esa forma tendrías protección y…

Isabel la cortó.

—¿Casarme? ¿Para qué? ¿Para convertirme en una moneda de cambio? O, en el mejor de los casos, un trofeo.

Comenzó a caminar por la habitación con furia contenida. Kat intentó retomar el argumento, pero ella no le dio lugar.

—He visto lo que el matrimonio hace a las mujeres. Mi padre devoró a sus esposas una por una. Me dejó huérfana de madre a los dos años. Su tercera mujer murió al darle un hijo varón y repudió a Ana de Cléveris como un plato que sabe agrio. Todos dicen que los gritos de Catalina Howard por clemencia aún se escuchan tras estos mismos muros. Eso ha sido evidente desde que tengo uso de razón, Kat. Jamás me casaré.

—Pero es peligrosa la soltería. Una mujer no puede sobrevivir sola. Necesitas la protección de un hombre.

—A veces me pregunto qué mundo habitas. Los hombres solo buscan en nosotras alianzas que respalden ambiciones y vientres que las perpetúen. Mira a María. Se ha entregado a ese español, Felipe, a quien solo le interesa usar a Inglaterra como cofre para sus guerras imperiales. ¿Y qué le queda a ella, sino obedecer una causa que no es suya? No pasaré mi vida entre embarazos y oraciones, contando los meses con temor, esperando que un hijo sobreviva. Además, las ambiciones mudan con el viento y las alianzas que dejan de servir, se cercenan. —Posó la vista en la penumbra del patio donde se colocaba el bloque para las decapitaciones.

—Insisto en que deberías considerar tener un hombre a tu lado; me preocupa que estés sola porque tu propia vida está en juego.

—Llevo la sangre de mi padre y tengo el coraje de mi madre. Y si alguna vez salgo de esta fortaleza, te juro por todo lo sagrado que no será para confiarle mi destino a un hombre.



Robert Dudley se puso de pie apenas el primer rayo se filtró en la celda. Le recordó que, desde la noche anterior, Isabel desafiaba la muerte a pocos metros. Ambos eran piezas en el juego de poder de la dinastía Tudor, jóvenes obligados a pagar por las ambiciones de sus padres. Ansiaba con el alma verla, aunque era consciente de que no le permitirían encontrarse. Contaba, en cambio, con un plan: un guardia, unas monedas, un mensaje.

Durante la caminata diaria por el patio encontró lo que necesitaba. Entre los muros de piedra y la tierra húmeda por el rocío, unos capullos pálidos desafiaban los últimos fríos. Lo asaltó el recuerdo

nítido de una promesa hecha ante una niña de ojos negros. Sin que los guardias lo advirtieran, arrancó algunas flores y ocultó el botín en los pliegues de la capa. De regreso en la celda, deshizo un hilo verde oscuro de su jubón y armó con cuidado un ramo. En el interior escondió una nota: "Ambos saldremos de aquí". No la firmó.

Le entregó el ramillete a un carcelero.

—Para la dama en las habitaciones reales. Dile que es un regalo de la primavera.

La moneda de plata cambió de manos con rapidez y el hombre apresuró el paso hasta llegar a los aposentos de Isabel. Kat tomó el ramo y, perpleja, se lo tendió a su ama. El tenue aroma terroso transportó a la joven a los jardines de Hampton Court. Desdobló el papel con dedos trémulos. No había firma, pero reconoció la caligrafía al leer la nota. Aquel insensato seguía empeñado en protegerla.

No respondió al mensaje; no podía permitirse ningún desliz. Estaba en un laberinto de piedra con mil oídos hambrientos de secretos. Sin embargo, esa noche, mientras la tormenta azotaba las murallas, apretó el hilo verde entre los dedos e imaginó a Robert en algún lugar de la fortaleza. Era suficiente para sostenerse mientras esperaba.



*Hatfield House, Hertfordshire,*
*otoño de 1558*

Habían transcurrido casi cuatro años desde la liberación de Robert; sin embargo, el estigma de la traición de los Dudley seguía adherido a su piel. La excarcelación no fue un reconocimiento de inocencia, ni siquiera un guiño de clemencia real. La reina María, impopular y acorralada, estaba urgida por recuperar apoyo entre una nobleza que ella misma había desdeñado. Él fue parte de aquella estrategia real. Aunque su redención tuvo un precio: alistarse bajo el estandarte de Felipe II, marido de la reina, en la guerra contra Francia. Hacia allí marchó. Robert se destacó en el campo de batalla, pero no obtuvo el favor real. Ansiaba limpiar su apellido, pero parecía imposible mientras no soplaran otros vientos. Solo recuperó unas pocas tierras confiscadas tras el arresto. Se mudó con Amy a una propiedad prestada por sus suegros.

A su regreso del frente, Robert comenzó a visitar a Isabel en Woodstock, la antigua residencia de caza donde la confinaron tras liberarla de la Torre. La había encontrado delgada, con una tos seca y persistente que la sacudía. Intuyó que, si no intervenía, ella acabaría sus días entre aquellos muros devorados por el moho y el silbido constante del viento a través de ventanas desvencijadas. Sin vacilar, había convertido en oro parte de las escasas tierras recuperadas para entregárselo en secreto. Era consciente de que apoyarla constituía un desafío abierto a la corona y cualquier tribunal lo calificaría de traición. Pero también demostraba, sin dobleces, donde residía su lealtad. Se convirtió en su sombra protectora, en sus visitas le informaba acerca de las intrigas de la corte. Isabel se dejaba amparar, pero, a la vez, temía por él.

—Lo has arriesgado todo por mí: tus tierras, tu vida, tu nombre. Tengo contigo una deuda imposible de saldar. Me preocupan los

riesgos que corres intentando protegerme y entendería si dejaras de hacerlo.

Él apoyó una bolsa pequeña de oro sobre la mesa y rodeó el mueble para eliminar la distancia entre ambos.

—Mientras yo viva no permitiré que ninguna injusticia te roce, Bess.

Ella contuvo el aliento.

—Tus ojos son los míos; nadie podría cuidarme mejor. De ahora en adelante, te llamaré "Ojos".

—Que así sea. Si no puedo estar a tu lado cada hora, te enviaré mi mirada en todas las misivas para que recuerdes que no estás sola.

A partir de aquella visita, las cartas de Robert habían dejado de llevar firma. Al pie aparecía siempre un pequeño dibujo cómplice: un par de ojos vigilantes; una promesa de lealtad y entrega que le daba a Isabel la fuerza para no doblegarse. Tras su liberación, ella navegó los tiempos turbios con astucia y demostró una sumisión absoluta a su hermana, la reina. Vestía de forma austera, sellaba los labios si las conversaciones se aventuraban en las peligrosas mareas de la fe y en los laberintos de la política. Sabía que una palabra mal colocada en los oídos de un espía la regresaría a prisión para no salir.

Tras dos años en Woodstock, gracias a aquella cautela estudiada, había logrado que le permitieran mudarse a Hatfield. En la casa de su infancia, acompañada por la fiel Kat y un puñado de sirvientes, Isabel se sentía algo más segura. Como un recordatorio de su propia resistencia, o tal vez como una advertencia para quienes la espiaban, talló con la punta de un diamante en el cristal de una

ventana una frase: "Mucho se sospecha de mí, pero nada se prueba".[18]

Una tarde de noviembre de 1558, Isabel paseaba por los jardines bañados por un sol pálido, sumida en sus pensamientos. María pasaba ya los cuarenta años, el cuerpo minado por la enfermedad y la cuna del heredero vacía. El consejo privado la presionaba para que nombrara sucesor, pero la reina se resistía. El trono de Inglaterra pendía de un hilo, y ese hilo tenía nombre de mujer. Para una parte de la nobleza, Isabel representaba la continuidad. Para otros, su prima María Estuardo, la joven reina de los escoceses y esposa del delfín de Francia, encarnaba la legitimidad.[19]

El crujido de las hojas secas rasgó el silencio que envolvía el jardín. Al girarse, Isabel descubrió a Robert Dudley apoyado contra el tronco de un roble centenario. La miró con un desenfado casi insolente. Cuando se acercó a ella, la invadió el aroma a cuero que desprendían los guantes. Sonrió, fresca y cómplice, tendiéndole la mano. Robert la acercó a sus labios, donde la demoró un instante. Había apostado la vida entera por ella y lo volvería a hacer mil veces, mientras una pregunta lo agobiaba: "¿Cuánto tiempo más antes de que el mundo deje de orbitar alrededor de una reina moribunda para hacerlo alrededor de esta mujer?".

—Bess, deberías estar en tus aposentos. Los lobos vigilan desde las sombras.

—¿Te refieres a los lobos de Escocia o a los que aúllan a mi alrededor?

—Mis informantes dicen que María tiene los días contados y que ha tomado decisiones.

Isabel tenía veinticinco años y había hecho de la paciencia una estrategia de supervivencia. Había aprendido a esperar: a esperar clemencia, a esperar favores, a esperar noticias. Solo en la intimidad se permitía reconocer el anhelo que la habitaba: reinar para sanar las heridas de un pueblo fracturado por las hogueras de la fe, empobrecido por las malas cosechas y las guerras impulsadas por un rey consorte español. Pero María aún respiraba en Londres, y un último movimiento suyo podía cambiarlo todo. La reina todavía poseía el poder para dictar una sentencia que acabara, en un instante, con la vida de Isabel.

—No cantes victoria. Son tiempos demasiado peligrosos; vigilo no solo mis palabras sino cada bocado que llevo a mi boca —un escalofrío le recorrió los hombros.

Él acortó la distancia.

—Dicen en el palacio que Felipe la ha convencido de nombrarte sucesora.

Isabel contuvo el aliento al comprender que la vida en las sombras podía terminar. Robert percibió su estremecimiento. Sin poder resistirse, se interpuso entre ella y la vigilante Kat. Envolvió las manos frías de la joven con sus palmas curtidas, y las sostuvo con devoción absoluta.

—Si el mundo entero se vuelve contra ti, yo seré tu escudo. Compartimos la incertidumbre en la Torre; aquí, en Hatfield, compartiremos la espera. Mi vida, mi espada y mi corazón te pertenecen. No a la corona —bajó su voz hasta convertirla en un susurro— sino a ti, siempre a ti.

Al sentir el calor de sus manos, el vértigo de Isabel se detuvo. En ese abrigo olvidó lo que estaba en juego y solo deseó envolverse en

la fuerza de aquel hombre. Mientras Robert estuviera cerca, ella sería capaz de sostener el peso de toda Inglaterra sobre sus hombros.

El galope de un caballo rompió el hechizo. Un mensajero real, extenuado y cubierto de barro, irrumpió en Hatfield. El peso de la historia cayó sobre el jardín: María había exhalado su último aliento en el palacio de St. James; Isabel era reina de Inglaterra. Al arrodillarse ante ella, Robert Dudley comprendió que el mundo que había soñado era, por fin, el que tenía frente a los ojos.



*Hatfield House, Hertfordshire,*
*1 de diciembre de 1558*

La penumbra de la sala de música olía a pergaminos antiguos. John Dee deslizaba dedos arrugados sobre cartas celestes extendidas sobre la mesa, descifrando el firmamento. La reina aguardaba expectante en un extremo de la habitación. En la sangre Tudor corría una veta de superstición, y ella buscaba la bendición de los astros para su coronación.

—El 15 de enero el cielo será propicio, Majestad. Es un día que garantiza un reinado largo. Extraordinariamente largo.

—¿Extraordinariamente largo, maestro Dee? ¿Años? ¿Décadas?

—Veo una era. Las estrellas hablan de un tiempo que brillará como un sol inagotable alrededor de poetas y artistas. Marte en Escorpio le otorgará a Su Majestad la ferocidad necesaria para

purgar conspiraciones antes de que asomen. Si busca permanecer en el trono, ese es el día.

—¿Y qué más lee en los cielos?

Dee acomodó un candelero. La cera cayó lenta sobre la mesa. Al levantar la vista, miró hacia Robert, de pie detrás de la reina.

—Para que perdure, lo que está cerca debe permanecer cerca. Aquel caballero será su Marte. Alzará la espada, dominará a las bestias y defenderá con su vida lo que nace bajo las estrellas.

Isabel se volvió hacia él.

—Mi Marte —repitió.

Robert sintió un peso asentarse sobre los hombros. Unas horas antes lo habían nombrado maestro de las caballerizas, cargo que demostraba la confianza absoluta de la reina. En un reino donde las conspiraciones y las traiciones germinaban en las mesas de cada banquete, él sería el guardián más próximo a Isabel. Controlaría cada corcel que ella montara, examinaría cada litera que la transportara, trazaría cada ruta, escrutaría bosques y caminos antes de que la soberana pusiera un pie en ellos. La asistiría al desmontar, sintiendo el peso fugaz de su cuerpo sobre los brazos, sus manos, las únicas autorizadas a rozarla.

Cuando Dee los dejó solos, habló.

—Nada deseo más en el mundo que servirte y estar cerca de ti —tragó saliva—. Mas debo preguntar si puedo traer a Amy a vivir conmigo a la corte.

Un carruaje cruzó el camino de entrada, las ruedas crujieron sobre la grava. Isabel demoró su respuesta con deliberación, dejando que la pregunta flotara entre ellos. Robert la había lanzado porque no se atrevía a ser quien dictara el destierro de su esposa; necesitaba una

orden inapelable para no cargar con el peso de un abandono voluntario. Si la reina lo prohibía, él dejaría de ser un marido negligente para convertirse en un súbdito obediente. Isabel entendió la maniobra y, con una frialdad magistral, decidió aceptarla.

—Ella deberá comprender que sirves a tu soberana ante todo. Tenerla aquí te distraería y no puedo permitir que nadie te aparte de mí. —Esbozó una sonrisa que no llegó a la mirada—. ¿Estás dudando, Ojos?

Él no dudaba. Sintió, en cambio, un alivio impropio que le avergonzó. Sin Amy en la corte, podía admitir que su corazón latía donde no debía, en Isabel. Con esa admisión caía sobre él una condena silenciosa: vivir lo bastante cerca como para morir por ella, y lo suficientemente lejos como para no consumirse.



*Ciudad de Londres,*
*invierno de 1559*

A media mañana del 15 de enero, el sol se abrió paso entre la neblina y encendió el delirio de colores de la procesión real. Los estandartes ondeaban mientras el repique de campanas se superponía al jolgorio en las calles. El aroma de las rosas, aplastadas bajo los cascos de los caballos, se fundía con el olor seco de las salvas que saludaban el paso de la nueva soberana. Londres vibraba con la promesa de una nueva era. Desde las ventanas abarrotadas, el pueblo rugía con entusiasmo: "¡Dios salve a la reina!".

La comitiva avanzaba hacia la Abadía de Westminster para la coronación. Envuelta en terciopelo carmesí ribeteado de armiño, con la melena del color del amanecer libre sobre los hombros, Isabel sonreía desde una litera abierta. Había ansiado aquel momento y se abandonaba deliciosamente a él.

El maestro de las caballerizas cabalgaba erguido sobre un semental blanco con gualdrapas bordadas centelleantes bajo el sol. En tensa alerta, Robert rehusaba contagiarse de la exaltación popular. Su mirada no se detenía en las flores que llovían sobre la comitiva, sino que escudriñaba cada callejón, cada rostro anónimo entre las multitudes, mientras la palma se aferraba a la empuñadura de la espada. En una ciudad entregada al júbilo, él solo pensaba en proteger a Isabel con la vida.

La procesión avanzaba con lentitud. En Cheapside, alguien arrojó hacia la litera un ramo de romero, símbolo de fidelidad. Isabel lo atrapó con gracia y se lo llevó a la nariz. Luego, girándose, lo lanzó hacia Robert; un mensaje privado en medio de la multitud.

Al cruzar el umbral de la abadía, el protocolo lo obligó a ocupar su lugar entre el resto de la nobleza. Se estremeció cuando, por encima de la música triunfal, el clamor de cientos de gargantas llegó hasta las bóvedas de piedra: "¡Vivat Regina! ¡Vivat Regina!" mientras la corona de San Eduardo descendía sobre la soberana y el óleo santo la transformaba en una institución inmaculada. Ella era Inglaterra.

En las semanas que siguieron, la reina convirtió la predilección por su maestro de las caballerizas en una exhibición de poder. Lo sumó al consejo privado y lo invistió con la Orden de la Jarretera, distinción que arrancó comentarios amargos sobre la imprudencia de conferir tal honor a un descendiente de una familia marcada por la

traición. Haciendo oídos sordos, Isabel le reservaba a Robert el sitio a su derecha en los banquetes. Allí, a la vista de todos, recorría con los dedos, como al descuido, la línea de la mandíbula de él en un gesto que hacía sonrojar a las damas de compañía e incomodaba a los lores.

El bosque de Windsor era el refugio cotidiano de la pareja. Se adentraban en la espesura para guarecerse de las miradas inquisitivas, envueltos en complicidad. Regresaban horas más tarde, con las mejillas encendidas y los caballos exhaustos. Mientras bailaban, él se atrevía a rozar brevemente los labios de la reina en público. Apenas el fantasma de un beso, ante los ojos incrédulos de los cortesanos. Isabel, hábil en el arte del amor cortés, dejaba caer frases que avivaban la expectativa y atizaban el deseo de su caballero. Para ella, el juego de seducción era también una batalla de poder.

El traslado de los aposentos del maestro de las caballerizas a unos departamentos contiguos a los de la soberana alimentó una marea de rumores ponzoñosos. La corte murmuraba no solo sobre la opulencia de aquellas estancias, decoradas con pinturas de grandes maestros y reluciente mármol italiano, sino sobre la cercanía con las de la reina. Sin embargo, el verdadero corazón del escándalo permanecía oculto. Tras un tapiz que representaba la batalla de Agincourt, se disimulaba una puerta secreta que conectaba el mundo del favorito con la intimidad de Su Majestad.

Mientras el palacio dormía, ella lo esperaba. Se despojaba de las pesadas alhajas, liberaba el cabello perfumado con flores de iris y se deshacía de toda formalidad real. Hablaban junto al fuego o al borde de la cama. Ella le confesaba el desvelo por dejar huella en la

historia y demostrar que una mujer podía gobernar con sabiduría y eficiencia. En algún momento, él la tomaba entre sus brazos, murmurándole promesas de protección y lealtad inquebrantable. Ella se entregaba al calor de sus besos, permitiéndose sentir la intensidad de lo que los unía. Los dedos de él dibujaban la curva de la espalda con lentitud deliberada; ella buscaba su rostro, su cuello, enredaba las manos en el cabello oscuro. Se quedaba dormida contra su pecho y Robert permanecía inmóvil, midiendo el tiempo por el avance lento de las brasas. Cuando la primera claridad comenzaba a filtrase por los tapices, la depositaba con cuidado sobre las almohadas y abandonaba la habitación antes de que los corredores cobraran vida.

Mientras Robert ascendía y su influencia se consolidaba, Amy permanecía confinada en Cumnor Place, una mansión que había pertenecido a la familia Dudley y que habían recuperado tras la restitución de los bienes concedida por Isabel. Con desesperación aguardaba las visitas de su esposo, cada vez más breves y espaciadas. Le escribía suplicándole no quedar relegada de su mundo. Las respuestas eran un catálogo de excusas corteses. Compromisos ineludibles, viajes impostergables de la reina. Siempre la reina. En intentos por compensar su ausencia, Robert le enviaba obsequios lujosos envueltos en seda escarlata: joyas deslumbrantes, bellos encajes; todos objetos inútiles para una mujer condenada a vivir fuera de la corte y lejos de su esposo.

Todo eso cambió con una carta:

*Querido esposo mío:*
*El médico ha regresado hoy. Dice que el dolor en mi pecho es melancolía. Pero yo siento que es algo que crece dentro de mí como una planta*

*venenosa. El dolor no descansa, no descansa nunca.*

Un remordimiento profundo impulsó a Robert a cabalgar hacia a Cumnor Place. Amy no salió a recibirlo. La encontró recostada en su habitación, extremadamente delgada, con la piel deslucida y los ojos hundidos tras sombras violáceas. El médico confirmó lo que Robert había intuido al verla: le quedaban unos meses de vida. Cargado de culpa, el esposo se inclinó junto a Amy.

—Yo te amo, Robert. O te amaba; a veces no lo sé. Pero sé que tú ya no me perteneces. No desde que una sonrisa roja te prometió un reino.

Él abrió la boca en busca de una mentira piadosa, pero no encontró ninguna. La verdad se instaló entre ambos con una claridad insoportable.

—No hace falta que vuelvas —murmuró ella—. Al menos no por mí.

Aun así, Robert prometió volver a visitarla, creyendo que ese juramento frágil podía absolverlo.

A su regreso encontró los corredores del palacio de Whitehall hirviendo de suposiciones. Primero, en susurros, luego sin cautela, se decía que la reina aguardaba la viudez de su maestro de las caballerizas para casarse con él. Los diplomáticos extranjeros dejaron de urdir posibles alianzas maritales. En las tabernas, circulaban coplas vulgares sobre "la zorra y el halcón". Mientras el mundo los imaginaba ardiendo juntos, él conocía el frío de la frontera que su amada trazaba siempre en el último aliento, eligiendo la corona por sobre su amor.

Una noche, mientras Robert leía en sus aposentos, el aroma a flor de iris anticipó la entrada de Isabel, que avanzó hacia él descalza.

—¿Sigues despierto, Ojos?

—Un guardián no duerme mientras su tesoro está expuesto.

—Mi secretario de Estado insiste en que debo casarme con algún heredero europeo. Cree que así se acallarán los rumores —dijo ella, sentándose al borde de la mesa donde Robert apilaba sus escritos.

Él apoyó las manos a ambos lados de sus caderas y se inclinó hasta acercar los labios a su oído.

—Lo que sir William Cecil no sabe es que ningún príncipe sabrá cómo calmar tus demonios nocturnos, Bess.

Ella le rozó la mejilla con el dorso de la mano y se deslizó hacia la ventana.

—Tal vez debería casarme contigo y acabar con este teatro de una vez.

El pulso de Robert se detuvo.

—¿Y por qué no lo haces? Habría que esperar un tiempo prudencial después de…

Isabel retrocedió, buscando la puerta en la penumbra.

—Sabes que jamás me casaré. Pero si cambiara de idea, solo sería para casarme contigo.

Tras sus palabras desapareció, absorbida por el pasadizo. Él quedó solo, suspendido entre una promesa y una condena.

Sir William Cecil fue letal al interceptarlo en la galería de las pinturas una tarde de calor sofocante.

—Lord Dudley, ¿cómo sigue la salud de su esposa? —preguntó, simulando cortesía.

—Mi matrimonio es un asunto privado, no una cuestión política.

Cecil esbozó una sonrisa cínica.

—Deja de ser privado si impide a Su Majestad asegurar alianzas en Europa. No se haga ilusiones; el trono de Inglaterra no se gana en las caballerizas.

Robert sintió que los músculos de la mandíbula se tensaban. En el fondo de su conciencia sabía que Cecil tenía razón.



*Castillo de Windsor,*
*otoño de 1560*

El aire olía a hojas húmedas. La corte estaba de caza en los bosques de Windsor cuando un mensajero sudoroso interceptó a Robert y le entregó una esquela. Por la urgencia que llevaba, supo que no contenía buenas nuevas. Al leerla, un abismo se abrió bajo sus pies.

Guardó el mensaje y apretó el paso. Imaginaba las voces que se alzarían: "¡Qué oportuno!", "Ahora sí que se casará con ella". Pero él comprendía la ironía: el destino le había concedido lo que esperaba de la única forma que lo volvía inalcanzable.

Subió las escaleras de dos en dos, como si intentara huir de la noticia. Sin anunciarse, irrumpió en la cámara donde la reina jugaba a los naipes con sus damas. Al verlo, Isabel hizo un gesto seco que dispersó a las mujeres.

—¿Qué sucede, Ojos?

Él no se acercó. Se quedó en el umbral, con la sombra del desastre grabada en las facciones.

—Amy ha muerto, señora. Rodó por las escaleras; la hallaron al pie.

Por un instante fugaz, creyó ver un destello de dolor humano en el rostro de Isabel. Enseguida, las pupilas de la reina se contrajeron, y entendió que ya no estaba con él: estaba midiendo el alcance de la tragedia. Pronto se hablaría de asesinato y los señalarían con el dedo.

—Debo… debo partir hacia allá —murmuró.

—¿Has perdido el juicio? ¡No irás! Nadie en todo el reino aceptará que esto fue un accidente. Si vas, dirán que fuiste a limpiar las pruebas de tu propio crimen.

—¡Es mi esposa! ¡Y es mi nombre el que está en juego!

—¡Y yo soy tu reina! —la voz de Isabel restalló como un látigo—. Si tú eres culpable, yo soy tu cómplice ante Dios y ante los hombres. ¿Eso es lo que quieres para mí? ¿Que el mundo nos señale juntos? Debes irte de aquí.

Robert la miró como si no la conociera.

—Dime, ¿solo piensas en ti?

—Yo solo debo pensar en Inglaterra.

—Bess, no comprendo. Al fin soy libre para entregarte mi vida y me apartas.

—No lo eres. Desde hoy, el mundo dirá que eres el hombre que mató a su mujer por una corona que, precisamente por ello, jamás podrá tocar.

—Hemos enfrentado peores tormentas. Juntos podríamos…

—Abandonarás la corte en este momento. Ve a Kew o alguna de las tantas residencias que posees gracias a mi favor. Regresarás en el momento en que yo lo disponga.

—¿Realmente es eso lo que quieres, Bess? Mírame a los ojos y dímelo —insistió, desesperado.

Isabel se acercó. El aroma a iris llegó antes que sus palabras.

—Vete de inmediato.

—Jamás pensé que diría esto, Bess, pero veo que nunca te he importado. Mientras te protegía con la vida, tú medías cada paso. Has usado mi amor como se usa una herramienta.

—Y tú has usado mi poder como una escalera. No nos engañemos, Ojos. Ninguno de nosotros es inocente.

Fue la conversación más devastadora que jamás habían tenido. Al escuchar los pasos perderse en el corredor, Isabel volvió hacia la ventana y apoyó la frente contra el vidrio frío. Nadie debía verla quebrarse; ni sus damas, ni sus consejeros, ni el reino entero que dependía de su entereza. Mucho menos él. Por primera vez sintió que la corona pesaba demasiado.

Robert Dudley descendió los escalones de piedra hacia las caballerizas. El sollozo reprimido de Isabel no lo alcanzó, él estaba demasiado lejos para oírlo. Una inesperada caída por una escalera lo había transformado del Marte de la reina a ser su mayor carga.



*Hampton Court,*
*otoño de 1562*

Tras el entierro de Amy, el nombre de Dudley se mencionaba en cada taberna de Londres. Las especulaciones en torno a su vida eran incesantes. Robert intentó escapar de todo y de todos con el exilio.

Su mundo se redujo a los muros de su casa en Kew, donde vivía el silencio del campo como una condena. Aunque la reina lo reclamaba ocasionalmente para cumplir funciones, la distancia entre ambos era un abismo que parecía infranqueable. Solo al penetrar la viruela en Hampton Court, dos años más tarde, las barreras cedieron.

La enfermedad golpeó a la soberana con una ferocidad implacable. Era la pesadilla que los consejeros reales siempre habían temido: una reina sin herederos, una corona pendiendo de su respiración. Mientras Isabel ardía en fiebre y delirios, los ministros sombríos se reunían para acordar la sucesión.

Robert no esperó el permiso del consejo para presentarse en la corte cuando la noticia de que Isabel agonizaba llegó a sus oídos. Su corcel galopó con la misma furia de la tormenta que se había desatado sobre el camino; el barro salpicaba bajo los cascos del animal. Al llegar al palacio, avanzó sobre los guardias que intentaron cerrarle el paso. Desmontó de un salto y corrió por los pasillos que tan bien conocía, en ese momento inundados por el olor a hierbas medicinales. Nadie pudo evitar que se instalara junto al lecho real. Durante días, Robert durmió en un sillón de roble, sosteniendo aquella mano ardiente y cubierta de pústulas. Custodió con amor a la mujer que ya no distinguía entre el sueño y la vigilia.

Una mañana, mientras el Consejo discutía el futuro en murmullos tensos al pie de la cama, Isabel abrió los ojos y buscó a Cecil. La voz era apenas audible.

—Si muero, lord Dudley será nombrado protector del reino con todos los poderes que me pertenecen.

El secretario palideció, pero inclinó la cabeza en señal de obediencia. Robert, con la mano de Isabel aún entre las suyas,

comprendió que ella acababa de entregarle algo más sagrado que su ser: su legado.

Días más tarde, la fiebre remitió. Al volver en sí, lo primero que hizo fue pedir por Dudley. Desde ese momento, lo reclamaba a su lado constantemente, lo trataba con la familiaridad de los primeros tiempos, permitiéndole bromas y confidencias que los ministros observaban con renovado recelo.

Comenzó a colmarlo de favores y obsequios, para compensar el exilio al que lo había sometido. El primer regalo fue Kenilworth, uno de los castillos más imponentes del reino, que había pertenecido a los Dudley antes de que la familia cayera en desgracia. Con aquel acto, Isabel devolvía el apellido de Robert a su sitio de honor en la historia.

—Es un lugar digno de ti, Ojos. Allí serás el señor que siempre has soñado ser —hizo una pausa y, al retomar la frase, su voz tenía un dejo de ironía—. Espero que no te guste tanto como para olvidar que tu sitio está aquí.

Él aceptó el regalo con una reverencia medida y guardó silencio sobre lo que ambos sabían: que su sueño era despertar a su lado, no en un castillo a tres días de cabalgata. Ella, confundida por la contención de su amado, creyó que Kenilworth había sido poco y redobló la apuesta. Recibió a Robert en su gabinete privado, lejos de los oídos del consejo.

—He tomado una decisión, Ojos. Te concederé el título de conde de Leicester.

—¿Conde? Bess, esto no caerá bien, todos dirán que mi ambición no tiene límites.

—Que digan lo que quieran. Acepta el título; necesito que seas el hombre más fuerte del reino. Quiero que camines por estos pasillos con la cabeza alta y que deban inclinarse ante ti no solo porque eres mi favorito.

Para el nieto, hijo y hermano de traidores, aquello era una redención impensada. Robert se arrodilló ante la soberana que disipaba las sombras sobre su apellido y ante la mujer que, por primera vez en mucho tiempo, volvía a llamarlo favorito.

—Seré tu conde y tu escudo hasta que deje de respirar, mi señora.

Agradeció con devoción mientras el sol de la tarde se filtraba por los vitrales, proyectando motas de colores sobre los pisos relucientes. Sin embargo, la ceremonia de investidura se demoró demasiado. Isabel fijaba una fecha solo para cancelarla después con alguna excusa: una visita diplomática, una migraña repentina, una urgencia de Estado. Robert aprendió a masticar la impaciencia en las caballerizas; comprendió que lo trataba como a uno de sus halcones de caza: lo mantenía hambriento para que no perdiera la fiereza, pero jamás saciado, para que no olvidara la mano que le ofrecía el cebo.

Finalmente, tras seis meses de espera, el palacio de St. James se vistió de gala por Dudley. Ante la mirada escrutadora de nobles y embajadores, Isabel rodeó el cuello de Robert con el collar de la Orden. Al cerrarlo, dejó que los dedos resbalaran, juguetones, por la nuca en una caricia lenta que hizo palidecer a los diplomáticos. Para él, ese instante fue una promesa viva. Pero Isabel, fiel a su naturaleza impredecible, extinguió cualquier atisbo de esperanza pocos días después.

Mientras ambos paseaban por los jardines de Hampton Court, a salvo de oídos entrometidos, ella reveló sus cartas sin preámbulos.

—Deberías casarte, Ojos.

Él se detuvo en seco.

—¿Casarme, Bess?

—Con María Estuardo. Ella reina sobre Escocia y tú siempre has querido una corona. Además, me darías control sobre mi prima.

—¿Es para esto que me has nombrado conde? ¿Para que María me acepte en su cama y yo sirva a tu política?

—¡Lo hago para salvarte! Sé que hay complots para acabar con tu vida. Muchos creen que solo tras tu muerte yo aceptaré casarme. Mientras seas mi favorito, tu vida penderá de un hilo. Como consorte de otra reina estarás a salvo de esos puñales, Ojos.

—¡Estás pidiendo que sacrifique mi corazón, Bess! Puedes ordenar mi lealtad, mi espada, mi vida. Pero no puedes mandar sobre lo que late aquí —se golpeó el pecho en un ademán brusco.

Los ojos de Isabel se empañaron. Una lágrima pesada amenazó con romper su resistencia. Los labios temblaban cuando se inclinó hacia él hasta rozarle el oído con el calor de su aliento.

—Si yo no fuera Inglaterra, te juro por mi alma que no habría otra cama para ti más que la mía.

En las semanas posteriores, las negociaciones formales con Escocia para una boda se enredaron en un nudo de recelos y sospechas, hasta disolverse en el aire. Entregar al hombre que amaba a su mayor rival fue un sacrificio que el corazón de Isabel no pudo sostener.



Los años siguientes se deslizaron en una lenta cadencia de promesas y repliegues. Isabel reclamaba la presencia de Robert en noches interminables. Al amanecer, huían juntos con el pretexto de la caza, burlando a la escolta para adentrarse en la espesura de los bosques. Aunque por momentos crecía en Robert la convicción de que, tarde o temprano, la mujer se impondría ante la soberana, la esencia de Isabel siempre se le escapaba entre los dedos. En el calor de los encuentros, con la piel a punto de rendirse, ella encontraba la manera de retraerse, devolviéndole la pesada certeza de que la corona estaría siempre primero.

Esa certeza era íntima, pero también política. La nobleza jamás aceptaría a un Dudley compartiendo el trono. Robert sabía que el peligro acechaba, pero sus informantes trabajaban bien. Un día le advirtieron que cuatro hombres lo esperaban a la salida del palacio, con las dagas listas. En otra ocasión el aviso fue sobre un arquero apostado para abatirlo durante una cabalgata. Aprendió a no fiarse de las sombras y comenzó a vestir una malla de acero oculta bajo el jubón, una armadura secreta que le recordaba que el favor de la reina lo ubicaba en el lugar más peligroso de Inglaterra.



*Palacio de Whitehall,*
*Navidad de 1565*

Las antorchas ardían bajas en la medianoche. El palacio olía a incienso y la música se deshacía en los corredores. Robert avanzaba

hacia los aposentos reales con la convicción de que la espera llegaba a su fin.

Entró sin anunciarse. Ella lo recibió con el vestido de terciopelo cobalto bordado de perlas que tantos elogios había cosechado en el banquete navideño. La tela resaltaba la blancura de su tez, y el fuego avivaba el resplandor de las joyas.

—Majestad —susurró, en un tono ardiente, más de amante que de súbdito.

Ella no le ofreció asiento.

—Has esperado. Lo sé —dijo sin rodeos.

Él avanzó hasta llegar a su lado.

—He esperado años. He servido, he callado y he confiado. No hay nada que no haya entregado por ti. Si alguna vez un hombre mereció saber qué lugar ocupa en el corazón de una mujer…

—Aguarda hasta la Candelaria,[20] en febrero.

Una mezcla de exaltación y temor recorrió el cuerpo de Robert, tensando cada músculo.

—¿Es una promesa?

—Es todo cuanto puedo entregarte ahora —respondió Isabel, invitándolo a sentarse junto a ella en el lecho.

—Bess, me harás el hombre más feliz del reino. Una promesa es todo lo que necesito para seguir respirando. Pero dime, ¿por qué aguardar a la Candelaria?

—No preguntes; espera. Me has amado desde que era apenas una heredera olvidada. Te pido este último sacrificio de paciencia.

Tomó la mano de Robert y la guio con lentitud hacia el escote de su vestido, obligándolo a sentir en el latido desbocado del pecho la verdad que callaba. Él buscó su boca con urgencia, mientras los

dedos hambrientos se perdían en el cobalto buscando la calidez de la piel. Se demoró en las caricias, entregado por completo a desarmar la resistencia, hasta que Isabel dejó escapar un gemido ahogado, del que se sintió único dueño. En la penumbra del lecho, se dejó embriagar por la certeza de que aquella entrega era el preludio definitivo, el puente que lo conduciría al lugar que siempre había sentido suyo.

Durante las semanas siguientes, Robert caminó con el mentón en alto, sabiendo que a sus espaldas se hablaba de boda y de una soberana finalmente dispuesta a pensar en el futuro de la dinastía. Sentía el respeto calculador de los nobles y la expectativa de los embajadores; estaba, al fin, en las puertas del Paraíso.

Hasta que, en el aniversario de la coronación de la reina, el 15 de enero, algo cambió.

Bajo la luz cálida de los candelabros, el Gran Salón resplandecía para la celebración. Las mesas, dispuestas en perfecta simetría, lucían una vajilla de oro reluciente, adornada con incrustaciones de piedras preciosas que multiplicaban el fulgor de la sala. Sobre los platos se desplegaban figurines de mazapán pintados de colores vivos, tentadoras tartas de manzana especiada y pasteles de membrillo coronados con frutos secos. Las puertas dobles se abrieron, las conversaciones animadas cesaron y los guardias anunciaron la entrada de Su Majestad. Isabel avanzó deslumbrante en un vestido de damasco verde esmeralda que contrastaba con el cabello. Sus ojos recorrieron la sala, buscando entre los invitados. Vio a Robert y le dirigió una sonrisa automática. Siguió hasta detenerse en Christopher Hatton, un joven atractivo de modales

impecables, célebre por su elegancia al bailar. Con un gesto, lo invitó a acercarse y le concedió el sitio a su derecha en la mesa principal.

Robert ocupó un lugar alejado, procurando pasar desapercibido. Las carcajadas de la reina y su acompañante se elevaban por encima del bullicio festivo, hiriéndolo de manera insoportable. La música llenó el salón, ella avanzó hacia el centro y se dejó envolver por los brazos de Hatton. Juntos ejecutaron una danza que a Robert se le hizo interminable; con cada giro y cada sonrisa compartida el desconsuelo crecía. Cuando la melodía cesó, la reina se acercó a una bandeja de dulces que reposaba sobre una mesa lateral. Tomó uno con lentitud deliberada y, ante la mirada atónita de la corte, se lo ofreció a Hatton en la boca. Robert sintió que el aire se tornaba irrespirable. Sin excusarse, dio media vuelta y buscó la salida, ciego, sordo. Ausente.

A la mañana siguiente, encontró a Isabel en la biblioteca real hojeando un manuscrito con sus damas. Cerró la puerta de un golpe. Todas se sobresaltaron, pero él no pidió disculpas.

—¿Esto es lo que llamas espera? ¿Planeas hacerme el espectador de tus caprichos mientras aguardo una Candelaria que nunca llegará?

Isabel despidió a sus damas y esperó estar a solas antes de hablar.

—Mide tus palabras, Dudley. —El uso de su apellido fue un bofetón físico.

—No puedo medir lo que me desborda. Recuerda la Torre, los días aciagos en Woodstock. Cada vez que el mundo apostaba a nuestra caída, yo seguí a tu lado. He amado a la mujer y he servido a la soberana con la misma pasión. He esperado con paciencia, con

lealtad y con amor. Me das esperanza para luego humillarme. Me pides tiempo y, cuando lo concedo, me castigas. ¿Hasta cuándo, Bess?

Buscaba un rastro de la mujer que latía en su corazón, pero no lo encontró. La reina habló con voz fría y medida.

—Si por mi favor te has vuelto insolente, pronto te reformarás. Puedo devolverte al mismo lugar de donde te alcé. Retírate antes de que ordene desterrarte de la corte.

Robert comprendió lo que ningún desvelo podría alterar: ella era la reina; él, un súbdito al que había hecho conde para no hacerlo rey. Esa verdad los precedía y los sobreviviría, y ante aquello no le quedaba nada por decir. Inclinó la cabeza aceptando el veredicto, y se retiró en silencio.

Una vez en sus aposentos, se dejó caer sobre la cama. La ira de la noche anterior había cedido ante lo irreversible. Se quitó el anillo de sello que ella le había obsequiado en su último cumpleaños. La joya, fría y pesada en la palma, le devolvió una verdad que jamás había querido ver. Isabel jamás lo eligiría. Pero un hombre es más que su amor imposible; es también su nombre, su sangre, el legado que dejaba. Había pasado la vida restaurando el honor de los Dudley y no podía permitir que se desvaneciera con él. Era hora de desatar el nudo y buscar un heredero.



*Castillo de Kenilworth,*
*verano de 1575*

Durante los siguientes años, el deseo de encontrar una mujer que le diera un hijo movió el alma de Robert. Quería alguien que llevara su sangre y perpetuara el apellido. Se ahogó en muchos cuerpos, pero ninguno olía a iris; ninguna mujer tenía la fascinante capacidad de ser, al mismo tiempo, el premio y el verdugo. Isabel lo vigilaba con la precisión de un halcón y toleraba sus romances mientras no fueran más que una distracción de la carne. Atenta, intervenía si alguna dama comenzaba a ocupar un espacio excesivo en la vida de su favorito. La reina marcaba su territorio haciéndola desaparecer de la corte y volvía a reclamar su refugio: dormía en los brazos de Robert buscando una tregua. Pero él había cruzado el umbral de los cuarenta años y se sentía un hombre sin legado. Agotado y bajo el peso de esa carencia extendió una invitación a Kenilworth, su castillo, para Isabel y toda la corte.

El crepúsculo de julio pesaba sobre las colinas cuando la comitiva real divisó la silueta del palacio. Quinientos jinetes dispuestos por Robert flanqueaban el último tramo del camino en una procesión de antorchas que escoltaba a la reina hacia la entrada del mundo de Dudley. Al ver la magnitud del despliegue, los cortesanos comenzaron a sospechar que aquella no era una visita inocente, sino la última carta de un hombre que llevaba esperando más de veinte años.

Isabel, erguida sobre una yegua blanca, observaba la majestuosidad del recibimiento en silencio. Estaba acostumbrada a que todos intentaran deslumbrarla, pero intuyó que aquello era distinto, que aquello era Robert intentando seducirla nuevamente. Él aguardaba al otro lado del puente levadizo, expectante. Al verlo, Isabel levantó la mano en un saludo casi íntimo. Robert respondió

con una leve inclinación de cabeza, con la mano sobre el corazón, como en una ofrenda.

La reina se detuvo frente a él y el silencio de la corte fue absoluto. Robert la ayudó a desmontar y, sin soltarla, llevó la mano real a los labios.

—Bienvenida a este humilde hogar, Majestad. Todo cuanto ve ha sido alzado para su gloria.

Isabel lo observó con detenimiento, buscando en sus ojos el rastro del hombre que le rogaba una promesa en la oscuridad. Solo encontró un anfitrión demasiado perfecto.

—Es un despliegue soberbio, lord Dudley. Parece que intentara eclipsar el sol.

—El sol no puede eclipsarse, señora, pero incluso los astros necesitan un lugar donde descansar de su propio brillo. Kenilworth está a su disposición para su descanso. Lo he organizado todo para que su Majestad encuentre aquí un paraíso —dijo Robert mientras le ofrecía el brazo.

Cruzaron el patio de armas mientras los fuegos artificiales rasgaban la noche con espasmos carmesí. Isabel alzó el rostro maravillado. Por un instante efímero, Robert vio en ella a la niña de Hampton Court. Cuando el espectáculo terminó, la condujo hasta el reloj esmaltado en azul y oro que presidía la entrada principal.

—Permanecerá detenido en la hora exacta de su llegada, Majestad. En Kenilworth, no habría ayer ni mañana; solo un verano eterno.

Los aposentos reales dominaban los bosques y las colinas. Las estancias olían a flores frescas. Isabel avanzó hacia un extremo de la habitación principal y se detuvo ante un tapiz con escenas

mitológicas. Detrás, descubrió una puerta que conducía a una escalera de caracol; igual que en Whitehall, un puente secreto entre dos mundos que oficialmente no debían tocarse. Una sonrisa nació desde su corazón.

Las diecinueve jornadas que siguieron fueron un despliegue de magnificencia sin precedentes, con Robert al mando de cada detalle. Por las mañanas, la reina, que había aprendido a cazar de niña, derribaba piezas con puntería magistral. Por las noches, el Gran Salón se transformaba con mesas cubiertas de manteles de encaje sobre los que rebosaban caramelos de anís, panes de jengibre y flores confitadas, todos dulces favoritos de la soberana que llenaban la estancia con su aroma. Nadie jamás había ofrecido tal fastuosidad en su honor.

En los corredores los susurros crecían:

—Después de esto, ¿qué le queda para conquistarla?

—Si ella no claudica ahora, ya no lo hará.

Con los días, Isabel entendió que Robert había cambiado; ya no forzaba la cercanía ni buscaba estar a solas. Ni una sola vez había llamado a la puerta oculta bajo el tapiz.

Una noche, mientras el castillo dormía bajo una luna menguante, Isabel salió al jardín envuelta en un manto de seda. Se sentó junto a los rosales blancos y rojos plantados para ella. Robert apareció con las huellas del cansancio marcadas en el rostro.

—¿También a ti te ataca el insomnio, Bess?

—Cada vez que no me duermo en tus brazos, Ojos.

Se sentaron juntos, en silencio, escuchando el canto de los grillos. Desde una galería cubierta, donde la hiedra trepaba por la piedra,

una figura permanecía inmóvil, escondida. No había sido invitada a aquella intimidad; la estaba robando.

Isabel acarició el rostro de Robert.

—Has hecho todo esto por mí. Dicen que esperas que me rinda, que Kenilworth es tu última apuesta.

—Que digan lo que quieran. Hace años que dejé de esperar.

—Has construido un mundo entero aquí. ¿Para qué estos días de magia, si no aspiras a mi cama?

—Por ti. Porque lo que no pudo ser merecía despedirse con una celebración.

Los ojos de Isabel se velaron.

—Lo siento tanto, Ojos. Si tan solo fuésemos otros…

—Tú no quieres ser otra, Bess.

Isabel dejó escapar una leve risa, más triste que irónica.

—Siempre tan lúcido, incluso cuando habría sido más fácil mentir. Me quedaré hasta el amanecer. Pero mañana…

—Mañana todo vuelve a su sitio.

No hubo promesas ni súplicas; solo dos personas entendiendo que el verano eterno moriría al salir el sol.

En la galería, la figura no se movió. Observó a la mujer extender la mano y al hombre tomarla sin urgencia. Eran manos demasiado quietas para ser amantes, demasiado unidas para ser apenas soberana y súbdito.

Al amanecer, la comitiva real se alistaba para partir y Robert supervisaba los preparativos finales en el patio de armas cuando apareció Isabel, erguida sobre su yegua blanca. Los cortesanos escrutaban cada gesto entre ambos en busca de un indicio, pero solo vieron a un hombre hacer una reverencia perfecta y a una

mujer sostener la mirada. Ella no miró atrás, pero tampoco espoleó al caballo.

Sumida en sus recuerdos cabalgaba junto a la reina Lettice Knollys. Mientras el mundo veía en Kenilworth un homenaje a la soberana, ella aún sentía en la piel el ardor de las noches en las que Robert había buscado su lecho. Estaba perdidamente enamorada y eso la volvía temeraria; saboreaba ser quien podía ofrecerle la promesa de un heredero. Después de lo que había presenciado entre él y la reina, intuía que estaba más cerca de lograrlo.

Al ver partir a ambas, Robert comprendió la amarga paradoja de su vida. Lettice le ofrecía la paz de lo posible. Isabel, en cambio, lo mantenía encadenado a aquello que jamás le había concedido: un lugar legítimo a su lado. Por primera vez, no sintió el impulso de seguirla.



*Palacio de Greenwich,*
*verano de 1579*

La tarde sofocaba cuando el embajador francés se presentó en el Salón del Trono para una audiencia con la reina.

—Su Majestad, temo que en la corte hay rumores de una boda.

Ella no alzó la vista de los documentos que aguardaban su firma.

—¿De quién, señor embajador?

—Del conde de Leicester. Contrajo matrimonio con la vizcondesa de Hereford, lady Lettice Knollys. Dicen que fue hace un año; hasta ahora se había guardado con discreción pero en París ya no se duda

y creo que si continúo callándolo podría interpretarse como un agravio hacia Su Majestad.

El silencio fue tan denso que el hombre creyó haber hablado en una lengua muerta.

—Repita.

De repente, Isabel comprendió algo más corrosivo que la traición: durante un año entero, mientras ella sonreía a Robert como si nadie pudiera disputarle el lugar en su corazón, había sido la única en no saber de su ingratitud.

—Puede retirarse, monsieur —ordenó con frialdad, experta en controlar sus reacciones en público.

En cuanto la puerta se cerró, arrojó una jarra de vino especiado contra la pared. El líquido rojo estalló y alcanzó un tapiz, tiñéndolo de rojo sangre. De un manotazo barrió los documentos de la mesa, que cayeron desordenados a sus pies. Sus damas retrocedieron hasta los muros, intentando volverse invisibles ante el huracán.

—¡Que vengan! —aulló—. ¡Que vengan ahora mismo! ¡Los dos!

Él entró primero; detrás, ella. Ver a Lettice, su prima segunda, era enfrentarse a lo que ella ya no era: la juventud misma. Con el mismo cabello de cobre, los ojos oscuros y vivaces, la piel luminosa, pero sin las huellas de viruela.[21] El vestido de terciopelo, de una audacia insultante, realzaba las curvas que Isabel sabía que su amado había recorrido.

Lettice, con una arrogancia que desafiaba todo protocolo, se dirigió a la reina.

—Es mi esposo, Majestad. Ante Dios y ante los hombres.

—Majestad, puede imaginar… —intentó intervenir él.

—¡No te atrevas a decirme lo que puedo hacer!

La sala vibró con el impacto de un candelabro contra la pared, a escasos centímetros de la cabeza de Lettice. Ella ni siquiera parpadeó.

"Tiene agallas", pensó Isabel; eso la enfureció más.

—¡Todos lo sabían! ¡Todos! Hasta el más insignificante lacayo. ¡Y yo, la soberana de Inglaterra, soy la última en enterarme! ¡Han hecho que me tomen por idiota! —gritaba mirándolo a él. Hasta que se volvió hacia Lettice, que mantenía una calma que rayaba la insolencia—. ¡Y tú! Te recibí en mi corte, te di un lugar entre mis damas, y paseas tu victoria a mis espaldas.

—Majestad, yo… —Lettice intentó responder, la barbilla levantada, desafiante, pero la reina la detuvo.

—¡Un solo sol puede salir en este reino! ¡Uno solo! ¡Y ese sol soy yo! —Se abalanzó sobre la mujer y le dio una bofetada. Sus dedos restallaron contra la mejilla—. ¡Fuera de mi vista y de mi corte! ¡Ahora mismo! ¡Guardias!

Dos hombres entraron y tomaron a Lettice de los brazos para arrastrarla fuera mientras la reina seguía gritando:

—No eres ni serás nada. ¡Jamás ocuparás mi lugar! —Se apoyó en la mesa, jadeando.

Robert, pálido pero sereno, entendió que Isabel no se refería al trono. Se movió, incómodo.

—Todavía no he terminado, Leicester —lo señaló con un dedo tembloroso.

—Veo que no, Majestad.

—Cuida el tono conmigo. —Las palabras se le atascaban. Tragó saliva—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido hacerme esto?

Él levantó la voz por primera vez.

—¿Hacerte qué? ¿Continuar con mi vida mientras tú me mantenías suspendido en un limbo del que nunca pensabas sacarme?

—¡No es verdad! ¡Te di todo!

—Me diste títulos, pero me dejaste solo. Soy yo quien te he dado todo hasta vaciarme, Bess: mi lealtad, mi espada, mi corazón. ¡Fuiste tú quien no quiso casarse! —Dio un paso hacia ella, sin miedo—. Cada vez que hablábamos de futuro ponías por delante la corona, el legado, las alianzas, el fantasma de tu madre. ¿Hasta cuándo debía esperar? ¿Alguna vez decidirías que ya era suficiente?

—¡Se llama política!

—¡Y esto se llama vida! Busqué consuelo en alguien que me dio lo que tú me niegas: no un trono sino un lugar a su lado. ¡Quiero herederos que lleven mi sangre!

Isabel dejó de ser la reina para dar paso a la mujer herida.

—Aún teníamos tiempo; todo el tiempo del mundo.

—Los Dudley morimos jóvenes.

Ella le dio la espalda para que no viera su dolor.

—Vete de la corte. Tú a una casa, ella a otra. Si el amor es tan grande, que se alimente de la distancia.

Su sentencia, una venganza poco digna, le resultó un escaso consuelo. Antes de que Robert llegara al umbral, se animó a revelar la espina clavada en su corazón:

—¿La amas?

—Es mi esposa —respondió después de un largo silencio.

Las palabras ardieron. Isabel se quedó sola, escuchando los pasos alejarse. El pensamiento llegó sin avisar, y con él, la dimensión de lo que había perdido: “Y ahora, ¿quién me va a amar?”.

Meses más tarde, una noche en la que el sueño volvía a negarse a abrazarla, la reina se levantó y tomó la pluma.

*Con qué desprecio me has utilizado. Nunca podría haber imaginado que alguien tan favorecido por mí, elevado por encima de cualquier otro súbdito, pudiera burlar mi confianza de manera tan ruin.*[22]

La carta partió. La respuesta llegó días después.

*Señora:*
*Si en algo erré, fue en la torpeza del corazón, no en la lealtad. Te he dado años de fidelidad y servicio. Solo ruego que, al pesar mis faltas, no olvides las vigilias compartidas, los peligros sorteados en tu nombre y el afecto que siempre nos unió.*
*Si hay lugar para mí en tu memoria, recuerda que no hay rincón del reino donde deje de ser tu más fiel servidor.*[23]

Isabel leyó la carta una vez. Dos veces. Tres. Luego acercó el papel a la llama de una vela hasta que comenzó a arder, y lo dejó caer.



*Palacio de Richmond,*
*invierno de 1584*

En 1579, Lettice dio a luz a un hijo al que llamaron como su padre. Por aquel entonces, Robert había regresado a la corte, pero la relación con la reina era meramente formal. Pasaron tres años hasta

que Isabel solicitó conocer al niño. Sin embargo, fue tajante en sus órdenes: Lettice no tenía permitido acompañarlo. Así, lord Dudley llegó con su hijo y una expresión de orgullo que ella no le había conocido. Desde la seguridad de su trono, Isabel observó al pequeño: pelo oscuro, ojos alertas, y esa energía inquieta que recordaba a su padre. Pronunció los elogios de rigor y luego los despidió. Esa noche lloró hasta quedarse dormida, abrumada por la inmensidad de su soledad.

En 1584, el niño murió. La noticia conmocionó a la corte por lo sorpresivo, pero ella sabía que la tragedia era más profunda todavía; ese hijo había sido la última gran esperanza de Robert, el ancla de su linaje. Intentó respetar el tiempo de luto, pero al mismo tiempo no quería permitir que el dolor lo consumiera en la distancia. Finalmente, tras días de observar la silla vacía en el consejo, dio la orden.

—Que el conde de Leicester regrese a la corte.

Cuando Robert se presentó, ella contuvo el aliento. Más allá de verlo envejecido, estaba ante un hombre roto. El pelo oscuro se le había poblado de canas. Los hombros erguidos cedían con el peso del dolor. Él hizo una reverencia lenta y apretó los labios.

—Ojos, lamento mucho tu pérdida. Siéntate a mi lado —dijo con delicadeza.

—Estoy bien de pie.

—Siéntate.

Estaban tan cerca que casi podían tocarse.

—Sé lo que es perder a quien amas.

—¿Lo sabes? Tú no has tenido hijos, Bess.

—No. Pero he tenido gente a la que he perdido, como Kat. Y gente a la que he alejado yo misma. Conozco el dolor.

El silencio se extendió.

—Hablo de ti, Ojos.

Vio cómo las manos de Robert temblaban ligeramente sobre las rodillas.

—Estás enfermo. Lo veo en tu cara; en cómo te mueves.

—No es nada.

—Le pediré a mis médicos que te preparen pociones. Y deja de comer tanta carne; te envenenas lentamente.

Se miraron. Por un instante, fueron los jóvenes que se prometieron lealtad cuando todo lo demás se había derrumbado.

—Quédate en la corte. Tú solo, como antes. Ella no volverá a pisar este lugar mientras yo viva.

Él no discutió. Sabía que aquello era todo lo que podían tener.



*Tilbury, Essex,*
*agosto de 1588*

La amenaza de la Gran Armada española se cernía como una tormenta. Mientras las naves inglesas se adentraban en los mares para prevenir la invasión, bajo el cielo de acero de Tilbury, comenzaba a prepararse la defensa del reino.

Isabel, envuelta en una coraza que devolvía los destellos del sol de agosto, cabalgaba frente a las tropas. A su lado, el conde de Leicester hacía un esfuerzo sobrehumano; el dolor en su costado

izquierdo lo atenazaba, pero se negaba a flaquear. Comandaría aquella operación, así fuera lo último que hiciera.

Las trompetas rasgaron el aire y la reina espoleó a su yegua. Su voz firme llegó hasta el último hombre de las filas. Los soldados la contemplaban con una devoción casi religiosa; algunos lloraban, todos rezaban.

—Mi gente amada: aunque tengo el cuerpo de una mujer débil y frágil, tengo el corazón y el estómago de un rey, y de un rey de Inglaterra. ¡Y me burlo de cualquier príncipe de Europa que ose invadir las fronteras de mi reino! —tronó desafiante.[24]

—¡Dios bendiga a la reina! —arengó Robert, alzando la espada pese al tormento físico. El grito de respuesta de miles de gargantas fue ensordecedor.

Robert acercó y le susurró al oído.

—Entiendo por qué te llaman "Gloriana".

—¿Por qué lo dices?

—Te veo como el día de la coronación, cuando me hiciste creer que todo era posible.

—Esto también lo será, Ojos. Defenderemos nuestra tierra y derrotaremos al enemigo.

Él deseó olvidar el protocolo, tomarle el rostro y besarla. Ella hubiera querido soltar las riendas para refugiarse en su pecho. Pero el ejército esperaba y el destino no concedía treguas.

Días antes, Isabel había consultado a John Dee para que vaticinara el resultado de la contienda. El astrólogo había visto el futuro en los cielos.

—Tendrá su victoria, Majestad. Los astros lo confirman: España será derrotada.

—Pero hay algo más, maestro. Lo percibo en su voz —apremió ella.

—Hay un precio, señora. La gloria traerá una pérdida. —Dee bajó la vista, incómodo.

Ella no quiso preguntar más. Solo pudo pensar en aquella tos persistente que Robert intentaba ocultar tras un pañuelo de seda.



*Palacio de St. James,*
*5 de septiembre de 1588*

El pueblo se volcó a las calles de la ciudad para festejar la victoria. Durante noches las hogueras ardieron sin descanso y el bullicio se volvió incesante. En el palacio de St. James el clima era de celebración. El conde de Leicester, uno de los artífices del éxito, no estaba allí. Tras las cruciales jornadas, había partido hacia Buxton, en busca de los manantiales que prometían restaurar la salud. Pero no llegó a destino. El 4 de septiembre, a las cuatro de la madrugada, el hombre que más había amado a la reina exhaló su último aliento.

Cuando la noticia llegó a la corte, Isabel se encerró en sus aposentos con una urgencia violenta. Echó llave, arrastró pesados muebles para bloquear las puertas, corrió los gruesos cortinados hasta que la oscuridad fue completa y, solo entonces, se desplomó sobre el suelo.

Volvieron a su memoria las miradas cómplices en mitad de banquetes y la presión fugaz de una mano bajo la mesa. Las cabalgatas frenéticas para escapar del mundo, los juegos de

palabras y las promesas de medianoche que ella dejaba morir al amanecer. Y después, como la punta de un estilete, lo otro: las audiencias en las que redujo a Robert a mero súbdito. Los años en que lo mantuvo suspendido en una espera sin nombre, sin orilla. Habían sobrevivido juntos a intrigas y amenazas, pero en el intento de preservar el reino, se habían perdido el uno al otro.

—Ojos, perdóname; te mentí. No fue el trono lo que me detuvo, ni fue la corona. Fui yo. La certeza de que amarte era ponerte el puñal en la mano. Aprendí que al amor de los hombres se sobrevive, no se cede. Me refugié en el trono y lo llamé deber, pero era terror. Terror de necesitarte y que un día dejaras de mirarme. Pánico de darlo todo y quedarme sola de todas formas. Por huir del dolor, me condené a vivir dentro de él.

Isabel lloró. Lloró sin testigos, sin decoro, sin límites, hasta vaciarse.

Tres días más tarde las puertas seguían selladas. Sus damas suplicaban desde el otro lado; le ofrecían comida, compañía. Los consejeros, preocupados, golpeaban con los nudillos y después con los puños: los españoles podrían reagruparse en cualquier momento, el reino no podía esperar.

El reino podía arder. Por primera vez, a ella no le importaba.

Al cuarto día, Cecil, preocupado, ordenó derribar la puerta. La reina ni siquiera parpadeó ante el estruendo. Estaba sentada en el suelo, con el mismo vestido que al recibir la noticia, arrugado y manchado de cera. El maquillaje pesado, deshecho, mostraba una cara que jamás había mostrado en público. Estrujaba un papel contra su pecho.

—Majestad, el reino la necesita.

—Es su última carta —respondió con la voz entrecortada por el hipo—. Decía que mi pócima lo curaría; creía que regresaría.

Intentó ponerse de pie, pero flaquearon las piernas que habían cabalgado con furia en Tilbury. Rechazó la ayuda de sus damas con un zarpazo.

Más tarde, mientras la vestían, una imagen la atormentaba: Lettice Knollys abrazando las sábanas que aún olían a él. Lettice, que tenía un nombre para su pérdida: viuda. Ella, en cambio, no tenía palabras para su dolor.

—Cecil, prepara los inventarios de Leicester. Todas sus propiedades regresan a la corona de inmediato. Tierras, rentas, mobiliario, joyas, tapices, caballos. Todo.

—Majestad, no es el momento.

—El momento lo decido yo.

—¿Incluso Kenilworth?

El nombre cayó en la sala.

—Especialmente Kenilworth.

Por la tarde, con los decretos en mano, se acercó a la ventana. El sol empezaba a caer. Miró el reflejo en el río y susurró para sí.

—Un solo sol en este reino; un solo sol.



Tras cuarenta y cuatro años de reinado, el 24 de marzo de 1603, Isabel Tudor murió en el palacio de Richmond. Algunas damas juraron que partió con una última palabra en los labios: *Ojos*.

Mientras el nombre de los Estuardo comenzaba a habitar los pasillos reales, alguien abrió el cofre de plata de la reina. La llave

había colgado de su cuello, sobre su corazón, durante quince años. Dentro, protegida por seda roja, descansaba una carta doblada y desdoblada tantas veces que los pliegues se deshacían.

"…humildemente beso vuestro pie", decía la caligrafía apurada. Al dorso, con letra temblorosa, Isabel había escrito tres palabras: "Su última carta".[25] Debajo había dibujado un corazón negro, símbolo de un amor que no se permitió vivir.

**12** La Torre Beauchamp era una de las torres residenciales situadas en el recinto interior de la Torre de Londres, utilizada principalmente para la detención de prisioneros de alto rango.

**13** La autora ha optado por utilizar los nombres propios en la forma más habitualmente difundida en la historiografía y en el uso corriente en español. En consecuencia, algunos nombres aparecen castellanizados, mientras que otros se conservan en su forma original inglesa.

**14** Cuando la vida de Eduardo VI se acercaba a su fin, el duque de Northumberland lo persuadió de excluir de la línea sucesoria a sus dos hermanastras, María e Isabel Tudor, y nombrar a la esposa de su hijo Guildford, lady Grey, en su lugar. María recuperó el trono y los Dudley fueron acusados de traición.

**15** Los visitantes de la Torre aún pueden ver las tallas que Robert dejó en los gruesos muros de piedra.

**16** Isabel Tudor fue arrestada tras un levantamiento protestante encabezado por sir Tomás Wyatt. Aunque no participó de la conspiración, la reina la consideró una amenaza política y ordenó su confinamiento en la Torre de Londres.

**17** Los aposentos reales de la Torre de Londres, acondicionados por Enrique VIII para la estancia de Ana Bolena antes de su coronación, fueron los mismos a los que ella regresó tras su caída y donde fue recluida su hija Isabel por orden de María I. Su ubicación exacta dentro del complejo sigue siendo motivo de debate histórico.

**18** Tallis, Nicola, *Young Elizabeth. Elizabeth I and her perilous path to the crown*.
**19** María Estuardo, descendiente directa de la hermana mayor de Enrique VIII, era para los católicos la legítima heredera, al considerar a Isabel hija ilegítima del rey.
**20** Candlemas, celebrado el 2 de febrero, marcaba el cierre tradicional de la temporada navideña. Era también una fecha que celebraba el lento alargamiento de los días tras el invierno.
**21** Lettice era prima en segundo grado de Isabel I de Inglaterra, por ser nieta de María Bolena, hermana de Ana Bolena.
**22** Whitelock, Anna, *The Queen's bed. An intimate history of Elizabeth's court*. (Traducción de la autora)
**23** *Idem*.
**24** "Queen Elizabeth I and the Tilbury speech. Historic UK" (23 de febrero, 2026). https://www.historic-uk.com/HistoryUK/HistoryofEngland/Elizabeth-I-Tilbury-Speech/.
**25** The National Archives (11 de marzo, 2021). Earl of Leicester to Elizabeth. https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/elizabeth-monarchy/earl-of-leicester-to-elizabeth



# 4

# LA PRIMERA AMIGA

## Lorena Hickok y Eleanor Roosevelt



*Washington Union Station, Washington D. C.,*
*13 de enero de 1946*

Una bruma espesa cubría la ciudad, desdibujando sus contornos. En el andén, Lorena Hickok, "Hick" para casi todos, se mantenía erguida, con los dedos entumecidos aferrados a la cartera negra. A unos pasos, de espaldas, Eleanor Roosevelt ajustaba sus guantes de cuero con precisión.

—Debes cuidarte de este frío —dijo Eleanor, sin girarse.

Hick tragó saliva.

—No es el frío lo que me preocupa —respondió—. Es lo que viene después.

Eleanor se volvió y se acercó. Le acomodó el cuello del abrigo con una ternura automática.

—Sabes que es un viaje muy importante, Hick. Las Naciones Unidas son…

—…necesarias. Lo sé —interrumpió Hick con suavidad.

Un mes atrás, el presidente Harry Truman había pedido a Eleanor que integrara la delegación estadounidense ante la naciente Organización de las Naciones Unidas. La única mujer entre

diplomáticos curtidos. Hick la conocía lo suficiente para saber que había aceptado sin vacilar. Quería ayudar a redactar un documento que protegiera la dignidad de todo ser humano en cada rincón del mundo, para que el horror de la guerra no se repitiera jamás.

A su alrededor, la gente corría, cargaba valijas pesadas y agitaba pañuelos. Hick y Eleanor, en cambio, permanecieron quietas, sin apartar los ojos una de otra, hasta que el silbato del tren rasgó el aire.

Eleanor abrió la boca para agregar algo, pero solo dijo:

—Te escribiré todos los días.

Hick no respondió. Había dejado de esperar un "una vez que todo esto termine". Lo que necesitaba siempre había sido imposible.

Eleanor ya no asistía a eventos como esposa de un presidente. Era una diplomática decidida a cambiar el rumbo del mundo. Viajaba sola hacia Londres, donde la aguardaban negociaciones arduas y la oportunidad de dejar una huella indeleble en la historia, una que ningún matrimonio le hubiera permitido.

Hick la vio subir al vagón, con aquel andar erguido y resuelto que la mostraba invencible. La siguió con la vista hasta que ocupó su asiento junto a una ventanilla. Eleanor alzó la mano para tocar el vidrio, pero la retiró un segundo antes de que sus dedos rozaran el cristal. Cuando el tren desapareció tras la niebla, Hick sacó del bolso una fotografía doblada y arrugada: Eleanor, dormida en un tren, tomada años atrás. "Antes de que el mundo la reclamara", pensó. Volvió a doblar la foto con cuidado, la guardo juntó a un paquete de Lucky Strike, esos cigarrillos que Eleanor detestaba, y se perdió entre la multitud.



*Residencia del secretario adjunto de la Marina,*
*Kalorama, Washington D.C.,*
*otoño de 1918*

Eleanor desarmaba la maleta de Franklin con eficiencia, como cada vez que su marido regresaba de sus numerosos viajes. Camisas, un par de gemelos sueltos, un frasco de colonia casi vacío. Debajo de todo, envuelto en una camisa de dormir, un paquete de cartas atadas con una cinta de raso azul. Lo supo antes de desatarlo. El delicado aroma a rosas que desprendían los sobres no le pertenecía.

Con manos temblorosas, desanudó la cinta. Las cartas cayeron al suelo y se desparramaron en una confesión demoledora. Las recogió y reconoció la caligrafía. Leyó una tras otra. Más de veinte.

"Nadie me miró como me miraste ayer".

"Jamás creí que alguien podía hacerme sentir así".

"Fue una tarde que todavía arde en mi piel".

Con cada línea, el perfume de rosas se volvía más irrespirable. Lucy Mercer, su secretaria, su sombra. ¿Podía haber sido también el refugio de Franklin?

Sin esperar, irrumpió en su despacho con las cartas en la mano. Roosevelt despidió al subsecretario con un gesto seco. Vio las esquelas que Eleanor sostenía, y lo comprendió todo. En un tono apenas audible, ella preguntó:

—¿Por qué?

Él la miró un instante y luego bajó los ojos hacia las cartas.

—Intenté que no sucediera —murmuró, pálido—. No la veré nunca más. Volveremos a tener la vida de siempre junto a nuestros hijos.

Eleanor lo miró en silencio. Nada volvería a ser igual. Algo se cerró dentro de ella y por primera vez, se permitió desear otra vida.

Durante semanas consideraron divorciarse, pero no estaban solos en la decisión. Estaban los cinco hijos. Estaban los asesores que hablaban de "carrera", de "imagen". Y estaba Sara, la madre de Franklin, que amenazó con dejarlo sin un centavo.

Resignada, Eleanor aceptó vivir la farsa, pero impuso una única condición:

—Lo nuestro ya no es un matrimonio. Ni en cuerpo ni en alma. Si vamos a seguir juntos, deberá ser también una oportunidad para que yo persiga mis propios ideales.

Desde ese momento, buscaría una voz propia y dejaría de ser solo la esposa del hombre que aspiraba a gobernar la nación. Y eso hizo. En los años que siguieron, fundó una escuela para niñas, creó una fábrica de muebles para generar empleo y escribió centenares de artículos para defender los derechos de la mujer y difundir sus ideas políticas. El nombre de Eleanor Roosevelt comenzó a sonar con música propia, porque ella había decidido dejar de pedir un espacio propio para tomarlo.



*Oficinas de la agencia Associated Press (AP)[26] en Nueva York, verano de 1932*

Lorena Hickok golpeó el auricular contra el teléfono con furia. Las órdenes de su editor en jefe en *Associated Press* eran inaceptables para alguien con sus logros.

—Quiero que sigas al candidato demócrata durante la campaña. Pero, en especial, quiero que te concentres en la señora Roosevelt. Que le cuentes a la nación cómo viste, qué come, qué lee, quién la rodea. Lo quiero todo, Hick.

Ella se dejó caer en la silla de su escritorio y soltó una carcajada irónica. Era la primera mujer periodista política del país; había reportado desde el epicentro de huelgas violentas y campañas intensas; sus artículos se reproducían en casi mil cuatrocientos periódicos. ¿Cubrir a la esposa de un candidato? ¡Era inaudito! Le habían prometido subirla al tren de la campaña demócrata para ser la sombra de Roosevelt. ¿De verdad ahora pretendía que siguiera a una mujer con sombreros ridículos que parecían panqueques? ¿Qué describiera esos vestidos sonsos y aquella cara siempre adusta en los vacíos actos de campaña?

Encendió un Lucky Strike con manos temblorosas y se apoyó en el marco de la ventana. Una herida vieja se había reabierto, como cada vez que sentía que no era valorada. Era la herida de su infancia y el dolor del camino sacrificado que había recorrido sola para llegar hasta allí.

Su madre murió joven. El padre, alcohólico, desaparecía semanas enteras y, si estaba en casa, todo era aún peor: llegaban los golpes. La vida la endureció y dejó de esperar ternura. Mientras pudo, Hick caminaba kilómetros en la nieve, con los zapatos forrados con papel de diario, para llegar a la escuela. Hasta que un día se rindió y dejó de ir. Durante algunos años trabajó limpiando casas, hasta que

alguien la impulsó a volver a estudiar. A fuerza de determinación y miles de noches sin dormir, se convirtió en periodista a los treinta y cinco años. Y poco después comenzó a firmar nada menos que en la portada de *The New York Times*. Por eso, el encargo del jefe le ardía como una humillación degradante. Tenía carácter de sobra para plantarse, pero aceptó porque, a pesar del enojo, su instinto le dijo que podía encontrar una buena historia que contar.

No se equivocó. Estaba por conocer a una mujer que también sabía construirse desde los escombros.



*Ruta Potsdam a Nueva York, a bordo del tren Roosevelt Express, verano de 1932*

Eleanor la reconoció apenas entró; lo que vio confirmaba lo que ya había oído: estaba frente a la periodista del momento. De hombros anchos y paso decidido, Hick llevaba un sombrero de ala y un pañuelo de seda cobriza, un toque de audacia contra el traje oscuro y la blusa sobria. Eleanor sabía que apenas rozaba los cuarenta, pero aquellos ojos azules, escrutadores, tenían la mirada de quien vivió varias vidas. Reparó en esa boca pintada de rojo intenso, abierta en una sonrisa franca. En definitiva, pensó Eleanor, una mujer difícil de ignorar. Hizo a un lado la pluma y las hojas con sus iniciales grabadas en azul pálido.

Al acercarse, Hick alcanzó a leer unas líneas escritas en tinta negra; supuso que eran apuntes para algún discurso. Sus miradas se encontraron por encima del papel, y Eleanor, con delicada prisa,

guardó la pluma y las anotaciones en su bolso. Luego, extendió la mano con cordialidad e invitó a Hick a sentarse frente a ella. Sin decir una palabra, tomó un cenicero de cristal y, con natural autoridad, lo colocó sobre la mesa entre ambas. Después, esbozó una sonrisa breve, intentando romper el hielo.

Hick llevó un cigarrillo a sus labios y lo encendió con deliberada lentitud, aprovechando el ritual para estudiar a la mujer frente a ella. El gesto simple del cenicero la había descolocado. No parecía mera cortesía sino una invitación a una conversación larga. Se reclinó en su asiento y sacó su libreta. Sería difícil que la entrevistada siguiera el guion que ella había previsto.

La Eleanor Roosevelt que tenía enfrente la desafiaba. La esposa devota, la madre abnegada, la nuera sumisa se desvanecían con el humo del cigarrillo de Hick. En su lugar, aparecía una mujer de casi cincuenta y mirada penetrante, que parecía hacerle frente*: Sé que buscas mis grietas. Adelante, inténtalo.*

Desde que le asignaran la tarea, Hick lo había investigado todo sobre Eleanor Roosevelt, había devorado cada palabra publicada con su nombre. Había desechado las columnas sociales, los relatos sobre galas y beneficencias en busca de su voz auténtica. La encontró en sus escritos donde, por ejemplo, criticaba con crudeza a los hombres que trataban a las mujeres como adornos con derecho a voto. No era buena escritora, Hick lo notaba, pero era implacable, y eso bastaba para que le inspirara respeto. Mientras la miraba, se preguntaba cuánto de la frustración volcada en sus columnas nacía de verse obligada a ceder terreno mientras su marido ganaba protagonismo.

Apartó la vista y fingió buscar en sus notas las preguntas que había preparado. A fin de cuentas, había venido por una entrevista y algunas declaraciones polémicas más que a descifrar un enigma.

Hick sabía que la nominación de Roosevelt había sido, en gran parte, obra de su mujer. Un sobreviviente de polio, paralizado de la cintura para abajo, no parecía ser el líder capaz de sacar al país de la peor depresión económica de su historia. Ella lo había cuidado cuando creían que no sobreviviría, lo había empujado a caminar con bastones, a creer en sí mismo otra vez. Su voz se alzó contra todos quienes se oponían a que Franklin regresara a la política. Gracias a esa fe obstinada, él había alcanzado la gobernación del estado de Nueva York y estaba a un paso de la Casa Blanca.

Durante la campaña, Eleanor se convirtió en los ojos de Franklin en las fábricas abandonadas, sus oídos en las interminables filas de las ollas populares. Las historias que emocionaban a todos en los discursos electorales —la viuda que alimentaba a sus hijos con cáscaras de naranjas, el niño que cazaba pajaritos para llevar la cena a casa— nacían de las experiencias que le llegaban y conmovían a Eleanor. Ambos sabían que, si bien lo suyo jamás sería un matrimonio feliz, podía ser un matrimonio útil.

Sin embargo, a sus cuarenta y ocho años, ella ya no albergaba ilusiones. Si Franklin obtenía la presidencia, debería abandonarlo todo: las clases en la escuela, la fábrica, la voz de sus escritos. Haría el mismo papel discreto que su tía Edith había interpretado mientras el primer Roosevelt, Theodore, ocupó la presidencia. Lo había presenciado de cerca: recepciones interminables, sonrisas vacías, opiniones ahogadas en las copas de champán. Su esencia se rebelaba contra aquel destino, pero las convenciones eran

imposibles de cambiar. Y comenzaban con entrevistas que concedía por obligación. Algo le decía que no era la única en esa situación.

—Usted no quiere estar aquí —se inclinó para servir el té a Hick. Sus manos, delgadas y elegantes, acompañaban el ritual con naturalidad.

—¿Tan transparente soy? —Hick disimuló una sonrisa al responder.

—No —Eleanor deslizó la taza hacia ella con un movimiento preciso—, pero yo tampoco quería esta entrevista. O ninguna otra, para serle honesta —se apoyó contra el respaldo de su asiento y sin dejar de mirarla, continuó hablando—. Mi tía solía decir que el nombre de una dama solo debería aparecer en la prensa en tres ocasiones: cuando nace, cuando se casa y cuando muere.

—Una idea con la que imagino que usted no comulga.

—No del todo. Aunque, seamos francas, esta entrevista parece ser un deber para ambas —Eleanor hizo una pausa calculada, tanteando el terreno. Luego siguió con provocadora suavidad—. Hablemos de lo que de verdad le importa a usted, señorita Hickok: quiere saber por qué una mujer que escribe con tanta pasión sobre las injusticias del país finge no notar que su marido usa sus ideas sin jamás darle crédito.

Por primera vez en su carrera, las preguntas preparadas le parecieron absurdas a Hick. Apoyó el cigarrillo en el borde del cenicero y guardó su libreta.

—Tiene razón —respondió con honestidad—. No sé por qué escribe con tanta pasión y después entrega sus ideas a otros. Pero si quiere contármelo, la estoy escuchando.

—Lamento haber sonado tan dura. No es que no tenga nada que decir. Los periodistas solo quieren saber si mis perlas son auténticas

o si ya elegí diseñador para la gala de inauguración. —Eleanor sintió, con una certeza que la sorprendió, que estaba frente a una mujer con quien podía ser sincera. Bajó la voz—. Nadie pregunta por mis ideas. Nadie quiere saber lo que pienso mientras viajo por el país, lo que me provocan las minas cerradas, los campos yermos, los niños con hambre.

Hick imaginó a Eleanor recorriendo los pueblos desolados, absorbiendo cada necesidad, cada problema, cada solución que luego su marido transformaría en sus promesas de campaña. Ella misma había visto muchas veces, como periodista, a los colegas hombres apropiarse de sus hallazgos y de sus mejores frases.

Intuyó que Eleanor necesitaba desahogarse y no se equivocaba. El tren avanzaba en el atardecer, y las sombras se deslizaban por el compartimento. Aunque creía entenderla, nada preparó a Hick para lo que escuchó a continuación:

—Sinceramente, preferiría que Franklin no ganara estas elecciones.

Estupefacta, Hick reconoció que tenía el mejor titular en años.

—No debería haberlo dicho así —se corrigió Eleanor con rapidez, llevándose una mano al cuello, como cada vez que se sentía expuesta—. Lo que quiero decir es que en Nueva York tengo mi vida: mi escuela, Val Kill, la fábrica de muebles que fundé. ¿Por qué debería dejarlo todo para convertirme en una sombra en la Casa Blanca? Además, no estoy hecha para sonreír en las recepciones ni fingir interés en conversaciones protocolares —agregó en voz apenas audible.

—¿Siempre fue así? —preguntó Hick al recuperar el aliento.

La luz ámbar del atardecer se reflejaba en los ojos de Eleanor, donde comenzaban a temblar las lágrimas.

—Mi madre me llamaba "patito feo" —susurró—. Soy demasiado alta, habrá notado que mi sonrisa no es precisamente encantadora. Heredé los dientes salientes de los Roosevelt. Tampoco he tenido muchas razones para sonreír. A los diez años ya había enterrado a mis padres y a un hermano.

—Mi madre también murió cuando yo era niña —Hick se sorprendió hablando de su propia vulnerabilidad—. Y mi padre era tan violento que preferí dormir en estaciones de tren y no bajo el mismo techo que él.

Eleanor extendió la mano. Sus dedos alcanzaron los de Hick y se detuvieron allí, sobre los nudillos, con una presión leve. No fue un gesto impulsivo; Hick lo supo. No apartó la mano. Sintió el calor reconfortante de esos dedos.

—¿Cómo saliste adelante? —preguntó Eleanor, retirando la mano con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido. Pero su voz había cambiado; era más baja, más cercana.

Hick se dejó llevar. Evocó, bajo la mirada comprensiva de Eleanor, los días de empleada doméstica, las noches en vela estudiando, los primeros pasos en la profesión, los desafíos de progresar en un mundo dominado por hombres. La entrevista se convirtió en una charla cálida e íntima, pero una que Hick ya no controlaba.

—Has hecho un camino extraordinario —dijo Eleanor con admiración genuina—. Eres la sensación del periodismo político.

Hick sintió cómo el calor subía dentro suyo hasta teñirle las mejillas.

El tren surcó la tarde, meciendo con su vaivén la conversación que fluía con la naturalidad de dos almas que se reconocen. Fueron desnudando sus infancias, tan diferentes en privilegios pero gemelas en dolor: la niña rica, abandonada por la muerte en mansiones frías; la niña pobre, ignorada con crueldad. Ambas se habían endurecido, habían tomado decisiones valientes y se habían construido a sí mismas, sin permitir que el pasado dictara su futuro. En esa obstinada negación a rendirse, se encontraron.

Un golpe a la puerta un par de horas más tarde interrumpió el hechizo. Un camarero entró empujando un carro con la cena: sándwiches de pollo dispuestos en un plato con precisión geométrica y una jarra de café humeante.

—Hay suficiente para ambas. Quédate a cenar conmigo —invitó Eleanor.

Sin esperar respuesta, tendió la única servilleta de lino a modo de mantel, y acomodó todo con amor por cada detalle. Mientras la observaba, Hick pensó lo bien que le vendría un trago fuerte, pero solo había agua. Se sabía que la señora Roosevelt desaprobaba el alcohol.

—Y ahora, encuentro que ya no puedo elegir, Hick —continuó Eleanor, con resignación—. Si Franklin gana, me tocará fingir que estoy donde siempre quise estar; deberé sonreír y callar. No creo que pueda tener más proyectos propios.

—Estoy segura de que podrás hacer muchas cosas por este país —respondió Hick con sinceridad.

—¿Y tú? ¿Qué harías si pudieras elegir?

—Seguir escribiendo, cada vez más, cada vez mejor —Hick contestó sin dudar—. No me veo en otro lugar que no sea una

redacción, o en la calle, corriendo detrás de las primicias.

Eleanor asintió. Una sonrisa casi imperceptible le suavizó el rostro.

—Entonces tienes el tesoro más valioso, Hick. Aférrate a él.

Hick así lo sentía; el periodismo era su identidad y su refugio. Miró su reloj de reojo y se dio cuenta de que debía dejar descansar a su entrevistada.

—Es hora de que busque dónde dormir unas horas. Al parecer, se olvidaron de mí al asignar camarotes. Será mejor que tome uno de los asientos libres en el coche delantero antes de que se ocupen.

—A las mujeres muchas veces no nos consideran, Hick, pero no te preocupes —Eleanor se puso de pie con elegancia y abrió una puerta corrediza que dejaba ver un camarote diminuto, donde apenas cabían una litera estrecha y un sofá—. Tú puedes dormir en la litera. Yo lo haré en el sofá.

—No creo… —comenzó a protestar Hick, pero Eleanor la interrumpió.

—Soy más larga que tú, y no tan ancha —sonrió con picardía.

Se acomodaron en silencio, mecidas por el ritmo constante del tren. Las luces fugaces que se filtraban por la ventanilla pintaban sus cuerpos con franjas doradas. Hick no podía dormir; volvía, una y otra vez, al modo en que Eleanor bajó la voz para confesar que no quería ser la esposa de un presidente, un secreto sagrado. Era un titular perfecto, demoledor, pero no podía aprovecharlo. Su instinto le decía que debía enterrar ese titular, no revelar que Eleanor detestaba convertirse en primera dama. Tal vez, pensó, si mostraba a Eleanor como la había visto, auténtica y resiliente, capaz de vencer el dolor y seguir en pie, quizás ella misma entendiera que el país necesitaba de su esencia indomable. Pero en el fondo sabía que lo que le

impedía contar lo que le había confesado era otra cosa, más inasible, más íntima.

Repasó el modo en que la entrevista se fue desdibujando. El momento en que ella dejó de preguntar y se encontró hablando de su infancia, hecha de ausencias, y del impulso a abrirse camino sola. Volvía, sobre todo, a la mano de Eleanor sobre la suya. Al modo en que sus dedos se habían posado sin pedir permiso, y al calor que le dejaron en los nudillos mucho después de que Eleanor los retirara. Se llevó esa mano a la boca, rozó con los labios el lugar exacto donde Eleanor la había tocado, y se preguntó si ella también estaba despierta, reconstruyendo ese mismo instante. Pasada una hora, cuando la luna iluminaba el compartimento, susurró:

—Eleanor, ¿puedo escribir algo de lo que me has contado?

El silencio se extendió tanto que la creyó dormida, hasta que unos dedos encontraron su mejilla.

—Hick, algo me dice que puedo confiar en que sabrás qué historias merecen ser contadas —murmuró.

La noche avanzó despacio, borrando las últimas distancias entre ambas.

Por la mañana, Hick despertó sola. Aún envuelta en una somnolencia agradable sintió sobre sus piernas el peso suave de un chal de seda sobre su piel. Hundió la nariz en sus pliegues: el tejido conservaba el perfume de lavanda de su dueña. Cerró los ojos y dejó que aquel aroma la regresara a cada palabra susurrada, a la complicidad clandestina de una noche que lo había cambiado todo, sin que el mundo llegara a enterarse.



*Residencia Springwood, Hyde Park, Nueva York,*
*8 de noviembre de 1932*

Esa noche, Hick sentía el peso de lo inevitable. Cuando se anunciaran los resultados de la elección, su trabajo como cronista habría llegado a su fin. Eleanor sería la primera dama de los Estados Unidos o la esposa de quien casi lograra la presidencia. De un modo u otro, sabía que ya no podría seguir caminando a su lado y que el periódico la destinaría a otras noticias.

Había cumplido la misión que le confiaran: un retrato humano de una mujer inesperada. La siguió por pueblos arrasados por la depresión, descubriéndola con el corazón en carne viva. De sus crónicas surgió una mujer valiente que escuchaba y proponía, que enseñaba a sus alumnas a pensar, que prefería almuerzos rápidos en puestos de carreteras antes que cenas de etiqueta, que manejaba su Dodge azul, y que caminaba con tal determinación que los hombres no podían seguirle el paso. Alguien que se permitía no agradar, y que Hick retrató sin adornos, con una admiración que traspasaba el papel. Gracias a ella, decenas de miles de ciudadanos comenzaron a ver a Eleanor con nuevos ojos. Sin embargo, en todo aquel recorrido, Hick había guardado silencios sagrados. Nunca escribió sobre la presencia opresiva de Sara Roosevelt, que gobernaba la casa de su nuera como un terreno propio. Omitió también las grietas de un matrimonio que solo era político: las sonrisas para los flashes, las alcobas separadas.

Sobre todo, ocultó la verdad más profunda: Eleanor no quería la Casa Blanca; la sola idea la asfixiaba. Lo había confesado aquella primera noche en el tren con un dolor crudo. Hick sintió, en sus

entrañas, el impulso de protegerla; un instinto tan urgente que sacrificó el titular de su vida por la confianza de esa mujer que, en pocos meses, se volvió indispensable. Y algo aún más profundo latía bajo esa urgencia: el deseo de resguardarla, de amarla, con todos los peligros que eso implicaba.

Cuando de Eleanor se trataba, Hick había perdido la distancia fría de quien observa. La recordaba como aquella primera noche, los faroles iluminando con breves destellos el rostro mientras le decía: "Puedo confiar en que sabrás qué historias merecen contarse". Solo entonces entendió: aquello había sido una prueba de fe. Y Hick había cumplido, a expensas de su instinto profesional. Cada detalle omitido, cada infidencia callada era un acto de amor clandestino que la apartaba, de a un paso por vez, de la profesión.

Afuera de la residencia Roosevelt, los automóviles llevaban, uno tras otro, a los hombres de confianza del candidato. Hick encendió otro cigarrillo, dejó que el humo le ocultara las lágrimas. Se estaba haciendo historia, pero no había lugar para ella en el siguiente capítulo. Tendría que aprender a conformarse con lo vivido. Y con lo que había elegido no escribir. Pero, ¿podría vivir lejos de Eleanor?

Reconoció sus pasos firmes en la escalera de roble. Hick se apuró a refugiarse entre las sombras de la biblioteca de la residencia. Eleanor no debía verla frágil, cuando era ella quien debía sostenerla. La estancia olía a crisantemos y gladiolos, flores fúnebres para una victoria que no era suya. Hick lo sintió asfixiante.

En el vestíbulo, la voz cordial de Eleanor daba la bienvenida a los invitados que llegaban para acompañar a los Roosevelt en la espera de los resultados. En el parque, los nietos jugaban desafiando el frío, arropados con bufandas y gorros azules del partido demócrata.

De pronto, un chasquido metálico. Un repentino haz de luz de la araña de cristal iluminó la biblioteca.

—¿Buscabas un libro, querida Hick?

La voz de Franklin Roosevelt, con esa candencia calculada que había convencido a medio país, la sobresaltó. Desde su silla de ruedas, la observaba como si la hubiera sorprendido en una travesura.

—No… —Hick tragó saliva, intentando reponerse del susto—. Solo necesitaba un poco de silencio.

Franklin, la manta azul y verde acomodada en pliegues perfectos sobre sus piernas, rodó la silla para acercarse a ella.

—Lo entiendo bien —dijo, ajustándose las gafas con un dedo—. Pero esta no será una noche silenciosa, Hick. Será larga, ruidosa y, si Dios quiere, victoriosa.

A Hick su optimismo le sonó casi obsceno. Quiso responder con una sonrisa, pero no lo logró.

—Ven —insistió él, señalando la salida hacia el comedor—. Te serviremos un *bourbon* para los nervios; todos vamos a necesitarlo mientras esperamos. Estoy convencido de que derrotaremos a Hoover y por fin podremos comenzar a poner el país de pie. Únete a nosotros en el comedor.

Por un instante, Hick se vio saltando por la ventana hacia el jardín y corriendo hasta perderse en la oscuridad. Pero, en lugar de eso, acató como si hubiera recibido una orden.

En el elegante comedor se respiraba un aire de júbilo contenido entre los asistentes que se arremolinaban alrededor de Franklin. Hick recorrió la estancia con la mirada, buscando a Eleanor entre las carcajadas y los tintineos de copas, pero no la vio. Tras intercambiar

frases corteses con algunos de los invitados, se deslizó hacia la escalera rumbo la planta alta.

Vio que la puerta de la habitación de Eleanor estaba entreabierta. Una luz tenue se colaba por el umbral. Hick entró sin llamar. La escena le partió el alma. Allí estaba, sentada al borde de la cama, con un vestido de seda verde apagado que le daba un aire espectral. Tenía los ojos enrojecidos y apretaba con fuerza un pañuelo húmedo y arrugado entre las manos.

—No puedo hacerlo, Hick. No puedo —dijo con una voz distinta a la de la mujer imperturbable que el país conocía—. ¿Entiendes lo que significa regresar a Washington? Al lugar donde mi matrimonio acabó. No soportaré abandonarlo todo para ser un adorno de Franklin.

Hick cerró la puerta con suavidad y se acercó. Se sentó junto a ella, apenas rozando la rodilla con la suya, y la dejó llorar.

—No me dejarán escribir mis columnas. Franklin dice que una primera dama no debe opinar de política, pero… —un temblor le recorrió los hombros forzándola a hacer una pausa—. Pero, ¿qué hago con todo lo que vi? ¿Con las voces de esas mujeres que conocimos? ¿Con esta urgencia que siento por hacer algo, de cambiar algo?

Hick la rodeó con los brazos y la atrajo hacia su pecho. Eleanor se abandonó; sentía el alivio de quien ya no llora en soledad.

—Y, además, no estarás a mi lado cada día —murmuró tras un suspiro ahogado—. Te quedarás aquí, en Nueva York, y no sé si podré respirar sin ti.

Hick le acarició la espalda con delicadeza, trazando círculos lentos, buscando el punto exacto donde el alma se une al cuerpo. Eleanor

por fin alzó la mirada. En sus ojos azules, llenos de lágrimas, Hick vio la necesidad desnuda de ser amada.

La ovación que estalló en el comedor trepó hasta la planta superior y las alcanzó. Aplausos. Vítores. El tintinar de cucharas contra el cristal de las copas. Ambas lo supieron: Franklin había ganado.

Hick apretó a Eleanor con fuerza contra sí. No la dejaría sola.

—Estaré a tu lado —prometió—. Encontraré la manera.

Abajo, comenzaron a cantar *Happy Days are Here Again*, la canción de campaña de Roosevelt. Hick secó las lágrimas de Eleanor con suavidad, dejando que sus dedos se detuvieran un instante en esas mejillas pálidas. Después dijo con severidad fingida:

—Vamos, primera dama, cámbiate ese vestido verde que pareces un espárrago abandonado en el mercado. ¡Arriba! Lávate esa gloriosa cara o me obligarás a escribir que la primera dama recibió los resultados con la nariz más roja que la bandera republicana.

Una sonrisa asomó en los labios aún temblorosos de Eleanor.

—Es el único vestido decente que tengo.

—Pues es una tragedia nacional —dijo Hick abriendo de par en par las puertas del gran ropero de roble—. Tu armario parece equipado para la directora de un orfanato. Deberás renovarlo; le hará bien a la economía. Ponte este vestido de seda azul; siempre me ha gustado como te queda ese color. Deberías usarlo más —agregó, levantando una ceja con expresión de experta en moda.

Eleanor se llevó las manos a la boca, para contener un ataque de risa que brotaba entre los últimos sollozos.

—Eres insoportable, Hick —dijo, y algo en su voz se quebró hacia la risa. Cerró la puerta del baño detrás de sí, pero Hick la oyó

murmurar—: No sé qué haría sin ti.

Hick se acomodó mecánicamente un mechón rebelde frente al espejo del tocador y agregó:

—Por favor, ponte un poco de rubor antes de bajar; pareces haber ganado un concurso de fantasmas, no una elección presidencial.

En ese momento, mientras la mitad de la nación festejaba el nacimiento de una nueva era, Hick sintió el peso de una verdad incómoda: su lugar había dejado de estar entre quienes contaban la historia. Ella quería estar junto a la mujer que la estaba escribiendo.



*Suite Presidencial, Hotel Mayflower, Washington D.C.,*
*3 de marzo de 1933*

Durante los cuatro meses previos a la investidura de Roosevelt, el aire se había cargado de frustración y de miedo. Los bancos cerraban sus puertas devorando en un suspiro los ahorros de una vida, las acciones caían en picada, y el desempleo golpeaba sin piedad. El país contenía el aliento, pendiente de las palabras que el presidente pronunciaría el día de su asunción.

Hick cruzó el vestíbulo del hotel Mayflower, donde decenas de periodistas con sus cámaras y libretas abarrotaban el lugar en busca de alguna declaración. Pero ella no había llegado para reportar. Se abrió paso entre la frenética multitud hacia un ascensor privado que la condujo hasta el último piso del edificio. Allí, en la suite presidencial, la atmósfera era todavía más densa, impregnada del aroma a tabaco caro.

La suite, un laberinto de habitaciones con una sala central, se había convertido en un bullicioso centro de operaciones. Las voces superpuestas de los asesores de Roosevelt, el repiqueteo de máquinas de escribir y el incesante ir y venir de gente apurada creaban una escena abrumadora. A través de una puerta entreabierta, Hick vislumbró al presidente electo inclinado sobre un escritorio, las gafas bajadas sobre la nariz, repasando su discurso.

Eleanor la esperaba en una habitación apartada del ruido, de pie junto a una ventana que enmarcaba un Washington gris. Al verla, una sonrisa iluminó su rostro cansado. Se saludaron con un abrazo apretado.

—Qué bueno que estés aquí —exclamó Eleanor.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Hick, mientras se quitaba el abrigo y el sombrero.

—Como puedo. ¿Tienes hambre? En algún lugar de este caos hay un carro con sándwiches y jarras de café.

Hick negó con la cabeza. Miró a Eleanor con detenimiento. Estaba ojerosa y se había mordido las uñas hasta el ras.

Al rato entró Franklin, rodando su silla con el discurso en la mano. Saludó a Hick con cordialidad distraída y giró hacia Eleanor:

—Quiero que lo leas —dijo, entregándole las páginas—. Necesito tu opinión.

Eleanor asintió y, apenas Franklin se retiró, se ajustó los lentes y comenzó a leer para Hick. Leyó con firmeza hasta llegar a aquella frase que resonaría en la historia: "A lo único que debemos temer es al miedo mismo". Su voz se quebró en una emoción genuina, y Hick sintió un escalofrío correrle por la espalda. Estaban ante la oportunidad de cambiar la historia.

Esa noche, en el silencio de su apartamento, el discurso presidencial resonaba en la memoria de Hick. Podría haber llamado a la redacción y dictado la primicia que coronaría su carrera. Pero sus dedos se negaron a marcar el número.[27] Publicarlo habría sido traicionar la confianza que Eleanor había depositado en ella; callarlo, dinamitar la reputación que, como reportera, había construido. No era posible ocupar ambos lugares a la vez. Y ella ya estaba del otro lado. Esa noche redactó su renuncia.

Tres días después, cuando la entregó, su jefe intentó disuadirla.

—¡Es el colmo de lo absurdo! —exclamó, golpeando el papel—. ¿Por qué renunciar ahora, si tienes acceso directo al círculo íntimo de la primera dama?

Pero Hick no podía explicar lo que el mundo no comprendería.



*Cementerio de Rock Creek, Washington D.C.,*
*10 de marzo de 1933*

Hick había insistido en encontrarse lejos de los pasillos del poder, en algún lugar donde nadie interrumpiera el momento. No dijo por qué, pero Eleanor intuyó la urgencia. Se citaron en el cementerio de Rock Creek; la primera dama avanzó por un laberinto estrecho que las protegería de miradas indiscretas. Caminaron entre lápidas hasta un banco de piedra en un rincón escondido. Frente a ellas se alzaba una escultura de bronce de una mujer con el rostro oculto entre los pliegues de su ropa. Una figura de una serenidad infinita que invitaba a la contemplación.[28]

Eleanor rompió el largo silencio:

—Antes, cuando vivíamos aquí y Franklin rompió mi corazón, no tenía consuelo. Me han educado para que jamás exprese mis emociones en público, pero aquello era un peso imposible de soportar. Entonces me refugiaba en este banco a mirar a esta mujer que había salido del dolor y el sufrimiento serena y compasiva. Lloraba hasta vaciarme.[29]

Hick contempló la figura que encarnaba un dolor sin medida. Era Clover, la esposa del escritor Henry Adams. Una fotógrafa magnífica en sus tiempos, que resultó devorada por la sombra de su marido.

Eleanor se puso de pie y avanzó hacia la escultura. De espaldas a Hick, agregó:

—¿Sabías que se quitó la vida? Algunos dicen que fue porque su marido frenó sus ambiciones artísticas, otros que él tuvo una aventura —hizo una mueca irónica—. No podía compartir con nadie mi angustia, pero venía aquí a dejarla a sus pies. Contemplaba su serenidad y, de alguna manera, me daba paz.

—Ahora tendrás con quien compartirlo todo —dijo Hick, conmovida.

Se habían sentado muy juntas en el banco de piedra. El hombro de Eleanor se apoyaba contra el de Hick, y Hick sentía, a través de la lana del abrigo, el ritmo lento de su respiración.

Entonces encontró las palabras. Se inclinó hasta que sus labios casi rozaron el cuello de Eleanor y susurró que había renunciado. Que ya no era periodista. Que la había elegido a ella.

Eleanor no dijo nada. Giró la cabeza y la miró desde tan cerca que Hick pudo ver el reflejo de la escultura en sus pupilas. Después, con

ternura, apoyó su frente contra la de Hick y se entregó a la ilusión de no sentirse sola.



*Salón rojo, ala este de la Casa Blanca, Washington D. C.,*
*6 de mayo de 1933*

La primera dama de los Estados Unidos se irguió frente al atril, consciente de que aquel momento trascendía cualquier anuncio presidencial. A sus pies, treinta reporteras, cuyos dedos apretaban las libretas no solo por nerviosismo, sino por la enormidad del momento, ocupaban por primera vez aquel salón histórico. Aquella conferencia de prensa, exclusiva para mujeres, era mucho más que un gesto simbólico.

Eleanor Roosevelt lucía impecable sobre la tarima. Vestía un traje de dos piezas en ese azul profundo que los diseñadores ya llamaban "Eleanor blue" y que irradiaba calma y confianza.

Cuando el murmullo cedió, miró a su audiencia y, con voz segura, les dio la bienvenida.

—Ustedes serán las intérpretes para todas las mujeres del país de lo que ocurre aquí, en la Casa Blanca. Semana a semana, tendrán la tarea encomiable de inspirarlas a mantenerse informadas y a participar.

Algunas de las periodistas apenas podían contener las lágrimas, otras sonreían con orgullo. Todas anotaban cada palabra con el entusiasmo de quien es partícipe de una victoria que cambiaría para siempre el acceso a la información.

Hick, de pie a un costado del escenario, sintió un orgullo infinito. Eleanor lo estaba haciendo de manera estupenda, y aunque nadie lo supiera, era también su victoria. Había encontrado un nuevo sentido a su vocación: ayudaba a impulsar a Eleanor hasta ese podio. No era un trabajo formal, pero lo hacía porque creía en ella, porque deseaba que encontrara su voz y su poder.

Durante tres semanas, prepararon juntas sin descanso posibles respuestas a todo tipo de preguntas. La mesa de trabajo se había atestado de papeles con estadísticas, informes de ministros y recortes de prensa. Hick confiaba en la fórmula que combinaba la diplomacia natural de Eleanor con su instinto periodístico. Pero además sabía que si la Casa Blanca ofrecía conferencias exclusivas para mujeres, los periódicos estarían forzados a contratar reporteras. Las mujeres habían sido las primeras en perder sus puestos con la gran depresión y Hick quería ayudarlas a abrirse camino. Aunque no había sido fácil. Recordó la intransigencia constante de los asesores presidenciales.

—No podemos arriesgarnos a que la primera dama hable de política —había insistido uno de ellos una vez con tono autoritario.

—¿Y por qué no? —retrucó Hick, sin amendrentarse—. Ella ha estado donde ustedes jamás se atrevieron a ir. Ha escuchado a los hambrientos, a las madres solas, a los jóvenes sin futuro. Ella conoce esta crisis desde adentro. Hablará con autoridad y lo hará con el corazón. Los ciudadanos necesitan confiar en esta primera dama.

Eleanor, sentada en la cabecera, se incorporó con resolución. Apoyó las palmas sobre el escritorio y dio por terminada la discusión.

—Haré esas conferencias. Las prepararé con cuidado, y responderé solo aquello sobre lo que esté segura. Además, caballeros, contamos con el visto bueno del presidente.

Los aplausos en el salón rojo arrancaron, trayendo a Hick de regreso al presente. Ese sonido lo confirmaba: lo habían logrado.

Eleanor bajó del estrado y se acercó a las reporteras. Se dirigió a cada una por su nombre, les preguntó por sus medios y sus ciudades y, estrechando las manos, se despidió de ellas. Luego fue hacia donde estaba Hick.

—Camina conmigo hasta el jardín. Necesito un poco de aire —dijo con los ojos encendidos por la satisfacción. Posó su mano derecha sobre el hombro de Hick y, con suavidad, la guio hacia la salida del salón.

En el jardín sur, la primavera las envolvió. Los arbustos recién plantados demarcaban una zona íntima, donde unas hamacas nuevas esperaban a los nietos de Eleanor.

—Gracias, Hick, por confiar en que tengo algo para decir —dijo, agachándose para inspeccionar unas matas de lavandas—. Gracias a ti me animo a pensar que hay muchas formas en las que podré ser útil desde este lugar.

—Tienes mucho que decir, y sabes cómo hacerlo. Me llena de satisfacción verte convertirte en la primera dama más influyente que este país ha tenido. No conozco a ninguna otra mujer que pueda aprender a hacer tantas cosas a los cincuenta… Y hacerlas tan bien como tú, amor.[30]

Eleanor la miró de reojo:

—Y ahora que ya no tienes que escribir para la agencia, quiero que me ayudes con otro proyecto. Me ofrecieron una columna

semanal que se publicará en todo el país. Nada formal. Pensé en contar historias pequeñas de mi día a día, cosas que dejen ver otra cara de esta casa. ¿Me ayudarás?

—Estoy para lo que necesites —Hick tomó su mano entre las suyas.

—Además, Hick: ¡me pagarán por escribir! Te prometo que haremos un viaje juntas con ese dinero, y te enseñaré algunos de mis lugares favoritos.

Así, Hick ayudó a Eleanor a transformar ese estilo que conocía tan bien, honesto, comprometido, pero a menudo solemne, para la columna "Mi día". Le sugería usar tonos más cercanos, proponía diferentes maneras de cerrar sus artículos, los corregía con paciencia y ternura. Y en ese trabajo de darle otra voz a Eleanor, Hick perdía la suya.



*La Casa Blanca, Washington D. C.,*
*5 de julio de 1933*

Desde que Eleanor era primera dama, los encuentros con Hick, que continuaba en Nueva York, se habían vuelto más breves y esporádicos. Su agenda estaba saturada: reformas en la Casa Blanca, recepciones diplomáticas y reuniones con comités de todo tipo demandaban su presencia constante. Su hija Anna se había instalado en la residencia presidencial con sus dos hijos tras separarse. Los fines de semana, la casa se colmaba del bullicio de nietos corriendo por los amplios pasillos. En medio de esa vida

absorbente, Eleanor había logrado aferrarse a un único ritual impostergable: una llamada, cada tarde, detrás de una puerta cerrada, lo único que podía darle a Hick en ese momento.

Pero esa mañana de julio, todo era diferente. El día que Hick había soñado tantas veces en sus noches solitarias, después de llamadas telefónicas apresuradas, por fin había llegado. El Buick convertible celeste, con el techo blanco reluciente, esperaba frente a la entrada de la Casa Blanca. Dos maletas pequeñas con lo esencial descansaban en el asiento trasero. No haría falta más; no se trataba de un viaje oficial, sino de un mes robado al mundo, solo para ellas.

Atrás quedaban las discusiones ásperas entre Eleanor y Bill Moran, el jefe del servicio secreto, que había amenazado con interponer agentes entre Eleanor y su libertad. "La señorita Hickok es más que capaz de cuidar a mi esposa", había zanjado Franklin, dando el visto bueno para el viaje sin miradas indiscretas. A fin de cuentas, Hick le ofrecía a Eleanor algo que él ya no podía darle: compañía constante, atención y una lealtad sin exigencias.

El viaje por la costa este del país hacia Canadá trajo momentos de ensueño para ambas. Mañanas en las que Hick despertaba con el sol filtrándose entre las cortinas y encontraba a Eleanor, descalza y radiante, amenazándola con cosquillas si no salía de la cama de inmediato. Almorzaban en claros en los bosques, nadaban en arroyos de aguas transparentes. Por las noches, leían sus poesías favoritas en voz alta y planeaban una vida juntas. Mientras recorrían las carreteras, imaginaban una casa con ventanas amplias junto al mar, conversaban sobre los jardines que cultivarían y los muebles que comprarían. El amor, que Hick siempre había sentido como un lugar inseguro, empezaba a parecerle un refugio.

Al llegar a Quebec, Eleanor reveló su sorpresa: con la paga por las columnas de "Mi día" había reservados tres noches en el magnífico hotel Château Frontenac, con cenas a la luz de las velas y platos franceses, la debilidad de ambas. Hick la miraba embelesada, incapaz de reconciliar a la mujer imperturbable que la nación admiraba con esta Eleanor que le ofrecía ternura y una promesa.

Allí volvieron a hablar del futuro; del inmediato, que comprendía el mandato Roosevelt, y del que brillaba más allá de él. Eleanor propuso conseguirle un trabajo en Washington apenas regresaran, para poder estar cerca y verse cada día, sin excusas. Hick no necesitaba más. Mientras Franklin ocupara la Casa Blanca, debían aceptar los límites. Y después, cuando todo eso quedara atrás, el tiempo sería enteramente de ellas dos.



*Washington D. C.,*
*agosto de 1933*

Dos semanas después del viaje, Eleanor cumplió su palabra y Hick se mudó a la capital. Aceptó un empleo que, aunque bien remunerado, no habría elegido: recorrer el país para evaluar los programas del gobierno. Esto implicaba estar semanas, a veces meses, fuera de Washington.

Para su nuevo puesto, Hick debió vencer uno de sus mayores temores: aprendió a conducir. Cada mañana, las manos tensas aferradas al volante, avanzaba por caminos polvorientos hasta pueblos olvidados, donde la depresión había dejado su marca en

rostros hundidos y platos vacíos. Por las noches se refugiaba en posadas desvencijadas, ahogando su soledad en *bourbon* barato. A veces para recordar, otras para olvidar, que alguna vez había sido una estrella del periodismo, admirada y respetada.

Cuando el trabajo lo permitía, Hick regresaba a la Casa Blanca. Dormía en la habitación contigua a la de Eleanor. Cada noche esperaba en la oscuridad, atenta a los sonidos de la casa: el crujido de la escalera, el último portazo lejano. Cuando el silencio se volvía absoluto, la puerta entre ambas estancias cedía con un chirrido tenue. Eleanor entraba descalza, con el pelo suelto y el camisón blanco que la hacía parecer frágil. Se acostaba a su lado sin encender la luz. Hablaban durante horas, en murmullos tan bajos que las palabras se confundían con la respiración. Otras noches, Eleanor buscaba en la oscuridad el calor de Hick. Después apoyaba la cabeza en el hueco de su hombro y se quedaba allí, con los ojos abiertos. Aquel era el único lugar del mundo donde no necesitaba ser fuerte. Hick sentía que todo el sacrificio se disolvía. Muy lejos quedaban las carreteras interminables, el cansancio, el anonimato. En esa intimidad, Eleanor repetía su promesa al oído: tan pronto como la presidencia terminara, construirían un hogar lejos del ruido y las obligaciones. De ese proyecto tomaban el aire que las sostenía.

Entre ambas fue naciendo un ritual para mitigar la distancia: se escribían a diario, a veces dos o tres veces al día. Intercambiaban confesiones, ilusiones. El hilo invisible que las unía ardía en cada línea.



*Bemidji, Minnesota,*
*20 de noviembre de 1933*

*Solo ocho días más. Dentro de veinticuatro horas serán solo siete más, ¡solo una semana! Hoy he intentado recordar tu cara, tu aspecto. Lo que recuerdo con más claridad son tus ojos, con una especie de sonrisa burlona en ellos, y la sensación de ese punto suave justo al noreste de la comisura de tu boca contra mis labios. Me pregunto qué haremos cuando nos encontremos, qué nos diremos.*
*Cariño, he estado pensando mucho en ti hoy. ¡Qué buena persona eres al apoyarme como lo haces en este trabajo! Hacemos grandes cosas juntas, ¿verdad? Y es divertido, a pesar de que ambas tengamos trabajos que nos separen.*
*Buenas noches, cariño. Quiero abrazarte y besarte en la comisura de los labios. ¡Y en poco más de una semana, lo haré!".*[31]

*H*

*La Casa Blanca,*
*21 de noviembre de 1933*

*Hick, cariño:*
*Cada cosa que hago lleva mis pensamientos hacia ti. Nunca sales de mi corazón y dentro de una semana estaré abrazándote. Claro que la larga separación ha sido muy dura para ti porque has pasado gran parte del tiempo con desconocidos, pero, por otro lado, tu trabajo es más interesante que el mío. Ambos trabajos son algo agotadores y disfrutaremos de días de descanso, ¿verdad?*
*Un mundo de amor.*
*Buenas noches y un beso para ti,*

*E. R.*[32]



*Washington D. C.,*
*Navidad de 1934*

En el segundo año de la presidencia Roosevelt, Eleanor se consolidó como una fuerza pública imparable, pero cada victoria suya relegaba más a Hick. Cuando algún comité no la reclamaba, Franklin necesitaba su opinión o Anna su consuelo. El mundo entero parecía tener derechos sobre Eleanor. Todos, menos Hick.

En sus cartas, Eleanor intentaba consolarla:

> *Algún día tal vez el destino sea amable y nos permita organizar una vida más a nuestro gusto, por el momento tenemos suerte de tener lo que tenemos. Querida, somos felices juntas y las relaciones fuertes tienen que echar raíces profundas. Las estamos cultivando ahora, en parte porque estamos separadas. El follaje y las flores llegarán, de alguna manera estoy segura de ello.*[33]

Si, por fin, Hick conseguía unos días en Washington, su rutina era siempre la misma: la espera. Esperaba a Eleanor en despachos vacíos de la Casa Blanca. Esperaba junto al teléfono en su pequeño apartamento, releyendo cartas llenas de promesas que sabía de memoria. Y aunque en ellas Eleanor juraba: "Volveremos a viajar, mi Hick", el momento jamás llegaba.

Esas eternas horas de expectativa la consumían por dentro. Su diabetes empeoraba, y el *bourbon*, que antes era un consuelo ocasional, se convirtió en medicina contra la soledad. El dolor se había transformado en una ira sorda. Eleanor la amaba, sí, pero a ella solo le correspondía un territorio pequeño. Comprenderlo no mitigaba la frustración.

Ambas habían depositado grandes esperanzas en aquella Navidad. Eleanor había planificado una celebración íntima en la Casa Blanca, sin interrupciones, en la noche del 23: "Solo tú y yo, como antes", le había susurrado al teléfono con ternura. Esa tarde, mientras envolvía sus regalos con esmero, Hick permitió que la ilusión la inundara. Veía a Eleanor desenvolviendo la caja de sus dulces favoritos, aquellos que escondía como un pecado en el cajón su escritorio, y una primera edición de *Hojas de hierba*, el libro que habían leído juntas en Quebec. Hick sintió, por primera vez en meses, que quizás podrían rescatar algo de lo perdido.

Eligió un vestido de flores nuevo, guantes de cabritilla a tono y, antes de salir rumbo a la Casa Blanca, se colocó unas gotas del perfume favorito de Eleanor.

Al llegar, la espera se convirtió en otra tumba de promesas. Sola, en una sala contigua al comedor donde Eleanor cenaba junto a su hija, con un reloj de péndulo como única compañía, Hick veía las horas arrastrarse. A las diez, se dejó caer en un sofá. A las once, se descalzó. Las campanadas dieron la medianoche y ya no quedaba en Hick ni un rastro de esperanza.

La puerta se entreabrió y el rostro de Eleanor se asomó. Sus ojos cansados estaban cargados de culpa.

—Hick, cuánto lo siento…

Hick saltó de la silla, con lágrimas de furia en los ojos.

—"Nuestra noche" —repitió y la palabra "nuestra" salió rota de su boca— ¿Queda algo que sea nuestro?

Eleanor tendió las manos, intentando acercarse para un abrazo, pero aquello solo empeoró la situación. Hick dio un paso atrás.

—Anna está destrozada. No podía dejarla sola —dijo, buscando comprensión.

Algo crujió en el pecho de Hick. La certeza de que siempre habría una excusa, otra emergencia, algo más importante que ella.

—¡Yo tampoco puedo seguir esperando! —Los obsequios todavía sin abrir golpearon contra la mesa. Se levantó con un ademán brusco, tomó su bolso y se dirigió hacia la puerta—. Déjame pasar —dijo, esquivando los brazos que intentaban detenerla—. Me voy a Nueva York a pasar Navidad con amigos que sí tienen tiempo para mí.

—Hick, por favor… —Eleanor, perpleja, se quedó con las manos vacías. En el corredor, donde los retratos presidenciales parecían burlarse de su ingenuidad, Hick oyó repetir su nombre. No se detuvo.

Sola, al borde del sillón de pana verde, Eleanor sintió que su vida se desmoronaba. Había pasado la vida entera sosteniendo al mundo. Pero no sabía cómo sostener ese amor.

Al día siguiente llegaron las disculpas, a través de la estática de la línea telefónica:

—Perdóname —la voz lejana de Eleanor sonaba frágil—. Por favor, Hick, te ruego que vuelvas. Tendremos nuestro Año Nuevo, solo nosotras.

Pero la herida seguía latiendo. Por primera vez, Hick comenzó a dudar de que el amor fuese suficiente.

Al llegar a Washington dos días después, descendió del tren, con el peso de no saber si regresaba por costumbre. En una mano su maleta de cuero gastado; en la otra, el telegrama que había recibido la noche anterior: *Te esperaré en la estación. E.*

La vio de inmediato. Allí estaba, erguida junto a un pilar de mármol, envuelta en un abrigo azul, las manos escondidas en los bolsillos. Intentó no apurar el paso, pero fue en vano. Sus pies la llevaron hacia Eleanor sin permiso.

—Felices fiestas—murmuró Eleanor, extendiendo un paquete rectangular envuelto en papel verde musgo. El regalo surgió entre ambas como una barrera elegante, pero firme. Hick lo abrió con urgencia. Dentro, encontró *Hojas de hierba*, el mismo ejemplar que había dejado atrás en aquella despedida amarga. El libro se abrió en una dedicatoria en la pulcra caligrafía de Eleanor: "Para mi Hick, que nunca debió esperar. Con todo lo que puedo dar. E.".

Hick apretó el libro contra su pecho. "Todo lo que puedo dar" era un límite, una confesión: la mujer que amaba jamás sería completamente suya, nunca habría una casa junto al mar. Pero, bajo la luz pálida del invierno, eligió aceptar aquello que podía ser: el único amor que conocía.



*Washington D. C.,*
*invierno de 1946*

Con los años, Hick aprendió a convivir con las ausencias. Las promesas de Eleanor seguían llegando: "Una vez que Franklin deje la presidencia…", le había susurrado tantas veces. Pero las reelecciones se sucedían: 1936,1940 y, también, 1944. Hick se convirtió en espectadora de la grandeza de Eleanor.

Ella era generosa, sí. Se aseguraba de que no le faltara nada. Le conseguía puestos, le escribía con ternura, las flores llegaban puntualmente en cada cumpleaños. Pero lo que Hick necesitaba no podía envolverse en papel de seda. Y, aunque lo buscó en otros brazos, nada igualó aquella noche en el tren, cuando la voz de Eleanor le habían rozado la piel por primera vez.

En la primavera de 1945, la historia se quebró. Franklin Roosevelt murió repentinamente de una hemorragia cerebral donde nunca debió estar: en brazos de Lucy Mercer, su eterna amante. Eleanor estaba en Washington, sin sospechar que el final se escribía sin ella.

La llamada llegó pasada la medianoche. Hick descolgó al primer timbre. No hizo preguntas. Dejó que Eleanor derramara frustración, enojo, resentimiento, sin intentar contenerla. Y en medio de ese desahogo, Hick se descubrió esperando, otra vez, que el dolor de Eleanor abriera una puerta para las dos.

Pero hasta en su duelo el mundo reclamaba a Eleanor. Ella, como siempre, obedeció. Cuatro días más tarde le escribió a Hick con las novedades: *¡La vida es tan ajetreada que no tengo tiempo para pensar! Hoy me ofrecieron dos trabajos, pero no decidiré nada hasta finales de verano. Con mucho cariño. E.*[34]

Y a la semana siguiente, una nueva carta: *Las Naciones Unidas quieren que trabaje en una comisión para redactar los principios de paz. No estoy segura de estar lista, pero… tal vez sea lo que necesito. Viajo el 13 de enero rumbo a Nueva York y Londres. ¿Vendrás a despedirme? No puedo irme sin verte.*[35]

Hick comprendió que Eleanor huía del silencio, el único lugar donde el dolor podía alcanzarla.

Se citaron en Washington Union Station. Hick llegó temprano. Llevaba un abrigo que le quedaba algo ceñido y una mirada vencida. En el bolso, una carta de despedida que nunca entregaría.

Eleanor apareció poco después, envuelta en un luto riguroso que no lograba opacarla. Parecía caminar esquivando fantasmas, quizás el de Franklin, quizás el de la mujer que alguna vez soñó ser.

Se miraron en silencio hasta que el silbato del tren cortó el aire.

Esa fue su despedida. Pero no fue el final.



Pasaron dieciséis años. Eleanor volvía siempre, pero nunca del todo. Una parte de ella vivía en los compromisos que la reclamaban a cada hora, en las causas que sentía incapaz de abandonar. Hick se resignó a esa distancia persistente. Cada año traía menos tiempo y menos calma para la intimidad que ambas habían conocido.

Una tarde de un frío noviembre, el cartero dejó un sobre en la cabaña de Hick en Long Island. Ella reconoció la caligrafía de Anna, la hija de Eleanor. Lo sostuvo contra el pecho un largo rato; intuía qué contenía, pero lo dejó cerrado en la mesa del recibidor, junto al ejemplar deslomado de *This I remember*, la biografía de Eleanor. Lo abrió en la dedicatoria que sabía de memoria: "Para Hick, por los recuerdos que solo tú guardas. Con todo mi amor, E.".

Sus dedos, ya nudosos, acariciaron la tapa gastada. Luego la mirada se desvió hacia la estantería donde se alineaban las dieciséis cajas que contenían las cartas de Eleanor. En aquellos pliegues de papel y tinta desvanecida, seguía latiendo el corazón verdadero de Eleanor Roosevelt.

La invitación al funeral permaneció intacta sobre la mesa. Hick no asistió; su duelo no necesitaba testigos. Se refugió en la cabaña, entre la sombra de los pinos, guardiana del fuego que nadie más había visto arder.[36]

**26** Associated Press (AP), fundada en 1846, era la principal agencia de noticias de Estados Unidos, encargada de recolectar y distribuir información a periódicos y radios de todo el país mediante una red de corresponsales.
**27** Quinn, Susan, *Eleanor and Hick. The love affair that shaped a First Lady*.
**28** *Idem*.
**29** Wiesen Cook, Blanche, *Eleanor Roosevelt. The defining years 1933-1938*. Volumen 2.
**30** Streitmatter, Roger (ed.), *Empty without you. The intimate letters of Eleanor Roosevelt and Lorena Hickok*.
**31** Albert, Susan Wittig, *Loving Eleanor*. (Traducción de la autora)
**32** Streitmatter, Roger (ed.), op. cit.
**33** *Ibidem*.
**34** Streitmatter, Roger, op. cit.
**35** *Ibidem*.
**36** Las miles de cartas intercambiadas entre Eleanor Roosevelt y Lorena Hickok se conservan en la Franklin D. Roosevelt Presidential Library and Museum.

5

# EL CAMAFEO DEL EMPERADOR

## Domitila de Castro do Canto e Melo y Pedro I de Brasil

*San Pablo,*
*29 de agosto de 1822*

El aire ardía en la biblioteca de la residencia. Don Pedro, príncipe regente de Brasil y heredero de la corona portuguesa, aflojó el cuello de su casaca y apretó los puños sobre una mesa oscura desbordada de mapas y proclamas. Era el tablero de ajedrez donde se disputaba el futuro de una nación. Afuera, el cielo de San Pablo ennegrecía; adentro, se cernía la crisis. El resultado de la partida era incierto.

El príncipe se pasó una mano por el cabello. Después de que su padre, el rey Juan VI,[37] regresara a Portugal con todo su séquito, las Cortes de Lisboa exigieron que él y su esposa, la emperatriz Leopoldina, siguieran el mismo camino. "¡Me quedo!", bramó en Río de Janeiro el 22 de enero de 1822, decidido a no abandonar Brasil. Pero el desafío a Portugal extendió sobre la región la sombra amenazante de la guerra.

Había viajado a San Pablo en una apuesta desesperada por asegurar apoyo de tropas leales y evitar ver esas tierras que tanto amaba reducidas a la condición de colonias. Sus consejeros eran un coro de voces discordantes: "Es un suicidio", decían unos,

“Independencia ya” susurraban otros. Le urgía tomar una decisión y necesitaba silencio para sopesar las alternativas. Abruptamente, ordenó a sus asesores que lo dejaran solo.

Desde el umbral, el discreto carraspeo de un ayudante de cámara quebró la concentración reciente del príncipe. Traía una petición de audiencia urgente de doña Domitila de Castro do Canto e Melo. Pedro no ocultó el fastidio; no podía distraerse mientras el país se desmoronaba. Con todo, rechazar a la hija y hermana de poderosos oficiales locales, hombres cuyas espadas eran fundamentales para la causa, habría sido un error. Por encima de esas razones, algo en ese nombre, “Domitila”, con su cadencia dulce que le rozó los sentidos, lo hizo asentir.

La dama entró con la fragilidad de un pájaro acorralado. Pedro se hundió en unos ojos oscuros, líquidos, que parecían acumular toda la pesadumbre del mundo.

—Su Alteza Real, perdone mi atrevimiento; no me quedaba otro recurso. —Hablaba en un hilo de voz.

Él hizo un gesto breve para que continuara, cautivado por el temblor de aquellas manos que retorcían un pañuelo en una danza muda de angustia.

—Mi esposo, el teniente Felicio Pinto Coelho de Mendonça… —tragó saliva, las palabras le ardían—. Él intentó matarme.

El silencio retornó a la biblioteca, pero más espeso que antes.

—¿Matarla? —Pedro avanzó un paso hacia ella, atraído por su fragilidad.

Ella asintió y se rompió. No fue un llanto elegante; soltó un gemido desesperado. Le contó cómo los gritos en su hogar se volvieron empujones, y los empujones derivaron en golpes. Recordó

el ardor de las bofetadas, la mano enredada en su cabello, el tirón que precedió al impacto sordo de su cráneo contra la pared, el olor metálico de su propia sangre. Se repetía que podría soportarlo; ya lo había vivido antes y sabía que, en algún momento, él se cansaría y la dejaría en paz. Hasta que sintió el filo helado de un puñal que rasgaba sus faldas. La muerte susurraba contra la tela, buscando con avidez la intimidad de su piel. Al cortar, se abrió un abismo de terror puro. Apenas podía recordar lo que siguió: la huida ciega, descalza, guiada solo por el impulso frenético, casi animal, por sobrevivir.

—Pero lo peor, mi señor, es que me ha quitado a mis hijos. Los ha llevado con su familia a Minas Gerais. Tiene mucho poder allí y me han cerrado todas las puertas. Hace dos años que no sé si comen, si duermen, si todavía me recuerdan. No puedo vivir sin mis pequeños. Lo intenté todo.

Mientras la escuchaba, Pedro creyó reconocer en esa mujer vulnerable y desamparada el mismo Brasil, salvaje y oprimido, que pedía ser defendido.

—Recuperará a sus hijos. Ese hombre es cadáver si vuelve a tocarla —sentenció, mientras pensaba que esos labios temblorosos no debían pertenecer a otro.

Domitila lo miró, y Pedro se encontró con una mujer que intentaba transformar su dolor en un acto de fe.

—He oído que su corazón late con intensidad por los que sufrimos; que usted es nuestra esperanza.

"Nuestra esperanza". Las palabras resonaron en Pedro; ansiaba ser el libertador, el protector.

—Haré que sus hijos regresen y su marido responderá por sus actos. Desde este momento, está bajo mi completa protección, señora.

Las piernas de Domitila flaquearon de alivio, pero antes de que tocara el suelo, él deslizó las manos para sujetarla. Al instante, ella sintió la firmeza de su agarre, la vitalidad que emanaba de su piel, y apoyó la mejilla, ardiente y húmeda, contra su hombro.

—Gracias, *Vossa Mercê*. Es mi salvador y juro que mi gratitud será eterna.

Pedro le tomó la mano. La sostuvo y ese solo contacto sembró una obsesión. Bajo aquella candidez latía una belleza intensa y primaria, un llamado salvaje. Domitila dejó de ser una súbdita desesperada para convertirse en la encarnación de lo que él anhelaba para Brasil: el coraje indomable, la lealtad feroz, la vida en su estado más visceral.

—La tormenta ha pasado —murmuró, sin poder soltarla.

Al levantar la mirada, la joven se topó con una sonrisa franca de dientes blancos y labios carnosos que prometía ser un refugio. Pedro se encandiló con la curva estrecha de su cintura y los rizos negros que escapaban del peinado con insolencia. "Debo volver a verla", pensó mientras devolvía su mano con lentitud deliberada.



La casona de los Castro do Canto e Melo se alzaba en las afueras de San Pablo, en una zona cercana al riachuelo Ipiranga, donde la calma solo se interrumpía por el paso lejano de los carros con rumbo al puerto de Santos. En esa residencia de muros encalados y tejas

rojas, los interiores espaciosos cobraban vida bajo la luz vespertina que se filtraba entre las celosías. Al entrar al comedor, Domitila se reconfortó con el aroma espeso de la *feijoada* que impregnaba el aire. Alrededor de la mesa, su familia, reunida a pleno, aguardaba el relato con ansiedad.

Hambrienta y exhausta por las tensiones de la jornada, la joven se volvió hacia sus padres, don Juan de Castro y doña Escolástica, con una gratitud profunda. La habían sostenido durante una agonía que parecía comenzar a disolverse.

—El príncipe escuchó mi súplica y me prometió su ayuda. Pronto mis hijos regresarán a esta casa. Y también me aseguró que Felicio no se volverá a acercar a mí.

Doña Escolástica se persignó; por fin Dios había atendido sus plegarias. Don Juan cortó un pedazo de carne con fuerza. Los cubiertos chirriaron contra el plato.

—¿Y qué hay de todo lo que has sufrido estos años, hija? ¿Acaso don Pedro podrá hacer que esa bestia pague por ello? Su afrenta contra los Castro do Canto e Melo[38] fue profunda y venenosa. —La ira hizo temblar el cuchillo de ese hombre conocido como "Rompemonedas" por la fortaleza descomunal de sus manos.

—Padre, lo único que me importa es tener a mis niños conmigo. No busco venganza, sino justicia —enfatizó Domitila con convicción.

La mirada de don Juan, cargada de rabia, recorrió la mesa. Su esposa palideció.

—Nos hirió en nuestro honor. ¿Cree que sus tierras y minas de oro le dan derecho a humillarnos? ¿O no recuerdan lo que hacía ese desgraciado? Una Castro cargaba bandejas y servía a su marido en la mesa mientras él hacía que los esclavos la miraran. ¡Ese animal

rebajó a mi hija, la trató como una esclava! ¿Realmente piensan que olvidaré esa injuria? ¿O los golpes que recibió? Jamás lo perdonaré —bramó con indignación.

—Padre, me devolverá a mis hijos.

—A mí me importa el honor. Pisotearon nuestro nombre —interrumpió su hermano mayor, con los labios convertidos en una línea tensa.

—Pero el príncipe… don Pedro lo entendió. No solo vio mi dolor; también vio la humillación infligida a una familia honorable. Por eso se ha ofrecido a cenar con nosotros aquí mañana.

El silencio que siguió fue absoluto.

—El príncipe regente… ¿aquí? —balbuceó doña Escolástica, mirando a su alrededor como si viera la casa por primera vez.

—Sí, madre. Y no es solo por mí; esta visita es un reconocimiento. Los Castro do Canto e Melo sirven en las tropas que lo respaldan, y don Pedro valora esa lealtad. Sabe que familias paulistas como la nuestra son el pilar sobre el que puede construir la independencia. Y ahora, si me disculpan, tuve un día agotador y quisiera tomar un poco de aire.

Don Juan limpió su boca con la servilleta y fijó la vista en su hija. La cólera se disipó, sustituida por una expresión de serenidad calculada. El honor mancillado por su yerno debía repararse, pero estrechar vínculos con don Pedro tenía un peso infinitamente mayor. Pensó en el futuro de sus hijos y sonrió para sus adentros.

Domitila salió a la galería que rodeaba la casa en busca de silencio. A lo lejos, se extendía el camino hacia San Pablo, donde el nombre del príncipe regente comenzaba a resonar con un fervor nuevo. Se aferró al recuerdo de la promesa recibida esa tarde y se

sintió protegida. Cerró los ojos un instante y se permitió creer que se avecinaban tiempos mejores.

Al día siguiente, la casa de los Castro amaneció impregnada del aroma de la cera de abeja recién extendida sobre los muebles. Doña Escolástica supervisaba cada detalle, resuelta a que todo en torno a la visita del príncipe fuera impecable. Había comenzado por sorprender a la cocinera al alba para definir el menú, en lugar de dejarlo en sus manos como era la costumbre. Luego, pasó a inspeccionar el comedor donde dos esclavas, con movimientos solemnes, disponían los pesados cubiertos de plata grabados con el monograma "C&C" sobre un mantel de lino inmaculado. A un costado, otra mujer alineaba con esmero las copas de delicado cristal tallado. Los candelabros, pulidos hasta alcanzar un brillo casi líquido y coronados con velas nuevas, aguardaban la llegada del príncipe.

Don Pedro arribó a la hora acordada, impecable en su uniforme de gala. Saludó con cortesía a doña Escolástica y agradeció a don Juan la deferencia de ofrecerle la cabecera, a su lado. Sin embargo, durante la cena permaneció casi ajeno a la conversación de sus anfitriones. Una y otra vez, giraba hacia el sitio donde estaba sentada Domitila. Ella, incapaz de probar bocado, mantenía la atención fija en su copa. Cada vez que sentía los ojos del príncipe recorrerle el cuello y demorarse en su boca, un fuego traicionero le ascendía por las mejillas. Domitila experimentó una conciencia inquietante: por primera vez, saberse deseada no se sentía como una amenaza.

Una vez que el príncipe se retiró, don Juan reunió a la familia para celebrar el éxito del encuentro. Habló con satisfacción, repasando

todos los detalles, pero Domitila, con la mente en otro lugar, apenas oyó las palabras de su padre. Alegó una jaqueca repentina y se retiró a su habitación, con el pulso alterado por la intensidad de lo vivido. Poco antes de retirarse, Pedro se le había acercado mientras nadie los miraba, y, con discreción, le susurró al oído: "Quédate sola esta noche. Deja la ventana entornada". La frase, atrevida, prendió en su corazón y alimentó en Domitila un deseo que la dejó sin aliento.

Despidió a su esclava y cerró la puerta. En la intimidad de la alcoba, liberó aquella cabellera que nunca había recibido la caricia de un amor verdadero, solo el tirón brutal de manos violentas. Frente al espejo, se despojó de la ropa y dejó que el aire fresco le acariciara la piel. Se contempló desnuda durante un largo rato, redescubriendo las curvas que durante su matrimonio solo habían sido motivo de castigo y de dolor. Felicio la tomaba con brutalidad, la vigilaba como una posesión, y castigaba con furia cualquier mirada ajena.

Sin embargo, cuando el príncipe recorría su cuerpo con la vista, algo sepultado en lo más profundo emergía de repente. Un fulgor encendió sus mejillas al recordarlo. Comprendió que, aunque el miedo persistía anclado en sus huesos, ya no la dominaba por completo. Se vistió con una camisa de noche y la tela suave se deslizó por las caderas con gracia. La mujer que había estado dormida durante tanto tiempo estaba despertando.

Colocó con cuidado una vela sobre el arcón junto a la entrada, como señal en la penumbra, y se recostó sobre la cama. Aguzó el oído, buscando el galope de un caballo que regresara o el eco de unos pasos firmes en el patio bajo la ventana, pero la tensión de la

jornada cargada de emociones terminó por imponerse y se rindió al sueño.

Despertó horas después sobresaltada. La vela se había consumido y la habitación estaba a oscuras. Se incorporó de golpe, el corazón desbocado, los dedos temblorosos aferrados al lazo de su camisa de noche.

Allí estaba Pedro, envuelto en el aroma de la noche. Imperioso, cruzó la habitación como si fuera su territorio. Todo lo demás —las intrigas de palacio y las urgencias políticas— se desvanecieron. Sus ojos, febriles, la anclaron al lecho. Aquella noche, no hubo poemas ni cortesías; solo el hambre de quien reclama lo que siente propio. Pedro se abalanzó sobre ella, apresando sus labios. Domitila, que había temido la violencia de los hombres, sintió que aquel ímpetu no buscaba lastimarla, buscaba devorarla. Y ella, por primera vez en su vida, deseaba ser devorada.

Y así, en los mismos momentos que Brasil asomaba a su independencia, otra historia —íntima, poderosa e indomable— encontraba su propio amanecer.

Con la primera luz del día, Pedro se marchó. Dejó atrás lo más vulnerable: su corazón, que había quedado latiendo entre las manos de Domitila de Castro.



*17 de noviembre de 1822*

*Querida mía:*

*Desde que posé mis ojos en tu belleza, supe que quería ser todo tuyo para siempre. Por ello, he hecho partícipe a tu padre de mis sentimientos, confesándole que estoy enamorado de ti. Y, muy en especial, le he hablado de*

*mi disposición a hacer cualquier sacrificio por este amor. Así le he convencido para que te busque a ti y a tu familia y los traiga a Río de Janeiro. ¿Querrás, divina augusta de mi pensamiento, venir a mí?*
*Acepta los abrazos, los besos y el fuego de tu amante, que suspira por verte a su lado lo antes posible,*

*El Emperador*[39]

Domitila dobló la carta y, con un gesto instintivo, la escondió entre los pliegues de su vestido azul, temiendo que el papel —y la promesa que contenía— pudiera desvanecerse. Aquellas palabras tenían el poder de revivir en su piel las seis noches breves compartidas con su amante.

Aunque don Pedro había dicho que le escribiría cada semana, tras su partida de San Pablo casi dos meses atrás solo había existido silencio. Domitila sobrevivía repitiéndose que, en tiempos convulsos, él no conocía sosiego y que un imperio naciente no dejaba margen para romances clandestinos.

Sacó la esquela y volvió a recorrer sus líneas. La mirada se detuvo en la firma; un estremecimiento le corrió por la espalda. Hasta poco antes, Pedro había sido el príncipe regente, pero el hombre que le hablaba de amor en aquel papel era el emperador de Brasil. Lo imaginó erguido sobre un caballo, en las márgenes del Ipiranga, la espada alzada al cielo en señal de desafío. Casi podía oír el eco de aquel juramento que comenzaba a tallarse en la historia: "¡Por mi sangre, mi honor, mi Dios, juro dar libertad a Brasil! ¡Independencia o muerte!".[40] Esa visión la inundó, envolviéndola en una oleada de admiración, y le reveló que amaba no solo al hombre apasionado, sino al héroe que había dado vida a un Brasil libre con aquel grito.

Además, incluso en medio de la conmoción política, Pedro había cumplido sus promesas en pocas semanas. La prueba más tierna dormía plácidamente en la habitación contigua: sus hijos, Francisca y Felicio. También había intervenido para acelerar su divorcio, y para alejar a su marido de una vez por todas lo había enviado a trabajar fuera de la ciudad. Las líneas que acababa de recibir confirmaban que la paz y la esperanza eran, al fin, posibles. Con el corazón desbordante y dispuesta a aceptar aquella invitación inesperada, corrió a compartir la noticia con su madre y su hermana.

Los preparativos para el viaje se prolongaron durante meses. Doña Escolástica supervisaba cada detalle para que la familia diera una imagen intachable al llegar a la corte. Insistía con firmeza en que no podían presentarse sin un guardarropa acorde al nuevo rango de su marido, a quien el emperador había nombrado teniente coronel del ejército imperial. La casa se convirtió en un auténtico manicomio de sedas y muselinas. Costureras y modistas entraban y salían sin descanso, mientras telas y adornos se apilaban en cada rincón. El bullicio no tenía fin. Durante las primeras semanas, Domitila se entusiasmó con las tendencias de moda y con la elección de los estilos que mejor resaltaban su figura para que Pedro la encontrara irresistible. Sin embargo, cada mañana su hermana Benedita sumaba nuevas sugerencias a la lista de prendas y accesorios indispensables para moverse en la alta sociedad carioca, lo cual retrasaba la partida. Así, para Domitila, el trajín de las visitas a corseteros, zapateros y sombrereros se convirtió en una verdadera agonía. A pesar de sus ganas de verse atractiva, anhelaba partir lo antes posible, deseaba sentir una vez más los brazos de su amante rodeando su cintura. Cada nuevo retraso provocado por las

exigencias de su madre y su hermana resultaba tortuoso para su ansiedad.

Finalmente, en mayo de 1823, la familia emprendió camino hacia la capital imperial. Partieron en cuatro carruajes atestados de baúles rumbo al puerto de Santos, desde donde embarcaron con destino a Río de Janeiro. Durante la travesía, los amaneceres encontraban a Domitila en la cubierta del barco, aferrada a la baranda, con el viento del Atlántico enredando su cabello y salpicándole los labios con sal. Quería ser la primera en divisar la silueta de la ciudad en el horizonte; imaginaba que, en algún punto de aquel escenario inmenso, Pedro la estaría esperando.

Una semana más tarde, la imponente bahía de Guanabara se desplegó ante ella y creyó estar soñando. El Pan de Azúcar emergía de las aguas como un guardián suspendido entre el verdor de la tierra y el cobalto del océano. Morros cubiertos de una suave niebla matinal se alzaban sobre tejados coloniales iluminados por un sol dorado. Desde el muelle llegaban el aroma dulzón de las frutas maduras y el murmullo incesante del puerto. Río vibraba ante ella, desmesurada y rebosante de promesas. Al pisar tierra firme, sintió con una certeza inquebrantable que su verdadera vida, la que tanto había anhelado, comenzaba.

Mientras tanto, en el palacio de San Cristóbal, Pedro aguardaba con la impaciencia del amante. Había impartido órdenes precisas a sus sirvientes: debían informarle en cuanto avistaran la nave; quería ver a Domitila de inmediato. Sin embargo, cuando el mensajero se acercó a los aposentos imperiales con la ansiada noticia, se detuvo en seco. Del otro lado de la puerta maciza, dos mundos colisionaban.

Leopoldina de Habsburgo, archiduquesa de Austria, hija de emperadores y hermana de reyes, se desenvolvía con naturalidad en los escenarios del poder. En los pasillos del palacio corría un rumor persistente: su inteligencia y preparación superaban con holgura a las de su esposo. Mientras él consolidaba alianzas en San Pablo, Leopoldina actuó como jefa del Consejo de Estado y regente interina. Ella asumió el peso de las divisiones internas, las presiones diplomáticas y las crecientes amenazas por parte de las Cortes de Lisboa, que anulaban la autoridad de Pedro y exigían su regreso inmediato. Con la astucia de una estratega consumada, comprendió que el tiempo de Portugal en América debía llegar a su fin. Amparada en sus atribuciones, el 2 de septiembre de 1822 convocó al Consejo y tomó la decisión formal de romper el vínculo colonial. El acta de independencia firmada por su esposa alcanzó a Pedro a orillas del río Ipiranga cinco días más tarde. La acompañaba una nota manuscrita, firme y audaz: "Con o sin tu apoyo, Brasil se separará. El fruto está maduro; tómalo o se pudrirá". Esa frase certera lo impulsó a pronunciar el grito que marcó el nacimiento del Brasil independiente. Y sin embargo, ese mismo hombre al que ella había sabido guiar en los momentos decisivos le exigía recibir a su amante. Intentando demostrar firmeza, le dijo que no le daría la bienvenida a esa mujer en la corte.

El portazo de Pedro resonó en el palacio. Leopoldina quedó sola en la habitación, inmóvil, las manos anudadas sobre el regazo donde anidaba la tristeza fatigada de quien ha dado demasiado y empieza a comprender que fue en vano.

La memoria, traicionera, la arrastró de regreso a aquel puerto soleado, años atrás. Se vio llegar a Río de Janeiro: una joven

archiduquesa de belleza discreta y mirada inquieta, con ojos color del océano. Había viajado desde Viena, casada por poderes con un esposo que solo conocía a través de retratos y relatos oficiales, dispuesta a cumplir con su deber. Durante un tiempo, el matrimonio pareció funcionar. Cada mañana, antes de que el calor apretara, Pedro la llevaba en cabalgatas enérgicas por los morros, y en las tardes compartían largas conversaciones sobre los desafíos de las monarquías europeas. Ella, educada entre ministros, diplomáticos y consejeros de la corte de los Habsburgo, había absorbido desde niña la disciplina y el rigor. Lectora voraz de filosofía, historia y política, cautivaba a Pedro con una lucidez que él no poseía. Sin embargo, detrás de aquella admiración crecía una sombra: él empezaba a ver en la preparación impecable de su mujer un espejo demasiado nítido de sus propias carencias.

Desde su llegada a Brasil, Leopoldina echó de menos la sofisticación de Viena y el esplendor de un hogar donde nada se improvisaba. En el palacio de Río de Janeiro la mitad de sus baúles permanecían sin abrir, no solo por falta de espacio, sino porque sus vestidos, pensados para ceremonias de gran escala y climas europeos, no encontraban lugar en la vida tropical. Soportar el calor sofocante que le provocaba jaquecas, los mosquitos que cercenaban su descanso y la soledad de aquel palacio, modesto comparado con los de su familia, era su deber. Después de todo, la habían educado para gobernar sus emociones, no para ser feliz.

Y aunque ella se esforzaba, pronto quedó claro que Pedro ardía en un apetito impetuoso que ni la ternura más leal ni las afinidades intelectuales de su esposa podían saciar. Un hombre forjado en el ardor de los deseos inmediatos, que habitaba un universo visceral,

era diametralmente opuesto al mundo de disciplina férrea y contención de Leopoldina. Ella no se quebró ante los rumores acerca de mujeres y juergas que serpenteaban en los corredores; entendía con pragmatismo dinástico las reglas de los matrimonios reales. Hasta que el regreso de Pedro de San Pablo le reveló un cambio alarmante. La osadía de instalar a su amante en el corazón de la corte, una mujer marcada por el estigma del divorcio, era un error político que ella no podía ignorar. Leopoldina comprendió que estaba ante una fisura en los cimientos del Estado. Aquel capricho de Pedro ofrecía a los detractores del imperio una flaqueza que no dudarían en atacar. El país, joven y frágil, dependía de la disciplina y el deber, no del caos de la pasión.

La emperatriz se incorporó con esfuerzo, sostenida por los siglos de dignidad que llevaba en sus venas. Desde el ventanal distinguió la silueta inmóvil de un barco en la bahía de Guanabara. Enderezó los hombros, alisó la seda de su falda, y se sentó frente a su escritorio para revisar la correspondencia oficial.



*Río de Janeiro,*
*verano de 1824*

El dormitorio de la casa sobre la Rua Barão de Ubá estaba impregnado por el perfume intenso de las magnolias que llegaba desde un jarrón de porcelana en la entrada. Las pesadas cortinas de terciopelo creaban una penumbra cómplice. Afuera, la ciudad hervía con los conflictos de la corte; pero allí el mundo estaba reducido al

pulso acelerado de dos cuerpos que se buscaban con urgencia. Pedro había tomado a su amante con esa mezcla de ímpetu y voracidad que siempre la desarmaba, y Domitila respondió con la entrega de quien vive para esos momentos. Cuando se separaron, jadeantes, la luz de la tarde se posaba sobre las ropas sembradas por el suelo, cómplices silenciosos del arrebato.

Desde que desembarcó en Río de Janeiro, un año y medio antes, el ascenso de Domitila fue meteórico e incontestable: se había convertido en la favorita oficial, y Pedro transgredía todo protocolo por ella. La reclamaba en la intimidad de aquella casa que le había comprado, y también la exhibía, desafiante, en los bailes de la corte. Le apremiaba mantenerla al tanto de los asuntos políticos más sensibles y la consultaba acerca de ministros y funcionarios; la trataba como una consejera en las sombras. Estaba pendiente de cada necesidad suya y de su familia; demostraba con ellos una generosidad que rayaba en el escándalo. Hasta en sus momentos de ocio, mientras el emperador se entregaba a otra gran pasión, la ópera, invariablemente Domitila lo acompañaba en el palco imperial. Sus ansias por ella se convirtieron en una sed insaciable, corroían el límite que separaba al soberano del hombre.

Domitila habitaba aquel deslumbramiento con el asombro de quien se encuentra, de pronto, en el centro de un universo. Recordaba con nitidez la tarde en la que, con el corazón angustiado, le confesó que esperaba un hijo suyo. Llevaba apenas dos meses en la ciudad y temía que él la desterrara para evitar el escándalo. Pedro, en cambio, la estrechó contra su pecho y proclamó ser el hombre más dichoso del imperio. Nueve meses más tarde, cuando nació Isabel, se mostró muy cariñoso con esa hija ilegítima, de quien decía que

poseía la belleza indómita de su madre. Dos años más tarde la reconoció oficialmente y le otorgó el título de duquesa de Goiás, con el tratamiento de Su Alteza.[41] Con ese acto, Pedro demostró hasta qué punto sus afectos subyugaban cualquier consideración política. Y así, para la nobleza, Domitila dejó de ser un escándalo tolerado para convertirse en una amenaza tangible.

Por momentos, ella se permitía creer en la posibilidad de un largo futuro a su lado. Pero había momentos que llegaban sin anunciarse y la hacían sentirse al borde del abismo. Mientras él insistía en que su voluntad de emperador bastaba para legitimarlo todo, ella intuía una verdad más frágil: el amor del emperador era absoluto pero volátil. Así como mudan las estaciones, él podría enfriarse y dejarla a la intemperie frente a una sociedad que aguardaba con paciencia el momento de cobrarse cada uno de sus privilegios.

Se incorporó, con la piel aún tibia de placer, y decidió que no tenía sentido envenenar aquel momento con cavilaciones amargas. Comenzó a vestirse con lentitud deliberada, casi ritual, intentando retrasar el regreso a la realidad. Al otro lado de la cama, Pedro abotonaba su camisa con movimientos precisos, la mirada ya perdida tras la ventana, en la ciudad que lo reclamaba.

—La próxima semana hay una gala de ópera —dijo él, sonriendo ante la perspectiva de su programa favorito—. Deberías ver a madame Claudine, la modista de la corte, para que te ayude con tu traje. Tu vestido del último banquete lucía demasiado sencillo. Quiero que brilles como la mujer que eres.

La pasión del encuentro se apagó súbitamente en Domitila. Cerró los ojos para no delatar su dolor.

—Siento que nadie me quiere a tu lado, que les molesto, y más les molesta el lugar que me das. Preferiría no acompañarte esta vez.

Pedro se tensó. Cruzó la habitación en dos zancadas, la tomó de la barbilla y alzó su rostro con firmeza.

—¿Otra vez con eso, Titilia? Son imaginaciones tuyas. En la corte todos te respetan. ¿Acaso no he visto yo al vizconde de Río Seco brindar por tu salud?

—Lo hacen cuando tú estás presente. Pero si te das vuelta, los murmullos no cesan. Incluso hablan mal de nuestra hija. —Su mirada suplicaba que le creyera.

—¡Te envidian! Eres bellísima y tienes el favor de tu emperador —cortó él. Metió la mano en un bolsillo interior de su casaca y sacó un estuche de terciopelo oscuro—. Toma, para que no queden dudas de quién eres y a quién le perteneces.

Pedro abrió la caja. Sobre el satén blanco descansaba un collar de amatistas, profundas como la noche tropical, del que pendía un camafeo de marfil con el perfil del monarca.[42] Sin darle tiempo a reaccionar, apartó los rizos negros de su nuca y cerró el broche de oro alrededor de la garganta de la joven.

—No llores más, mi Titilia. Ahora sabrán que me perteneces porque llevas mi rostro sobre tu corazón. Nadie osará faltarte el respeto —sentenció.

Los dedos de Domitila rozaron la superficie del camafeo. La joya se veía espléndida, pero en la piel se sentía fría y pesada; un grillete de lujo.

—Pedro, no se trata del respeto que puedas colgarme del cuello. Las damas apartan las faldas para no rozarse conmigo porque estoy divorciada y porque soy tu amante. A mis espaldas soy la "Mesalina

de los trópicos”.[43] Puedes vestirme con diamantes si quieres, pero nada cambiará. Seguiré siendo la intrusa —tomó aire—. Lo que me desgarra es que se burlan de Isabel y la llaman bastarda.

—¡Mentira! Jamás permitiría nada de ello. Y tampoco vi que te diesen la espalda en los bailes —tronó el emperador.

—¿Es que no entiendes que lo hacen solo cuando tú no estás? Esto no terminará jamás, y no sé cuánto más podré soportar.

—¡Basta! —la interrumpió, decidido a no admitir réplica—. Yo te juro, Titilia, que si alguien te lastima responderá ante mí y pagará con su honor.

—Gracias, mi señor —susurró Domitila. Bajó la cabeza, rindiéndose en silencio. Estaba perdidamente enamorada y se había prometido no arruinar esa tarde apasionada.

—Pues entonces está arreglado. Ve a la modista y dile que no repare en gastos. Quiero que estés deslumbrante y que el vestido sea digno de la mujer que lleva al emperador sobre el pecho. Ahora debo irme; me esperan —dijo, aliviado de que la discusión hubiese sido breve.

Domitila, con las lágrimas todavía tibias, buscó amparo en el recuerdo de las palabras de aquella carta donde Pedro le juraba estar dispuesto a cualquier sacrificio. Al sujetar el camafeo con ambas manos, la asaltó una pregunta amarga: ¿estaría el emperador realmente dispuesto a confrontar a todos por ella? Ante esa duda, un instinto forjado en sus heridas salió a rescatarla. Había sobrevivido a un marido que casi la asesina. Si pudo escapar de esa amenaza tan cercana y aferrarse a la vida, una corte de extraños no la vencería.

Una semana más tarde, madame Claudine en persona le entregó un vestido azul noche con la falda bordada a mano. Tomó fortaleza de esos hilos de plata que imitaban un cielo estrellado. Mientras la modista francesa ajustaba los últimos pliegues del corsé en torno a su cintura recuperada, Domitila comprendió que aquel vestido era mucho más que una prenda de lujo: era la coraza con la que enfrentaría las sombras que la acechaban.

Se decía que la emperatriz no asistiría a la función de esa noche; acababa de dar a luz a su cuarta hija, Francisca. Aún la consumía la pérdida de sus varones, Miguel y Juan Carlos, y la creencia en la maldición de los Braganza,[44] que segaba a los primogénitos, pesaba sobre el matrimonio imperial. Y aunque la pequeña Isabel no representaba peligro para la línea sucesoria, su nacimiento resultaba una herida punzante para la emperatriz.

Un mensajero arrancó a Leopoldina de sus pensamientos y, con una reverencia, le extendió una esquela. Reconoció la letra al instante.

> *Mi Titilia:*
> *Llegaré tarde a la función; asuntos de Estado me detienen. Espérame en el palco. Acepta besos y fuego de tu amante, que anhela verte lo antes posible.*
> *El Demonio*

La primera sensación fue de decepción, pero la pasión que revelaba la nota pronto devolvió la sonrisa a Domitila. Estaba decidida a sobrevivir a las lenguas afiladas de la corte. Ocuparía su lugar en el palco del emperador y aguardaría a que él llegara para tomar su mano.

A la ópera asistía lo más selecto de la sociedad, y en las noches de estreno solo accedían al teatro quienes poseían invitación. Aquella velada, la acera vibraba con damas cuyas joyas destellaban bajo los faroles con velas encendidas, mientras hombres impecables debatían en voz baja la pugna política entre los flamantes brasileños y la vieja guardia portuguesa.

Domitila bajó del carruaje, imponente en las sedas oscuras del vestido que enmarcaban su joya. El murmullo elegante murió en seco; decenas de miradas la perforaron con desdén al descubrir el camafeo del emperador sobre su escote. Ignorándolo todo, avanzó hacia la escalinata del teatro con la cabeza en alto, atrincherada en su propio coraje: "Pude con más. Pude con mucho más".

Aunque intentó ignorarlo, el desprecio a su alrededor fue más poderoso que su voluntad de resistir, y la necesidad de escapar del escrutinio se volvió física. Apresuró la marcha hacia el vestíbulo del teatro, pero encontró las pesadas puertas de la entrada aún cerradas. Pidió a los porteros que le abrieran, pero resultaron una barrera infranqueable.

—Lo siento, señora. Tenemos órdenes estrictas de no dejarla pasar hasta que llegue Su Majestad.

Domitila respiró hondo, mientras buscaba palabras que la salvaran.

—El emperador me dijo que lo esperara dentro, en su palco —insistió, con la voz estrangulada, mientras un temblor hacía flaquear sus rodillas.

—Mis órdenes son claras, señora.

La humillación le cercenó el aliento. Primero se le aflojaron las piernas; luego, el aire se le atascó, denso, en los pulmones, y una

furia hirviente le quemó los ojos. Pero no lloraría frente a ellos. Dio media vuelta. Solo el crujido de la seda de su falda rasgaba el silencio mientras desandaba el camino hacia su carruaje. Tras ella, un mutismo expectante, casi gozoso, se extendía entre los asistentes que saboreaban su derrota. El cochero apartó la mirada mientras aseguraba la portezuela. Ella respiró hondo, apretó los puños y subió con urgencia. Solo deseaba que el vehículo se perdiera en la noche.

Pedro llegó cuando la función había comenzado y encontró el palco real vacío. Su edecán, que había escuchado los rumores de lo ocurrido, lo puso al corriente. La cólera le estalló en el pecho: habían desafiado su poder en lo más íntimo.

—¡Pagarán por esto! —rugió, y su voz cortó la melodía de la ópera de cuajo. Sin esperar respuesta, el emperador de Brasil salió del teatro a zancadas y dejó a ministros, nobles y embajadores sumidos en un murmullo desconcertado.

A la mañana siguiente, un mensajero llegó a la casa de Domitila con una nueva carta.

*Mi bienamada Titilia:*
*He remediado la situación en este momento; no he olvidado mi promesa. El teatro ha sido desalojado, todos los trajes y decorados quemados en una hoguera frente a la iglesia de Santa Ana.*
*Tu amante, fiel y constante,*

*Tu Demonio*[45]

Domitila sostuvo el papel entre sus dedos, la mirada perdida en el leve resplandor rojizo que aún flotaba sobre la ciudad. Un amor arrasador que, para protegerla, estaba dispuesto a reducir el mundo a cenizas podría ser un destino sublime pero peligroso. Y con una

opresión en el pecho, las preguntas la avasallaron: ¿qué quedaría en pie cuando se apagase el fuego de su Demonio? ¿Lograría ella misma sobrevivir entre las brasas?



Pocos meses después, Pedro irrumpió en los aposentos de Domitila con la familiaridad habitual. Sin embargo, apenas cruzó el umbral, el aire le devolvió un frío desconocido. No había gardenias en los jarrones; Domitila no lucía sus joyas favoritas ni mostraba el brillo cómplice que solía encenderse al verlo llegar. De pie junto al balcón, era una estatua de tensión contenida, con el rostro desencajado y la mirada endurecida por una furia que él no supo reconocer. Pedro comprendió que estaba ante una mujer que acababa de declararle la guerra.

—Dime que es mentira, Pedro. Dime que esto no es más que otra intriga de tus enemigos —soltó ella, sin siquiera saludarlo.

—No sé de qué hablas.

—¡Hablo de mi hermana! ¡Hablo de Benedita! —gritó, mientras avanzaba hacia él como una fiera—. Acabo de enterarme de que su hijo recién nacido no es de su marido, ni de ningún otro cortesano. ¡Es tuyo!

Pedro soltó una carcajada forzada que solo alimentó la ira de Domitila.

—Son calumnias, chismes malintencionados. Sabes que inventan cualquier excusa para herirte.

—¿Chismes, calumnias? ¡No te atrevas a mentirme! La he enfrentado ¡y me lo confesó! No mostró vergüenza ni

arrepentimiento; me lo espetó en la cara. Y no solo eso, también se burló de mí exhibiéndose con el prendedor de esmeraldas que le regalaste. ¿Cómo pudiste meterte en el lecho de mi hermana? ¡Es aberrante! ¿Qué hay del hijo que estamos esperando? ¿Qué lugar le reservas a esta criatura que concebimos en medio de promesas que has pisoteado?

Se abalanzó sobre él y, mientras lloraba con impotencia, le golpeó el pecho con ambos puños, una y otra vez. Pedro no se defendió. Cuando sus manos ya no tuvieron más fuerza, Domitila cayó al suelo, vacía. Él la observó, impasible.

—Fue solo una noche, Domitila. Una noche desesperada nacida de la soledad y del vino. No significó nada. Ese niño no es nada frente a lo que nosotros tenemos. No dejarás que un desliz sin importancia destruya nuestro mundo —dijo, intentando abrazarla.

—¿Un desliz? —ella zafó de su agarre con un violento empujón—. ¿Llamas desliz a esta puñalada? Me has engañado con otras porque es tu vicio, y lo supe y callé. Pero ¿con mi hermana? ¡Me das asco! ¿También le dirás al mundo que nuestro hijo fue un desliz que prefieres olvidar? No voy a quedarme para ver cómo crece tu hijo con Benedita mientras tú sonríes en el palco de la ópera y toda la ciudad se ríe de mí. Se acabó. Esta misma noche me marcho.

Entonces, en un instante, la máscara del amante se desmoronó para dar paso a la del soberano. Pedro la miró con una vehemencia que buscaba la sumisión; un frío repentino, y que creía olvidado, recorrió la espalda de Domitila.

—¿Te marchas? Y dime, ¿adónde irás, Domitila? ¿A San Pablo, a mendigar el perdón de la sociedad que te escupe? ¿A los brazos de tu marido, que te odia? —Dio un paso, luego otro, acortando la

distancia con la precisión de un depredador que acecha a su presa —. Recuerda quién te rescató del fango. Recuerda quién te devolvió a tus hijos, quién te dio estos lujos, este poder, este nombre. Sin mí, no eres más que una mujer repudiada, una aventurera que intentó llegar demasiado alto.

Pedro se acercó tanto que ella pudo contar los pequeños hilos de sangre que surcaban su mirada colérica. Le apresó el rostro entre las manos, con una firmeza posesiva.

—No te irás —sentenció con la fuerza de un decreto—. No puedes respirar sin todo lo que yo te doy. Llora, grita, destroza los muebles si quieres; no me importa. Pero mañana estarás a mi lado, hermosa y silenciosa, como te necesito. Porque eres mía, Domitila. Y el emperador no permite que sus joyas se extravíen por un capricho de alcoba.

La soltó con un desdén brusco y salió de la habitación sin mirar atrás, blindado en su propia arrogancia. Domitila quedó inmóvil. Mientras el eco de los pasos se alejaba sobre el mármol, un temblor de rabia empezó a recorrerla. Pedro estaba convencido de su benevolencia, pero ella acababa de entender la amarga verdad: el amor del emperador era tan peligroso como lo había sido, años atrás, el filo de aquel puñal. Y en la soledad de sus aposentos, comprendió que para sobrevivir a un hombre que creía poseerlo todo, ella debía convertirse en la única cosa que él no pudiera comprar.

Pedro, entretanto, no tenía intención de retroceder: Domitila era inamovible en su vida, la necesitaba y haría temblar los cimientos del imperio para tenerla a su lado. Pero, además, le demostraría a ella que nadie podía darle lo que él. Eligió un escenario público para

dejarlo en claro: la fiesta que Leopoldina preparaba para el cumpleaños de su hija mayor, María da Glória.

El salón de ceremonias del palacio de San Cristóbal estaba repleto de la aristocracia que había acudido a rendir honores a la niña. La emperatriz Leopoldina daba la bienvenida a los invitados procurando evitar a Domitila con elegancia. Una exquisita melodía de cuerdas acompañaba las conversaciones ligeras.

El emperador alzó su copa y el murmullo se cortó de golpe. Todas las cabezas giraron hacia él, pero, en lugar ofrecer un brindis por su hija, clavó la mirada en su amante con una fijeza posesiva.

—En este día de celebración familiar, proclamo que nuestra amada Domitila de Castro do Canto e Melo será a partir de ahora vizcondesa de Santos.

Nadie aplaudió tras el anuncio. Una copa se estrelló contra el mármol, escapada desde una mano indignada. La nueva vizcondesa, tan azorada como el resto de los presentes, hizo una reverencia automática bajo el peso de decenas de miradas que la perforaban. Una voz grave murmuró muy cerca de su oído:

—Debería desconfiar, vizcondesa, de un hombre capaz de humillar a su propia esposa en público.

Domitila contuvo el aliento al comprender el frío de la verdad en esa frase. Sus manos se posaron instintivamente sobre su vientre, donde latía una nueva vida, y una ansiedad profunda la embargó. Pedro la estaba comprando frente a toda la corte, y el costo de ese intercambio empezaba a parecerle insostenible.

Leopoldina, mientras tanto, medía cada movimiento con precisión, consciente de la importancia de mantener la compostura ante los demás. No debía dar lugar a reacciones inapropiadas para una

emperatriz. Además, su indignación no era personal: Pedro parecía no comprender lo frágil de su posición en el trono. Comprometida con su papel, cumplía con sus obligaciones de esposa sin fisuras: lo acompañaba en las cabalgatas matutinas, atendía los asuntos que él descuidaba. Año tras año le daba un hijo, alimentando la esperanza silenciosa de que finalmente llegara el heredero varón que asegurara la continuidad de la corona. Otorgar un título nobiliario a una mujer divorciada, cuyo único mérito era ser su amante, significaba una afrenta grave a los cimientos del poder imperial. Esta acción la llenaba de temor, no solo por el destino del país, sino también por la reputación de la casa de Braganza. Observaba con preocupación cómo la obsesión de Pedro por esa mujer perdida amenazaba con desestabilizar el orden y el prestigio de la dinastía.

La emperatriz acertaba con sus temores: Pedro desestimaba toda mesura. Insistía en agasajar a su amante sin límites ni cautela. Un día declaró con vehemencia que una vizcondesa, sobre todo *su* vizcondesa, debía habitar una residencia acorde al rango que él, con obstinación, le había conferido. Mandó erigir un palacete para Domitila, contiguo a la residencia imperial, con la intención de que nadie dudara de que su amante era poderosa e intocable. El resultado fue un auténtico santuario de la pasión desbordada del emperador. Un delirio cargado de cielorrasos curvos decorados con frescos de dioses y ninfas, pisos resplandecientes de mármol de Carrara, y muros revestidos en sedas suntuosas traídas desde Lyon que costaban más que el sueldo anual de un regimiento.[46]

Una vez terminada la decoración de la residencia, Domitila y Pedro la recorrieron de la mano, embelesados por la fastuosidad de cada estancia. Se detuvieron en los umbrales, dejando que la imaginación

les anticipara los momentos que vivirían en cada salón. El primer amanecer en aquella nueva morada los encontró abrazados en un lecho traído especialmente desde París. La luz suave de la mañana los arropaba con una tibia claridad. Domitila, todavía envuelta en una somnolencia placentera, abrió los ojos y, al reconocer la opulencia que la rodeaba, sintió que aquel refugio la mantendría a salvo de las miradas hostiles de la corte, pero sobre todo sería su bastión propio cuando el capricho de Pedro lo llevara a buscar otros rumbos.

Aunque toda la mansión le resultaba cautivante, Domitila tenía su lugar favorito: la sala floral, un invernadero de luz y color donde los frescos estallaban en aves del paraíso y vegetación exótica. Los ventanales amplios, que daban sobre los jardines del palacio imperial, permitían a Pedro contemplarla en aquel santuario privado. Un pasadizo secreto ofrecía al Demonio la posibilidad de eludir la vigilancia de sus escoltas noche tras noche en busca de aplacar el ardor que lo consumía. Si los compromisos lo retenían en el palacio, espiaba a la joven vizcondesa con un telescopio, siguiendo con fervor cada movimiento suyo. Y en arrebatos de celos y deseo, le escribía cartas que revelaban su tormento interior:

> *Cariño mío:*
> *Quiero saber muchas cosas: primero, cómo pasaste el tiempo, segundo, adónde fuiste a pasear, tercero, a qué hora llegaste, cuarto, por qué había luz a las once y media en la habitación redonda de abajo, y quinto, si lo pasaste bien, sin mirar ningún "amor fugaz".*
> *Tu desdichado hijo, amigo, fiel, constante, devoto, agradecido y verdadero amante,*
>
> *El Demonio*[47]

Cegado por su obsesión, y mientras Leopoldina se recuperaba del nacimiento del ansiado heredero, a quien bautizaron con el nombre de su padre, Pedro comenzó a pasar las noches en casa de su amante. Pronto dejó de regresar al palacio durante el día, desatendiendo sus responsabilidades. Los ministros, a la deriva, golpeaban las puertas de la emperatriz buscando la sensatez que las urgencias del imperio demandaban. Nadie osaba preguntar por el paradero de su esposo, y Leopoldina, con discreción, gestionaba los asuntos, esforzándose por disimular el comportamiento indecoroso de un hombre dominado por sus pasiones. Finalmente, después de más de un mes de ausencia, envió un mensaje a la casa de Domitila, urgiendo a su marido a cumplir con sus responsabilidades imperiales.

Pedro regresó a la mañana siguiente. Tenía intención de atender algunos asuntos y, sin dar explicaciones, volver a perderse en su romance extramuros, pero se encontró ante una mujer irreconocible. Leopoldina, desgastada por la humillación pública, lo esperaba de pie en la sala del Consejo de Estado.

—Esto no puede continuar, Pedro. Has cruzado un límite que ya no es íntimo, sino político —sentenció sin preámbulos.

El emperador se quitó los guantes con fastidio y los lanzó sobre la mesa de caoba que lo separaba de su mujer.

—Exageras. Siempre supiste cómo soy; no pretenderás cambiarme a esta altura. Tampoco permitiré que interfieras en mi felicidad.

—No me preocupa tu felicidad, sino tu imprudencia. Das honores en la corte a una divorciada y pones a sus bastardos a la altura de nuestros hijos legítimos. Como si todo esto fuera poco, ahora la has ascendido a marquesa de Santos cuando su único mérito es ser tu

capricho. Esto no es una falta privada: es una afrenta a los valores que sostienen nuestro imperio.

—Domitila no amenaza a nadie —respondió con un gesto brusco —. La gente se acostumbrará.

—No lo entiendes. Los enemigos no se acostumbran. Acechan, esperan y atacan el flanco que les ofreces. Ya no es solo la sociedad brasileña la que te mira con estupor. Los embajadores extranjeros recomiendan a sus naciones alejarse de un emperador que no sabe gobernarse a sí mismo. No tendremos ninguna esperanza de negociar matrimonios para nuestros hijos con casas reales europeas que aporten alianzas estratégicas. No te hablo como esposa, sino como la emperatriz que observa cómo deshaces con una mano lo que yo he ayudado a construir con la otra.

Pedro se desarmó por un instante, sorprendido por la claridad implacable de los argumentos, pero se recuperó con la velocidad de un látigo.

—Soy el emperador y mi voluntad es ley.

Leopoldina se tomó las sienes con desesperación.

—Ella es el combustible de tu propia ruina. Si insistes en vivir a la vista de todos con esa mujer, déjame recuperar la paz que me niegas. He cumplido con mi deber. Redacté tus decretos, apacigüé a los ministros y puse mi linaje al servicio de tu apellido. Te he dado, en el infante Pedro, un heredero para el trono del Brasil. Aunque ello parece importarte poco, porque a tu hijo con ella, ¡con crueldad!, también lo has llamado Pedro. Ahora solo te pido ¡descanso!

—Pero debes comprender tus deberes.

Leopoldina, sin alzar el tono, prosiguió a lo más importante:

—Te pido que me permitas retirarme a la corte de mi padre, en Viena. Quédate con tu trono de cristal; yo no seguiré esta farsa por un imperio que estás dispuesto a sacrificar en el altar de tu amante.

Pedro apretó los labios, temeroso de las consecuencias para su propia dignidad ante un abandono. También preocupado por la estabilidad de su reinado cortó de raíz la petición.

—¡Basta! No habrá viaje a Viena, no irás a ninguna parte. Eres la emperatriz de Brasil y aquí te quedarás. Jamás volverás a mencionar esta idea desquiciada ni te dirigirás a mí con esa arrogancia. ¡Recuerda por el resto de tus días que el emperador soy yo!

Entonces, en un arrebato de desesperación, Leopoldina avanzó con resolución hacia el armario. Abrió las puertas con brusquedad y arrancó las casacas de Pedro. Sin titubear, se asomó a la ventana abierta y las arrojó hacia el vacío. Las prendas del emperador de Brasil cayeron sobre los jardines, mudos testigos de la ira de su mujer. Fue su único acto de rebelión; al soltarlas Leopoldina sintió que se desprendía de lo último que la sostenía y, vaciada de toda lucha, dejó que su cuerpo se rindiera.



*Río de Janeiro,*
*noviembre de 1826*

Las fuerzas habían abandonado a la emperatriz y, a pesar de que los médicos insistían en que debía exponerse al aire matinal en los jardines, la energía apenas le alcanzaba para arrastrarse hasta un sillón frente a la ventana. La fiebre alta aparecía y se retiraba como

una marea caprichosa, y desconcertaba a los especialistas que desfilaban por los aposentos reales. Nadie tenía una solución, nada podían hacer contra su quebranto. Por las noches, los recuerdos la consumían, y en sueños volvía a ser la joven archiduquesa que en Viena se ilusionaba un destino esplendoroso. Despertaba luego en el calor húmedo de Río de Janeiro, habitando un cuerpo que era una sombra extraviada bajo los encajes. Al abrir los ojos, la invadía la certeza amarga de que todo lo que había edificado no sobreviviría mucho más allá de su propia vida. Los ojos celestes solo recobraban algo de fulgor cuando el pequeño Pedro, de apenas un año, estiraba sus brazos regordetes hacia ella. Con un esfuerzo colosal, se incorporaba para acariciar a su hijo con una delicadeza infinita, intentando dejar testamento de su amor en la piel del niño.

Por orden expresa del emperador, los ministros dejaron de consultarla y el imperio aprendió, de golpe, a girar sin ella. Mientras la vida de la emperatriz se desvanecía, el dolor de Pedro empezaba a teñirse de una culpa corrosiva. Leopoldina había sido la arquitecta silenciosa de su trono; el pilar en los días febriles de la independencia, la mujer que sujetó la corona con la prudencia que él no había demostrado. Sin embargo, era precisamente esa brillantez la que lo atormentaba. Leopoldina era un espejo implacable donde Pedro solo veía reflejadas sus propias carencias. Aún le atormentaba el comentario de un ministro escuchado al pasar: "Si tan solo ella fuese él…". Aquella frase, una daga de humillación, lo había perseguido por los pasillos del palacio. Enceguecido por la rabia, había condenado a la emperatriz al aislamiento y a una asfixia económica impropia de su rango. Mientras Domitila disfrutaba de la opulencia, la hija de los Habsburgo debía recurrir a prestamistas o

empeñar sus propias joyas para solventar sus gastos y mantener las obras de caridad que daban sentido a su vida.

Pedro buscaba a tientas una justificación a su traición. En los brazos de Domitila encontraba la validación que ante la emperatriz no tenía. Domitila encarnaba la pasión y la entrega, pero, por sobre todo, ella lo veía como al salvador que le había devuelto sus hijos, la había protegido de un marido violento y la había encumbrado en la sociedad. A su lado, él podía erguirse, omnipotente. Con Leopoldina, en cambio, habitaba entre sus propios fantasmas: sus flaquezas políticas, sus lagunas de conocimientos, el terror secreto a una crisis epiléptica que delatara su fragilidad. Su esposa conocía al ser inseguro y vulnerable; su amante veneraba al hombre invencible que él se esforzaba por representar.

La guerra cisplatina lo reclamaba en Rio Grande do Sul, y los médicos, con miradas sombrías, le anunciaron que la emperatriz no sobreviviría hasta su regreso. Pedro sintió un pavor íntimo: que Leopoldina muriera sin absolverlo. Sabía que no tendría paz, ni en la guerra ni en la vida, sin arrancarle el perdón que le permitiera sentir algo de alivio.

La noche previa a su partida, reunió valor y visitó a su esposa para una última conversación. La encontró en un sillón bajo la ventana, bañada en una luz espectral, hundida en almohadones que parecían devorar su cuerpo agotado. Ella esbozó una sonrisa fugaz y extendió una mano huesuda. Pedro la tomó entre las suyas; sintió el frío de la muerte bajo la piel.

—Mi querido Pedro… Mi señor, has venido —susurró ella.

—Vine a despedirme. Estaré fuera de Río unos días —dijo, con la voz rota. Se arrodilló junto al sillón, doblegado por el peso

abrumador de la culpa—. Nunca te pedí perdón por el dolor que te he causado. Merezco la peor de las condenas.

Ella le apretó la mano, apenas con un hilo de energía.

—No es una despedida, es un adiós. Lo sé en el alma. A tu regreso no me encontrarás —hizo una pausa para recuperar el aliento—. Ya no hay nada que perdonar; el rencor es un veneno que no llevaré conmigo. Tengo la esperanza de que podamos reencontrarnos después de la muerte y darnos lo que en vida no supimos.

—¡No digas eso, por Dios! Es tanto lo que necesito decirte… —temblaba ante la grandeza de la mujer que se apagaba.

—No hables; no es necesario. Solo te pido que veles por esta nación. A nuestros hijos, cuídalos, mi señor. Eres el padre que adoran. —Sus ojos se posaron en Pedro con serenidad.

Él no pudo contener el sollozo crudo que le desgarró el pecho. Pero no lloraba por ella: lloraba por sí mismo, por el peso insoportable de unas palabras que lo absolvían sin que lo mereciera.

La noticia de la agonía de Leopoldina no tardó en llegar a la casa de la marquesa. Domitila tuvo que sentarse por un súbito latigazo de remordimiento, el corazón golpeándole las costillas. Tenía una necesidad apremiante, física, de postrarse ante ella. Quería explicarle que convertirse en amante de Pedro no había sido maldad, sino supervivencia; que se sintió atraída de modo irresistible por la seguridad que le había brindado después de tanta oscuridad. También quería que Leopoldina comprendiera que la "victoria" de la amante era, en realidad, una condena. Ser la favorita equivalía a negarse a sí misma día tras día para convertirse en el reflejo de los caprichos del emperador. Aquel amor escandaloso le había causado

sufrimientos profundos: la pérdida de tres hijos, incluido el pequeño Pedro, cuya ausencia le pesaba en los brazos vacíos. Pero el dolor continuaba; debió soportar que él engendrara hijos con otras mujeres, pero nada la había preparado para la estocada final, con su propia hermana, María Benedita. Aquella traición le revelaba la fragilidad de su imperio construido sobre sábanas de seda: si él había sido capaz de saltar de su cama a la de su hermana, ¿qué seguridad le quedaba a ella? Y, sobre todo, debió habituarse a la desconcertante certeza de que las joyas, los títulos, el palacete y su vida entera, podría esfumarse en solo un instante de capricho imperial.

—Yo no elegí este lugar, esta jaula de oro —murmuró a las paredes pintadas de su sala floral—. Nunca lo quise a este precio.

A pesar de su insistencia, no le permitieron ver a Leopoldina. Los ministros cerraron filas en torno a la emperatriz y prohibieron a Domitila atravesar los portones del palacio de San Cristóbal. Confinada en su residencia suntuosa, solo le quedó aguardar el desenlace entre sus flores exóticas; comprendió con amargura que el poder de Pedro jamás alcanzaría para comprarle la redención que ella tanto necesitaba.

Como habían vaticinado los médicos, al regresar a la capital el emperador encontró los aposentos de Leopoldina vacíos. El silencio del palacio lo golpeó con violencia física y un desamparo absoluto se instaló en su alma. Encerrado en su biblioteca en la soledad de la madrugada, escribió:

> *Dios eterno, ¿por qué me has arrebatado a mi muy querida Emperatriz? Ella me amó con el mayor amor, y yo admiraba su honestidad: siento que mi*

*corazón se rompe de dolor. El mundo nunca volverá a ver en otra época un modelo más perfecto ni mejor de honor y franqueza, amor y caridad.*[48]

Alzó la mirada hacia la ventana que daba al palacete de la marquesa y susurró con una convicción devastadora:

—Domitila nunca podrá entender la dimensión de esto.

Demasiado tarde reconocía que la única joya auténtica en su corona siempre había sido la emperatriz. Y él, por su propia vanidad, la había despedazado.



*Río de Janeiro,*
*verano de 1828*

La muerte de Leopoldina cubrió al Brasil con un manto de aflicción. Los ministros y diplomáticos se hundieron en una congoja silenciosa al comprender que se había extinguido el único faro de sensatez que mantenía al imperio a salvo de sus propios abismos. En los callejones más humildes lloraban a la "madre de los brasileños". La desolación no tardó en dar lugar a la indignación contra la marquesa de Santos, a quien señalaban como responsable de la agonía de la emperatriz. Sin embargo, Pedro no estaba dispuesto a renunciar a su amante; creía que bastaría con la sombra y el secreto:

*Se rumorea por el pueblo que yo voy a tu casa, y yo fingí no entender. Si hasta ahora hemos sido cautelosos, de ahora en adelante, por mí y aún más por ti, debemos serlo más. Esta noche acordaremos cómo convivir, para poder disfrutar el uno del otro sin ser objeto de las lenguas viperinas de los malditos*

*chismosos que quieren divertirse a nuestra costa. Siempre procuraré veros, pero sin que nadie lo note y siempre disfrazándonos.*
*Te abraza,*

*El Demonio*[49]

Pasaron dos años antes de que Pedro aceptara lo inevitable: Brasil necesitaba una nueva emperatriz y cinco niños una figura materna. Ninguna amante, mucho menos Domitila, podría ocupar aquel lugar. Sin embargo, la tarea de conseguir una esposa resultó un calvario. Los diplomáticos, exhaustos de recorrer las cortes europeas, regresaban humillados y con las manos vacías. Ya se habían diseminado las historias escandalosas: la difunta Leopoldina, consumida por la pena; el emperador enceguecido por su amante divorciada; un país gobernado por un hombre indómito. Ningún soberano quería enviar a una princesa a una tierra lejana para semejante destino.

Cuando los consejeros lo exhortaban a dejar a su amante, Pedro luchaba con la abstinencia en carne viva, pero irremediablemente, volvía a cruzar el túnel secreto, bajo el amparo de la oscuridad. Estaba en una encrucijada: el hombre no sabía vivir sin Domitila y el emperador no podía vivir con ella.

Las visitas clandestinas continuaron hasta que la princesa Amelia, hija del duque de Leuchtenberg y nieta de Josefina de Beauharnais aceptó la corona.[50] Los emisarios no daban crédito a su suerte. Era una joven bella, culta y noble, que puso una única condición: la marquesa de Santos debía abandonar Río de Janeiro.

Los diplomáticos brasileños desplegaron con aire de triunfo el contrato matrimonial sobre el escritorio imperial. Durante un largo rato, Pedro leyó las condiciones, impasible. Los ministros,

desconcertados por su silencio prolongado, se miraron entre sí. Uno de ellos reunió valor y dio un paso al frente:

—Majestad, estos términos no son negociables. Si deseamos la boda, y con ella la alianza europea que tanto necesitamos, la marquesa de Santos deberá partir. Es una condición; no una sugerencia.

Se dejó caer en la silla vencido. Pensó en la muerte de Leopoldina, en su propia corona pendiente de un hilo y en el deber hacia su heredero, Pedro. Derrotado, entendió que debía aceptar los términos de su nuevo matrimonio.

Más tarde, mientras el sol descendía sobre los jardines imperiales, volvió a tomar la pluma. La sostuvo un instante y dudó. Luego escribió lo que sabía que jamás podría decirle a Domitila a los ojos.

> *No deseo que mi matrimonio se vea frustrado por culpa de la marquesa y por ello es indispensable que salga de la ciudad durante este mes. Conozco el amor que la marquesa dedica a la patria y a mi familia. Pero tenga la certeza de que esta es mi decisión definitiva: espero que me responda con aquella obediencia y respeto que le corresponde como mi súbdita y, principalmente, como mi criada.*[51]
>
> *El Emperador*

No firmó la nota como "El Demonio" sino como "El Emperador" porque, a partir de aquel momento, solo podía ser una cosa para Domitila: su soberano. Buscaba que ella entendiera la diferencia. La tinta aún estaba fresca cuando llamó a un mensajero; necesitaba que le quitaran la carta de sus manos antes de que la hiciera trizas.

Domitila recibió el sobre, y el sello le anticipó el final del juego. La nota, redactada con la frialdad de un decreto, confirmó sus temores

más antiguos: el hombre que había prometido incendiar el imperio por ella, finalmente había elegido salvar su corona.

Además, para impedir que ninguna sombra empañara su nuevo matrimonio, ordenaba la confiscación de las propiedades y las rentas que él mismo le había concedido, y decretaba que todos los Castro y Melo, que habían servido con lealtad desde los días de la independencia, debían abandonar Río de Janeiro de inmediato. La estocada final para Domitila fue la orden de que las dos hijas que tenían en común, Isabel María, la duquesa de Goiás, y la recién nacida, María Isabel, fueran trasladadas sin demora al palacio de Buena Vista, para quedar bajo la custodia del emperador.

Permaneció sentada entre sus flores exóticas con la carta, un peso muerto entre sus dedos. Había sido la favorita, la más amada, pero aquellas líneas secas la convertían de pronto en prescindible: un nombre que todo un imperio se apresuraría a borrar de sus crónicas. Entonces comprendió la amarga ironía: mientras Leopoldina vivió, nadie tuvo la audacia de arrancar a su amante del lado de Pedro; su lugar había dependido, paradójicamente, de la sombra de la esposa. Pero la tregua había terminado. La joven Amelia llegaba para incinerar el pasado.

Una ola de náusea le subió por la garganta, pero al arrugar en su puño el documento que la desterraba, se encendió en ella algo más antiguo que el miedo. Se vio a sí misma acorralada, escapando de una muerte violenta, golpeando puertas con los nudillos rotos para recuperar a sus hijos. Revivió el desdén gélido de Río, la crueldad de los salones y, como si lo hubiese vivido mil veces, aquel descenso por las escalinatas del teatro, con el camafeo del emperador batiendo contra su pecho agitado. Entonces, clara y nítida, regresó

la voz que una vez le advirtió sobre la lealtad de un hombre capaz de humillar a su propia emperatriz, y comprendió la verdad en esas palabras. Había llegado hasta don Pedro clamando por sus hijos, y en esa misiva seca el emperador le ordenaba renunciar a las dos hijas que tenían en común. Solo un pensamiento la sostuvo: su propio destino en San Pablo era incierto y peligroso; pero ellas, bajo la custodia de su padre estarían a salvo. Domitila alisó el papel arrugado sobre su falda con una calma aterradora. Si el emperador creía que ella era solo una pieza en su tablero, descubriría su error. Con los ojos fijos en el ventanal que daba al palacio imperial susurró: "Pude con más. ¡Pude con mucho más!".

Aquellos recuerdos eran lo más intenso de su propia resistencia y la prueba de un mandato innegociable. Mientras su mundo conocido se desmoronaba, comprendió que solo tenía una alternativa: volver a comenzar. Con la resignación de quien lo ha perdido todo, Domitila de Castro levantaría algo que ni los emperadores, ni los ministros, ni el propio tiempo pudieran arrebatarle jamás.



*Río de Janeiro,*
*febrero de 1829*

*Señor:*
*Parto esta madrugada y permítame, una vez más, besar las manos de Su Majestad a través de esta carta, ya que mis desgracias y mi mala suerte me roban el placer de hacerlo personalmente. Pediré constantemente al cielo que prospere y le conceda fortuna a mi emperador. La marquesa de Santos sabrá*

*conservar dignamente el lugar al que Su Majestad la elevó, y recordará lo mucho que le debe.*
*De Su Majestad siempre súbdita,*

*Marquesa de Santos*[52]

Para el momento en que la despedida llegó a manos del emperador, Domitila había abandonado la ciudad sin saber que sus vidas jamás volverían a cruzarse. Regresó a San Pablo empobrecida, cargando un nombre que pesaba como una condena y un título que, en aquel destierro, era un eco vacío. Sin embargo, se propuso reconstruirse ladrillo a ladrillo. El exilio no sería su fin; sería su renacer.

En 1833 contrajo matrimonio con el brigadier Rafael Tobias de Aguiar, no por pasión desbordada, sino bajo un pacto de respeto mutuo. Rafael fue el puerto seguro que le ofreció estabilidad: la trató como una compañera. Con la intuición afinada por años de supervivencia en la corte, Domitila apuntaló la carrera de su esposo hasta verlo alcanzar la presidencia de la provincia de San Pablo. Él, a su vez, le ofreció lo que el poder siempre le había negado: una familia y la posibilidad de vivir sin el peso del juicio ajeno.

A la distancia supo que Pedro había encontrado en su nueva esposa serenidad y eran padres de una niña adorable, la princesa María Amelia. Aunque él jamás volvió a contactarla, Domitila se sentía en paz. Su expulsión del nido dorado había sido su verdadera liberación. Obligada a demostrar que era mucho más que la favorita del emperador, aprendió a ganarse el respeto de la sociedad por mérito propio. Impulsó obras de caridad y abrió las puertas de su hogar a los estudiantes que llegaban a la ciudad. Con el tiempo, su solar sobre Rua do Carmo se convirtió en un espacio respetado de

intercambio intelectual, y los mismos círculos que la habían despreciado comenzaron a buscar su consejo. Los nobles la saludaban con reverencias, mientras se codeaban con comerciantes que le debían favores políticos y con la gente humilde a la que ella protegía. En ese camino descubrió la textura profunda de su propia fortaleza. Domitila de Castro, sin lugar a duda, había podido con todo.

No albergaba esperanzas de volver a verlo, pero la noticia de la muerte del gran amor de su vida en 1834, con apenas treinta y cinco años, la conmovió hasta lo más hondo. La tuberculosis había consumido a Pedro en Portugal tras una travesía desesperada para deponer a su hermano y restaurar en el trono a su hija María da Gloria.

Años más tarde, ya anciana, la *saudade*[53] silenciosa la sorprendía sin aviso. Bastaba un rastro de gardenias en la brisa o una melodía derramada desde alguna ventana para que el rostro de Pedro emergiera desde una lejanía donde ya no hería. Entonces, buscaba en su gabinete la caja de satén blanco donde guardaba el camafeo del emperador; lo apoyaba sobre su pecho y volvía a ser aquella mujer de las noches imperiales, indómita, la que tantos intentaron reducir a un escándalo. Pero la marquesa de Santos no fue solo el capricho de un emperador. Cuando el poder dejó de nombrarla, aprendió a encender su luz propia; entendió que no hay victoria más honda que sobrevivirse a sí misma y seguir siendo dueña absoluta de su nombre.

**37** En 1815, Brasil fue elevado a reino dentro del Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve. Entre 1808 y 1821, Río de Janeiro fue la sede del gobierno central y la capital del imperio portugués.

**38** El apellido "Castro" provenía de la zona de Galicia, y sus descendientes decían estar emparentados con la reina Inés de Castro. Aunque históricamente dudoso, y para mostrar una genealogía emparentada con la nobleza antigua, la familia sostenía que el apellido "Canto" derivaba de sir John Kent, un noble inglés que había llegado a Portugal en el siglo XIV.

**39** Rangel, Alberto (ed.), *Cartas de Pedro I à Marquesa de Santos*.

**40** El Grito de Ipiranga fue la proclamación de independencia de Brasil realizada por Pedro el 7 de septiembre de 1822 a orillas del riachuelo Ipiranga. Con ese gesto, Brasil rompió formalmente sus vínculos políticos con Portugal y él se convirtió en Pedro I de Brasil.

**41** Isabel María de Alcántara Brasileira recibió el primer ducado del Imperio.

**42** El collar se encuentra en el Museo Imperial de Petrópolis.

**43** Valeria Mesalina fue la tercera esposa del emperador romano Claudio, y es célebre por su reputación de extrema lujuria y ambición política. Su nombre se ha convertido en sinónimo de mujer adúltera y manipuladora.

**44** La creencia de que un fraile franciscano, expulsado injustamente de la corte en el siglo XVIII, habría sentenciado que los primogénitos varones de la casa de Braganza no sobrevivirían.

**45** Rezzutti, Paulo, *Titília e o Demonão. Cartas inéditas de D. Pedro I à marquesa de Santos*. (Traducción de la autora)

**46** La casa que Pedro I regaló a Domitila de Castro en Río de Janeiro se conserva hasta la actualidad. Conocida como Casa da Marquesa de Santos, es uno de los escasos palacetes del período imperial que han sobrevivido en la ciudad y forma parte del circuito histórico de São Cristóvão.

**47** Rangel, Alberto, op. cit.

**48** Rezzutti, Paulo, *D. Leopoldina. A história não contada. A mulher que arquitetou a Independência do Brasil*. (Traducción de la autora)

**49** Rezzutti, Paulo, *Titília e o Demonão*…, op. cit.

**50** Amelia de Leuchtenberg (1812-1873) era hija de Eugenio de Beauharnais, hijastro de Napoleón Bonaparte e hijo de la emperatriz Josefina. Su madre era la

princesa Augusta de Baviera. Su linaje combinaba la herencia napoleónica con la realeza germánica.

**51** Rezzutti, Paulo, *Domitila. A verdadeira história da marquesa de Santos*. (Traducción de la autora)

**52** Rezzutti, Paulo, *Domitila*…, op. cit.

**53** Término en portugués que define un sentimiento de melancolía profunda por algo que ya no volverá del mismo modo, con un eco de placer en el recuerdo.



# 6

# LA ARTISTA DE IL DUCE

## Margherita Sarfatti y Benito Mussolini



*Buenos Aires,*
*primavera de 1940*

Un mozo le acercó una bandeja de masas finas. Margherita vio la crema batida y pensó en Fiammetta. Sabía que en Roma su hija hacía fila por harina y leche mientras la guerra se extendía por Europa. Apartó la mirada.

La casa de Victoria Ocampo se abría a un jardín que descendía hacia el río. El aroma de las magnolias entraba por las ventanas abiertas y envolvía el murmullo de las conversaciones. Margherita intentaba seguir el español rápido, lleno de giros porteños que todavía le costaba comprender.

Los asistentes a la conferencia la observaban con curiosidad. Unos pocos estaban allí para conocer a "la zarina de las artes", la mujer que había dominado los salones intelectuales de Italia. La mayoría, sin embargo, esperaba escuchar los secretos de la amante de Benito Mussolini. Margherita lo sabía. Del mismo modo que sabía que el consulado italiano en Argentina informaba a Roma de todos sus movimientos y que también el FBI la vigilaba, incapaz de determinar

si era una refugiada o una espía.[54] Había aprendido a vivir en alerta.

Victoria Ocampo caminó hasta su mesa. Vestía un traje de crepé color marfil y un collar de diseño moderno. Como Margherita, no tenía una belleza convencional, pero una seguridad natural la volvía imposible de ignorar.

—La concurrencia es impresionante. Todos quieren escuchar su conferencia —dijo, con una sonrisa cortés.

Margherita verificó su peinado con un gesto discreto. El pelo, rojo cobrizo veteado de gris, no tenía ni una sola hebra fuera de lugar. Los invitados comenzaban a tomar asiento. Querían saber qué había visto esa mujer en aquel periodista socialista de mirada oscura y, sobre todo, cuánto del dictador que gobernaba Italia había ayudado a construir. De eso no podía decir una palabra.

Su anfitriona pareció adivinarle el pensamiento.

—Háblele de pintura —sugirió Victoria.

Margherita Sarfatti sonrió. De pintura podía hablar toda la noche.



*Venecia,*
*1895*

La luz de la mañana iluminaba el Gran Canal, y el Palazzo Bembo parecía flotar sobre su propio reflejo. Desde los ventanales de la biblioteca de su padre, Amedeo Grassini, Margherita contemplaba el paso lento de las góndolas hacia el puente del Rialto.

Lo tenía todo: un palco en la ópera, vestidos confeccionados con las telas más finas y criados atentos a sus caprichos. Los mejores tutores de Venecia la instruían en cuatro idiomas, por orden de su madre. Emma Grassini repetía que una mujer culta valía más que una mujer bella.

Sin embargo, aquel mundo de privilegio aburría a Margherita. El oro de los marcos, la porcelana delicada y las arañas de cristal de Murano pertenecían a un universo estanco. Para escapar de él, se refugiaba en los autores que su padre desaprobaba: D'Annunzio, Ibsen, Nietzsche. Los leía a escondidas, con la misma fruición con la que sus amigas devoraban novelas románticas. En esas páginas buscaba una pasión que su vida de lujos no podía ofrecerle.

A los quince años encontró una nueva fe. Dejó de creer en el Dios de la sinagoga para abrazar el socialismo y la causa de los trabajadores del Arsenale. Amedeo se desesperaba con esa hija que cuestionaba el mundo del que él estaba tan orgulloso, pero sus amenazas no lograron que abandonara los mítines políticos. Los socialistas venecianos la llamaban la Virgen Roja.

Una noche de invierno, Margherita bajaba la escalera de La Fenice del brazo de su madre cuando se interpuso en el camino un hombre al que los Grassini conocían de vista. Tenía veintiocho años, un bigote oscuro recortado con esmero y una elegancia discreta que contrastaba con la ostentación de los asistentes.

Besó primero la mano de Emma y después, tomó la de Margherita.

—¿Le ha gustado *La Traviata*, señorita?

—Mucho. Pero prefiero a Wagner.

Cesare Sarfatti arqueó las cejas.

—¿Wagner?

—Verdi quiere agradar. Wagner, en cambio, exige. Prefiero que me exijan.

La respuesta lo hizo sonreír. La rebeldía siempre lo había atraído.

—Es una opinión poco habitual. ¿Y qué más prefiere usted?

—Que las cosas sean justas. Eso tampoco es habitual.

—Usted es socialista.

—¿Y usted no?

Cesare, un abogado acostumbrado a tener la última palabra, se desarmó. Jamás una mujer lo había obligado a definirse.

—Soy republicano —respondió, casi con vergüenza.

—Es un comienzo.

—Margherita, debemos irnos —intervino Emma, incómoda.

Madre e hija avanzaron hacia la salida tras despedirse. Cesare tuvo la molesta sensación de haber desaprobado un examen. Pero eso no lo detuvo. Poco después comenzó a cortejar a Margherita. Lo seducía la energía luminosa que la impulsaba. Ella no tardó en ponerlo a prueba. Lo hizo leer a Marx y lo arrastró a reuniones de obreros donde se discutían derechos laborales. Él escuchaba argumentar a la joven de quince años con fascinación. Terminó afiliándose al socialismo, más por amor que por convicción. Margherita había dejado en claro que jamás amaría a un hombre que no fuera socialista. Ella aceptó la propuesta de matrimonio porque sabía que Cesare no intentaría domesticarla. La amaba con sus ideas.

La noticia cayó como una bomba en el Palazzo Bembo y provocó la furia de Amedeo. Le costaba aceptar que su hija quisiera unir su vida a la de un abogado trece años mayor y sin fortuna; pero que,

además, él también fuera socialista convertía al noviazgo en la confirmación de sus temores: la inclinación de Margherita hacia el socialismo no era una fase juvenil. La idea le pareció intolerable. Prohibió la relación, pero Margherita discutió, insistió y desobedeció. Al fin, su padre comprendió que no lograría doblegarla. Si no podía elegir al marido de su hija, al menos intentaría imponer algunas condiciones.

—Cásate con él cuando tengas dieciocho años. Por civil solamente, si quieres, pero cásate. Y a los varones, los circuncidas.[55]

Cesare respetó los tiempos de Amedeo. Margherita cumplió dieciocho años y, veinte días más tarde, se casaron. Partieron de luna de miel a París, donde ella insistió en subir hasta la cima de la Torre Eiffel para contemplar la ciudad desde las alturas. Su marido tomó el ascensor. No sería la última vez que eligieran caminos distintos.

Dos años más tarde nació Roberto, con los ojos verdes de su madre. Al segundo varón lo llamaron Amedeo, en homenaje al abuelo. La maternidad no apartó a Margherita de la militancia. Dejó la administración del hogar en manos del ama de llaves y continuó asistiendo a mítines. Improvisaba discursos subida a las mesas de los cafés de la plaza San Marcos mientras el pequeño Roberto dormitaba a pocos pasos de distancia.

Al mismo tiempo, Margherita comenzó una carrera en el mundo de las artes. Escribía críticas artísticas en una época en la que casi ninguna mujer lo hacía. Usaba un estilo accesible para el público; más que detenerse en las cuestiones técnicas, le interesaban las emociones y las personas detrás de cada obra. En 1903, ganó un

premio por sus crónicas sobre la V Bienal de Venecia. Así, su nombre empezó a sonar en el mundo cultural italiano.

Cuando nació Fiammetta, Cesare buscó horizontes más ambiciosos y la familia se trasladó a Milán. Con más de medio millón de habitantes, fábricas en expansión permanente y miles de obreros procedentes de toda Italia, la ciudad era el corazón industrial del país, y también el principal bastión del socialismo italiano.

Margherita se sintió a gusto de inmediato. Pronto trabó amistad con dirigentes políticos, artistas, periodistas y escritores. Su casa era el punto de encuentro para quienes discutían las nuevas corrientes estéticas y el futuro de Italia. Sus artículos sobre arte en *Avanti!*, el diario oficial del socialismo, eran leídos con atención. A los treinta y dos años, era una de las figuras culturales más visibles de Milán.

En diciembre de 1912, el partido designó un nuevo director para el periódico. Lo precedía una reputación inquietante: algunos lo veían como el futuro del socialismo italiano; para otros era un agitador incapaz de controlar su temperamento. Benito Mussolini tenía veintinueve años y no había nadie en el mundo a quien le importara menos el arte.



*Milán*
*invierno de 1912*

A pocas horas del cierre, la redacción de *Avanti!* hervía de periodistas que gritaban de un escritorio a otro mientras apuraban

los últimos artículos. Margherita cruzó la sala con paso decidido hacia el despacho del director. La puerta estaba abierta.

Benito Mussolini escribía inclinado sobre unos papeles. No levantó la cabeza, y ella aprovechó para observarlo: la mandíbula tensa, un bigote que no terminaba de sentarle, la camisa blanca, aparentemente nueva aunque de confección dudosa. "El hijo del herrero", pensó. Sabía poco de ese hombre. Escuchó que era un maestro de Predappio, que había salido de la cárcel menos de un año antes y que el partido acababa de confiarle la dirección del diario más importante del socialismo italiano.

Cuando por fin él alzó la vista, Margherita entendió por qué todos hablaban de sus ojos. Eran enormes, demasiado grandes para aquella cara angulosa, y de un castaño penetrante. Le recordaron a los de un ave que mide a su presa desde la distancia.

—Adelante, *signora* Sarfatti.

—Vengo a presentarle mi renuncia, *signor* Mussolini.

—¿Acaba de llegar y ya se va?

—Escribo sobre arte. Supongo que un hombre como usted preferirá asuntos más urgentes.

Mussolini apoyó los codos sobre el escritorio.

—¿Un hombre como yo? Dígame qué clase de hombre soy. Me interesa su opinión.

Margherita dejó el sombrero sobre una silla.

—Un revolucionario que considera al arte un lujo burgués.

—¿Y usted cree que no lo es?

—Pienso que una revolución que no produce belleza no merece sobrevivir.

Él apartó los papeles.

—¿Por qué no se sienta?

—No me lo había ofrecido.

—Se lo ofrezco ahora.

Margherita se acomodó en el borde de la silla.

—Dicen que usted es la pluma más temida de Milán —continuó él —. Que puede consagrar a un pintor o hundirlo.

—La gente exagera.

—La gente sabe reconocer el poder.

El despacho era pequeño y él no se había movido de su lugar; aun así, dominaba la habitación entera.

—Viene a renunciar —prosiguió—. ¿No le resulta un poco cobarde?

—¿Cobarde?

—Abandonar el campo antes de la batalla.

—No sabía que escribir sobre arte fuera una batalla.

—Todo es una batalla.

Por un instante permanecieron en silencio. La redacción rugía detrás de la puerta abierta.

—Quédese en el diario —dijo por fin Mussolini.

—¿Para escribir sobre arte?

—Escriba sobre arte, si lo desea. Equivocarse también es un derecho revolucionario.

Margherita soltó una breve carcajada.

—*Signor* Mussolini, ¿me está halagando o provocando?

—¿Hay diferencia?

La descolocó no tener una réplica inmediata. Estaba por levantarse cuando él volvió a hablar.

—A las ocho de la noche la redacción estará vacía. Venga a esa hora.

—¿Para qué?

—Para discutir.

—¿Sobre arte?

—Sobre cualquier cosa que valga la pena.

—No prometo nada.

—No le pedí que prometiera; le pedí que volviera.

Ella recogió el sombrero y salió del despacho. Mientras avanzaba por las calles heladas hacia su casa, repasó una y otra vez la conversación. Mussolini era un insolente, pero lo que la exasperaba aún más era no haber tenido la última palabra. Y eso no podía quedar así.

La cena ya estaba servida cuando llegó al elegante departamento sobre *Corso* Venezia. Cesare comía con un periódico doblado junto al plato. Margherita lo saludó con un beso en la sien.

—¿Cómo fue tu día?

—Fui al diario. Conocí al nuevo director.

Cesare dejó el tenedor.

—Benito Mussolini. ¿Y?

—Viene de un pueblo y está convencido de que el arte es un lujo de ricos. Es un patán —. No decía lo que pensaba de verdad.

—Puede ser, pero…

Margherita lo interrumpió.

—Ya lo sé. Va a llegar lejos. No sé cómo, pero lo supe apenas entré.

Cesare asintió despacio.

—Conviene llevarse bien con él. A los dos nos conviene. Todos dicen que en cinco años ese muchacho va a liderar el partido. Un hombre así, en deuda con tu pluma, vale más que diez ministros.

—Me ofreció quedarme en el diario.

—Sabe lo que es bueno. —Cesare estiró el brazo por encima de la mesa y le apretó la mano un instante —. Hiciste bien en ir, querida.

Después de la cena, Margherita subió a su habitación. Se quedó frente al armario abierto: ¿el vestido de seda gris perla o el de terciopelo azul? Extendió la mano hacia el azul. No. Si se cambiaba, él pensaría que quería impresionarlo. Cerró el armario.

Antes de salir, se miró en el espejo del recibidor.

—Cesare, voy a casa de Anna. Ha organizado una de sus veladas —mintió desde la puerta—. No me esperes despierto.

—Salúdala de mi parte —respondió su marido, sin apartar la vista de la lectura.

Los escritorios vacíos y el suelo sembrado de papeles daban a la redacción de *Avanti!* un aire melancólico. Mussolini seguía en su despacho. Una única lámpara encendida sobre el escritorio iluminaba la estancia.

—Sabía que vendría —dijo, señalándole una silla—. Siéntese.

Margherita permaneció de pie.

—¿No me va a ofrecer un trago?

—No bebo. Jamás.

—¿Por principio o por prudencia?

—Por disciplina. Un hombre no debe permitirse perder el control.

—Una afirmación curiosa en boca de un revolucionario —se sentó.

Mussolini sonrió.

—Me gustó que viniera a renunciar antes de dejarse echar. Me pareció una estrategia inteligente. Pero más me gustó usted —rodeó la mesa y ocupó la silla junto a ella.

—Es muy directo.

—No tengo tiempo para otra cosa. Le pedí que viniera para comprobar si lo que dicen de usted es cierto.

—¿Y qué dicen de mí?

—Que siempre entra en una habitación convencida de que es la persona más inteligente del lugar.

Margherita miró a su alrededor. Después fijó la vista en él.

—¿Y se equivocan?

Mussolini soltó una carcajada. Ambos disfrutaban de ese duelo verbal.

—Todavía no lo sé.

Por un instante, ninguno habló. Margherita pensó en Cesare, en la serenidad de su casa, en las conversaciones sin sobresaltos, pero también sin desafío. En su matrimonio hallaba serenidad. Aquel hombre, en cambio, era impredecible, la inquietaba.

Él le clavó esos ojos enormes que parecían tener luz propia. Apoyó una mano sobre su pierna y la apretó. Ella sintió un deseo hondo e inmediato. Con la misma rapidez, comprendió que él daba por descontada la rendición. Se puso de pie. Ceder esa noche sería entregarle la partida con demasiada facilidad. Quería que tuviera que luchar por ella.

—Gracias, pero no.

Él no la retuvo.

—Volverá. Y la próxima vez no se va a ir.

Margherita se detuvo en la puerta.

—Eso lo decido yo —dijo sin girarse. La osadía de Mussolini la provocaba.

Salió a la noche decidida a no regresar jamás; lo que sentía era demasiado peligroso. Haría llegar los artículos a la redacción, pero no los llevaría ella. Mejor aún, escribiría para otro periódico; sería fácil encontrar quien la publicara. Antes de llegar a su casa, reconoció que se estaba mintiendo.

Se cruzaron unos días más tarde, en un concierto en La Scala, la legendaria ópera de Milán. Margherita lo vio sentado en un palco del teatro antes de que él la descubriera. Mussolini conversaba con otros hombres; gesticulaba con vehemencia. Cuando la encontró, no disimuló; la observó con intensidad durante toda la obra. Ella intentó no volverse hacia él, pero le resultaba imposible. Tenía una energía inquietante, casi animal, que la atraía aún más de lo que estaba dispuesta a admitir.

La noche siguiente fue a *Avanti!* Se dijo que era para entender por qué el partido estaba fascinado con él, que necesitaba medir sus ambiciones, que le convenía mantener una buena relación con él. Excusas imperfectas.

Encontró a Mussolini trabajando.

—Sabía que volvería —dijo sin apartar la vista de los papeles.

—Empieza a repetirse.

Margherita dejó los guantes sobre el escritorio. Él levantó la vista.

—Y usted empieza a cumplir mis predicciones.

—No se atribuya méritos que no le corresponden.

—Entonces dígame por qué ha venido.

Los ojos inmensos se clavaron en sus labios. Ella no tenía una explicación que quisiera dar en voz alta. Mencionó algo del partido y

durante unos minutos discutieron sobre una huelga. Cada uno intentaba imponerse al otro, hasta que la conversación se cortó sola. Ninguno la reanudó.

Margherita no recordaría quién dio el primer paso, pero sí el olor a tabaco en su camisa, la presión con la que la tomó de la nuca. La boca impaciente le buscó el cuello. Sintió el filo de los dientes, el calor áspero de la cara mal afeitada raspándole la mejilla. Las manos grandes, de dedos gruesos, exploraron el cuerpo sin tiempo para ternuras. Se aferró a esa voracidad. El escritorio crujió bajo su espalda. Un cenicero rodó y se hizo añicos contra el suelo. El encuentro fue rápido, como un asalto. Tras el arrebato, con los dedos de él todavía clavados en su cadera, pensó: "Un hombre con esta hambre llega lejos".

Se vistió en silencio, de espaldas, mientras él se servía agua.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó Mussolini.

Margherita terminó de abrocharse el abrigo.

—Cuando tenga algo que discutir.

Él sonrió.

—Entonces te veré muy pronto.

Regresó a sus papeles antes de que ella alcanzara la salida. La pluma ya corría sobre la página cuando ella cerró la puerta.

Margherita caminó, despeinada, por un Milán desierto. No estaba acostumbrada a perder el control de sí misma y, sin embargo, no se arrepentía. Pensaba en la energía que despedía Benito, en el modo en que convertía cada conversación en un duelo, en la ambición que emanaba de él. Pero bajo la seguridad arrolladora asomaba el maestro de provincia: el traje mal cortado, los modales bruscos. Le faltaba todo lo que a ella le sobraba: cultura, elegancia, contactos.

Se le ocurrió entonces una idea peligrosa: aquel hombre era materia prima. Y ella ya había comprobado que sabía moldear.

Mientras tanto, Mussolini seguía en el despacho, inclinado sobre los escritos. Los trozos del cenicero permanecían en el suelo. A cientos de kilómetros de la ciudad, en su pueblo, lo esperaban una mujer con la que no pensaba casarse, Rachele, y Edda, la hija de ambos. No pensaba en ninguna de las dos, ni tampoco en la que acababa de partir. Pensaba en el editorial del día siguiente.



Margherita moldeó a Benito como lo había hecho con Cesare, aunque esa vez empezó por lo que estaba a la vista. Le compró ropa a medida, le enseñó modales de mesa y lo corrigió cada vez que se le escapaba el dialecto de la Romaña. Después puso libros en sus manos, le habló de filosofía y de arte. Cuando estuvo satisfecha lo presentó en su salón.

Las recepciones de los Sarfatti eran las más afamadas de Milán. Por allí pasaban pintores, poetas, periodistas y diputados: la clase de gente que marcaba el pulso del reino. Margherita le abrió las puertas de lo más exclusivo de la sociedad, y Mussolini supo aprovecharlo. Aprendió la importancia de las relaciones: a quién extenderle la mano y a quién volverle la espalda. En pocos meses, se movía entre artistas e industriales con comodidad y sostenía conversaciones sobre Nietzsche o sobre el arte futurista con la soltura de un veterano en ese mundo.

Margherita alquiló para Benito un departamento pequeño en el centro de la ciudad donde lo visitaba con frecuencia. Ni ella ni su

amante querían herir la dignidad de Cesare, un hombre orgulloso y decente. Mientras tanto, Sarfatti veía en el ascenso de Mussolini la última oportunidad de lanzar su propia carrera política. Rozaba los cincuenta años y había perdido tres elecciones para una diputación. Cuando los redactores de *Avanti!* tuvieron problemas con la justicia, él los defendió en los tribunales con solidez y elocuencia.

En uno de esos juicios, Margherita escuchó a su marido ofrecer un alegato impecable y ganar el pleito. Sin embargo, cuando Mussolini habló ante la multitud que lo esperaba fuera del tribunal, sintió una admiración que no había experimentado ante el brillante desempeño de Cesare. Se convenció de que estaba forjando a un hombre destinado a gobernar la Italia socialista.



*Milán,*
*otoño de 1914*

La guerra estalló en el verano de 1914 y el Partido Socialista Italiano se aferró a una sola consigna: la neutralidad. Italia no debía derramar la sangre obrera en una contienda entre imperios. Durante un tiempo, Mussolini respetó la línea oficial y escribió artículos en contra de la intervención: aquella guerra, repetía, no era un conflicto de los trabajadores europeos. Pero a lo largo del otoño Margherita lo vio cambiar su argumento. Decía que si Italia se quedaba mirando desde los márgenes, saldría empequeñecida, insistía en que el país podría reclamar territorios si ayudaba a ganar la contienda.

La política siempre rondaba en la mente de Mussolini. Una noche, después de un fogoso encuentro en el departamento, comenzaron a discutir, todavía entre las sábanas.

—Italia debe respaldar a los aliados y entrar en la guerra. Los Habsburgo tienen a miles de italianos bajo su bota en Trento, en Trieste. ¿Debemos quedarnos sentados? Si ayudamos a derrotar a Austria liberaremos a nuestros compatriotas.

—¿Estás dispuesto a romper con el partido? Te expulsarán.

—Que lo hagan. ¿Quieres que te diga la verdad? El partido ya no me importa.

—No es solo el partido. Si pierdes *Avanti!*, te quedas sin tribuna.

—Entonces fundaré un diario nuevo.

—¿Con qué dinero?

Benito le tomó la mano y la besó.

—Tú puedes ayudarme.

Margherita sabía que él tenía un talento excepcional para transformar las ideas en consignas y desde las páginas de *Avanti!* se había convertido en una figura de relevancia nacional. Un periódico propio podría llevarlo mucho más lejos. Calculó que quien lo apoyase tendría un lugar privilegiado junto a él.

—De acuerdo. Hablaré con Cesare mañana, siempre que esta noche olvidemos la política —le susurró al oído.

Mussolini renunció al periódico y, tal como Margherita había anticipado, los mismos camaradas que poco antes lo llamaban la gran esperanza del socialismo lo expulsaron del partido.

Dos semanas más tarde se publicó el primer número de *Il Popolo d'Italia*, financiado en buena medida con el dinero de Margherita.[56] Cesare no puso objeciones; consideraba la operación como una

inversión a largo plazo. Además, en rigor, el capital pertenecía a su mujer, aunque fuera él quien lo administrara.

Italia entró en la guerra en mayo de 1915, a cambio de la promesa de obtener grandes extensiones de territorio si los aliados ganaban. Mussolini fue convocado al frente; debía ocupar su lugar en las trincheras.

La víspera de la partida Margherita lo visitó para despedirse. El uniforme aguardaba sobre una silla.

—No me gusta esto.

—¿La guerra o el uniforme? —Benito sonrió.

—Que te vayas.

Él se acercó.

—Volveré.

La atrajo hacia sí y la besó antes de que ella pudiera hablar. Tiró de los botones del vestido con dedos atolondrados. Ella se aferró a sus hombros, mordió, jadeó contra su piel. Por un instante la política y la guerra dejaron de existir.

Permanecieron acostados en silencio. Con la cabeza apoyada sobre el pecho de Benito, Margherita intentaba memorizar el latido firme de su corazón. Temía que muriera en el frente.

—Cásate con Rachele.

—¿En eso piensas después de hacer el amor? —rio divertido.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco.

—Tienes una hija. Y otro hijo en camino.

—Ya encontraste la manera de arruinar este momento.

Ella insistió.

—Si te matan, Rachele y los niños se quedarán en la calle. Merecen tu apellido y tu pensión.[57]

Mussolini soltó una carcajada.

—¿Y tú desde cuándo te preocupas por mi familia?

—Te hablo de responsabilidad. Ordena tus papeles; una viuda con pensión es una historia digna.

—Siempre tan práctica.

—Alguien tiene que serlo.

Mussolini no respondió; jamás había considerado la posibilidad de no volver.

Pocas semanas más tarde, Margherita recibió una misiva desde el frente: "Hice lo que dijiste. Rachele lleva mi apellido. ¿Contenta?" Respondió con una sola palabra: "Contenta", y regresó a la corrección de unos artículos. No consideraba a Rachele una adversaria. Era una campesina de Predappio que apenas sabía leer. No podía discutir de política o filosofía; nunca sería su rival. Solo ella podía transformar al hijo del herrero, al maestro de pueblo, en el próximo líder de Italia. Él lo sabía tanto como ella. Entre ambos existía una alianza que ninguna esposa podía superar. La prueba eran las cartas que recibía cada semana.

> *Esta noche, antes de que te duermas, piensa en tu más devoto salvaje, que está un poco cansado y un poco preocupado, pero es todo tuyo, desde la superficie hasta las profundidades. Dame un poco de la sangre de tus labios.*
> *Tuyo,*
>
> *Benito*[58]

La guerra no respeta a nadie. Roberto Sarfatti se parecía demasiado a Margherita. Una vez, de niño, le dijo: "Qué bellos eran

los tiempos de los héroes y los caballeros, mamá. Hoy la vida es un paseo aburrido por calles demasiado cómodas".[59] Nadie pudo detenerlo cuando, con diecisiete años, se alistó en el ejército contra la voluntad de sus padres.

El telegrama con la mala noticia llegó una mañana de tormenta. Cesare se desplomó en una silla y lloró como Margherita no lo había visto llorar nunca. Ella no pudo derramar una lágrima por su hijo, caído las montañas del Véneto. Subió a la habitación de Roberto sin saber cómo había llegado hasta allí. Se desplomó sobre la cama. En un momento, la tormenta amainó y la luz en la habitación cambió. Mucho después dejó de oír los sollozos de Cesare al otro lado de la casa. Cuando se levantó, ya era de noche. Se sentó al escritorio y le escribió a Benito:

> *Un hombre que cae le da a la patria un poco menos, porque ya ha vivido. Un niño lo da todo: lo que es y lo que habría podido llegar a ser. No una gota, sino toda la sangre; no un poco de vida, sino toda la vida.*[60]

Benito era el único a quien quería entregar su desconsuelo. Él también era padre y entendería el dolor de perder a un hijo. Necesitaba que él la sostuviera.

Mussolini le respondió desde el frente. Margherita abrió la carta con manos temblorosas. Encontró frases correctas sobre el honor de los caídos y el sacrificio por la patria. Releyó varias veces las escasas líneas en busca de algo más personal, pero no encontró nada. Durante seis años, ella se había dedicado a afinar sus ideas, a mejorar sus modales; lo había ayudado a convertirse en alguien capaz de convencer a banqueros y aristócratas. Esperaba una devolución a la altura de lo entregado. Y, sin embargo, aquel hombre

al que había pulido con tanto esmero despachaba su dolor en dos párrafos.



La guerra terminó a fines de 1918. Margherita leía en los diarios las palabras que repetían todos: victoria mutilada. Seiscientos mil muertos, las arcas vacías, los aliados que incumplían muchas de las promesas del tratado; el sacrificio empezaba a parecer inútil. Los veteranos volvían a un país que no tenía trabajo para ofrecerles. En las fábricas los obreros izaban la bandera roja, ocupaban las plantas e impulsaban la revolución que Lenin había liderado en Rusia. Los empresarios y los terratenientes sentían pánico. En las reuniones de los Sarfatti se discutía con preocupación acerca de los primeros ministros, que no lograban sostenerse.

Mussolini vio en el caos su oportunidad. En marzo de 1919 fundó un movimiento: el fascismo. El nombre provenía de los fasces romanos de los lictores: un haz de varas que simbolizaba unidad y poder. Cada vara sola podía quebrarse; juntas, en cambio, se potenciaban. El partido prometía orden frente al caos y una Italia fuerte, en la que los veteranos dejarían de sentirse traicionados. Margherita conocía a muchos de quienes se acercaban a las asambleas fascistas; eran artistas, intelectuales y aristócratas salidos de su propio salón. La cultura de Milán entraba al partido por la puerta que ella había abierto.

También llegó el dinero. Los industriales, temerosos del bolchevismo, empezaron a financiar las escuadras fascistas que incendiaban sedes socialistas y apaleaban dirigentes obreros. En tres

años, los "camisas negras" se transformaron en una fuerza que las autoridades no podían contener. Llegaban en camiones a pueblos y ciudades, destruían imprentas opositoras, apaleaban sindicalistas y sembraban el miedo entre quienes se atrevían a cuestionarlos. Mussolini rara vez daba órdenes explícitas por escrito, pero alentaba la violencia como herramienta política para luego presentarse como el único hombre capaz de restaurar el orden. La Virgen Roja de Venecia se decía a sí misma que el precio de la grandeza exigía cerrar los ojos.

Para octubre de 1922 los fascistas controlaban grandes extensiones de Italia sin haber ganado una elección. Mussolini concluyó que había llegado el momento de tomar el poder. Convocó a sus hombres a marchar sobre Roma: decenas de miles de camisas negras se concentrarían en las afueras de la capital en un golpe disfrazado de desfile. Si la apuesta salía bien, serían gobierno; si fracasaba, todo estaría perdido.

Mientras organizaba la marcha sobre Roma, Margherita llevó a Benito a Il Soldo, su casa de campo en Cavallasca, cerca del lago de Como. Desde el jardín se veían los Alpes cubiertos de nieve. Suiza estaba a menos de una hora de distancia.

—Necesito dinero para sostener a los hombres en las afueras de Roma hasta que el rey ceda —pidió él—. No debemos permitir que se dispersen porque sería el fin.

Margherita pagó. Más recursos llegaron de los bolsillos de los industriales, los banqueros y los terratenientes, quienes preferían camisas negras a banderas rojas. Aun así, el resultado permanecía incierto.

La noche del 27 Mussolini se derrumbó. Caminaba de un extremo a otro del comedor, fumando, gesticulando y especulando en voz alta sobre todo lo que podía salir mal. Había rumores de que el gobierno ordenaría el estado de sitio. Si el rey firmaba el decreto, el ejército barrería a los camisas negras en una tarde y a él lo fusilarían.

—Todavía podemos cruzar la frontera a Suiza. Podríamos refugiarnos allí —Benito señaló hacia las montañas oscuras.

Margherita no reconocía en ese hombre al líder que arengaba a las masas con carisma y confianza. Peor aún, Benito parecía dispuesto a tirar por la borda diez años de trabajo de ambos. Debía convencerlo de esperar.

—¿Pretendes huir? Y mañana toda Italia dirá que el jefe del fascismo cruzó la frontera en la noche decisiva. ¿Y entonces qué serás? ¿Un fugitivo? Te conozco, Benito. No podrías vivir con eso. Créeme, el rey no va a ordenar al ejército disparar contra los ciudadanos. Es un hombre pequeño, con más miedo que tú.

Él la miró largo rato. Era el mismo duelo de la primera noche en la redacción vacía. Pero esta vez no buscaba ganarle; quería que ella tuviera razón. Confiaba en la única persona ante la cual se animaba a mostrar su miedo desnudo.

Pasaron la noche en vela, esperando novedades de Roma. Por la mañana llegaron las noticias. Margherita había estado en lo cierto: Víctor Manuel III se había negado a firmar el estado de sitio.

—Siempre supe que estaba destinado para la grandeza —se jactó eufórico. El hombre que había contemplado la fuga horas antes hablaba como si nunca hubiera dudado. Su único testigo, Margherita, no dijo nada.

Un día después llegó un telegrama del palacio convocando a Mussolini a Roma para formar gobierno. Benito tomó el tren a Roma. Margherita lo despidió en el andén, de madrugada, y volvió a Il Soldo a esperar.

Mussolini la llamó al día siguiente desde la capital.

—Lo logré. Soy el primer ministro más joven de la historia de Italia.

Margherita sonrió al escucharlo hablar del rey y alardear de los hombres que buscaban estrecharle la mano. La voz desbordaba energía mientras le contaba cada detalle, pero ella esperaba que él también mencionara la noche en vela en Il Soldo, el respaldo cuando todo parecía perderse, el dinero invertido. No lo hizo. Durante años ella había creído que avanzaban juntos, que eran socios en un mismo objetivo. Pero en toda la conversación Mussolini no pronunció la palabra "nosotros" ni una vez. Margherita sintió un frío repentino en el estómago: se había dedicado a hacer grande a Benito. Y los hombres grandes no necesitan a nadie.



Durante semanas, Margherita esperó una señal. Confiaba en que, una vez pasado el fervor inicial, él la mandaría a llamar para celebrar juntos el triunfo y que le haría saber que todavía necesitaba su juicio y su voz. Desde Roma, Mussolini le enviaba cartas breves, propias de un hombre ocupado, pero en ninguna la invitaba a Roma. Margherita lo extrañaba, pero también la desvelaba todo lo que quedaba por hacer. Un movimiento de camisas negras no bastaba para construir un Estado. Había que darle al fascismo una estética

propia, y esa no era tarea para los matones de Mussolini. Por eso no esperó la invitación. A comienzos de 1923 dejó a su familia en Milán y se instaló en Roma, cerca del poder y de Benito.

Él la recibió con entusiasmo y Margherita volvió a sentir suelo firme bajo sus pies. Benito irradiaba confianza y entusiasmo. La prensa alababa las primeras medidas de gobierno y, cada vez con más frecuencia, se refería a él como *Il Duce*, el líder.

Desde sus salones Margherita impulsó un movimiento, el Novecento, destinado a inspirar la estética del régimen. Era un arte que se nutría del Renacimiento, ideal para una Italia que volvía a soñarse grande. Los artistas se disputaban su atención. Una palabra suya ante el Duce valía más que capacidad y oficio. Ella decidía qué pintores se exhibían y cuáles no, qué nombres merecían un premio, qué arquitecto se quedaba con un encargo del Estado. Quien necesitaba un favor del régimen debía pasar por el salón de la *signora* Sarfatti. A los que dudaban, los atraía al fascismo con su encanto y la promesa de ser parte de un futuro ambicioso. Comenzaron a llamarla "la reina sin corona"; sin cargo ni título gobernaba un territorio esencial, la cultura.

Por las noches, después de encuentros breves pero intensos, regresaba a su departamento romano, donde ocasionalmente recibía a Cesare, que seguía en Milán atendiendo sus negocios. El resto del tiempo Margherita vivía absorta por la órbita de Mussolini. Pulía sus discursos y colocaba en su boca algunas de las frases que los italianos aplaudirían al día siguiente en los actos públicos. También escribió y financió la publicación de una biografía, *Dux*, que tradujo a varios idiomas y alcanzó casi veinte ediciones. Mientras Italia aprendía a admirar al Duce, Margherita se convencía de que ninguna

otra persona lo comprendía mejor que ella. Mussolini alentaba aquella fidelidad ciega. Cuando no tenía tiempo para verla le enviaba cartas ardientes que ella guardaba con devoción:

> *Mi amor, mis pensamientos y mi corazón están contigo. Te amo tanto, más de lo que tú crees. Te beso con fuerza. Te abrazo con violenta ternura.*
>
> *Benito*[61]

Otras veces las cartas perdían el romanticismo y las cuestiones más apremiantes tomaban su lugar. Mussolini le confiaba secretos, le pedía consejos y ella se esforzaba por ofrecer siempre las palabras adecuadas. Sabía cómo hacerlo sentirse seguro, entendía cuánto le gustaban los elogios y los sumaba, en especial cuando tenía que deslizar alguna crítica.

Por rivalidad, los jerarcas fascistas la resistían a sus espaldas. No le perdonaban que fuera mujer ni que el primer ministro la consultara sobre política. Algunos no toleraban que fuera judía, que ningún contrato del Estado se firmaba sin su visto bueno, y la acusaban de haberse vuelto más rica y más altiva.

Mussolini residía en el Palazzo Venezia y Margherita tenía acceso irrestricto al primer ministro. No esperaba en una antesala ni la anunciaban antes de ingresar. En ocasiones, después de discutir sobre asuntos de Estado, él la buscaba con prisa. Entonces, se deslizaban por una puerta secreta que conducía a una alcoba contigua. Ella sabía que él la necesitaba, pero también que llevaba a otras mujeres a su lecho. Sentía una punzada cada vez que se enteraba de una nueva aventura de Benito. Margherita se obligaba a no hacer preguntas y, sobre todo, a no dejar que nada se reflejara

en su rostro. Sin embargo, también era consciente de que ninguna poseía la influencia y el poder que ella tenía y eso le daba seguridad.

Una mañana de abril de 1923 salieron a cabalgar juntos por la antigua Via Appia, en las afueras de Roma. A los costados del camino se alzaban cipreses, lápidas partidas y arcos de acueductos que llevaban dos mil años en pie. Mussolini, algo pesado sobre la silla, miraba a su alrededor como si todo le perteneciera.

—Roma no se construyó con discursos. Se construyó con coraje y ambición. Yo reconstruiré esa gloria, Margherita. Con hechos, no con papeles.

—Pareces olvidar que viviste de papeles hasta ahora.

Él no la escuchaba.

—¿Sabes qué separa a los hombres que hacen historia de los que la sufren? El honor. Los italianos han olvidado qué es el honor. Mejor un día como león que cien años como oveja.

Margherita frenó el caballo.

—Buena frase. ¿Es tuya?

—Sí. No necesito que nadie piense por mí, *signora* —respondió con sarcasmo.

Bajo la belleza serena de la mañana, Margherita sintió que algo se quebraba en esa relación. Recordó entonces al director de *Avanti!* preguntarle qué clase de hombre era porque le interesaba conocer su opinión. Once años atrás Benito necesitaba de sus ojos para existir. *Il Duce*, en cambio, se bastaba. Comprendió que el día en que dejara de necesitarla por completo la apartaría de su vida sin vacilar, como se abandona un trasto viejo.

De regreso en su casa buscó a Cesare, que estaba en la ciudad por unos días, y lo abrazó con intensidad; necesitaba aferrarse a

algo firme. Su marido dividía el tiempo entre Roma y Milán. Estaba siempre disponible para ella, sin exigir nada a cambio y sin hacer preguntas incómodas. Hasta entonces, Margherita había vivido entre dos hombres: el esposo que le daba respetabilidad y el amante que le daba poder. Aquella noche, agradeció que Cesare fuera la parte constante de su vida. No imaginaba que ese equilibrio estaba cerca de desmoronarse.

A fines de enero de 1924 un telegrama avisó a Margherita, que estaba en Roma, que su marido había caído enfermo en Milán. Tomó el primer tren al norte. Cuando llegó, Cesare ya había muerto.

Así como no había llorado a Roberto, recibió los pésames con entereza absoluta, sin una lágrima. No había sentido pasión por Cesare, pero lo había amado y reconocía que su propia audacia no habría sido posible sin la certeza de tenerlo siempre cerca. No concebía la vida sin su sostén. Se preguntó cómo continuar.

Poco después del funeral viajó a Roma. Llegó al Palazzo Venezia con la necesidad de hundirse en los brazos de Benito.

Mussolini la recibió con dulzura. La sentó a su lado.

—Soy un viejo curandero. En Predappio, de chico, era el preferido de la vieja Giovanna, la que curaba el mal de ojo. Tengo el don y a ti voy a curarte.[62]

Le tomó las manos, cerró los ojos y comenzó a murmurar palabras incomprensibles. De vez en cuando, le rozaba la frente, como si intentara expulsar un espíritu. En otro momento, Margherita se habría reído o desarmado aquella farsa con un par de preguntas. Pero Cesare estaba muerto, y el dolor de no haber sido una mejor esposa necesitaba mucho consuelo. Si eso era lo que Benito podía ofrecerle, lo tomaría.

Tres meses más tarde, Mussolini llegó a Milán. En la ciudad vivía Rachele con los tres hijos de ambos: Edda, Vittorio y Bruno. Ella se había acostumbrado a la distancia y a las amantes que su marido acumulaba. A todas las toleraba, salvo a "la Sarfatti", con sus salones elegantes y su cultura pretenciosa. Por eso, cuando Mussolini se instaló con Margherita en el departamento de Corso Venezia, en vez de hacerlo en su propia casa, Rachele sintió el agravio. Abandonó la ciudad con sus hijos y juró vengarse de la flamante viuda que, a sus ojos, buscaba destruir a su familia.

Margherita, por su parte, decidió saborear la victoria. Una noche, mientras Benito fumaba en la cama y repasaban juntos un discurso para el día siguiente, se incorporó sobre un codo.

—Rachele se fue a Forlì —dijo, en tono casual.

—Volverá. Siempre vuelve —respondió él sin darle mayor importancia.

—¿Y si le pidieras que se quedara a vivir allí? Después de todo, tampoco vive contigo en Roma.

Una voluta de humo subió hacia el techo.

—¿Celos, *signora*? No te quedan bien.

—No son celos. Debes tener una esposa que te represente. Una mujer capaz de recibir embajadores, conversar con ministros, moverse entre reyes sin desentonar.

—Rachele es la madre de mis hijos. Tú tienes tu lugar.

—¿Y cuál es? ¿En la sombra? ¿Corrigiéndote los discursos de noche para que los recites como tuyos?

—¡Los discursos son míos porque los pronuncio yo! ¿Entiendes? ¡Solo existo yo! —Mussolini se había levantado y gritaba, dando zancadas por la habitación.

Margherita se puso de pie, indignada.

—¡Te enseñé todo! Qué leer, cómo hablar, qué decir. Llegaste a mí con polainas de provincia y sin saber tomar un tenedor.

—¡Soy Benito Mussolini! —vociferó.

—Eras un periodista de pueblo al que el partido acababa de prestarle un diario. Lo que necesitaste para ser Mussolini lo pusimos Cesare y yo.

—¡Ten mucho cuidado!

—¿Con qué? ¿Con la verdad? —. Ya no podía medir las palabras—. Te abrí las puertas de Milán, te financié cuando el socialismo te dejó en la calle, escribí el libro que te convirtió en un mito en medio mundo. Italia venera a un hombre que armé yo, pieza por pieza. ¡Yo te inventé, Benito Mussolini!

El aire se enfrió de golpe. Margherita se tapó la boca, todavía abierta.

—¿Y eso lo piensas tú sola, o lo comentas por ahí? ¿Lo dices en tus salones? ¿Lo escribes en algún diario para cuando te convenga? Imagino el título de tu libro: "El Duce, obra de su amante judía". A la gente le encantaría. A mis enemigos, más.

Margherita sintió un sudor helado en la nuca.

—Jamás haría algo así. Lo sabes.

—Ya no estoy tan seguro. —Se vistió sin quitarle de encima los ojos encendidos.

—Benito, escúchame por favor. —Intentó tomarlo del brazo—. Estaba enojada. Lo dije por despecho, no por…

Él la interrumpió.

—Las cosas son como yo digo que deben ser. ¡Siempre! ¿Lo entendiste? —Le tomó la cara con una mano y la soltó con

brusquedad.

Salió dando un portazo.

Margherita oyó los pasos alejarse por el pasillo, luego la puerta de calle y, por último, el motor rompiendo el silencio de Corso Venezia. Lo habría dado todo por retirar lo dicho. Acababa de mostrarle al hombre más poderoso de Italia que era capaz de reclamar su parte de mérito. Sin querer, le había demostrado que era peligrosa para él.



La grieta que se abrió aquella noche no se cerró, aunque tampoco bastó para separarlos. Margherita siguió al frente de *Gerarchia*, la revista encargada de difundir las ideas del régimen. Mussolini necesitaba su pluma. Se veían menos y discutían más; aun así, cada tanto volvían a buscarse con la intensidad de antes. Su vínculo oscilaba entre la conveniencia mutua y una intimidad que se resistía a extinguirse.

En junio de 1924, Giacomo Matteotti desapareció en pleno centro de Roma. El joven diputado socialista había denunciado en el Parlamento los fraudes y la violencia fascista de las últimas elecciones. Semanas más tarde, su cuerpo apareció en una fosa en las afueras de la capital, y las sospechas recayeron de inmediato sobre el primer ministro.

Margherita lo encontró encerrado en su despacho, sin afeitar y con la ropa desaliñada. Había olor a tabaco y encierro.

—Tienes mala cara.

—¿Qué esperabas? Tengo a la mitad de Italia pidiendo mi cabeza y a la otra mitad esperando para ver si sobrevivo. —Se sirvió un vaso

de agua con la mano temblorosa—. ¿A qué vienes, Margherita?

—A hacerte una sola pregunta, y quiero la verdad: ¿diste la orden?

Mussolini la miró antes de responder.

—No.

—Mírame y dímelo otra vez.

—No di la orden de matarlo. —Hizo una pausa—. Solo dije que había que callarlo.

Margherita no pudo responder. En ambas frases había un cadáver, y Mussolini era incapaz de verlo.

—¿Y ahora qué quiere que haga, *signora*?

—Era un hombre valiente. Tenía hijos —dijo en un hilo de voz.

—No vine al mundo a ser querido —se defendió él.

Margherita pensó en decirle que renunciara, que dejara que la ley siguiera su curso. Pero al otro lado de aquella decisión estaban los doce años que le había dedicado, las ilusiones compartidas y la vida que había organizado alrededor de su ascenso. Si Benito se hundía, una parte de ella se hundiría con él.

—Esconderte no te salvará; negarlo, tampoco. Ve al Parlamento, di que todo lo que ocurre en Italia es tu responsabilidad y que responderás por ello. Enfréntalos y rétalos a apartarte.

Él la miró largo rato.

—Acabas de darme una salida. Por eso todavía te necesito conmigo.

Margherita, que un minuto antes había sentido repulsión sintió algo todavía peor: el calor de esas palabras corriéndole por dentro, con más fuerza que la vergüenza. Benito le importaba tanto como el temor que le provocaba el "todavía" en sus labios.

El 3 de enero de 1925 el Duce subió a la tribuna y asumió ante los diputados la responsabilidad del asesinato de Matteotti. Los desafió a destituirlo, pero nadie se atrevió. Aquel día la dictadura se quitó el disfraz.

A la mañana siguiente, Margherita leyó el discurso en los diarios. Desde los tiempos de los camisas negras había aprendido a no mirar ciertas verdades de frente. Ese día comprendió que también debería empezar a no mirarse a sí misma.



Lo que ocurrió una noche de invierno en Villa Torlonia, la residencia de Mussolini en Roma, jamás trascendió los muros. El hombre que gobernaba Italia no gobernaba en su propia casa.

Habían pasado casi diez años desde la marcha sobre Roma. Rachele se había mudado a la ciudad junto a los hijos. Hacía tiempo que había dejado de esperar fidelidad; conocía al hombre con el que se había casado. Las amantes iban y venían: actrices, poetisas, aristócratas, esposas de generales. Incluso había tenido hijos bastardos. Ella había aprendido a vivir con eso y se concentraba en la vida que sí podía tener bajo control. Administraba el hogar, se ocupaba de los niños y defendía el único territorio que consideraba suyo: la familia.

Una mañana, escuchó a una criada comentar que el Duce cerraba con llave un cajón de su escritorio cada vez que alguien entraba en la biblioteca. Para Rachele, que pretendía dominar hasta el último rincón del hogar, que Benito tuviera un secreto en su propia casa era una afrenta. Furiosa, decidió averiguar qué era.

Entró en la habitación con un pequeño estilete oculto y forzó el cajón. Cuando la cerradura cedió, vació el contenido sobre el escritorio.

Cartas. Decenas. Cientos. Dobladas con prolijidad, ordenadas en paquetes por fecha, conservadas con un cuidado reverencial. Las primeras tenían casi veinte años; las últimas eran recientes. La letra era elegante y muchas empezaban sin encabezado, prolongaciones de conversaciones interrumpidas. Buscó la firma. Allí estaba en todas: *la* Sarfatti. La que escribía discursos y libros también escribía sobre amor. Su marido había conservado la correspondencia como si fuera su tesoro. Era la confirmación del temor más hondo de Rachele: esa amante había llegado a sus vidas para quedarse.

Salió de la biblioteca y corrió hasta la sala de costura. Buscó la pistola que guardaba en un cajón, detrás de los manteles de lino. La cargó y esperó que Benito regresara de un acto fascista.

Cuando Mussolini llegó, encontró a su mujer sentada en el escritorio, las cartas dispersas sobre la superficie y el arma en la mano. Lo entendió de inmediato.

—¿Qué es esto? —lo increpó Rachele. ¿Las guardaste durante veinte años? ¿Guardas estas cartas como un colegial enamorado mientras yo crío a tus hijos?

Mussolini retrocedió, estaba pálido. Ella levantó la pistola.

—Tú mandas en Italia, pero en esta casa mando yo. Y no quiero nada de esa mujer aquí. ¡Nada!

—Rachele, baja la pistola.

—Una cosa es un revolcón y otra muy diferente es que guardes todo esto bajo mi techo.

Benito sabía que su mujer era capaz de disparar.

—Tienes razón —cedió.

—No quiero nada de ella en esta casa. Quema todas las cartas. ¡De inmediato!

Mussolini intentó rodear la mesa, pero Rachele amartilló el arma.

—Ahora.

—Baja el arma.

—Las mujeres de mi pueblo nos volvemos locas y disparamos.

Benito miró el cañón.

—Lo haré.

Juntó las cartas mientras Rachele lo apuntaba. Después, de rodillas frente a la chimenea comenzó a tirar la correspondencia al fuego. Los papeles se encogían, se ennegrecían, desaparecían. Veinte años de consejos de Margherita, su ironía y las palabras de amor escritas desde Milán se volvieron ceniza.

Rachele miró arder hasta la última hoja. Cuando estuvo segura de que no quedaban rastros de *la* Sarfatti en Villa Torlonia bajó el arma y salió de la habitación.

Solo, Mussolini miraba las llamas. En el fondo, era mejor que nadie pudiera leer lo que su amante le había escrito; no debería haber pecado de sentimental y guardado las cartas. A fin de cuentas, se dijo, era solo una mujer más. Pero aunque era más seguro así, sabía que las páginas más comprometedoras estaban en poder de Margherita. Cientos de cartas en las que él pedía opiniones, discutía estrategias y le confiaba temores. En manos enemigas, podían convertirse en su ruina.

Mussolini empezó a apartarse sin ruptura ni anuncios. Las notas de Margherita no recibían respuesta; la hacía esperar horas en una antesala del Palazzo Venezia hasta que un secretario le anunciaba con cortesía que el Duce no podría recibirla. Sus artículos periodísticos comenzaron a ser rechazados. Ella conocía la maniobra. Era el método que él usaba con los ministros destinados a caer: dejar de consultarlos, dejar de citarlos, vaciarlos de poder.

Benito, que había tenido durante dos décadas una amante que lo desafiaba, cambió de estrategia: empezó a preferir que lo adoraran. Margherita había visto a Claretta Petacci, una muchacha de poco más de veinte años, hija de un médico del Vaticano, esperándolo varias veces en una salita del Palazzo Venezia. No era una rival intelectual, pero era joven, y eso, de por sí, era peligroso.

En la primavera de 1934 Margherita se embarcó hacia los Estados Unidos. Había obtenido permiso oficial para viajar a promover el arte italiano en América. Tenía una intención más íntima: aspiraba a que la misión le sirviera para recuperar relevancia política en Roma y ante Il Duce. Contaba con el apoyo de intelectuales y empresarios estadounidenses que le habían organizado reuniones de suma importancia e intentaría establecer relaciones provechosas para su gobierno.

Donde iba, la presentaban como la mujer mejor informada de Italia. Dio entrevistas y conferencias que se transmitieron por radio. El Museo de Arte Moderno de Nueva York la anunció entre sus visitantes ilustres y almorzó con William Randolph Hearst, el magnate de la prensa estadounidense, quien le ofreció trabajo. El mayor logro de la gira fue una extensa reunión con el presidente Roosevelt y su mujer, Eleanor, en la Casa Blanca. Ambos escucharon

a Margherita con interés. Ella salió de la residencia convencida de que había conseguido algo de enorme valor para el Duce: la prueba de que Estados Unidos estaba dispuesto a trabajar con Roma. Durante cuatro meses, al oeste del Atlántico, se volvió a sentir "la reina sin corona".

Regresó con la certeza de que las buenas nuevas le abrirían las puertas del Palazzo Venezia. No se equivocó: la curiosidad pudo más que el desdén.

Mussolini la recibió detrás del gran escritorio del salón del Mapamundi e impuso una fría distancia entre los dos. Margherita cruzó la gran sala y se sentó frente a él. Usó todos sus recursos para captar su atención. Empezó por halagarlo y hablarle de los editores estadounidenses que se peleaban por publicar sus palabras.

Mientras Margherita hablaba con entusiasmo, describiendo el interés que Italia despertaba en el exterior, Mussolini jugaba con un lápiz entre los dedos, los ojos entrecerrados fijos en ella. La dejó explayarse sin interrumpirla con preguntas, contrario a su costumbre. Cuando terminó, sonrió con superioridad.

—Los americanos son una raza de tenderos. Mucho dinero y ningún músculo. El futuro no está en Washington, *signora*. Está más cerca. Hay un hombre en Alemania que entendió lo que yo supe antes que nadie, y que no tiene miedo de ir hasta el final.[63]

—Ese hombre te desprecia. Y desprecia lo que tú eres.

—Hitler tendrá ejércitos. Tus americanos solo tienen automóviles.

Margherita comprendió que nada que pudiera decir iba a disuadir a Mussolini de atar el destino de Italia al de Alemania. Lo que ella había obtenido del otro lado del océano, su última carta, no valía

nada para él. Aceptó, por fin, lo que se negaba a aceptar desde la mañana de la Via Appia: Benito Mussolini ya no la necesitaba.

Él se puso de pie primero.

—Lo tuyo son los libros. Escribe uno sobre tu América. Gracias por la visita, pero tengo un imperio que gobernar.

Margherita salió del salón del Mapamundi sintiendo la mirada del Duce clavada entre los omóplatos. Nunca el camino hasta una puerta se le había hecho tan largo. Había construido a un líder, y él acababa de decirle que ella ya no le servía.



En el verano de 1938, los diarios publicaron el Manifiesto de la Raza. De un plumazo, Italia decretó que los judíos dejaban de ser italianos. Margherita lo leyó en su casa de Roma; no le sorprendía. Llevaba años imaginando que sucedería; al menos, ya no tenía que seguir esperándolo.

Diez años antes, junto a sus hijos, se había convertido al catolicismo. Se dijo entonces que era la culminación de su amor por Roma. Pero debajo de las aguas del bautismo había algo menos confesable: la hija de Amedeo Grassini, que conocía la historia de su pueblo, había leído las señales.

Por un tiempo, creyó estar a salvo. Pero las leyes nuevas no preguntaban por la fe, preguntaban por la sangre. En septiembre los hijos de los judíos quedaron fuera de las escuelas. Poco después, los judíos quedaron fuera de casi todo lo demás. El *Banco Commerciale* despidió a su hijo Amedeo, que había construido allí una carrera

intachable. El apellido Sarfatti, que por décadas había abierto todas las puertas de Italia, empezó a cerrarlas una por una.

Margherita le sugirió a Amedeo que escribiera a Mussolini. La carta mencionaba la promesa que él le había hecho a la familia a la muerte de Cesare: que nunca les faltaría su protección. El Duce leyó la carta del hijo del hombre que lo había defendido en los tribunales, y autorizó que le dieran un puesto, mientras fuera lejos de Italia. Amedeo se trasladó con su familia a Montevideo, Uruguay.

Margherita entendió que pronto podrían ir por sus bienes. Y después, por algo peor. El hombre que firmaba esas leyes sabía exactamente quién era ella. No habría excepción posible. Para el régimen que había ayudado a fundar, Margherita Sarfatti había dejado de ser la zarina de las artes, la reina sin corona, la viuda del abogado del Duce o la madre del héroe de guerra Roberto. Era una judía. Y un peligro. Debía huir mientras aún pudiera hacerlo.

Compró un pasaje en tren a Suiza. La víspera de partir fue a Roma a despedirse de su hija Fiammetta y de sus nietos.

Margherita la miró servir las tazas de té con gestos que se parecían a los suyos.

—Vengan conmigo —dijo—. Tú, tu esposo, los niños.

—¿Y dejarlo todo? Mamá, esto pasará como han pasado tantas otras cosas. El Duce necesita a Hitler y solo hace ruido para complacerlo. Cuando deje de necesitarlo, se olvidará de los judíos como se olvidó del socialismo.

Margherita dejó la taza sobre la mesa.

—Conozco a Mussolini mejor que nadie. No se detendrá.

—Estás asustada.

—Por primera vez, sí. —Le tomó las manos por encima de la mesa —. Una vez en la vida hazle caso a tu madre antes de que sea tarde.

Los ojos de Fiammetta se llenaron de lágrimas. Margherita creyó que iba a ceder, pero la joven bajó la vista.

—Es a ti a quien vigilan. Vete tú, mamá. Nosotros estamos bien. Somos italianos; esta también es nuestra tierra.

No tenía sentido discutir más. Iba a separarse de su hija por un incierto tiempo. Prefería disfrutar del cariño. Al partir, Margherita abrazó a los nietos uno por uno largo rato, demorando la despedida. En la puerta se volvió hacia Fiammetta, que sostenía al más pequeño en brazos.

—Escríbeme cada semana —dijo.

—Lo haré, mamá. Te lo prometo.

Margherita bajó la escalera sin volver la cabeza por miedo a no poder irse.

Unos días más tarde cruzó la frontera suiza con poco equipaje, simulando salir de vacaciones. Llevaba joyas cosidas en el forro de su abrigo y, oculto en un doble fondo de la maleta, un paquete voluminoso que la aduana no encontró. Adentro había más de mil doscientas cartas. Veinticinco años de correspondencia escrita por Benito Mussolini. Las líneas que pedían consejo; las palabras que confesaban dudas, miedos y secretos. Rachele había quemado las cartas de Margherita. Las del Duce cruzaron los Alpes en un tren nocturno.

Desde Suiza viajó a París, desde donde le hizo saber a Mussolini, por los canales que todavía podía usar, que estaba escribiendo sus memorias para una editorial de los Estados Unidos.

El efecto fue inmediato. En Roma, el jefe de la policía Bocchini exigió que se la vigilara, que se la frenara. Ordenó que alguien hiciera algo con ella. Pero Margherita ya estaba fuera del alcance de todos.

En el Palazzo Venezia el Duce estalló delante de Claretta Petacci.

—¡La Sarfatti va a escribir un libro sobre mí para América! ¿Entiendes lo que eso significa? ¡Es repugnante! Esa mujer no solo puede contar la verdad: también puede inventar. —Caminaba de un extremo a otro del salón, fuera de sí—. Y yo, ¿cómo lo desmiento?

Lo que el Duce más temía era lo innegable: que ella había ayudado a fabricar al Mussolini que el mundo conocía, que le había enseñado a no limpiarse la boca con la manga, que había corregido sus artículos y pulido sus discursos. Que había transformado al agitador socialista en el estadista que aparecía en las fotografías. Nadie conocía mejor que ella la distancia entre el hombre y el mito.

De inmediato, ordenó que se llevaran adelante negociaciones secretas, sin papeles. Amedeo en Montevideo y Fiammetta en Roma se reunieron con emisarios de confianza del régimen. El hombre más poderoso de Italia pactaba con una exiliada de cincuenta y ocho años, que por primera vez estaba dispuesta a escribir contra él y no para él. Margherita había perdido el amor, el lugar, el país. Todavía conservaba el arma más filosa: las palabras.



*Buenos Aires,*
*primavera de 1940*

La voz de Victoria Ocampo la trajo de vuelta al salón.

—La esperan, señora Sarfatti.

Margherita alisó su vestido y caminó hacia el atril. Habló del Renacimiento, de la luz en los maestros venecianos, de los pinceles que atravesaron los siglos hasta crear el Novecento. No mencionó a Mussolini ni las cartas guardadas bajo llave. Era mejor así. Italia estaba en guerra, y del otro lado del océano, en Roma, vivían su hija y sus nietos. Cada palabra de más podía costarles la vida.

Los años en Buenos Aires estuvieron marcados por el silencio. Se alojaba en el hotel Continental, donde escribía sus memorias en secreto.[64] Vivía de los diamantes que había sacado de Italia y que vendía de a uno, a medida que necesitaba. Controlaba los gastos como nunca había tenido que hacerlo. La vigilaban; Margherita lo sabía y se cuidaba. Tenía un pacto tácito con aquel hombre que aún podía hacerles daño a los suyos: ella callaba, él los dejaba vivir.

Por las mañanas leía los diarios en un café sobre la Avenida de Mayo y seguía los acontecimientos en Europa con angustia. En junio de 1940, Italia entró en la guerra del lado de Alemania, como ella había temido aquella tarde en el salón del Mapamundi. Ya no sabía qué desearle a su patria: la derrota era dolorosa, pero la victoria entregaba Italia a Hitler.

En 1943 Mussolini cayó, y por un momento ella se sintió en libertad de hablar. Pero cuando los alemanes ocuparon Italia, el miedo volvió, peor que antes. Fiammetta y los niños seguían al alcance de los nazis y de los fascistas que quedaban.

No pudo proteger a toda su familia. En octubre las SS lanzaron una redada contra los judíos de Roma y se llevaron a más de mil personas en una sola madrugada. Fiammetta y los suyos lograron

esconderse a tiempo. La escena se repitió en Venecia. Nella, su hermana mayor, y su marido murieron en un tren rumbo a Auschwitz.

Margherita recibió la noticia en Buenos Aires, semanas más tarde. Ella, que había leído las señales antes que nadie, que le había suplicado a su propia hija que huyera, no había podido proteger a su hermana. Debajo de la culpa, un miedo concreto: Fiammetta seguía en Roma, a merced de los mismos trenes de la muerte. Margherita no podía hacer más que seguir callando. Miró el Río de la Plata, de un pardo al que no se acostumbraba, y, por primera vez, lloró sin consuelo.

Después de que los partisanos fusilaran a Mussolini en abril de 1945, Margherita publicó sus recuerdos en el diario *Crítica* de Buenos Aires: catorce artículos en español, que los argentinos leyeron un invierno. Por fin podía hablar. Y lo primero que hizo con esa libertad fue defenderse.

Contó lo que podía soportar contar, y calló lo demás.



Margherita partió de Buenos Aires en julio de 1947. Eligió regresar a Italia. Tenía sesenta y siete años y había vivido los últimos siete exiliada, entre Argentina y Uruguay. En Montevideo quedaban Amedeo y su familia; en Roma la esperaban Fiammetta y sus niños. Mussolini llevaba dos años muerto. Los partisanos lo habían colgado de los pies junto a Claretta Petacci en una plaza de Milán, para que los italianos lo vieran vejado en la ciudad donde todo había comenzado. No escribió una sola línea de duelo por él; ya había

enterrado al socialista, al amante, y al estadista mucho antes que sus compatriotas.

Margherita volvió a Il Soldo y se entregó otra vez al arte. Recibió a unos pocos amigos, vio crecer a los hijos de Fiammetta y dejó que los días se deslizaran sin prisa. Murió en su lecho en 1961. En el ático de su casa quedaron las memorias escritas en América y las cartas de Benito, que habían cruzado el océano con ella, de ida y de vuelta. Cualquier editor habría pagado una fortuna por ellas. Nunca aceptó venderlas. Ni mostrarlas. Las mil doscientas setenta y dos cartas de Mussolini continúan inéditas en poder de los descendientes de Sarfatti.[65]

**54** Gutman, Daniel, *El amor judío de Mussolini. Margherita Sarfatti, del fascismo al exilio*.

**55** Cannistraro Philip V. y Sullivan, Brian R., *Il Duce's Other Woman*.

**56** El financiamiento de *Il Popolo d'Italia* combinó aportes de industriales italianos, fondos franceses interesados en la entrada de Italia en la guerra, y el respaldo personal de Margherita Sarfatti, que sostuvo el diario en sus años de mayor estrechez. (Cannistraro Philip V. y Sullivan, Brian R., op. cit.).

**57** Gutman, Daniel, op. cit.

**58** Gutman, Daniel, op. cit.

**59** Sarfatti, Margherita, *Mussolini. El hombre y el Duce*.

**60** Paráfrasis del elogio fúnebre que la propia Sarfatti escribió para su hijo, recogido en Sarfatti, Margherita, *Dux*.

**61** Gutman, Daniel, op. cit.

**62** Cannistraro Philip V. y Sullivan Brian R., op. cit.

**63** Sarfatti, Margherita, *My fault. Mussolini as I knew him*.

**64** Gutman, Daniel, op. cit.

**65** Sarfatti escribió sus memorias en inglés en 1947, con el título *My fault*. El manuscrito permaneció inédito hasta la edición anotada del historiador Brian Sullivan en 2014; en Italia apareció recién en 2026 como *È colpa mia. Mussolini come l'ho conosciuto* (Paesi Edizioni).

# 7

# LA ESPOSA POLACA DE NAPOLEÓN

## María Walewska y Napoleón Bonaparte

*Kiernozia,*
*invierno de 1801*

El cuaderno tenía tapas de cartón forradas en tela ocre. María Laczynski lo había cosido con prolijidad. Recortaba las noticias con la tijera de bordar y después las pegaba con engrudo sobre las páginas ásperas. Las cuidaba como reliquias. Bajo cada una, en caligrafía prolija, anotaba algunos pensamientos: "El general Bonaparte ha cruzado los Alpes. Lo imagino victorioso sobre el corcel". Soñaba con que tarde o temprano él castigara a los rusos que habían matado a su padre siete años antes.

De Mateo Laczynski le quedaban dos cosas: el recuerdo de los brazos fuertes levantándola en el aire y el grito seco de su madre la mañana en que llegó la noticia fatal desde el frente. A partir de entonces, Eva Laczynski se hizo cargo sola de los cinco hijos, y la falta de dinero comenzó a notarse pronto. Las molduras del cielorraso se desprendían en escamas sobre las alfombras raídas. Al atardecer, todos debían alejarse de las galerías para evitar a los murciélagos, ocultos entre las tejas rotas. Para afrontar los gastos vendió algunos muebles, pero conservó los que mantenían las

apariencias, como el piano del salón. Los nobles venidos a menos, insistía la mujer, tenían la obligación de no parecerlo.

Desde su regreso del convento en Varsovia, donde había aprendido modales, música y francés, María compartía la habitación con Honorata y Catalina, sus hermanas menores. Los dos hermanos, como tantos jóvenes que conocía, servían en el ejército galo. Los impulsaba la esperanza de que Bonaparte devolviera la independencia a Polonia, desmembrada entre Austria, Prusia y Rusia.[66]

A los catorce años María conservaba el encanto de la infancia, con una contextura pequeña y aspecto frágil. Las mejillas pálidas se ruborizaban ante cualquier mirada intensa. Eva decía que era la más bella de sus tres hijas, pero que jamás serviría para administrar una casa. La joven lo aceptaba; no le interesaban las tareas domésticas, sino lo que sucedía en Europa. Seguía atenta las noticias políticas y rezaba todas las noches. Primero por los hermanos ausentes, luego por la patria que tanto anhelaba y, por último, por Napoleón. El ritual culminaba con una mazurca que entonaban los soldados polacos; su hermano Teodoro se la había enseñado el verano anterior. Para ella, aquellos versos eran una plegaria.

Una noche de invierno, subió a la habitación con la última gaceta. Se sentó sobre la cama y la desplegó con cuidado. Un artículo informaba que Bonaparte había derrotado al imperio austríaco; recortó la noticia y la pegó en el cuaderno. Estaba a punto de escribir algo, cuando Honorata asomó la cabeza.

—Madre dice que apagues la vela. La cera cuesta y es tarde.

—Ya voy —respondió de mala gana, con la pluma en la mano.

Su hermana no se movió. Miró el cuaderno abierto.

—¿Qué anotas?

—Nada. Una fecha.

La niña frunció el ceño, se encogió de hombros y cerró la puerta. María escuchó los pasos alejarse y escribió rápido debajo del recorte: "Él nos dará una Polonia libre".

—¿Todavía con la luz encendida? —la voz de la madre llegó desde el corredor.

Cerró el cuaderno y lo puso bajo la almohada. Sopló la llama.

Afuera, la nieve caía sobre los robles pelados. Adentro, María cantaba para sí: "Cruzaremos el Vístula, cruzaremos el Varta, seremos polacos. Bonaparte nos ha dado el ejemplo".[67]



*Otoño de 1804*

A los diecisiete años, María se había convertido en una joven cautivante. El cabello rubio oscuro caía en bucles cuando lo soltaba por las noches. Las nuevas curvas tensaban las costuras de los vestidos, por lo que la madre le había adaptado algunos de los suyos. Al hablar transmitía una serenidad que muchos confundían con docilidad.

Una tarde después del almuerzo, Eva la llamó a la biblioteca que daba al jardín. La joven notó el ceño materno severo.

—Siéntate. Hay algo que necesito que sepas. El conde Anastasio Colonna-Walewski ha pedido tu mano. Fue el chambelán del último rey, es muy rico y, lo más importante, está dispuesto a tomarte sin dote.

María miró por la ventana en silencio. Afuera, el jardín tenía el color apagado de noviembre. La madre continuó.

—Esta cosecha ha sido peor que la anterior. Si no aceptas, no sé qué será de tus hermanas. No puedo educarlas como Laczynski en estas condiciones.

—¡El conde tiene casi setenta años! —se quejó con mezcla de espanto y de súplica.

—Y un nombre que detendrá a los acreedores. No te pido que lo ames. Yo me casé por amor y mira dónde estamos. Cásate y salva a la familia.

—Hasta sus nietos son mayores que yo —se puso de pie.

—Sí, lo sé.

—¿Y si me niego?

—Honorata y Catalina deberán trabajar como doncellas en alguna casa. Será una deshonra para la familia —sentenció con tono helado —. Y tendré que vender el piano.

María se acercó. Notó los huesos en las manos de su madre; las cubrió con las suyas.

—Dile que acepto.

Esa noche permaneció inmóvil, con la mirada fija en el techo. Pensaba en el futuro de sus hermanas; ella era lo único que la familia tenía para ofrecer. Cuando oyó la respiración acompasada de las niñas lloró contra la almohada hasta el amanecer.

Al día siguiente, tomó un pañuelo de lino bordado por su abuela, puso el cuaderno ocre en el centro, lo envolvió y lo guardó en el fondo de un baúl de viaje. Si debía dejar Kiernozia, sus pocas esperanzas de libertad irían con ella.

A pedido de la novia la boda fue íntima. Tras la ceremonia, el conde Walewski la besó en la frente y solo dijo una frase: "Gracias, mi querida". María reparó en las líneas alrededor de los ojos hundidos y contuvo las ganas de llorar una vez más. Se despidió de su madre con un abrazo breve. Honorata se aferraba a ella, impidiendo su partida. Eva las separó y los recién casados subieron al carruaje.

Kiernozia quedó atrás. El conde se durmió, vencido por el traqueteo. La cabeza le caía hacia un lado y de los labios le colgaba un hilo de baba. Cada tanto, dejaba escapar un resoplido. Ella apoyó la frente contra el vidrio frío y miró pasar los campos desnudos.

Al caer la tarde, el castillo de Walewice surgió imponente entre la arboleda. Un séquito de sirvientes aguardaba en la escalinata de mármol a la nueva condesa. María, abatida, no se fijó en los saludos, ni en las alfombras persas de los salones ni en los muebles de caoba importados de París. Apenas le fue posible, se excusó y se encerró en su habitación nueva para llorar. Anastasio atribuyó el retraimiento a las emociones del día y la dejó descansar.

La pareja pronto se acomodó a una rutina apenas interrumpida por las visitas ocasionales de los nietos del conde. Después del almuerzo, él se retiraba a la biblioteca para atender asuntos o dormitaba en el sillón de la sala de música hasta la hora del té. María pasaba el tiempo bordando en alguna estancia con vistas a los jardines. La mayoría de las noches cenaban solos y se retiraban temprano. Subían juntos las escaleras hacia sus habitaciones y algunas veces él le apoyaba la mano fría y huesuda en la nuca para guiarla a su propia recámara. Ella cumplía con lo que se esperaba de

una esposa, pero apenas Anastasio se dormía, se escabullía a su cama.

Aunque el marido la trataba con cortesía, la vida monótona la asfixiaba. Solo la sacaban del tedio las conversaciones con novedades sobre la situación política en Europa. El conde, culto y experimentado, seguía con atención las noticias sobre el ejército francés.

—Anastasio, ¿es verdad que Bonaparte se ha hecho coronar emperador por el papa?

—Sí, pero le sacó la corona de las manos y se la puso solo.

—¿Y eso qué quiere decir?

Él sonrió.

—Quiere decir, mi querida, que es demasiado ambicioso.

Irritada, María fingió concentrarse en el bordado. Su esposo estaba equivocado; el Napoleón en el que ella creía no era así.

Al año de la boda, nació Antoni. Aunque Anastasio quiso contratar una nodriza, ella insistió en amamantar a su hijo. Le cantaba canciones de su infancia y le tarareaba la mazurca que le había enseñado Teodoro. Pero cada vez que lo sostenía en brazos, una pregunta la asaltaba: "¿Qué será de él?". Era polaco de sangre, aunque su patria no existía en los mapas. Vivían bajo dominio prusiano y el idioma oficial era el alemán. Por eso, en octubre de 1806, al leer sobre la derrota de Prusia en Jena, sintió una alegría profunda. Napoleón había vencido en pocas horas y el rey Federico Guillermo III había huido de Berlín.

Unos días más tarde, Anastasio le contó que la caballería francesa había entrado en Varsovia y que la ciudad se preparaba para la inminente llegada del mismísimo Bonaparte.

—Debemos sumarnos a la comitiva de bienvenida. Prepárate para viajar.

—¿Cuándo partimos? —preguntó, incapaz de disimular el entusiasmo.

—Mañana mismo. El tiempo apremia.

—¿Liberará Polonia?

—Depende, mi querida. El emperador no hace nada que no le convenga a Francia.

—Pero los polacos pelean para él; mis hermanos pelean para él.

—Eso no significa que esté en deuda con nosotros. Significa que sabe usarnos.

—Pero tendrá que prometer algo a cambio de nuestro apoyo —insistió María—. No puede pedir sacrificios y luego dejarnos solos.

El conde apoyó la copa. Lamentaba desengañarla.

—Bonaparte no pide sacrificios: los acepta. Solo si logramos convencerlo de que nuestra causa beneficia a Francia, quizá volvamos a tener una Polonia independiente.

—Entonces habrá que convencerlo.

Esa noche, Anastasio la invitó a dormir con él. Cuando giró sobre el colchón y soltó un ronquido, ella se incorporó. Caminó descalza sobre el mármol helado hasta su dormitorio. Sacó el cuaderno ocre y pasó las páginas hasta llegar a la leyenda: "Él nos dará una Polonia libre". Y ella se iba a asegurar de estar allí para presenciarlo.



*Posta de Blonie,*
*1 de enero de 1807*

El carruaje avanzaba bajo una nevada fina. El barro hacía resbalar a los caballos en las curvas. María se había calzado el gorro de piel negra hasta las orejas y se cubría la falda con una manta para combatir al intenso frío dentro del coche. El conde había desistido de viajar a último momento: otro ataque de gota. Dispuso que una prima suya, Otilia, la acompañara; no debían perderse la entrada del emperador en territorio polaco. La mujer hablaba sin pausa; María fingía escucharla, aunque su mente estaba en otra parte.

Al mediodía llegaron a la posta de Blonie, un edificio bajo de madera oscura, con una caballeriza y una taberna. Un centenar de personas esperaban el inminente paso de Bonaparte.

El cochero se apeó, habló con el tabernero y regresó al carruaje.

—Está a unos diez minutos, madame —le comunicó a María al abrirle la portezuela.

Las mujeres descendieron. El frío les golpeó la cara y Otilia sugirió regresar al coche.

—Lo podrás ver desde la ventanilla, María. No te metas entre la gente. Te van a aplastar.

—¡No he venido hasta aquí para ver el barro de sus ruedas! Quiero ver de cerca al emperador.

Caminó hasta donde la multitud se apretaba contra una cuerda tendida para mantener la entrada despejada. Otilia no la siguió. María empujó entre la muchedumbre, a pesar de los codazos y del lodo que arruinaba sus botas. Quería ubicarse delante de todos.

Primero apareció la escolta imperial y detrás, un coche tirado por seis caballos embarrados. Se detuvieron frente a las caballerizas

para cambiar los animales. La gente se apretó contra la cuerda. María se apretó contra la gente.

Del carruaje bajó un hombre de unos treinta años, con uniforme verde oscuro y un sombrero de dos picos bajo el brazo. Miró alrededor, se alzó el cuello del capote y se dirigió al edificio. Al pasar cerca, María gritó en francés:

—¡Monsieur! ¡Por la gracia de Dios, concédame un instante ante Su Majestad!

Él se detuvo. La encontró entre el gentío: una joven rubia, con el gorro ladeado por los empujones. Hizo una seña y los polacos que la rodeaban se apartaron.

—Madame —le tendió el brazo.

Ella se dejó guiar. Las piernas le flaqueaban, se aferró a su acompañante para no caer. A lo lejos Otilia chillaba su nombre.

Al llegar al carruaje; el mariscal Duroc se inclinó hacia adentro.

—Majestad, esta joven ha desafiado a la multitud por verlo.

Una voz respondió algo que ella no alcanzó a comprender y el soldado se apartó para dejarla pasar. María se asomó al interior del coche; olía a cuero. Allí, sentado, estaba Napoleón Bonaparte.

El emperador tenía treinta y siete años. Ella lo vio más joven, el cabello oscuro peinado hacia adelante enmarcaba la piel aceitunada sin arrugas. Los ojos, de un gris acerado, la atravesaron sin remedio.

—¡Sea bienvenido, Majestad; mil veces bienvenido a esta tierra de héroes que lo espera para alzarse!

No supo cómo le habían salido esas palabras. La cara le ardía; intentó retroceder, pero el cuerpo no le obedeció.

Él recorrió las facciones; la piel blanca, casi transparente, el cabello desordenado, las pestañas oscuras, húmedas por la emoción.

—¿Cómo se llama, madame? —preguntó Bonaparte, con una sonrisa en los labios.

—María Walewska, señor.

—Una polaca que sabe lo que quiere.

Se inclinó hacia el asiento de enfrente, donde amontonaba los obsequios que recibía en el viaje. Tomó unas flores atadas con cinta blanca, y le tendió el manojo. Antes de soltarlo, le apretó los dedos.

—Guárdelo, madame. La veré en Varsovia para hablar de Polonia —una invitación que sonó a orden. Luego hizo una seña al hombre del capote, que subió al coche, y el carruaje siguió camino.

María vio una mano agitar el sombrero por la ventanilla hasta desaparecer. Quedó clavada en el lugar con el ramillete apretado contra el pecho mientras la multitud se dispersaba. Otilia se acercó y la sacudió.

—María, ¿me oyes?

Ella seguía con la vista fija en el camino vacío.

—Vamos. Cada vez hace más frío —insistió la prima.

En el carruaje, María extendió un pañuelo de lino sobre el regazo y envolvió las flores. Otilia no cesaba de hablar; quería saber qué le había dicho Bonaparte, si era atractivo, por qué le había hecho un regalo. Ella respondió con monosílabos hasta que su acompañante comprendió y calló.

Llegaron a Varsovia de noche. Anastasio dormitaba junto al fuego. María le besó la frente, y le agradeció por haberle permitido viajar. Le dijo que el emperador era todo lo que había imaginado. El conde sonrió sin abrir los ojos. Ella lo dejó dormir y subió a su recámara.

Cerró la puerta con llave y desplegó el pañuelo sobre la cama. Allí estaban los cinco capullos blancos, la cinta arrugada y el recuerdo

obstinado de aquel roce a través del guante. Guardó el regalo de Napoleón en el cajón junto al cuaderno ocre.

Esa noche durmió con la vela encendida, como símbolo de esperanza por el futuro.



*Varsovia,*
*7 de enero de 1807*

El palacio real, cerrado durante años, reabrió sus puertas para recibir al emperador de Francia. Desde los muros, los retratos de los antiguos monarcas polacos observaban a la alta sociedad reunida para conocerlo.

Los Walewska figuraban entre los invitados más distinguidos. Anastasio había elegido para su esposa un vestido de seda verde esmeralda. La doncella le recogió el cabello y le ajustó una gargantilla familiar de zafiros y diamantes. María se miró en el espejo: esa noche volvería a ver a Napoleón, no entre la multitud, sino como condesa. Había ensayado una frase en francés sobre Polonia para el momento de la presentación. Pensaba decirla mirándolo a los ojos.

A las nueve y media, Bonaparte entró escoltado por sus mariscales. Atravesó el salón sin detenerse hasta el estrado del fondo. La orquesta interpretó una polonesa y, al terminar, comenzó la presentación oficial.

Las damas avanzaban de a una para hacer una reverencia ante el emperador y retirarse. Cuando le llegó el turno, María se inclinó. Al

alzarse, se encontró con los ojos grises fijos en ella. La frase que había ensayado murió en su garganta. Bajó la cabeza y regresó a su lugar.

El conde le susurró que lo había hecho muy bien. Mientras las presentaciones se sucedían, ella vio al hombre que la había acercado al carruaje en Blonie hablar con el emperador. Enseguida el caballero descendió del estrado y las miradas de los invitados lo siguieron. Cruzó el salón hasta detenerse frente a los Walewska. Anastasio se acomodó el cuello del uniforme.

—Soy el gran mariscal Duroc —saludó al conde. Luego se volvió hacia María.

—Madame, ¿me permite?

La apartó unos pasos y le habló en voz baja. Ella inclinó la cabeza para escuchar.

—Su Majestad ansiaba volver a verla. La esperaba con impaciencia —miró de reojo al conde—. Cuando vio llegar a su marido murmuró: "Pobre hombre" —le susurró.

María se volvió hacia Anastasio, erguido en su uniforme de chambelán, con las condecoraciones brillando en el pecho. "¿Cómo se atreve el emperador a compadecerlo?", pensó. Duroc continuó:

—Su Majestad desea abrir el baile con usted.

Un frío repentino la recorrió. El salón empezó a desdibujarse.

—Señor, agradezca al emperador el honor. Me temo que no me siento bien. Le ruego que me disculpe.

Duroc no insistió y regresó al estrado.

Anastasio se acercó.

—¿Qué te ha dicho?

María pensó: "Te llamó pobre hombre", pero calló. En cambio, dijo:

—El emperador me ha invitado a abrir el baile con él. Me he excusado. No me siento bien.

—¿Por qué? ¿Cómo se te ocurre rechazarlo?

—Porque me tiemblan las piernas. No habría podido bailar. —Mintió; no podía hacer otra cosa.

—María, ¿te das cuenta de lo que acabas de hacer?

—Por favor, llévame a casa.

—Será lo mejor —asintió el conde.

En el carruaje, Anastasio recuperó la calma:

—Quería que fueras la reina de la noche. Toda Polonia te miraba. Hubiera estado tan orgulloso de ti —le tomó la mano, y tras un silencio breve, volvió a hablar—. Duroc te dijo algo más.

Ella no respondió.

—No me lo cuentes si no quieres, pero dime una cosa: ¿te faltó el respeto?

—Quiero llegar a casa y dormir. No me siento bien.

Él no le soltó la mano durante el resto del viaje.

María subió a su habitación, se desvistió y apagó la vela. En la oscuridad revivió la escena una y otra vez. Los ojos de acero. Duroc cruzando el salón. "Pobre víctima".

Había llegado a Varsovia en busca del hombre invencible que le devolvería un país para su hijo. Pero él no quería hablarle de Polonia, y ni siquiera se molestaba en disimularlo.

*Varsovia,*
*15 de enero de 1807*

La invitación llegó en un sobre lacrado con el sello del palacio Pod Blachą. Anastasio subió al cuarto de María con la noticia. Ella estaba en cama desde la recepción imperial. Llevaba días con las cortinas cerradas, sin probar más que caldo.

—Estamos invitados al baile que el príncipe José Poniatowski ofrecerá el martes en honor del emperador.

María no tomó la invitación.

—Sigo enferma.

—Llevas varios días igual.

—Es el frío.

Anastasio se sentó al borde de la cama, vencido por la gota.

—No acepto más excusas. María, mírame. No sé qué pasó aquella noche, pero no podemos desairar al príncipe.

—Dile que estoy enferma.

—No puedo. Es sobrino del último rey de Polonia y ocupará un lugar decisivo si volvemos a ser independientes. Tenemos que asistir.

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

Ella volvió el rostro hacia la pared.

—Iremos. Hazte a la idea y prepárate —ordenó.

El martes por la mañana, María fue a misa con su doncella, pero no oyó el sermón. Arrodillada en un banco, rezó para que Napoleón no asistiera al baile, segura de que la plegaria no sería atendida.

Al volver, encontró dos vestidos extendidos sobre la cama: uno de terciopelo azul oscuro, el favorito de Anastasio, y otro color crema

con bordados de plata que él había encargado en París para ella. María ordenó a su doncella guardarlos y sacar de un baúl una túnica de raso blanco.

—Madame, es de cuando usted era soltera. No es un vestido digno de una condesa.

—Ese, Ana.

—Permítame al menos sugerirle la gargantilla de brillantes. Le añadirá presencia.

—No quiero joyas.

Pidió un peinado sencillo, recogido bajo una corona de hojas frescas. Por último, sacó un rosario de madera oscura, regalo de comunión de su madre, y lo escondió bajo el corpiño, contra la piel.

Anastasio la esperaba muy elegante en su uniforme de gala. Tenía la cara enrojecida por el ponche caliente que había bebido para soportar el frío y mitigar la espera.

—Pareces una niña con ese peinado. ¿Dónde está tu gargantilla? ¿Y por qué no te has puesto el vestido azul que te favorece tanto?

—Tú me enseñaste que la mayor elegancia está en la sencillez.

El conde intentó persuadirla para que se cambiara, pero se había hecho demasiado tarde. Partieron.

El palacio Pod Blachą, a orillas del Vístula, había sido transformado por el príncipe Poniatowski a la moda parisina: paredes en verde pálido, molduras doradas y espejos de pared a pared. Esa noche recibía a cuatrocientos invitados, los más importantes de la sociedad polaca, ansiosos por codearse con Bonaparte.

Llegaron tarde y Anastasio se irritó al enterarse de que el emperador ya había ingresado al baile. Iba a reprocharle a su mujer la tardanza cuando los interrumpió un joven oficial.

—Madame Walewska, Su Majestad solicita el honor de bailar la siguiente polonesa con usted.

María sintió el rosario moverse bajo el corpiño al ritmo de su respiración. Miró a su esposo.

—Será un honor, capitán —respondió el conde por ella.

María se sentía mareada. Siguió al oficial sin levantar los ojos de la punta de sus zapatos blancos. En el centro del salón la esperaba Napoleón. Llevaba una casaca de terciopelo oscuro sobre la que resaltaba la cruz de la Legión de Honor. Le dedicó una sonrisa amplia y deslizó la mirada hasta detenerse en la piel pálida del escote desnudo.

Los invitados se acomodaron alrededor de la pareja. El emperador la tomó de la mano y el aroma a colonia de romero la envolvió.

Bonaparte era mal bailarín. Se adelantaba a la música y, en un par de ocasiones, le pisó los pies. María no lograba seguirlo y la cabeza le daba vueltas. A mitad del baile, él se inclinó y murmuró:

—Blanco sobre blanco no va, madame.

María tardó un instante en comprender que hablaba de su vestido. Sintió el calor subir por las mejillas. La mano del emperador apretó un poco más sobre sus dedos.

—Éste no es el recibimiento que esperaba, condesa —no ocultó su decepción.

Napoleón la apartó apenas y la soltó con brusquedad. Dio media vuelta y abandonó el salón. María quedó sola en el centro de la multitud. La música cesó.

Anastasio se abrió paso, tomó a su esposa del brazo y la llevó hasta una ventana entreabierta. Le puso una copa de champagne en

la mano, pero ella no bebió. Sentía las miradas fulminantes y escuchaba las risas ahogadas de unas mujeres a sus espaldas.

—Lo desairaste una vez más. Había cuatrocientas personas pendientes de ustedes. Nuestro nombre está en boca de todos —murmuró con rabia contenida.

Ella miró las burbujas que subían en línea recta y estallaban en la superficie. Deseó poder desvanecerse con la misma facilidad. El conde le quitó la bebida y tomó un sorbo.

—Vamos a casa.

Salieron por una puerta lateral sin despedirse de nadie. En el coche, María seguía viendo el rostro sonriente de Napoleón. Cerró los ojos para contener las lágrimas. Cuando volvió a abrirlos, encontró en la ventana su reflejo pálido bajo la corona de hojas.



*Varsovia,*
*21 de enero de 1807*

María despertó con la primera luz de la mañana. La doncella había dejado el desayuno junto a un sobre. Se sentó bajo la ventana, tomó un sorbo de té, y leyó la nota.

> *No veo a nadie más que a ti. No admiro a nadie más que a ti. Deseo una respuesta que apacigüe mi ardor impaciente.*[68]
>
> *N.*

Cuando la doncella le contó que la carta había llegado a las tres de la mañana pensó que Blonie había sido un error grave; jamás debería haber ido. Tenía que convencer a Anastasio de regresar a Walewice de inmediato. Quería alejarse de Napoleón.

Al mediodía, el mayordomo la encontró en la biblioteca.

—Madame, el príncipe Poniatowski desea verla.

—Debe estar aquí por el conde. Avísale a mi marido.

—El conde sigue en cama. Anoche tuvo otro ataque de gota. Y el príncipe preguntó por usted.

María encontró a Poniatowski en la sala de música. Lo notó preocupado.

—Madame Walewska, perdóneme por venir sin anunciarme.

—Príncipe, soy yo la que le debe una disculpa por haberme retirado del baile sin saludarlo. Me sentí mal de repente.

Él esperó a que el mayordomo cerrara la puerta.

—Anoche el emperador no durmió. Esta mañana antes de las seis había recibido a tres ministros y a dos generales. Con ninguno habló de política; solo habló de usted.

María se ruborizó.

—Yo…

—Déjeme terminar, madame. Lo que debo decirle no es fácil.

Ella se sentó.

—El emperador decidirá el destino de Polonia en las próximas semanas. Cada palabra pesa; cada gesto también. Y en este momento, en su mente solo está usted. No vengo por mí, madame, sino por todos los que anoche vieron cómo la miraba.

—Parece olvidar que soy una mujer casada.

—Madame, le hablo como polaco. Hay millones de personas esperando que Bonaparte nos devuelva una patria. Usted tiene dos hermanos en su ejército y un hijo que puede crecer en un país o hacerlo en una provincia. No es nada que no sepa, pero le pido que entienda la gravedad de la situación.

María estrujó sus manos. Poniatowski bajó la voz.

—Un desaire como el de anoche podría costarnos caro.

—¿Mi marido sabe que ha venido?

—Su marido es un patriota.

Afuera nevaba. María se acercó a la ventana y observó los copos caer en silencio.

El noble insistió:

—Polonia está en sus manos, madame.

María miró el retrato de Anastasio colgado sobre el hogar.

—Príncipe, déjeme sola, por favor.

Él inclinó la cabeza, y antes de salir, agregó:

—Rezo para que vea con claridad, madame.

Ella no se movió hasta oír el carruaje alejarse. Después subió a su habitación, sacó la carta y la leyó otra vez. "Deseo una respuesta", exigía el emperador. No la tenía.

Las visitas no cesaron en toda la mañana. El salón se llenó de uniformes, de botas húmedas de nieve, de voces que se superponían al verla aparecer. Los nobles polacos estaban allí porque María representaba una esperanza para la patria.

—Si hubiera nacido hombre, señora, habría dado la vida por Polonia. Pero Dios la ha hecho mujer. Hay sacrificios que solo una mujer puede ofrecer.

—Piense en Esther. No fue el amor lo que la llevó ante Asuero.[69]

—La suerte de la nación entera depende de un gesto suyo.

Buscó a Anastasio con la vista. Estaba junto a la ventana, asintiendo a cada frase. Miraba a los hombres que mencionaban a Polonia con emoción. Incapaz de contener las lágrimas, María se disculpó y se refugió en su habitación.

Una hora más tarde, la doncella llamó a la puerta. Otra visita imperiosa la buscaba.

—Madame, el mariscal Duroc.

—Dile que no puedo recibirlo.

—Insiste en que es urgente. Pregunta si hay respuesta para el emperador.

María llegó al recibidor sin disimular el fastidio. Duroc la saludó con frialdad y le tendió un sobre lacrado. Ella lo abrió con un temblor en las manos.

> *¿Os he disgustado, madame? ¿Me he equivocado? Arruinas mi reposo. Dale un poco de esperanza al corazón que querría adorarte. ¿Es tan difícil dar una respuesta? Me debes dos.*
>
> *N.*[70]

—Madame, tengo órdenes de no irme sin una contestación —el mariscal frunció el ceño.

—La tendrá. Aguarde aquí, por favor.

La condesa se encerró en la biblioteca. Con la hoja en blanco sobre el escritorio pensó en Antoni, dormido en Walewice, y en sus hermanos en el frente. Volvió a oír la frase del príncipe: "Polonia está en sus manos".

La pluma le temblaba. Apenas logró escribir: *Su Majestad: Gracias por sus misivas.* No firmó. Volvió al recibidor, entregó el sobre al

mariscal y regresó a la sala donde los nobles aun discutían. Caminó hasta el centro de la habitación y bajó la vista. Pensó en su padre, muerto defendiendo Polonia.

—Hagan de mí lo que quieran —dijo en voz apenas audible.

El salón se deshizo en bendiciones. Anastasio la estrechó, satisfecho, y le susurró que era una buena polaca. Ella lo dejó hacer.

A las ocho de la noche, la doncella anunció que el mariscal Duroc estaba de regreso.

María bajó al recibidor.

—Madame, el emperador me ha encomendado conducirla hasta el castillo real.

Le tendió una capa de piel y un velo oscuro.

—Para que no la vean —dijo mientras la ayudaba con el abrigo.

Subieron al carruaje. El trayecto al castillo fue breve. Al llegar, el coche entró por un portón lateral. Adentro, el mariscal la guio por un laberinto de pasillos hasta un pequeño salón. Se acercó a la mesa donde esperaban un botellón de vino y dos copas, junto al hogar ardiente. María no se atrevió a sentarse en las butacas de terciopelo.

—Su Majestad estará con usted enseguida —la dejó sola.

María se acercó a la ventana que daba a una plaza. Abajo, la gente bailaba alrededor de hogueras encendidas en honor del emperador. Le llegó el sonido lejano de un violín que tocaba una mazurca. ¿Y si todo aquel pueblo bailaba por nada? La duda la angustió.

Media hora más tarde, oyó pasos. Se acomodó el cabello sin pensarlo. Napoleón entró solo. Cruzó la habitación hasta la ventana y cayó a sus pies.

—Madame, por favor no me tema. Aquí no hay un emperador; solo un hombre enamorado.

María miró el águila bordada en la casaca del uniforme; llevaba once años esperando con ansiedad a esa águila para que devorara a quienes se habían repartido su país.

Napoleón la sentó en una butaca y se paró detrás. Le rozó el hombro con el dorso de la mano e intentó besarle el cuello. María se levantó de un salto e intentó correr hacia la salida.

Bonaparte la alcanzó antes y la tomó por la muñeca con firmeza.

—Madame, ¿va a huir como una niña?

—Suélteme, señor. Se lo ruego.

La soltó al instante. María, apoyada contra la puerta todavía cerrada, temblaba. Él se alejó y regresó a las butacas.

—Venga, madame. No la voy a tocar.

Ella avanzó con lentitud; los ojos grises la estudiaban. Sintió el calor subirle por el cuello.

—¿Por qué se casó con un viejo?

María tardó en responder.

—Mi padre murió combatiendo contra los rusos. No teníamos nada, señor. Era la única manera de que mis hermanas no terminaran de criadas.

—¿Y por qué sigue casada con él?

—Soy su mujer ante Dios.

Napoleón rio, divertido.

—Sin embargo, está aquí conmigo. No la ha traído Dios; la ha traído su amor por Polonia. Háble me de ella.

María comenzó a describir su tierra con devoción. Si lograba que él amara aquellos campos, quizás amaría también la causa de

devolvérselos a su pueblo.

Pero Bonaparte no estaba interesado en Polonia. Una mujer que se aferraba a los votos matrimoniales y a los principios religiosos le inspiraba curiosidad.

—Mejor hábleme de usted —le acercó una copa de vino.

Ella le habló de los años en el convento, del padre caído en combate y de sus hermanos en la *Grande Armée*. Él la escuchaba con atención. A veces la interrumpía con alguna pregunta. Sin notarlo, María empezó a relajarse.

Después de un silencio, Napoleón preguntó:

—¿Sabe usted que antes de ver Córcega surge el perfume de la isla en el aire?

—No lo sabía, señor.

—Sí. El viento lleva el olor seco de los arbustos hasta las naves cuando la costa aún no se ve. Es lo que más extraño de mi tierra, el aroma de mi infancia.

Le tomó la mano y le pasó el pulgar por la palma, con suavidad. María quiso esconder las uñas mordidas.

—Madame, tiene usted manos de niña —le besó los dedos y los soltó. —De ahora en adelante quiero que me llames Napoleón y me trates de tú. ¿Lo harás?

María apenas asintió en silencio.

Llamaron a la puerta.

—¿Ya? —el emperador se fastidió.

Duroc se asomó.

—Majestad. La condesa debe regresar.

Napoleón se volvió hacia ella.

—Hasta pronto, mi dulce paloma —le acomodó el velo sobre el cabello.

En el carruaje, todavía conmovida por la amabilidad del emperador, María advirtió que no le había pedido nada para Polonia.



A la mañana siguiente, la doncella entró con una bandeja. Llevaba un sobre y un estuche pequeño de terciopelo.

María primero leyó la carta.

*María, mi dulce María, mi primer pensamiento es para ti, mi primer deseo es volver a verte. Volverás, ¿no es verdad? Me lo prometiste. Si no, el águila volará hacia ti. Acepta este obsequio, que será nuestro lazo secreto en medio de la gente.*

*N.*[71]

Dentro de la caja descansaba un prendedor en forma de ramo de flores: hojas de esmeralda, pétalos de diamantes y rubíes en el centro. "Una joya de cortesana", pensó ofendida.

Bajó descalza a la biblioteca. Tomó una hoja, mojó la pluma y escribió:

*Señor,*
*La condesa Walewska devuelve a Su Majestad este obsequio. No espera diamantes; espera que Polonia vuelva a tener un nombre.*

*M. W.*

Dobló la carta, la colocó junto a la joya y llamó a la doncella.

—Lleve esto al gran mariscal Duroc, en mano.

Sintió un alivio inesperado. Napoleón la olvidaría; y aunque Varsovia toda la detestaría, volvería a ser quien había sido hasta Blonie. Sería la esposa del conde Walewski, la madre de Antoni. Esa tarde estuvo de buen ánimo. Subió a ver a Anastasio, le leyó unas horas, cenó a su lado y lo acompañó hasta que él se durmió.

A las nueve de la noche escuchó el carruaje. Comprendió entonces que nada había terminado.

—Madame, Su Majestad ha estado de muy mal humor todo el día. Le envía esto —Duroc le extendió un sobre con el sello imperial.

María, con la espalda hacia el mariscal, leyó la nota:

> *¿Cómo satisfacer la necesidad de un corazón enamorado, que quisiera arrojarse a tus pies con el más vivo de los deseos? ¡Oh, ven, ven! Todos tus deseos serán cumplidos. Querré más a tu patria cuando hayas tenido piedad de mi pobre corazón.*[72]

—Es importante que me acompañe al palacio —presionó Duroc.

Ella comprendió que una negativa solo significaría otro carruaje al día siguiente, y otro más después. Además, el emperador prometía cumplir sus deseos. Decidió ir con él.

Napoleón la esperaba en el mismo salón, en la penumbra. Sin saludarla, le quitó la capa y la tiró al suelo. Después, le señaló la butaca, pero él permaneció de pie.

—¿Por qué devolvió mi regalo? ¿Es así como una mujer agradece a un emperador la atención que le presta? —había dejado de tutearla.

María apretó los dedos sobre el regazo.

—No quise ofenderlo, Majestad.

—No me ha ofendido. Me ha confirmado lo que ya pensaba.

Ella levantó la vista.

—Ustedes, los polacos, son todos caprichosos. Reciben mis tropas como si trajeran la salvación, pero cuando les pido un regimiento, me dan media compañía. Quieren una patria, pero no están dispuestos a pagar el precio.

Acostumbrado a la sumisión indefectible, la resistencia de esa joven era un desafío que lo seducía, pero también lo irritaba. Continuó levantando la voz.

—¿Cómo justifica su conducta? Le pido que venga, y viene, pero le envío un regalo y me lo devuelve. ¿Cree que puede jugar conmigo?

—No es mi intención, Majestad —sentía que la respiración se le aceleraba.

—Entonces, ¿qué hace? ¿Qué busca?

María entendió que ese era el momento de hablar. Polonia dependía de que ella lo dijera.

—Busco lo que prometió. Quiero una patria —las lágrimas se le acumulaban en los ojos e intentaba no parpadear.

Napoleón se acercó. Metió la mano en la chaqueta y sacó un reloj de bolsillo.

—Madame, escúcheme con atención. Solo yo decidiré si Polonia vuelve a existir.

Miró el reloj, lo levantó y lo estrelló contra el mármol del hogar. El golpe seco la estremeció.

—Así como puedo destruir un reloj con una mano, despedazaré las esperanzas de su país si se empeña en desafiarme —las venas del cuello de Bonaparte se marcaban.

María se deslizó de la butaca y cayó de rodillas sobre la alfombra. Los sollozos le sacudían el cuerpo entero; quería tomar aire, pero no podía. Al verla en el suelo, él pareció volver en sí. Se arrodilló a su lado.

—No llore. No llore, se lo ruego. Yo no quería esto.

María se dejó secar las lágrimas con los pulgares. Permitió que el emperador la levantara. Él la besó sobre los párpados cerrados. Cuando buscó su boca, ella no se apartó. Se aferró a una sola idea, Polonia. Y se entregó.

Más tarde, Bonaparte le puso la capa sobre los hombros y llamó a Duroc, que esperaba en el corredor.

—No le temas al águila, mi dulce paloma —le rozó la sien con los labios—. Acabarás por amarme. Yo sabré esperar.

María se sentó en el carruaje apretando las manos contra las rodillas para que no le temblaran. Cuando llegó a la casa, se desnudó en la oscuridad. Se metió en la cama e intentó rezar, pero no recordaba las palabras.

Al día siguiente, Anastasio partió hacia Walewice. No preguntó dónde había estado María la noche anterior. Ella lo despidió con un beso en la frente y la promesa de visitarlo pronto.

Durante el viaje, el conde releyó varias veces la carta que un edecán le había entregado temprano en la mañana. Una nota cortés en la que Su Majestad le agradecía los servicios prestados y le informaba que, en adelante, solo requeriría la presencia de la condesa Walewska en Varsovia. Debía salir de la ciudad. Anastasio, que había servido al último rey de Polonia, sabía reconocer una orden.

Esa tarde, María se sentó frente al espejo para arreglarse. La mujer que la miraba no era la joven de Blonie. Por la noche volvió al castillo.



El ritual se repitió cada noche durante las semanas que el emperador permaneció en Varsovia. María distinguía el sonido del carruaje y podía calcular los minutos exactos que tardaba la doncella en anunciar a Duroc. Después él la saludaba y subían al coche. Reconocía la esquina donde las ruedas hacían un sonido pesado y a los guardias que custodiaban la entrada lateral. Todo era rutina, salvo el corazón, que latía un poco más deprisa con cada visita. María sentía que se estaba enamorando.

En cuanto Duroc cerraba la puerta, Napoleón la besaba con hambre y ella respondía con intensidad.

Una noche, él no la besó. La apoyó contra la casaca y la estrechó contra el pecho. María respiró la colonia impregnada en la tela.

—Ha sido un día muy largo.

—Cuéntame.

—No quiero hablar de política. Siéntate aquí, a mi lado.

Se sentaron en un sofá frente al hogar y contemplaron el fuego hasta que Napoleón habló.

—Hoy hace veintidós años que murió mi padre.

María le acarició la mejilla. Él continuó:

—Yo estaba en la escuela militar, en Brienne; tenía quince años. Me lo dijo el rector en un pasillo.

A ella le costaba reconciliar al hombre que daba órdenes a millones de soldados con el chico solo en un corredor de la escuela, oyendo que su padre había muerto.

—Mi madre quedó con ocho hijos. Yo era el segundo, pero José nunca sirvió para mucho. Terminé la carrera. Vivía solo con pan y café; enviaba todo mi salario a mi familia.

—El mío murió cuando yo tenía siete. Los rusos. Mi madre tuvo que criar cinco hijos y las deudas crecían. Por eso me casé con Anastasio.

—Lo sé. Somos dos huérfanos. Yo a los quince, tú a los siete.

A la joven se le cerró la garganta. Él continuó:

—Nadie sabe cuánto lo extraño ni lo que daría porque me viera hoy. Ni siquiera mis hermanos lo comprenden.

Ella también seguía esperando, muchas veces, oír la voz de su padre llamarla.

Esa noche no hicieron el amor. Hablaron de los recuerdos familiares hasta que Duroc los interrumpió.

De regreso, María sacó el cuaderno ocre y lo abrió en la página donde a los catorce años había escrito con letra prolija: *Él nos dará una Polonia libre.* Tomó la pluma y escribió debajo: *Y yo haré que jamás se sienta solo.* Cerró el cuaderno. Esa noche no rezó por Polonia; rezó por el niño del pasillo de la escuela en Brienne.

A partir de entonces llegaron otras noches largas, hechas de conversaciones hasta el amanecer, mientras la confianza crecía entre ellos. Afuera, la primavera empezaba a insinuarse. Con ella volverían las campañas.

Una noche de fines de marzo, Napoleón la hizo pasar a un gabinete donde María jamás había entrado.

—Tengo algo para ti.

La llevó hasta una mesa sobre la que estaba desplegado un mapa de Europa central. Ella se inclinó y reconoció el curso del Vístula, Varsovia, las tierras donde había crecido.

Napoleón trazó una línea imaginaria con el dedo.

—Lo llamaremos Ducado de Varsovia.

María miró el espacio señalado con sorpresa.

—¿Un ducado? Mis hermanos están peleando por un reino.

—Un reino obligaría al zar a destruirme. Es todo lo que puedo darte por ahora.

El zar Alejandro I. "El hijo de hombre que asesinó a mi padre", pensó María.

—¿No vas a decir nada? —Napoleón la observaba desconcertado.

Ella intentó recuperar la compostura.

—Gracias, señor.

Él apartó el mapa y le tomó el rostro entre las manos.

—Quería que fueras la primera en saberlo.

Esa noche, de regreso en su habitación, María abrió el cuaderno ocre. Pasó las páginas de a una: Rivoli, Austerlitz, Jena. Durante años había llenado aquellas hojas con las hazañas del hombre que parecía el libertador de pueblos. Volvió a escuchar: "Un reino obligaría al zar a destruirme". Era la voz de un emperador. La pluma quedó suspendida sobre el papel unos segundos. Después cerró el cuaderno sin escribir nada.

Pocos días más tarde, Bonaparte partió. La guerra contra Rusia lo reclamaba otra vez. María llenaba las semanas con las cartas que él le enviaba, escritas en aquella caligrafía difícil, pero que ella había aprendido a descifrar. Las guardaba junto a las flores de Blonie. Las

gacetas hablaban de nieve teñida de rojo, de miles de hombres que no regresarían. Rezaba por Polonia. Y también por él.



*Palacio Finckenstein,*
*primavera de 1807*

María llegó al palacio Finckenstein al anochecer, cuando aún quedaba luz sobre la fachada entre los pinos. El emperador la esperaba en el ala que había hecho despejar para que ella ocupara las siguientes semanas: tres salones, una biblioteca y un dormitorio con vistas a un jardín de senderos de grava blanca. Las instrucciones habían sido claras: nadie debía conocer la presencia de madame Walewska, salvo Duroc y un par de sirvientes de extrema confianza. A Bonaparte le preocupaba que los rumores llegaran a París, en particular a los a oídos de su mujer, Josefina.

Napoleón se paseaba impaciente, asomándose a cada momento por la ventana que daba a la entrada. La vio bajar del coche, tomada del brazo del mariscal. Salió al corredor y la encontró al pie de la escalera. Le apartó le velo y la atrajo hacia sí. Duroc bajó la vista y se retiró.

Una vez a solas, María le tomó la cara con ambas manos, sostuvo los ojos grises que había extrañado durante tres meses y lo besó en los labios. Él se dejó hacer, desconcertado por la audacia.

—Te dije que acabarías por amarme —murmuró, y le devolvió el beso.

La habitación olía a la leña húmeda que ardía en el hogar y a las frutas acomodadas sobre una bandeja. María le abrió la casaca, botón por botón, despacio, sin apartar la mirada. Cuando llegó al último, Napoleón apresó sus manos y la atrajo contra el pecho.

Se tendieron en la cama. Él le besó la sien, los hombros, el ombligo. Ella encontró una cicatriz vieja en el muslo izquierdo y la recorrió con la yema de un dedo.

—Fue en el sitio de Tolón, hace catorce años. Ahora solo me importa que caigan tus defensas.

Los cuerpos se movían despacio; no había carruajes esperando ni casa a la que regresar antes del amanecer. María se aferró a la piel tibia, al latido apresurado contra el suyo, al temblor que le recorría el cuerpo.

Después quedaron tendidos frente a frente. Napoleón le pasó el pulgar por la mejilla. Ella lo tomó entre los dientes con suavidad, sin apretar, y lo soltó. Él rio, y fue una risa nueva, casi infantil. Se durmió con una mano sobre el pecho de María, como si quisiera asegurarse de que no se iría. Ella permaneció despierta, pensando en el hombre que respiraba a su lado.

Con el paso de los días, aprendió sus costumbres. Lo consumía una energía inagotable: dormía poco, comía deprisa, dictaba órdenes mientras firmaba despachos. Trabajaba tendido sobre alfombras, moviendo banderines en un gran mapa de Europa. Tomaba el café demasiado caliente y se bañaba con agua casi hirviendo. Lo enfurecía que lo interrumpieran y, en cambio, interrumpía constantemente.

Pero, a solas con María, el tiempo del emperador cambiaba de ritmo.

—Háblame —le pedía, cerrando los ojos.

—¿De qué?

—De cualquier cosa. De Polonia; de cuando eras niña.

Ella le contaba sobre los veranos en Kiernozia, le describía sus platos preferidos, los aromas de su infancia. Él escuchaba con una concentración absoluta. A veces se dormía sobre su hombro; el ceño se le alisaba y el gesto severo de la boca desaparecía. En esa entrega María comprendía que el hombre más poderoso de Europa era también el más solo.

Una noche de tormenta, Napoleón llegó embarrado hasta las rodillas. Se dejó caer en un sillón.

—Han llegado malas noticias de España.

María pensó en los polacos que peleaban allí por un mapa que no era el suyo, pero no dijo nada. Se acercó para ayudarlo a quitarse los guantes mojados.

—Todos exigen algo de mí. Mis mariscales, mis ministros, mis hermanos. Hasta mi esposa, Josefina. Todos. Tú eres la única que no me pide nada.

Le besó los nudillos.

—Siéntate a mi lado junto al fuego.

Se acomodó contra él y se quedaron así largo rato. Un leño se partió; Napoleón abrió los ojos.

—Cuando te conocí, creí que serías como las otras, que buscan favores. Después de todo, solo parecías interesada en que te diera Polonia. —Le besó la cabeza.

Ella sonrió apenas.

—¿Y ahora?

En alguna parte del palacio una puerta se cerró de golpe.

—Hoy sé que amas al hombre. Y eso es mucho más peligroso.

Ella pensó: "Dios me perdone". Era cierto, ya no estaba allí solo por Polonia; estaba allí por él. Y lo único que tenían era el tiempo que durara la tregua.

—Llévame a la cama, María. Estoy cansado.

A la mañana siguiente, Duroc encontró al emperador dormido con la cabeza apoyada en el hombro de la condesa Walewska. Ella, absorta en sus pensamientos, le acariciaba el cabello.



Cuando Napoleón retomó la campaña, María regresó a Walewice a visitar a Antoni. Anastasio, con prudencia, se había marchado a tomar baños de aguas termales antes de su llegada.

Bonaparte aplastó a los rusos en Friedland y firmó la paz con el zar. Sin embargo, Polonia no renació como reino. En sus cartas, el emperador le hablaba a María de complicaciones en España y le pedía paciencia. Ella respondía con cortesía y distancia.

De regreso en París, Napoleón le escribió para que viajara a encontrarse con él: "No puedo dejar Francia ahora. Ven tú a París". María dudó. Allí vivía la emperatriz. Su intuición la empujaba a negarse, pero su corazón deseaba el reencuentro. Llegó a la capital francesa en el verano de 1808.

Duroc la esperó en una pequeña casa de la rue de la Houssaye que el emperador había alquilado para ella. El mariscal le entregó una nota breve, sin firma: "Mañana sin falta". Pero al día siguiente Napoléon tampoco fue.

Finalmente, llegó sin anunciarse a las once de la noche del cuarto día. Se sentó en la cama y la miró:

—¿Por qué no me escribiste reclamándome, María?

—Pensé que estabas ocupado. —No comprendía el reproche. Quería besarlo, sin discutir.

Napoleón caminó hacia la ventana.

—Esta casa es pequeña. Te buscaré otra. Con jardín.

—No es necesario, estaré bien aquí.

—¿Has visto a alguien de la corte? —se sentó otra vez.

—No conozco a nadie en París.

—Mejor así.

María sostuvo la mirada gris del emperador. Su patria todavía a medias, los días de espera, todo se volvió pequeño. Le importaba él. Le aflojó el cuello de la casaca y le pasó la mano por la nuca. Napoleón apagó la vela.

Dos horas más tarde, le besó la frente y se despidió.

—Adiós, mi esposa polaca.

París jamás le dio a María lo que había tenido en Finckenstein. En Francia apenas recibió fragmentos de Napoleón. Cuando él estaba en el frente, ella pasaba los días leyendo las gacetas buscando confirmar que seguía con vida. A veces sacaba el cuaderno ocre y releía lo que había escrito. Las letras le parecían ajenas, la joven de Kiernozia y la mujer de París no se reconocían entre sí.

En la primavera de 1809, Francia derrotó a Austria, y el emperador ocupó el palacio de Schönbrunn, en Viena. Mandó llamar a María y la instaló en una villa cercana. Volvieron a las rutinas del café caliente, los mapas desplegados sobre las alfombras, las conversaciones sin prisa hasta la madrugada.

Una noche de otoño, después de cenar, María le dijo que esperaba un hijo. Napoleón guardó silencio durante un largo rato y luego sacudió la cabeza. Ella sintió un sudor frío en la nuca.

—¿Qué dices? ¿Estás segura? —preguntó incrédulo.

—Sí, completamente.

Bonaparte cerró los ojos, tenían lágrimas. Llevó las manos de ella a los labios y las besó una y otra vez. Hasta ese momento había temido ser estéril. La emperatriz Josefina, que tenía dos hijos de un matrimonio anterior, no le había dado descendencia. Su mujer polaca le devolvía la esperanza. ¡Alguien que heredara su imperio!

En las semanas siguientes en Schönbrunn, María se imaginó un futuro con mesas servidas para tres; no banquetes imperiales, sino una vida sencilla junto al padre de su hijo. Una noche, le entregó al emperador un anillo de oro con esmalte azul. En el interior, grabada en letras pequeñas, había una inscripción:

*Cuando ya no me ames, recuerda que yo seguiré amándote.*[73]

Napoleón la besó.

—Jamás dejaré de amarte, mi dulce paloma.

Pocos días más tarde, los franceses abandonaron Viena y María regresó a la casa de su madre.

Kiernozia la recibió gris y lúgubre. La inquietaba el hijo en camino. Su padre, el emperador que decidía el destino de millones de personas, no estaría allí para verlo nacer. El niño, además, no llevaría el apellido Bonaparte.

Una tarde llegó una nota de Anastasio solicitando permiso para visitarla. María tenía veintidós años y un embarazo incipiente. Él tenía setenta y tres y caminaba con bastón.

Se sentaron bajo los robles.

—¿Sabes que conocí al rey Estanislao Augusto? Lo vi perder Polonia. Y ahora me toca ver a mi esposa darle un hijo al hombre que prometió devolvérnosla. La vida hace estas cosas. Uno se casa con una muchacha y cree que podrá protegerla, pero al final el mundo se la lleva igual.

María apoyó una mano en la rodilla del conde, en una muestra de gratitud y cariño. Ese hombre jamás le había reprochado nada. Ella lo había abandonado y, aun así, él seguía preocupándose por ella.

El conde continuó:

—Si tu hijo nace sin apellido, será señalado en cada iglesia, en cada salón y en cada escuela. El emperador no puede darle uno, pero yo sí. Si estás de acuerdo, será un Walewski.

—Anastasio, no merezco esto —reconoció con dolor y gratitud.

—Si no llegara a verlo crecer, háblale de mí. Es todo lo que te pido.

Lo vio alejarse, caminando despacio, por el parque hacia el carruaje.

Alexandre Florian Joseph Colonna-Walewski nació el 4 de mayo de 1810. El conde Walewski fue el primero en tomarlo en brazos.



*París,*
*diciembre de 1810*

María se acomodó en el sillón junto a la cuna, con Alexandre dormido sobre el pecho. El niño olía a la lavanda de las mantas perfumadas. Había heredado la frente alta del emperador y la boca

delicada de los Laczynski. Le rozó la mejilla con un dedo y él suspiró sin despertarse.

Apoyó la cabeza en el respaldo y volvió a aquella tarde en que leyó que el emperador había repudiado a Josefina. Durante semanas esperó una carta que nunca llegó. Quería volver a ser su esposa polaca, como en Finckenstein y Schönbrunn. Lo imaginaba regresando del Consejo, dejando el sombrero en la entrada como cualquier marido ansioso por sentarse a la mesa, jugando con Alexandre sobre una alfombra después de cenar o leyéndole junto al fuego. Soñaba con cuidarlo. Le preocupaban la palidez, la tos seca y el gesto involuntario de llevarse la mano al costado derecho, bajo las costillas, cuando pensaba que nadie miraba.

Comprendió que nada de aquello ocurriría cuando supo del compromiso de Bonaparte con la archiduquesa María Luisa de Austria. El dolor era doble: había elegido a la nieta de uno de los verdugos de Polonia. Y aun así, cuando él le pidió que regresara a París para tener cerca a Alexandre, María aceptó. No se engañaba; había llegado con la esperanza leve de ser más que la madre de su hijo. La de seguir siendo, aunque fuera en su corazón, la esposa polaca.

Las visitas continuaron después de la boda imperial, aunque más espaciadas. Lo que llegaba hasta María era un hombre cansado, en busca de media hora de paz. Apenas entraba, Napoleón pedía ver a Alexandre. Después se acomodaba en un sillón y le hablaba a María de los mariscales, de las próximas campañas, a veces de algún libro que estaba leyendo. Ella le servía té, escuchaba lo que quisiera contarle y lo acompañaba en silencio. Antes de irse, él le besaba la mano, pero ya no la reclamaba. Lo había perdido sin perderlo.

En marzo de 1811, las campanas de París tocaron ciento un cañonazos para anunciar el nacimiento de Napoleón, rey de Roma, el heredero legítimo del emperador. Alexandre dormía ajeno a los estruendos que celebraban a otro niño. María lo besó en la frente.



*Palacio de Fontainebleau,*
*abril de 1814*

Cinco años después, las potencias aliadas entraron en París y el imperio se derrumbó. El 6 de abril, Napoleón abdicó en el palacio de Fontainebleau. Esa misma noche corrió el rumor de que había intentado envenenarse con la cápsula que llevaba al cuello desde la funesta campaña de Rusia. El veneno, ya envejecido, no bastó.

María llegó a Fontainebleau al atardecer del día siguiente, acompañada por Alexandre. El palacio permanecía en manos de las últimas tropas leales al emperador. Un oficial la condujo a un corredor del primer piso, le indicó un sillón de damasco verde y le pidió que esperara: el emperador descansaba y no recibía a nadie.

Se sentó, acomodó al niño a su lado y lo cubrió con su capa. Fijó la vista en la puerta cerrada al final del pasillo, bajo la que se filtraba una delgada línea de luz amarilla. Eran los aposentos de Napoleón.

Esperó toda la noche. Un edecán le ofreció agua; una doncella llevó dos platos de sopa. A las dos de la mañana apagaron las velas del corredor. Aquella línea bajo la puerta continuaba brillando, la única luz. María terminó por dormirse con una mano apoyada sobre el niño. Cuando despertó, la puerta seguía cerrada.

A las cinco, un edecán pasó junto a ellos y María lo llamó.

—Soy la condesa Walewska. ¿Le han anunciado mi presencia al emperador?

—Madame, el emperador está indispuesto. No recibe visitas.

—Hace doce horas que estoy aquí. He venido desde París con su hijo.

El oficial miró al niño.

—Madame, le ruego que comprenda. Tengo órdenes precisas. La emperatriz podría llegar en cualquier momento.

—La emperatriz está en Viena.

—Eso se dice, madame.

El hombre siguió su camino. María tomó a Alexandre de la mano y bajó las escaleras. Pidió papel y pluma en la biblioteca. Escribió:

> *Señor, he estado en Fontainebleau toda la noche con Alexandre. No quise importunarlo. Que Dios lo guarde. María.*

Le entregó la nota a un oficial apostado en la entrada y subió al coche con el niño. Había tenido a Napoleón Bonaparte dormido entre sus brazos cientos de veces, pero no había podido sostenerlo en la peor noche de su vida.



*Isla de Elba,*
*septiembre de 1814*

María divisó la isla al amanecer. Cuando supo del destierro del emperador, quiso acompañarlo. Nadie le permitió despedirse de él

en Fontainebleau; no iba a perderlo dos veces. Viajaba con Alexandre, dos baúles, un retrato en miniatura de los robles de Kiernozia y el cuaderno ocre. El barco había zarpado de Nápoles cinco días antes y enfrentado una tormenta la noche anterior, pero al clarear el cielo se abrió. Elba apareció en el horizonte, recortada sobre el mar: un reino tan pequeño que podía cruzarse a caballo en una tarde.

En el muelle de Portoferraio los recibió un edecán con tres mulas. Ascendieron durante cuatro horas por un sendero estrecho. Alexandre, sentado delante de su madre, observaba las cabras silvestres asomarse entre los olivos.

Llegaron a una pequeña casa de piedra blanca en lo alto del monte, lejos del pueblo y de las miradas. Apenas una mesa de roble adornaba la única sala. En la habitación había una cama estrecha y una ventana con vistas al mar.

—Su Majestad llegará al atardecer —dijo el hombre, y se despidió.

María acostó a Alexandre sobre la cama, le quitó los zapatos polvorientos y se sentó a esperar.

Napoleón llegó solo, a caballo, con el sol ya bajo. María salió a recibirlo al patio y apenas reconoció al hombre cansado que avanzaba hacia ella. Cuarenta y cuatro años, pensó, y aparenta diez más. Cuando se quitó el sombrero, vio el pelo castaño ralo en la coronilla y el uniforme tirante sobre el vientre. Solo los ojos grises seguían siendo los mismos.

Él se acercó y la estrechó largo, sin hablar. Después se separó y la miró.

—Has venido.

—Aquí estoy.

—¿Mi hijo?

—Está adentro. Ha preguntado por ti todo el viaje.

La tomó de la mano y la hizo pasar.

María había imaginado el reencuentro mil veces desde Fontainebleau, pero jamás así: en una montaña lejana, con un niño de cuatro años dormido en una cama estrecha, y el emperador comiendo deprisa y hablando poco.

Al final de la cena, Napoleón se acercó a Alexandre. Lo miró largo rato sin tocarlo.

—Mañana te enseñaré a montar.

María sonrió por primera vez desde su llegada.

Esa noche él se abrazó a ella en la cama y se durmió enseguida. María se quedó despierta, con Alexandre a su otro lado, midiendo las pausas entre cada inspiración del emperador. "Está enfermo".

A la mañana siguiente, Napoleón hizo traer del pueblo un pony gris para Alexandre. Sentó al niño sobre la montura, y le puso las manos sobre las riendas.

—Sostén firme. Mira siempre adelante. Un jinete verdadero no mira el suelo.

El pequeño, serio, asintió.

María los observaba desde la ventana. El emperador llevaba el pony de las riendas y caminaba despacio por el patio empedrado. Alexandre reía, y cada vez que el padre se detenía pedía otra vuelta. Después de varias, lo bajó del caballo, lo abrazó, le besó la cabeza, y lo apoyó contra su hombro un momento largo. María lo vio cerrar los ojos.

Por la tarde Napoleón le pidió que pasearan solos. Bajaron por un sendero hasta llegar un mirador desde donde se veía el mar. Se

sentaron.

—Tengo que hablarte.

Ella no contestó.

—No puedes quedarte. La isla es pequeña, aquí todo se sabe. Si te quedas, en quince días lo sabrán en Viena.

—¿Y eso qué importa?

Napoleón se sacó una piedra de la suela de la bota.

—Importa porque espero que María Luisa venga con mi hijo.

María sintió frío.

—Sigues esperando.

—Es mi esposa. La madre de mi heredero. Tiene que venir.

María miró hacia el mar. No había barcos.

—¿Tú crees, de verdad, que va a venir?

Napoleón tiró la piedra ladera abajo.

—¿Y si no quiero irme? —preguntó, con la voz quebrada.

Él no respondió.

Ella comprendió que había hecho el viaje desde Nápoles con dos baúles para descubrir, en lo alto de una montaña, que seguía siendo lo que había sido desde Finckenstein: la mujer a la que él amaba, y la mujer a la que no elegía.

—De acuerdo. Nos iremos mañana, antes de que se levante el pueblo.

Napoleón le tomó la mano y la besó. La mantuvo apretada un momento largo contra los labios.

—Perdóname.

Desanduvieron el camino en silencio.

Esa última noche él habló mucho. Contó historias de Egipto, de Marengo, de Austerlitz, de Córcega. Saltaba de un tema al otro y

hacía reír a Alexandre. María lo miraba, sin escuchar, temiendo el amanecer.

Cuando Alexandre se durmió, se acercó a Napoleón y le pasó la mano por la nuca. Él inclinó la cabeza sobre su brazo, como en Finckenstein, y se quedó así un rato.

—Mi esposa polaca. Si las cosas hubieran sido de otra manera…— murmuró.

—No fueron de otra manera. Y está bien.

Le besó la coronilla y lo ayudó a levantarse. Lo llevó a la cama y lo cubrió con la manta. Después se sentó en una silla a esperar.

A las cuatro de la mañana, un oficial golpeó suavemente a la puerta. María ya estaba lista. Tenía a Alexandre en brazos, dormido, envuelto en un chal. Había dejado los baúles. Se llevaría solo una pequeña valija y el cuaderno ocre.

Sobre la mesa de roble había una bolsa de cuero. María la abrió: vio oro, muchas monedas. La dejó sobre la cama, junto al cuerpo dormido del emperador.



*París,*
*primavera de 1815*

A principios de marzo, Napoleón escapó de Elba con mil hombres. Desembarcó en el sur de Francia y tomó París sin que nadie disparara un tiro contra él; el rey Luis XVIII había huido la noche anterior.

María leía las noticias con impaciencia. Quería hablar con él, saber cómo estaba, si dormía. Solo pudo verlo una vez en los cien días que el emperador volvió a gobernar Francia. La recibió en las habitaciones privadas de las Tullerías, junto con Alexandre. Estaba exaltado, hablaba deprisa, miraba los mapas que cubrían la mesa.

Tomó el rostro de su hijo entre las manos un momento y le dijo: "Debes ser siempre valiente", y volvió a los mapas.

En el coche de regreso, el niño preguntó:

—¿Papá está enojado?

—Papá está apurado —dijo María.

—¿Vamos a volver mañana?

Ella no contestó.

Dos semanas más tarde, Napoleón fue derrotado en la batalla de Waterloo. Abdicó por segunda vez y se retiró a Malmaison, la casa de Josefina, que había muerto el año anterior.

María mandó a preparar el coche. En Malmaison la recibió Hortense, la hija de Josefina, con los ojos enrojecidos y el vestido arrugado. La condujo en silencio hasta un dormitorio del primer piso. Antes de golpear, le dijo:

—No ha querido vestirse en tres días. Habla poco.

—Gracias.

Hortense se inclinó hacia Alexandre y le sonrió por primera vez.

—¿Quieres entrar a saludar a tu padre?

Alexandre miró a su madre. María asintió. Hortense abrió la puerta. Napoleón estaba sentado en un sillón junto a la ventana, con una *robe de chambre* de cachemir gris y la barba de días. Tenía un libro abierto sobre el regazo, pero miraba el jardín. Cuando oyó

pasos volvió la cabeza despacio, como si le costara. Al verlos se levantó.

Caminaba con dificultad. Se inclinó hacia Alexandre, le puso las dos manos sobre los hombros, y lo miró largo rato.

—Te has hecho un hombre.

—Ya tengo cinco años, padre —y abrió los dedos de una mano.

Napoleón se agachó y lo apretó contra el pecho. Al cabo de un rato lo soltó y le habló mirándolo a los ojos:

—Vas a ser un hombre justo. Vas a obedecer a tu madre. ¿Me prometes que vas a leer mucho? Un hombre que lee nunca está del todo solo.

—Te lo prometo, papá.

María vio una lágrima bajar por la mejilla derecha de Napoleón.

—¿Podrías esperar con Hortense en los jardines? Quisiera hablar con tu madre unos momentos.

Hortense se adelantó.

—Ven. Te mostraré los rosales más bonitos que hayas visto. Los plantó mi madre.

María Walewska y Napoleón Bonaparte se quedaron frente a frente.

Él levantó la mano izquierda. Entre los dedos brillaba el anillo de oro y esmalte azul que María le había regalado en Schönbrunn.

—Lo llevé siempre. En Wagram, en Moscú, en Leipzig, en Elba.

María tragó saliva.

—Quiero que sea de Alexandre.

Napoleón le tomó la mano. Depositó el anillo en la palma y cerró los dedos de María.

—Guárdaselo hasta que sea hombre. Hasta que comprenda lo que dice dentro.

—Lo haré.

Él sostuvo el puño de María entre las dos manos largo tiempo. Después lo besó.

—¿Vas a estar bien?

—Voy a estar bien.

—¿Tienes con qué vivir?

—Tengo con qué vivir.

—No pude darte Polonia.

Ella sonrió por primera vez en toda la visita. Él inclinó la cabeza sobre su hombro. Cuando volvió a mirarla, tenía los ojos húmedos.

—Adiós, mi esposa polaca.

Mientras el coche se alejaba, María recordó a la joven que imaginaba a Bonaparte atravesando las llanuras nevadas para liberar a Polonia. Había llegado hasta él por deber y se había quedado a su lado por amor. El imperio había caído; Polonia seguía sin existir. Aun así, no se arrepentía.

**66** Polonia había desaparecido como estado independiente tras sucesivas particiones acordadas entre Rusia, Prusia y Austria, que se repartieron el territorio entre 1772 y 1795.

**67** *La mazurca de Dąbrowski*, compuesta en 1797 por Józef Wybicki para las legiones polacas que peleaban en Italia bajo bandera francesa, se convertiría más de un siglo después, en 1927, en el himno nacional de la Polonia recobrada.

**68** Aubry, Octave, *La vida privada de Napoleón*.

**69** Según la tradición judía, Esther aceptó convertirse en esposa del rey Asuero para interceder en favor de su pueblo y evitar su exterminio. Su historia suele evocarse como ejemplo de sacrificio personal realizado por el bien de la nación.
**70** Masson, Frédéric, *Los amores de Napoleón*.
**71** Roberts, Andrew, *Napoleon. A life*. (Traducción de la autora)
**72** Aubry, Octave, Napoleon, https://archive.org/details/napoleon00aubr (Consultado mayo 20, 2026). (Traducción de la autora)
**73** Aubry, Octave, Napoleon, op. cit.

# AGRADECIMIENTOS

Para criar a un niño hace falta un pueblo entero, dice el refrán. Algo parecido ocurre con la escritura; por solitaria que parezca se sostiene en muchas manos.

Un agradecimiento especial a Fernanda Mainelli, mi editora, por sus lecturas atentas y, sobre todo, por darme libertad absoluta para elegir y contar estas historias.

A los equipos de comunicación, diseño, corrección y ventas de Penguin Random House por el cuidado y la dedicación que pusieron en esta obra.

A Mariana Guarinoni, por la mirada generosa y las sugerencias valiosas que enriquecieron estos relatos.

A Laura y Chere Ferro Méndez, porque *Amantes del poder* nació entre las paredes de su hogar, que abrieron para mí con tanta calidez.

A Silvina Blanco, mi lectora cero, que me dio siempre una devolución honesta y dedicada.

A Blanca Juti, por el cariño con el que me ayudó a descubrir algunos de los lugares donde transcurren estas páginas.

A Natalia Ferraro, por su creatividad y por encontrar la mejor manera de difundir mi trabajo.

Y, por supuesto, a mi familia, por el amor, la paciencia y el apoyo incondicional en cada etapa de este recorrido.

# BIBLIOGRAFÍA

## Capítulo 1. La lengua de los mundos


Casas, Bartolomé de las, *Brevíssima relación de la destruyción de las Indias*, EDAF, 2004.

Hernández Chávez, Alicia, *México. Breve historia contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Landa, Diego de, *An account of the things of Yucatan: written by the bishop of Yucatan, based on the oral traditions of the ancient Mayas*, Monclem Ediciones, 2003.

Lanyon, Anna*, Malinche's conquest,* Allen & Unwin, 2000.

Lehmann, Henri, *Las culturas precolombinas,* EUDEBA, 2008.

O'Gorman, Edmundo, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro.* Siglo Veintiuno Editores, 2003.

Townsend, Camilla, *Malintzin's choices. An indian woman in the conquest of Mexico*, University of New Mexico Press, 2006.

___, *Fifth sun. A new history of the Aztecs*, Oxford University Press, 2021.


## Capítulo 2. La perla de Italia

Bierman, John, *Napoleon III and his carnival empire*, Cardinal, 2003.
Bresler, Fenton S., *Napoleon III. A life*, HarperCollins, 2000.
Craveri, Benedetta, *La Contessa. Virginia Verasis di Castiglione*, Adelphi, 2021.
Fisas, Carlos, *Historia de las historias de Amor,* Planeta-De Agostini, 1995.
Fleischmann, Hector, *Napoleon III and the women he loved*, Holden & Hardingham, 1915. URL: https://archive.org/details/cu31924028270589/page/n235/mode/2up (acceso 15 de enero de 2026).
Montesquiou, Robert de, *La Divine Comtesse. Étude d'après Madame de Castiglione*, Goupil & Cie, 1913.
Petacco, Arrigo, *L'amante dell'imperatore. Amori, intrighi e segreti della Contessa di Castiglione*, Mondolibri, 2001.
Price, Roger D., *Napoleon III and the Second Empire*, Routledge, 2016.
Ridley, Jasper Godwin, *Napoleon III and Eugenie*, Viking Press, 1980.

## Capítulo 3. El favorito

Clark, Nicola, *The waiting game. The Untold Story of the Women Who Served the Tudor Queens*, Pegasus Books, 2025.
Doran, Susan, *Monarchy & matrimony. The courtships of Elizabeth I*, Routledge, 2016.
___, *Elizabeth I and her circle*, Oxford University Press, 2018.

Hilton, Lisa, *Elizabeth: Renaissance prince,* Mariner Books, 2015.
Jenkins, Elizabeth, *Elizabeth and Leicester*, Phoenix, 2002.
Norton, Elizabeth, *The temptation of Elizabeth Tudor*, Head of Zeus, 2015.
Paul, Joanne, *The House of Dudley. A new history of Tudor England*, Michael Joseph, 2022.
Plaidy, Jean, *A favorite of the Queen. The story of Lord Robert Dudley and Elizabeth I*, Three Rivers Press, 2010.
Plowden, Alison, *Marriage with my kingdom*, The History Press, 2011.
Ross, Josephine, *The men who would be king. The courtships of Queen Elizabeth I*, William Morrow Paperbacks, 2012.
Skidmore, Chris, *Death and the Virgin. Elizabeth, Dudley and the mysterious fate of Amy Robsart,* Orion Publishers, 2010.
Tallis, Nicola, *Young Elizabeth. Elizabeth I and her perilous path to the crown*, Pegasus Books, 2024.
Weir, Alison, *The marriage game*, Arrow Books, 2015.
Westin, Jeane, *His last letter. Elizabeth I and the Earl of Leicester*, New American Library, 2010.
Whitelock, Anna, *The Queen's bed. An intimate history of Elizabeth's court*, Sarah Crichton Books, 2014.

## Capítulo 4. La primera amiga

Albert, Susan Wittig, *Loving Eleanor*, Persevero Press, 2017.
Bloom, Amy, *White Houses*, Granta Books, 2026.

Cook, Blanche Wiesen, *Eleanor Roosevelt. Volume Two, 1933-1938, the Defining Years*, Penguin, 2000.

Golay, Michael, *America 1933. The Great Depression, Lorena Hickok, Eleanor Roosevelt, and the shaping of the New Deal*, Free Press, 2013.

Goodwin, Doris Kearns, *No ordinary time. Franklin and Eleanor Roosevelt: The Home Front in World War II*, Simon & Schuster, 2008.

Lash, Joseph P., *Eleanor and Franklin,* W.W. Norton & Company, 2014.

Quinn, Susan, *Eleanor and Hick. The Love Affair That Shaped a First Lady*, Thorndike Press, 2017.

Streitmatter, Roger, *Empty without You. The Intimate Letters of Eleanor Roosevelt and Lorena Hickok*, Free Press, 1999.

Wiesen Cook, Blanche, *Eleanor Roosevelt. The defining years 1933-1938*. Volumen 2, Penguin Group, 1999.

Eleanor Roosevelt's Press Conference, Eleanor Roosevelt Papers Project, https://erpapers.columbian.gwu.edu/eleanor-roosevelts-press-conferences?utm_source=chatgpt.com (Consultado 20 de junio de 2025).

## Capítulo 5. El camafeo del emperador

Del Priore, Mary, *A carne e o sangue. A Imperatriz D. Leopoldina, D. Pedro I e Domitila, a Marquesa de Santos*, Rocco, 2012.

Gomes, Laurentino, and Nevins, Andrew, *1808. The flight of the Emperor. How a weak prince, a mad queen, and the British navy*

*tricked Napoleon and changed the New World*, Lyons Press, 2013.
Moro, Javier, *El imperio eres tú*, Planeta, 2011.
Newitt, Malyn, *The Braganzas. The rise and fall of the ruling dynasties of Portugal and Brazil, 1640-1910*, Reaktion Books, 2019.
Rangel, Alberto (ed.), *Cartas de Pedro I à Marquesa de Santos*, Nova Fronteira, 1984.
Rezzutti, Paulo, *Titília e o Demonão. Cartas inéditas de D. Pedro I à marquesa de Santos*, Geração Editorial, 2011.
___, *D. Leopoldina. A história não contada. A mulher que arquitetou a Independência do Brasil*, Ed. Casa da Palavra, 2017.
___, *D. Pedro. A história não contada. O homem revelado por cartas e documentos inéditos*. Leya, 2019.
___, *Domitila. A verdadeira história da marquesa de Santos*, Geração Editorial, 2025.
Setubal, Paulo, *1813 - 1829. A Marquesa de Santos*, Geração Editorial, 2008.

## Capítulo 6. La artista de Il Duce

Aguinis, Marcos, *La amante del populismo*, Sudamericana, 2022.
Cannistraro Philip V. y Sullivan, Brian R., *Il Duce's Other Woman*, William Morrow & Co, 1993
De Grazia, Victoria, *How Fascism ruled women. Italy, 1922-1945,* University of California Press, 1993.
Duggan, Christopher, *Fascist voices. An intimate history of Mussolini's Italy*, Vintage Books, 2013.

Gutman, Daniel, *El amor judío de Mussolini. Margherita Sarfatti, del fascismo al exilio*, Lumiere, 2007.
Sarfatti, Margherita, *Dux*, Mondadori, 1926.
___, *Mussolini. El hombre y el Duce*, Editorial Juventud Argentina, 1940.
___, *My fault. Mussolini as I knew him*, Enigma Books, 2014.

## Capítulo 7. La esposa polaca de Napoleón

Aubry, Octave, *La vida privada de Napoleón*, Grupo Anaya, 1994.
___, Napoleon, https://archive.org/details/napoleon00aubr (Consultado mayo 20, 2026).
Bell, David A, *Napoleon. A concise biography*, Oxford University Press, 2015.
Castelot, André, *Napoleón Bonaparte*, El Ateneo, 2004.
Constant Wairy, Louis, *Mémoires intimes de Napoléon 1er par Constant son valet de chambre*, Mercure de France, 1967.
Hibbert, Christopher, *Napoleon. His wives and women*, Harper Collins, 2003.
Konnelly, Richard, *La Condesa Waleusca. La amada secreta de Napoleón*, Grupo Editorial, 2004.
Masson, Frédéric, *Los amores de Napoleón*, Ed. Xanadu, 1976.
Roberts, Andrew, *Napoleon. A life*, Penguin Books, 2014.
Zicolillo, Jorge, *Napoleón y María Walewska. La fiel amante del Emperador*, L. D. Books, 2009.




¿Hernán Cortés conquistó a Malinche o fue al revés? ¿Por qué Isabel I de Inglaterra no pudo casarse con Robert Dudley? ¿Qué encontró Eleanor Roosevelt en Lorena Hickok? ¿Hasta dónde llegó la influencia de Virginia Oldoini, condesa de Castiglione, sobre Napoleón III? ¿Cuánto de Benito Mussolini lo construyó Margherita Sarfatti? ¿Qué estaba dispuesto a sacrificar Pedro I de Brasil por Domitila de Castro? ¿Amó María Walewska a Napoleón Bonaparte o vio en él una esperanza para Polonia?

Los amores prohibidos relatados en este apasionante libro alteraron decisiones políticas, encendieron conflictos y sostuvieron tronos. Algunos de sus protagonistas encontraron allí lo que buscaban; otros lo perdieron todo.

*Amantes del poder* reúne siete historias de distintos siglos, continentes y culturas, pero atravesados por una misma tensión: la que surge cuando el amor debe negociar con el poder. Con rigor documental, y a partir de cartas y diarios de época, Daniela Senés reconstruye estas pasiones irrefrenables y el precio que pagaron quienes se atrevieron a sostenerlas.



DANIELA SENÉS

Nació en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Es licenciada en Relaciones Internacionales y especializada en Didáctica de la Historia formada en Argentina y el Reino Unido. Apasionada de la historia, enfocó su carrera en despertar interés por el pasado. Formó educadores en la Argentina y en organizaciones internacionales, donde se destacó como jefa de examinadores y asesora pedagógica de la Organización del Bachillerato Internacional. Viajó por el mundo liderando capacitaciones y compartiendo su conocimiento en más de veinte países. Es autora de cinco libros en inglés sobre la historia del siglo XX (Pearson) y de *Historia a la carta* (Galerna). En Penguin Random House publicó, junto a Diana Arias, *Amores imperiales*. Es creadora de *History After Office*, una innovadora experiencia de encuentros que fusiona historia, arte y gastronomía.

Foto de la autora: © Alejandra López

Otros títulos de Daniela Senés en
**penguinlibros.com**



Senés, Daniela
Amantes del poder / Daniela Senés. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2026.
(Narrativa Femenina)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-867-7

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Magalí Vidal
Imagen de tapa: © Lee Avison / Trevillion Images
Composición de originales: Mora Digiovanni

Edición en formato digital: octubre de 2026
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
**penguinlibros.com**

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-644-867-7

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**
TikTok: **penguinlibrosar**
X: **penguinlibrosar**

# Índice

Amantes del poder
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo
1. La lengua de los mundos. Malinche y Hernán Cortés
2. La perla de italia. Virginia Oldoini y Napoleón III
3. El favorito. Robert Dudley e Isabel I de Inglaterra
4. La primera amiga. Lorena Hickok y Eleanor Roosevelt
5. El camafeo del emperador. Domitila de Castro do Canto e Melo y Pedro I de Brasil
6. La artista de Il duce. Margherita Sarfatti y Benito Mussolini
7. La esposa polaca de Napoleón. María Walewska y Napoleón Bonaparte
Agradecimientos
Bibliografía
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de Daniela Senés
Créditos